

Cuando él

ME

AMÓ



Susana Oro



CUANDO ÉL ME AMÓ

SUSANA ORO

Cuando él me amó

Susana Oro

Córdoba – Argentina

Año 2014

Primera edición: Julio 2014

DNDA N° 5153437

©Susana Oro, 2014

Imagen de portada:123rf — Fotógrafo: Ostill y Monticello

©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

A mis hijos, Franco y Nicolás
A mi esposo, Juan Antonio

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[SINOPSIS](#)

CAPÍTULO 1

La mujer, elegante y de exquisita presencia, caminaba haciendo retumbar los tacones aguja de sus sandalias sobre la vereda de baldosa negra. Elevó la vista y contempló un edificio de quince pisos con balcones y amplios ventanales a la calle. En el cuarto, donde las flores caían en cascadas desde el balcón, vivía ella. Su edificio, pensó mientras recordaba que era ella quien había logrado adquirir el terreno en el que estaba levantado. Los ojos ambarinos brillaban por las lágrimas que no quería derramar y un nudo de angustia le obstruía la respiración mientras observaba lo que tanto le costó conseguir, y tan poco perder.

Abstraída en sus cavilaciones no escuchó los gritos de, “Isabela Brandal, Isabela Brandal”, que más parecían alaridos de su vecina Carlota que siempre estaba esperando su regreso asomada a la ventana de su casa. La gente que pasaba por la vereda se hacía eco de los gritos, pero Isabela estaba ensimismada en su voz interior, la que le decía que el mundo maravilloso que había tenido a sus pies se acababa de derrumbar cuando presentó la renuncia a la empresa. Por eso seguía avanzando ajena al llamado de Carlota, hasta que por fin, la insistencia de la anciana logró traspasar sus preocupaciones.

Isabela sintió deseos de seguir su camino, traspasar la puerta vidriada del edificio, entrar en el ascensor y llegar a la intimidad de su departamento; pero su conciencia le decía que no podía rechazar el intercambio de palabras que tenía cada tarde con la anciana.

Se giró, impuso una sonrisa que solo fue una mueca rígida en sus labios y caminó con elegancia hacia ella. Nadie notó el temblor en las rodillas, el pulso acelerado, ni las lágrimas que no estaba dispuesta a derramar en la calle. Parecía ser un día más de entusiasmo en la vida de Isabela, aunque dentro de ella se estuviera desatando un vendaval, el más terrible de su vida.

Isabela escuchaba poco interesada los problemas recurrentes de Carlota, tales como las hojas que los vecinos dejaban amontonadas de su lado de la vereda, los perros que usaban su jardín como si fuera el baño del barrio, los muchachos que se sentaban en su verja a beber cerveza, y... unos cuantos más. A Isabela nunca le habían molestado las quejas de la anciana, pero hoy tenía ganas de mandarla al diablo. En cambio, le dio unas palmaditas en el hombro y antes de marcharse le sugirió que no se hiciera tanta mala sangre.

Caminó con prisa por la vereda para ingresar a la intimidad de su departamento. Allí sola podría dejar de contenerse, ser ella misma, ahogarse en sus penas y dejar correr las lágrimas que estaba conteniendo por lo que le acababa de pasar.

Abrió la puerta del departamento y el amplio ventanal dejaba ver las luces encendidas de la calle de su tranquilo y elegante barrio de veredas amplias y arboladas.

Isabela recorrió con la vista el lujo y la suntuosidad en la que vivía, y un dolor agudo le atravesó el corazón. “Ya no será mío todo esto”, dijo con voz entrecortada. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que le tiraran los bártulos a la calle?, tal vez un mes, dos como mucho.

Isabela Brandal había ambicionado un departamento propio en el edificio que se elevó en ese terreno que ella había conseguido para la empresa constructora, terreno que también la elevó a ella en su condición social. Y lo había conseguido un año atrás cuando la empresa le facilitó un préstamo y ella vendió la casa familiar que había heredado de sus padres.

Por aquella época, supuso que sus padres se habrían sentido orgullosos de la decisión que había tomado de desprenderse de la humilde casa para vivir en un departamento tan lujoso, ella misma lo había estado. En estos momentos de desesperación, se arrepentía de su decisión.

Los zapatos rojos de tacón quedaron sobre la alfombra del *living*, y el pantalón azul con detalles en rojo, la chaqueta roja con detalles en azul y la camisa blanca entallada al cuerpo con un bolsillo rojo y otro azul, tirados al descuido en el pasillo mientras caminaba hacia el dormitorio para terminar de sacarse la ropa interior y la bisutería.

Isabela era conocida por el exquisito gusto en el vestir y por no dejar ni un solo detalle de su presencia librado al azar, por eso, los anillos, las pulseras, el collar y los aros, en esta ocasión, tenían incrustaciones de lapislázuli. Ella era una joven administradora de empresa que ocupaba un cargo jerárquico, y sabía que a veces en los detalles de su presencia radicaba el éxito de las negociaciones. En realidad ella se reconocía como una maniática a la hora de combinar prendas, ya que su ropa íntima, que solo veía ella, también era del color de sus prendas.

Se había graduado con honores, pero al margen de sus buenas calificaciones tenía una capacidad innata para conseguir contratos imposibles y fusiones complejas para la empresa que la había contratado como asesora de negocios. Ahora, que había logrado el máximo cargo de gerente general, lo acababa de perder. De solo pensar que el crecimiento de la empresa había sido en parte gracias a su capacidad, astucia y la cantidad de horas de vida que le había dedicado, tenía ganas de barrer con la colección de objetos de cristal que tenía sobre los muebles de lustroso roble.

Toda su vida, sus proyectos, sus expectativas futuras, se derrumbaron porque no se había abierto de piernas para el director y socio mayoritario de la maldita empresa. Toda su capacidad para negociar, conseguir contratos imposibles y estar atenta a los movimientos del mercado para adquirir empresas tambaleantes, se había ido al infierno cuando Leopoldo Rodríguez le mostró dos pasajes para el Caribe Dominicano. Dos malditos pasajes para que fueran a festejar la nueva fusión. Dos pasajes para pasar juntos, como amantes, aclaró, una semana en las playas de Punta Cana.

No era una furcia. Pero ese hombre de cincuenta años, que se creía un seductor irresistible, la había hecho sentir como tal cuando le dio una palmada en el trasero y le comentó, agitando los pasajes, su absurda idea de compensarla por sus logros con semejante humillación delante de los cuatro socios de la empresa y el resto del personal jerárquico. Los hombres, por supuesto, se quedaron de piedra al suponer lo que nunca habían imaginado, que la gerente general de la empresa había tenido que entregar su cuerpo para conseguir el cargo.

Si hubieran estado solos, Isabela lo habría hecho entrar en razón como venía haciéndolo desde que la ascendieron a gerente de compras, pero Leopoldo se había encargado de buscar testigos pensando que de esa forma no podría rechazarlo sin perder el trabajo. Y no le dejó más alternativa que renunciar.

Entró al dormitorio, se arrancó la bisutería y se sacó la ropa interior riendo de su desgracia, ocultando tras esa risa histérica la indignación, aunque las silenciosas lágrimas que caían por sus mejillas dejaban ver el dolor y la bronca que venía conteniendo desde que entregó en manos de los socios su renuncia.

Así quedaría a partir de ahora, desnuda, totalmente desnuda y sin nada que la mantuviera a flote porque pensando que tenía el futuro asegurado no tenía ahorros que la respaldaran, solo deudas contraídas suponiendo que era irremplazable en la empresa.

Nadie era irremplazable, hoy lo había comprobado.

¿Qué haría?, pensó Isabela, y caminó por el comfortable departamento mientras recorría con los ojos vidriosos lo que en poco tiempo ya no sería suyo, porque debía el setenta por ciento de ese lujo.

Apagó las luces del departamento y se paró frente al amplio ventanal del *living* para mirar el

estallido de luces que se sucedían cuando la noche reemplazaba al día, sin saber, que desde la vereda de enfrente alguien observaba impactado la sombra de su desnudez que se reflejaba por las luces de la calle.

—¡Oh, Dios bendito!, ¡qué he hecho yo para merecer semejante recibimiento! —dijo Renzo Valentín que no podía apartar los ojos de ese cuerpo desnudo y exhibido en la ventana del cuarto piso. Había supuesto que Isabela Branco, Brando, o lo que fuera, se acercaría a admirar las luces de la noche desde el ventanal del departamento, pero nunca se imaginó que quien admiraría lo que había tras ese ventanal fuera él—. ¡Madre mía! —volvió a expresar, y se quedó observándola más tiempo del razonable, como si hubiera olvidado que debía cruzar la calle para entregar la carta que le había enviado su vecina Ernestina a la desconocida sobrina, que estaba desnuda tras el ventanal del cuarto piso.

Renzo sabía que la mujer desnuda era la persona que él buscaba, porque Ernestina le había repetido con insistencia cada detalle del balcón: las flores que colgaban a la calle, las tres farolas blancas adheridas a la pared y los sillones de ratán con almohadones anaranjados. Por eso llevaba dos horas parado en la vereda de enfrente aguardando que se encendieran las luces del cuarto piso. En realidad él había tenido la suerte de descubrir a Isabela Branco, Brando o como se llamara mientras ella caminaba por la vereda, porque una anciana asomada a la ventana la había llamado a gritos por su nombre. Gracias a la ancianita Renzo había podido verla, no en detalle, pero al menos había apreciado las esbeltas formas de su cuerpo y su andar elegante mientras ella se volvía para intercambiar dos palabras con la mujer; y luego, sonriendo, regresaba sobre sus pasos para ingresar al edificio.

Ella era tan elegante que Renzo supuso que debía ser una mujer importante. Inclusive detectó que era bastante atenta a los detalles, al menos ese día, ya que parecía la bandera del Reino Unido flameando por las veredas del barrio, porque iba al completo, aderezos incluidos, enfundada en los colores azul, rojo y blanco. Y no tuvo dudas de que esa mujer despreciaría la invitación de su desconocida tía. Ella llevaba demasiados adornos y firuletes para aceptar algo tan insignificante y campestre como era pasar una temporada con la desconocida tía Ernestina Ávila. Pero como él no era quién para andar suponiendo o conjeturando nada, cruzó la calle y dio dos golpecitos en el vidrio de la puerta de ingreso al edificio para dejarle la carta al encargado, que en ese momento estaba tras un escritorio de madera torneada y de brillante barniz.

Si bien Ernestina le había encomendado expresamente que le entregara en manos la carta a la muchacha, él no pensaba tentar a la suerte. De solo ver la delicadeza de las formas femeninas desnudas tras la ventana estaba a un paso de cometer un acto impulsivo, o quizá ilícito si le hacía todo lo que se estaba imaginando, que por cierto traspasaba los límites del decoro.

—¿Busca a alguien? —preguntó el encargado del edificio abriendo apenas la puerta a ese hombre de vaqueros gastados y camisa a cuadros de vivos colores que estaba en el ingreso. Ya lo había visto desde hacía rato parado en la vereda de enfrente mirando hacia el edificio, y había tenido la precaución de dar parte a la policía cuando lo vio cruzando la calle, porque supuso que ese hombre tenía pinta de ser un merodeador que estaba esperando una oportunidad para entrar a robar en alguno de los departamentos.

—Sí, tengo una carta que debe ser entregada en manos de Isabela Branco...Brando..., no, no, cómo era el maldito apellido —dijo para sí, y leyó el sobre porque había olvidado el apellido, ya que su mente seguía reproduciendo la fantástica imagen de la criatura desnuda tras la ventana—. Isabela Brandal.

—¿Cree que voy a franquearle tan fácilmente el ingreso?, ¿cree que soy un estúpido descuidado? Si hace rato que veo que está espiando para tratar de entrar, y ahora se aprovecha

porque escuchó el nombre de la señorita Brandal dicho a gritos por la señora Carlota y me inventa lo de una carta que tiene que entregar en sus manos.

—Yo no estaba... —No alcanzó a pronunciar la palabra “espiando” porque sintió la sirena de un coche de policía que venía con las luces del techo encendidas y frenó haciendo chirriar los neumáticos en la puerta del edificio.

—¡Este es... este es el merodeador!, hace dos horas que está ocultándose tras los árboles de la vereda de enfrente —gritó el encargado del edificio, y cerró la puerta vidriada.

Dos agentes uniformados se apearon del coche y sin detenerse a preguntar se acercaron a Renzo, le cruzaron las manos por la espalda y lo condujeron a empujones hasta el vehículo policial. Allí, frente a toda la gente que empezó a congregarse para mirar de lejos, lo apoyaron con brusquedad contra el coche con las manos sobre el techo y las piernas separadas, y procedieron a hacerle el cacheo.

—Malditos hijos de puta, ¿qué están haciendo? No soy un delincuente —gritó Renzo para que se detuvieran y lo dejaran explicarse.

Pero sus impropiedades y su mala traza; vaquero gastado, camisa a cuadro un poco arrugada y de colores llamativos, y zapatillas desflecadas, convencieron a los agentes de que sería sin lugar a dudas un delincuente, porque luego de sus acaloradas palabras sintió un fuerte golpe en la espalda. Al parecer la policía de la ciudad en lugar de indagar al presunto sospechoso usaba la porra sin arte ni concierto, porque en un santiamén le dieron la paliza de su vida.

Quedó a gatas en el piso, con todos los huesos doloridos y abollado como la camioneta del peón que había contratado dos días atrás para que se ocupara de la limpieza de los corrales. Todo por entregar esa maldita carta de Ernestina, que ni siquiera había alcanzado a poner en manos de ese empleado incapaz que lo había confundido con un delincuente de la más baja calaña. ¿Acaso la gente de ese barrio refinado andaba por las veredas vistiendo trajes de *Armani*?, se preguntó Renzo, y levantó la vista para ver si la causante de su desgracia había presenciado la golpiza desde la ventana de su departamento del cuarto piso.

Ella y toda su asombrosa desnudez estaban pegadas al vidrio del amplio ventanal para no perderse detalle de lo que estaba aconteciendo en la vereda de su edificio. Renzo levantó la mano que aún sostenía la maldita carta y gritó a todo pulmón.

—¡Isabela Brandal, esto es para usted! —trató de incorporarse para elevar más la maldita carta, pero los agentes, considerando que su actitud era amenazante, le dieron con la porra en la cabeza y Renzo Valentín se desplomó sobre la vereda.

Pocos minutos después el único vestigio de lo acontecido esa noche era la carta que había escapado de las manos de Renzo justo en el momento en que perdió la conciencia.

Isabela apartó a un lado sus preocupaciones cuando vio llegar el coche de la policía, y no pudo dejar de observar atónita desde la ventana como se llevaban al hombre que habían golpeado en la vereda. Al parecer el desvanecimiento había sido pasajero, porque mientras el coche patrulla se alejaba, él la miraba desde la ventanilla como si la hiciera responsable de su desgracia.

¡Qué culpa tenía ella de la golpiza!, se dijo. Ya demasiado tenía con sus propios problemas para hacerse cargo de los ajenos.

A pesar de que su mente estaba embotada por las preocupaciones, descubrió que antes del último golpe, el que lo dejó casi desmayado, el hombre había mirado a su ventana y gritaba mientras levantaba algo que tenía en la mano. Lamentablemente, tras el doble vidrio que había hecho poner para evitar que se filtraran los ruidos de la calle, no alcanzó a escuchar lo que decía y solo vio que movía los labios. También descubrió que era guapo, muy, muy guapo. Por más que estuviera mal vestido no le pareció que tuviera pinta de delincuente, sino de desfachatado. Y llegó

a la conclusión de que debía ser un recadero que había mandado Leopoldo Rodríguez para pedirle disculpas e informarle de que no habían aceptado su renuncia al cargo de gerente general de la empresa.

Esa deducción la hizo correr como si la persiguiera el diablo hasta el dormitorio para ponerse a los apurones un salto de cama y unas pantuflas. Tenía que bajar y preguntarle al encargado del edificio si el hombre había alcanzado a decir alguna palabra antes de que le dieran la golpiza. Cerciorarse si había venido a verla a ella y si traía algo en la mano, más precisamente una carta, como había alcanzado a ver desde la ventana. Y ya convencida de sus conjeturas, antes incluso de preguntarle al encargado, se dijo: “¡Dios mío!, casi han matado al recadero de Rodríguez”, y golpeó con el pie en el piso del ascensor mientras descendía a la planta baja.

Ahora sí que estaba en problemas. Si habían mandado un recadero para avisarle de que era imprescindible en la empresa, después de semejante golpiza que le habían dado al pobre hombre, iban a suponer que era ella la que había dado parte a la policía y no quería saber nada de regresar a su puesto.

Isabela se consideraba una mujer segura, independiente y autosuficiente, pero en ese momento sentía las rodillas flojas, las palmas húmedas y tenía ganas de abrazarse a alguien, contarle sus penas y echarse a llorar. Pero allí solo estaba el encargado del edificio mirándola absorto porque ella, en el apuro por bajar, se había puesto una bata de seda que se amoldaba a su figura y se abría en los pechos. Isabela se ruborizó al ver que el hombre no podía quitar los ojos de su cuerpo, aunque por un instante reemplazó la mirada degenerada por un arqueó de cejas al ver las pantuflas de conejo que le cubrían los pies, único detalle ingenuo que tenía.

—¿¡Señorita Brandal!? —dijo el desorientado encargado como si se preguntara si era ella, aunque la pregunta sonó más a admiración.

—Claro, ¿quién sino? —respondió Isabela aparentando indiferencia a la descarada mirada del portero del edificio, y disimuladamente cruzó las manos sobre el pecho.

—Sí, quién sino. Lo que pasa es que yo nunca la vi... —la señaló con la mano, e Isabela se indignó por el descarado del empleado, pero en lugar de salir huyendo o reprenderlo decidió soportar el análisis. Lo único que le importaba en ese momento era averiguar quién había venido a buscarla, si es que era a ella a quien buscaban. Ya arreglaría cuentas con la administración sobre el empleado descarado.

Caminó despreocupada hasta ocultarse un poco tras una columnata circular de mármol que había en el hall de ingreso, y vio que el hombre por fin comprendía que tenía que apartar los ojos de su cuerpo.

—Dime, Fausto, ¿ese hombre intentó entrar en el edificio?

—No a la fuerza, pero preguntó por usted y ni siquiera sabía pronunciar su apellido. Se equivocó dos veces, señorita. Hacía rato que estaba merodeando por los alrededores, por eso cuando lo vi cruzar la calle di parte a la policía. Hay que tener un cuidado bárbaro con los delincuentes, y este sí que lo parecía.

—A mí no me pareció que tuviera pinta de delincuente, solo un poco desaliñado. Ahora, si preguntó por mí, ¿no dijo para qué quería verme? —preguntó Isabela, y se sintió satisfecha al corroborar lo que había supuesto en el departamento, que el hombre había venido a buscarla a ella. Por eso él había tratado de incorporarse para mostrarle algo que tenía en la mano. Además, había movido los labios como si quisiera decirle algo... ¿A la ventana le habría estado hablando?, se preguntó Isabela en ese momento, porque no era a ella, no podía ser a ella, ya que él no podía verla porque ella había tenido la precaución de apagar las luces para que nadie la observara desde la calle. ¿O sí?, se preguntó nuevamente, y se ruborizó al suponer que no solo la había visto,

sino ¡completamente desnuda! Ahora sí que estaba en problemas. Ella había renunciado al trabajo porque Rodríguez la había tratado como a su furcia, y ahora todos los socios se enterarían por el recadero que la gerente general, o mejor dicho la ex gerente general, se paraba desnuda, a la vista de todos, en el ventanal de su departamento.

—Dijo que tenía que entregarle en manos una carta. Se creyó que lo iba a dejar pasar el muy tonto —dijo el encargado interrumpiendo las conjeturas de Isabela.

Una carta, pensó Isabela consternada al comprender que sus suposiciones eran reales. Rodríguez se había arrepentido de tratarla como una furcia y había mandado a ese hombre con una carta en la que seguramente le rogaba, le suplicaba que regresara. No es que quisiera regresar a trabajar con ellos, sino que no tenía otra opción si quería seguir conservando la vida que se había forjado y el departamento. Pero el encargado del edificio, ese hombre que solo abría y cerraba la puerta de ingreso, recibía la correspondencia y por las mañanas barría la vereda, acababa de tirar a la basura el preciado futuro que tanto trabajo le había costado conseguir.

Se asomó a la puerta vidriada, ajena a la mirada lascivia del portero que no apartaba la vista de su bien formado trasero adherido a la seda de la bata, y pudo ver un sobre blanco desplazándose por la vereda de baldosa negra. Su futuro, se dijo Isabela, su preciado futuro intentando elevarse con el viento tormentoso de verano, pensó, y abrió la puerta de calle dispuesta a recuperar el sobre que le devolvería lo que había perdido.

Lógico que Isabela no sabía que ese futuro, que llevaba como un tesoro en sus manos, nada tenía que ver con las disculpas y las súplicas de Leopoldo Rodríguez para que regresara a su puesto. Su futuro no era más que una carta de una tía desconocida que la invitaba a pasar una temporada a su casa, enclavada en las márgenes de un pueblo dejado de la mano de Dios.

Todo había salido a pedir de boca para Ernestina, porque mientras maquinaba como hacer que Renzo Valentín le llevara la misiva a Isabela, él tuvo que viajar a la ciudad para impartir una charla sobre la huerta orgánica familiar. Ernestina, sin perder tiempo, aprovechó la oportunidad para encomendarle que le entregara en mano la carta a su sobrina. Si bien el muchacho no se había mostrado complacido con el encargo tampoco se había negado, y Ernestina sintió que el destino se confabulaba a su favor.

Lo que Isabela no sabía era que su tía Ernestina, tras esa invitación, guardaba un enorme deseo que no pensaba revelar a su sobrina, deseo que quizás nunca llegaría concretarse porque ni Dios obrando milagros haría viajar a Isabela a ese pueblo perdido en medio de la nada.

CAPÍTULO 2

Renzo Valentín estaba cómodamente sentado en un sillón de ratán que había en la galería de la casa de Ernestina. Tenía las piernas estiradas y con la mano derecha sostenía sobre la frente una bolsa de hielo para bajar la hinchazón que le provocó el último golpe que le dieron los agentes que lo arrestaron.

Cuando lo dejaron en libertad, regresó a su casa. Apenas traspasó el arco de piedra que daba la bienvenida al pueblo tomó el camino de la izquierda que lo llevaba a sus campos, pero se desvió en el ingreso de la casa de Ernestina. Quería darle la noticia, antes de que se enterara por otro, de que no había podido entregarle la carta a su sobrina.

Para su sorpresa, allí lo aguardaba su padre y sus dos hermanas solteras, la dulce Rosalía y la no tan dulce Gina, que era la menor. Claro, como no iban a esperarlo si ya estaban enterados de su desafortunado encuentro con los incapaces policías de la ciudad. Él mismo había usado la única llamada que le permitieron hacer para informarle a su padre del percance que había sufrido.

Sus hermanas, que nunca se interesaban por sus asuntos, ahora revoloteaban a su alrededor acrecentándole el dolor de cabeza con su constante parloteo y sus atenciones. Le habían traído una cerveza helada, almohadones para el respaldo del sillón y unas pantuflas llenas de agujeros de polillas que habían encontrado en el baúl de los recuerdos que Ernestina tenía al pie de la cama. También Ernestina se había ocupado de atenderlo cuando le llevó una bolsa de hielo para bajar la hinchazón de la frente, aunque esa fue toda la atención que le brindó, porque inmediatamente se sentó en el sillón que estaba frente al suyo esperando recibir las novedades.

—Lamento decirte que no pude darle la carta a tu sobrina... por lo que estás viendo —dijo Renzo, y se señaló. No hacían falta las explicaciones cuando los golpes estaban a la vista. Lo habían dejado en un estado deplorable. Le dolía todo el cuerpo y el enorme chichón parecía una montaña sobre su frente.

—¡Qué barbaridad, Renzo!, no puedo creer que te hayan golpeado de esa forma. ¿Por qué?, ¿por qué lo hicieron? —preguntó Ernestina dejando a un lado, por el momento, el asunto de la carta.

—No tengo idea, deben haberme visto traza de delincuente —dijo Renzo, y le sonrió al ver que ella fruncía el ceño.

—Bueno, eso seguro —dijo Gina con sorna—. Ya te había dicho que fueras mejor vestido, pero nunca me haces caso.

—No iba a una cena de gala, sino a dar una charla a gente humilde sobre la huerta orgánica —aclaró Renzo a Gina. Para él estaba bien, sencillo pero bien, aunque era normal que Gina criticara su forma de vestir—. ¿Qué pretendías, que fuera de traje?

—Antes de que te fueras te había advertido de que esa camisa de colores chillones te iba a traer problemas, y te los trajo. Si me hubieras hecho caso...

—¿La viste?, a Isabela Brandal, digo —preguntó Rosalía cambiando el tema de lo que se ponía o no se ponía su hermano Renzo, y sonrió entusiasmada porque se moría de ganas por conocer a la famosa sobrina de Ernestina. No es que fuera famosa, pero Ernestina hablaba tanto de ella que todo el pueblo estaba impaciente por conocerla.

Bueno, no todo el pueblo, casi todo el pueblo. Gina no la quería y demostraba abiertamente su hostilidad por la “ciudadanita esa que Ernestina quería traer a su casa”, como solía decir. Para qué quería tener a una sobrina desconocida si los tenía a ellos, los tres hijos de Aldo Valentín que

eran como hijos para ella, se repetía Gina indignada al recordar la ansiedad de Ernestina cuando la nombraba.

—¡Cómo puedes preguntarle a Renzo si vio o no a la sobrina de Ernestina cuando lo único que importa es su estado! Míralo, si parece medio muerto —dijo Gina, y señaló a su hermano que no podía mantenerse erguido.

Aldo Valentín arqueó las cejas al escuchar las exageraciones de Gina.

—Yo no lo veo tan mal. Un poco averiado sí, pero no al borde de la muerte... —dijo Aldo, y sonrió cuando su hijo lo miró indignado.

—Sí, la vi asomada a la ventana de su departamento —Y bien desnudita... hasta le hice un cacheo mental, pensó pero no lo dijo—, pero cuando crucé para darle la carta, el portero, que al parecer me había estado espiando, había llamado a la policía. Y los agentes en lugar de pedirme documentos o preguntarme qué hacía allí, me molieron a palos —explicó Renzo, si bien parecía sereno sus ojos delataban su indignación.

—¿Y cómo es? —preguntó Rosalía con curiosidad dejando a un lado el tema de los golpes de su hermano.

—No tengo ni idea —mintió Renzo, y la rememoró mentalmente. Elegante, con aires de ejecutiva, la típica ciudadana estirada que no podría adaptarse a este pueblo perdido en medio de la nada, pensó, pero no podía darle esa información a Ernestina que había esperado ansiosa su regreso para conocer algo de su pobre sobrina huérfana. Él no sería quien le quitara la ilusión—. Lo siento Ernestina, no he podido cumplir tu encargo —se disculpó.

—¡Oh, querido!, no te hagas problema. Ya voy a mandar a alguien no tan inepto como tú —dijo Ernestina demostrando su bronca porque no había sido capaz de entregarle una simple carta a su sobrina.

Aldo se echó a reír.

—Ernestina, deberías demostrar un poco más de preocupación por el estado de mi hijo —dijo Aldo, aunque su tono era de burla.

—Por supuesto que estoy preocupada, pero eso no impide que me sienta indignada. Algo debe haber hecho para que el portero lo considerara un delincuente. ¿No crees, Aldo? —preguntó Ernestina. Ella no creía que por ir vestido sencillo, o con ropa ridícula, como decía Gina, lo hubieran golpeado de esa forma.

Renzo sabía que su actitud podía ser considerada sospechosa, ya que escudriñar el departamento de Isabel durante dos horas era motivo suficiente para que lo tildaran de merodeador, pero no pensaba dar a conocer ese detalle.

—¿Cómo?, ¿Qué crees que pude haber hecho? ¡Esto es el colmo! Encima que acepto entregar la maldita carta a tu pobre sobrina huérfana, que de pobre no tiene nada porque es una maldita ciudadana elegante y agrandada que camina como si fuera la dueña del mundo y... —gritó Renzo, pero al ver la sonrisa de triunfo de Ernestina comprendió su error—. Maldición Ernestina, estoy harto de tus tretas. Si quieres a tu sobrina, ve tú a buscarla —dijo Renzo, y se levantó para marcharse.

Por el camino avanzaba un grupito de mujeres, y Renzo supuso que Ernestina las habría invitado al creer que él vendría con su pobre sobrina huérfana.

—Y esto, ¿qué es?, ¿acaso pensaste que traería el paquete conmigo y organizaste una fiestecita? —preguntó Renzo a Ernestina señalando a las mujeres que avanzaban por el camino, y se desplomó en el sillón sintiéndose vencido porque desde que había visto a la sobrina de Ernestina su mundo organizado y metódico se estaba poniendo patas para arriba. Miró a Ernestina que fruncía el ceño. Claro se dijo Renzo, seguramente no le había gustado que llamara paquete a su sobrina.

—No sé a qué te refieres. Además, yo no las invité —dijo Ernestina, que fruncía el ceño no solo porque hubiera llamado paquete a su sobrina, sino por las injustas acusaciones de Renzo. Caminó hasta el borde de la escalera de piedra y se paró junto a Aldo, que miraba con curiosidad a las mujeres que se acercaban a la casa.

—Parece que vienen a darte la bienvenida, hijo —dijo Aldo sin poder disimular la sonrisa que tenía en el rostro desde que había llegado su hijo.

Aldo recordó la conversación que tuvo con Ernestina el día que Renzo fue a la ciudad a entregar la carta. Ella le había dicho: “deseo que mi sobrina se case con Renzo”. Él se le había reído en la cara y le había respondido que estaba loca, ya que ni siquiera conocían las virtudes o defectos de Isabela brandal. “Y si es una chica de carácter indomable, o una maniática; y si es una desenfrenada sexual o una mojigata que se esconde de los hombres”, había ejemplificado para hacerla entrar en razón. Pero Ernestina ni siquiera lo había escuchado. Con el transcurso de los días se había preguntado por qué se le habían metido en la cabeza ideas tan descabelladas sin conocer a su sobrina, y mucho menos sabía si podía llegar a congeniar con Renzo, por eso, mirando a las mujeres que se acercaban por el camino, estaba seguro de que no habían sido invitadas por ella.

Él le había dejado muy en claro que no pensaba participar en su descabellado plan. Su hijo era dueño de elegir a la mujer que quisiera por esposa, aunque en el pueblo, tenía que reconocer, no había mucho para elegir ya que las mujeres lo consideraban un premio, un trofeo que todas querían conseguir y exhibir en la repisa de la chimenea. “Es mío, es mío”, parecían decir cuando salían a la “caza” los fines de semana. El problema era que Renzo se comportaba atento, hasta galante, pero no se le movía un músculo por ninguna de las pueblerinas. Y en ese preciso instante, Aldo estaba observando pasmado como su hijo perdía los estribos cuando hablaba de la famosa sobrina de Ernestina. Inclusive la había llamado paquete, cosa que nunca haría con las pueblerinas porque no le gustaba ofender a la gente. Y supuso que quizá, solo quizá, las ideas de Ernestina no fueran tan descabelladas.

—¡Si me fui solo por tres días!, ¿de qué bienvenida me hablas? —dijo Renzo, su ira iba en aumento al suponer que eso era otra estratagema premeditada por alguien. Pero, ¿por quién?, ¿por qué? y ¿para qué?

—Yo comenté que hoy regresabas... y también dije que te habían detenido por culpa de la sobrina de Ernestina. Si no hubieras tenido que entregarle esa carta, Renzo... —Gina dejó en suspenso la oración para dar énfasis al desprecio que sentía por la sobrina de Ernestina.

Rosalía, que ya se había dado cuenta que su hermana le tenía encono a Isabela, fue la única que se percató del resentimiento de Gina, pero se guardó sus suposiciones.

—Supongo que les sugeriste que vinieran a consolarme por la paliza —dijo Renzo indignado—. Mejor me voy, tengo mucho trabajo pendiente para tener que soportar tus estratagemas —intentó levantarse del sillón de ratán para escabullirse por la parte trasera de la casa, pero su padre, rápido como un rayo cayendo del cielo, lo retuvo.

—No señor, ningún hijo mío abandona el campo de batalla sin ofrecer lucha —dijo Aldo, y lo empujó por el hombro para devolverlo al sillón.

Renzo frunció el ceño mientras observaba que el grupo de mujeres se acercaba a la finca cargadas con... ¿alimentos?, se preguntó irritado. Qué extraño le parecía todo desde que había regresado de la ciudad. Sus hermanas atendiéndolo como a un inválido cuando nunca le prestaban atención, y las mujeres por poco corrían hasta la casa, como si estuvieran compitiendo entre ellas. Distinguió a Florencia, su novia de la secundaria, que avanzaba con el cuerpo inclinado hacia la derecha por el peso de la bolsa que traía en la mano. Caty, la dulce Caty que estaba enamorada de

él desde que tenía conciencia, traía algo bajo el repasador que sujetaba con la mano izquierda. Y a su lado Aurora, la desvergonzada amiga de Gina que le apoyaba los pechos en la espalda cuando él leía el periódico distraído, venía con un plato cargado de pastelitos almibarados, que debían estar llenos de polvo porque no había tomado la precaución de cubrirlos con un repasador como había hecho la metódica Caty. Rezagada venía Dalia subida a unos tacos aguja, era la única con las manos vacías aunque se había puesto el ropero encima, como si ella fuera el postre que degustaría, pensó Renzo indignado al recordar las tretas de la mujer, que se aprovechaba de él las pocas veces que bebía una cerveza de más. Hasta en eso tenía que cuidarse en ese pueblo donde las mujeres estaban llenas de ansiedades insatisfechas.

Abrió enorme los ojos al ver que se empujaban entre ellas para llegar primero, y mientras él se asombraba ellas reían y avanzaban como si alguien las persiguiera, porque a medida que se acercaban alargaban más el tranco.

En ese momento Renzo supuso que algo andaba mal.

Claro que algo andaba mal. Pero Renzo no lo sabía. Mientras había estado en la ciudad tratando de darle la carta a la sobrina de Ernestina, lo molían a palos y lo llevaban detenido, mientras se disculpaban por el mal accionar de los agentes y lo dejaban en libertad; Gina había escuchado una conversación a puerta cerrada entre Ernestina y su padre, y había quedado furiosa. Ernestina, esa mujer que era como una madre para ella y sus hermanos, estaba empeñada en traer a su casa a una sobrina desconocida. Pero eso no la había molestado tanto como descubrir sus intenciones: “deseo que mi sobrina se case con Renzo”, si bien había puesto la palabra deseo, a Gina le sonó como si fuera un hecho consumado. Aldo, su padre, había puesto el grito en el cielo, pero Ernestina le había respondido que no iba a abandonar sus planes. Al parecer Ernestina creía que no había mujer en el pueblo que se mereciera a Renzo. Cómo si su hermano fuera gran cosa, había pensado Gina llena de celos porque Ernestina siempre había tenido preferencia por Renzo. Por otro lado, le molestaba que apostara todas las fichas a una sobrina que ni siquiera conocía, sobre todo, si esa sobrina era la hija de su hermana melliza, la que le había robado el novio a las puertas de la iglesia.

En el pueblo todos estaban enterados de que Isabela Brandal, la desconocida sobrina de Ernestina, quizá vendría a pasar una temporada a la casa de campo de su tía. La propia Ernestina lo había comentado entre sus amistades, y Gina se había encargado de divulgar la noticia entre las admiradoras de Renzo, obviando el “temita” del deseo de casamiento que había escuchado, porque no quería escuchar las reprimendas de su padre. Ya demasiados problemas tenía con él para agregar uno más que desataría un huracán sin que fuera necesario un fuerte viento para provocarlo. Solo había alertado a las mujeres que querían a Renzo para ellas de la llegada de una competidora de la ciudad para que hicieran algo por conquistarlo antes de que fuera demasiado tarde.

El día que las admiradoras se enteraron de la noticia se había desatado el pandemonio, porque si la sobrina de Ernestina se parecía en belleza a su tía todas ellas quedarían olvidadas para Renzo Valentín. Ninguna de las mujeres quería que una intrusa venida de la ciudad pusiera el ojo en él. Ese hombre era de ellas, del pueblo, de sus vecinos; y si se iba a casar con alguien tenía que ser del lugar. No pensaban permitir que una descarada que no lo conocía de nada y pensaba venir con sus ínfulas ciudadanas, les arrebatara a uno de los pocos hombres que servían para algo, como habían dicho las mujeres el día que Gina desató la tormenta.

—Él fue mi novio en la secundaria, Gina, tengo más derecho a él que esa ciudadana agrandada —fue la conclusión de Florencia que había sido la primera novia de Renzo, aunque de ello hubiera pasado más de una década, pero para ella ese detalle le daba prioridad sobre las otras candidatas.

Además, era la mejor amiga de Rosalía, una de las hermanas de Renzo, eso también debía contar a la hora de ser la elegida.

—Querida, lo tuyo ya es historia, como será que han pasado como doce años desde que te dejé. Yo soy la más reciente y creo que no me ha olvidado porque de cuando en cuando... —Dalia dejó inconclusa la última frase para que sus amigas conjeturaran sobre sus ventajas. Era cierto que de cuando en cuando tenían algún encuentro amoroso, pero era tan de cuando en cuando que solo sucedía cuando él tomaba unas cervezas de más, en muy contadas ocasiones, y se olvidaba que era Dalia la que yacía desnuda en sus brazos. Qué importaba que después despotricara como un caballo encabritado por el error que había cometido, si ella ya lo había disfrutado.

Varias abrieron la boca asombradas por la confesión, pero nadie se extrañaba que Renzo rememorara viejas épocas, él era el preferido y ellas estaban dispuestas.

—Creo que la que tiene las de ganar frente a esa ciudadanita soy yo. No soy ninguna ex sino la próxima de la lista —dijo Aurora con esa seguridad ganada con su físico endemoniado que la hacía sentir superior a todas las mujeres que tenía frente a ella, aunque dentro de esa cabecita cubierta de rulos no hubiera nada. Según Aurora, que tenía un ego infinito, en el pueblo no tenía rival que compitiera con ella, ni siquiera una ciudadana, se dijo para ganar confianza aunque esta vez no estaba del todo segura ya que no sabía cómo sería la famosa Isabela Brandal.

—Qué vas a tener las de ganar si ni siquiera te lo has tirado una vez. No eres su tipo —se atrevió a opinar Dalia.

—Quizás, yo sea... su tipo —dijo en un susurro Caty, la tímida muchacha que lo admiraba de lejos porque nunca se había atrevido ni a cruzar una palabra con él.

Gina la miró con compasión ya que no tenía opciones frente a las otras mujeres que se lo disputarían a puñetazos con tal de que no se lo quedara Isabela Brandal. Pero quizá su hermano la prefería. A Gina no le importaba cual fuera la elegida por Renzo, ya que su único propósito era hacerle la vida imposible a la sobrina de Ernestina para que se marchara, y no iba a parar hasta dejarla en ridículo frente a la gente del pueblo. No podía aceptar que Ernestina, que había sido como una madre para ella y sus hermanos, ahora necesitara tener con ella a su única pariente viva, sobre todo si esa pariente era la hija de Marta, su hermana melliza. Acaso Ernestina se olvidaba que Marta había huido con su novio y la habían dejado plantada al pie del altar con la boca abierta dispuesta a decir: “sí quiero”. Todo el pueblo había visto y sufrido su humillación. Ernestina había quedado tan destrozada que había salido corriendo de la iglesia para ver desde la escalinata como su hermano y su novio se alejaban en una motoneta mientras ella manchaba de lágrimas el impoluto vestido blanco con puntillas en el escote. Eso Gina lo sabía de buena fuente porque su padre se los había contado en varias oportunidades.

En un pueblo chico donde todos se conocían no era fácil caminar con la cabeza en alto después de semejante desplante, pero Ernestina lo había hecho impostando una sonrisa que ocultaba la vergüenza. Al final, se ganó la admiración de todos y el evento desafortunado fue rápidamente dejado de lado, pero no olvidado. Gina sabía que Ernestina había perdonado aquella humillación, pero ella no; y estaba decidida a hacer cualquier cosa para hacerle saber a Isabela Brandal que no era bienvenida en el pueblo.

Las discusiones sobre cuál de las ex novias o candidatas era la más adecuada para desplazar a la ciudadana iba *in crescendo*. Gina, en ese momento, había dudado un poco de lo que había hecho porque era como si lanzara sobre su hermano una jauría de perros en celo. Bueno, qué se las arreglara él, se había dicho, y había zanjado la discusión de manera expeditiva cuando propuso que cada una usara las armas que tuviera para “cazar” a su hermano.

Pero ahora, desde la galería de la casa de Ernestina, Gina miraba a Renzo, que fruncía el ceño

al ver que las mujeres se acercaban con comidas para conquistarlo. Maldijo en silencio su accionar, ya que no había llegado ninguna Isabela Brandal a ocupar un lugar que no le correspondía porque su hermano no había podido entregarle la famosa carta.

—Querido, no te hagas problema que yo me encargo de correr a las mujeres —dijo muy decidida Ernestina, y apoyó una mano firme sobre el hombro de Renzo.

Las carcajadas de Aldo silenciaron a las cigarras que chillaban escondidas entre las plantas.

—Desde cuando tienes que sacarle las castañas del fuego a mi hijo, Ernestina. No crees que él puede solito con esto, ya tiene treinta y dos años —dijo Aldo cuando dejó de reír, aunque en sus ojos verdemar seguía asomando la burla.

—Y yo cincuenta, Aldo, por lo tanto, tengo más experiencia para echar a las mujeres.

—Y por qué habrías de querer correr a las mujeres. Ya es hora de que vaya sentando cabeza, y que mejor que alguien del pueblo —el tono burlón de Aldo la indignó. Ella había confiado en ese hombre cuando le contó sus planes y él se le había reído en la cara y le había dicho, “estás completamente loca”, por eso casi no lo hablaba.

—Bien, si es eso lo que quieres —dijo Ernestina disgustada, y se alejó de Renzo. A pesar de desistir a esta pequeña disputa no iba dejar a Renzo a la deriva con las mujeres que se acercaban armadas con los manjares que les habrían preparado las madres para conquistarlo.

—¡Vaya!, no sé por qué, pero me parece que me están usando para resolver algún problema entre ustedes —dijo Renzo, que cada vez entendía menos lo que estaba pasando en ese momento. Su hermana menor le quería endilgar cualquiera de las mujeres del pueblo, Ernestina las quería correr, y su padre estaba empeñado en que las recibiera. Y él, acaso nadie pensaba en lo que quería él. Acababa de llegar de la ciudad después de tres días infernales en los que lo habían molido a palos, encerrado en una celda hasta que averiguaron sus antecedentes, y disculpado por el error de los agentes; y lo único que tenía en mente era descansar unas horas antes de seguir con sus actividades, pero esto era un loco.

Como si lo que estaba aconteciendo frente a sus ojos no bastara, la imagen de Isabela Brandal pocas veces salía de sus malditos pensamientos, por eso quería estar solo, para despotricar contra ella a su antojo por lo que le había pasado.

Si bien Renzo sabía que Isabela Brandal no era culpable de sus infortunios, él igual la culpaba, porque si no hubiera tenido que entregarle la maldita carta “en manos” como le había dicho Ernestina, no habría sufrido esos percances. Pero todo era como tirado de los pelos desde que había llegado. Algo se estaba cocinando a fuego lento y él no tenía la más remota idea qué era. Lo único que tenía claro era lo que avanzaba por el camino.

El viento del norte soplaba trayendo el delicioso aroma a flores silvestres que crecían en las praderas cercanas a la casa. El cielo se estaba cubriendo de nubes grises que presagiaban tormenta de rayos. Aunque ninguna tormenta podía compararse con la furia que rugía dentro de Renzo Valentín al ver que las mujeres, con sus cabellos revoloteando sobre el rostro, ya estaban a unos pasos de la escalinata.

Se incorporó, caminó con dificultad hasta la baranda de la galería e impostó su mejor sonrisa, esa que era capaz de derretir la impertérrita postura de las monjas del convento a las que solo le flaqueaban las piernas ante la etérea presencia del santo padre celestial; y bajó los escalones del ingreso dispuesto a recibir los tributos de sus admiradoras.

Fue tan devastadora esa sonrisa, que se escucharon los suspiros y gemidos escapando involuntariamente de los labios de las muchachas. Aunque la tímida Caty ni siquiera llegó a eso, porque la traicionaron los nervios y cayó redonda al piso mientras el pollo doradito que llevaba en la bandeja derrapó hasta quedar tendido a los pies de Renzo. Como ofrenda de amor

incondicional, supuso Renzo, y no pudo evitar lanzar una carcajada que le quitó la furia que lo había embargado cuando las vio aparecer.

Eso era tan ridículo que no sabía cómo actuar.

Aldo zanjó el asunto cuando corrió escaleras abajo y alzó a la tímida Caty para recostarla en el sillón de ratán que antes había ocupado Renzo. Las mujeres, sus admiradoras, al parecer olvidaron el motivo de la visita porque corrieron tras Aldo dejando las ofrendas de amor sobre la mesita baja que había en la galería. Sin pérdida de tiempo, Renzo aprovechó el alboroto y se alejó de la casa considerando que el problema se había resuelto gracias a una escueta sonrisa.

Desde un frondoso roble, que crecía a pocos metros, observó los métodos que estaban empleando las mujeres para despertar a la pobre Caty. La zarandearon por los hombros, la cachetearon y finalmente su hermana Gina le lanzó una jarra de cerveza a la cara que logró espabilar a la muchacha. Renzo solo escuchaba los murmullos lejanos de las mujeres mientras se alejaba riendo hacia su propia casa.

Tendría que tomar medidas drásticas, como rodear la finca de rejas que terminaran en flechas puntiagudas, o quizás electrocutar los alambrados para que desistieran de lo que se habían propuesto. ¿Qué se traía entre manos su hermana menor para lanzarle esa jauría de mujeres encima?, se preguntó con desconcierto. Todo ese desbande en solo tres días de ausencia. Recordó que Gina había estado presente el día que Ernestina le encomendó que entregara la maldita carta a su pobre e ingenua sobrina huérfana, que de ingenua y pobre no tenía nada. Seguramente se puso a sacar deducciones, como hacía siempre, y habría llegado a alguna conclusión que no era de su agrado, porque su caprichosa hermana estaba acostumbrada a que las cosas siempre se hicieran a su manera, y si algo no encajaba en sus estructuras ponía todo su empeño en solucionarlo. ¿Pero, qué?, volvió a preguntarse, si solo tenía que llevar una estúpida carta a una elegante ciudadana. Y esa deducción le dio la respuesta: Isabela Brandal.

Su hermana había estado tramando la conquista solo porque tenía celos de la sobrina de Ernestina. Acaso creía que él podía pensar siquiera un minuto en esa elegante ciudadana que en nada se parecía al estereotipo de mujeres que le agradaban. Ni por asomo, se dijo Renzo, que ahora caminaba furioso a campo través la poca distancia que le quedaba hasta su casa. No podía permitir que Isabela Brandal estuviera en sus pensamientos, aunque la imagen de ella desnuda tras el ventanal de su lujoso departamento no salía de su mente. La veía con tanta nitidez que había llegado a ocasionarle algunos desvelos en las pocas noches que habían pasado desde que la vio. Bueno, era un hombre, y todos los hombres habrían quedado como él si hubieran tenido esa maravilla frente a sus ojos.

Recordando que la carta no había sido entregada, Renzo supo que Isabela Brandal nunca llegaría al pueblo porque la misiva ya estaría en el basurero de ciudad o se la habría llevado el viento. Inclusive, podría haber caído a las aguas del río que atravesaba la ciudad y la carta ya no sería más que un papel blanco con la tinta borrada. Para qué desvelarse por ella, si Isabela Brandal había desaparecido antes siquiera de aparecer por el pueblo.

O eso creía Renzo, que a fuerza del arduo trabajo que realizaba en el campo Isabela Brandal ya era historia pasada para él, solo una ráfaga de aire fresco que se convirtió en huracán cuando la policía lo molió a palos frente al departamento.

CAPÍTULO 3

A veces lo que uno imagina o desea no tiene nada que ver con la realidad. La bendita carta que Isabela había recogido de la vereda del edificio no era de Leopoldo Rodríguez, por lo tanto, el famoso recadero al que había molido a palos la policía tampoco era un recadero, sino un vecino de una tía que había aparecido, vaya a saber de dónde.

“Te envió esta carta por intermedio de un querido vecino que es como un hijo para mí. Soy tu tía Ernestina, hermana melliza de tu madre”, le había escrito al comienzo.

De solo recordar al vecino, se ruborizó. Ese hombre que para su tía era como un hijo, el que habían molido a palos en la vereda del edificio, la había visto desnuda, pensó consternada, y siguió leyendo para borrar la vergüenza que le producía aquella situación.

“Supongo que no sabrás de mi existencia, por eso te envió una fotocopia de la libreta familiar para que no tengas duda que tu madre y yo éramos hermanas”, seguía relatando Ernestina.

Desde hacía dos semanas Isabela intentaba recordar si su madre, alguna vez, había nombrado a su hermana melliza Ernestina, aunque sabía con certeza que no. ¿Cómo su madre podría haber olvidado un detalle como ese? Imposible, se dijo. Simplemente había decidido ocultarle que tenía una hermana. Lo que no entendía era el motivo.

El día que leyó la carta lloró como una Magdalena. No por la tía desconocida que acababa de encontrar, sino porque no era de Leopoldo Rodríguez. Pero mirando su desdicha dos semanas después se intentaba convencer de que esa tía desconocida era como el salvavidas para los naufragos.

“Tu madre Marta y yo llevamos sin vernos desde que se casó con Ernesto. Nos distanció un acontecimiento del pasado y ahora ya es tarde para reencontrarnos, pero estás tú, su hija, mi sobrina querida”, le contaba a continuación.

No tenía a donde ir porque había vendido la casa familiar para hacer una entrega para el departamento. Pero como debía el setenta por ciento había decidido no usar el último salario para abonar una cuota de algo que ya estaba perdido. Además, Leopoldo Rodríguez no había perdido el tiempo y al cabo de dos días de su renuncia había enviado a su secretario personal con una propuesta ridícula. ¡Diez mil dólares! en mano si restituía el departamento a la empresa en quince días, sino, en dos meses tendría un juicio por falta de pago de las cuotas mensuales a las que se había comprometido cuando recibió el préstamo. Al parecer el hombre estaba indignado por su rechazo público a la propuesta de ser su amante y se desquitaba robándole el dinero que había invertido. Isabela había puesto un anticipo de cuarenta mil dólares, más un año de cuotas que equivalía a una buena parte de su salario mensual. Es decir, que el maldito malnacido se estaba quedando con el dinero de la venta de la casa familiar, además de su sueldo. Su padre, si desde el más allá se había enterado, debía estar revolcándose en la tumba al ver que su hija, una administradora de empresa recibida con honores, una mujer capaz de levantar empresas en quiebra, acababa de perder la casita que él demoró doce años en levantar.

Isabela había intentado buscar refugio por un tiempo en la casa de su amiga Lucrecia, pero vivía en un monoambiente con su reciente novio y no tenía lugar para recibirla, salvo en la cama con ellos, le había aclarado entre risas. A las otras amistades, que conservaba de su época estudiantil, ni siquiera se había atrevido a pedirles hospedaje porque eran mujeres que no tenían problema de entregarse a sus jefes con tal de escalar posiciones. También pensó en buscar otro empleo, pero, ¿para qué?, para que le pasara lo mismo. Por lo tanto, solo tenía a la tía Ernestina,

que con esa carta llena de cariño la invitaba a pasar una temporada en sus campos.

“Me encantaría que vinieras a pasar una temporada a mi casa que está a pocos kilómetros de un pueblo pequeño. Creo que las dos nos vamos a llevar muy bien. Supongo que tendrás una vida en la ciudad, pero si no es así y lo deseas mi casa puede ser tu hogar”.

Prácticamente le estaba pidiendo que se mudara con ella. Isabela no estaba en condiciones de desechar la oferta, tampoco creía que pudiera vivir en un pueblo chico, pero como había decidido no pensar en más allá del día a día estaba dispuesta a viajar.

¿Cómo haría para adaptarse a la vida campesina?, se preguntó mirando su reflejo en el vidrio del ventanal que le devolvía la imagen de una ciudadana bien arreglada. Los zapatos de cuero negro tenían un detalle fucsia en el talón, y el pantalón negro dos pequeñas flores rosas que parecían deslizarse por el muslo; la camisa de seda era de un rosa fuerte y se le adherida al cuerpo marcando su bien formada figura; y los aros y el collar eran de rodocrosita. Así era ella y no podía tirar por la borda lo único que le quedaba.

Se giró y observó el departamento vacío. Solo había paredes, puertas y ventanas, porque los muebles los había vendido en una casa de compraventa que le había pagado ¡dos mil dólares por el paquete!, como llamaron a sus preciados tesoros. Ese precio ni siquiera cubría lo que le habían salido los sillones del *living*, pero ella no tenía tiempo de regatear y había entregado todo. ¿Dónde quedaba su época de luchar por horas en reuniones para conseguir buenos negocios para la empresa?, atrás, se dijo al comprender que no había luchado para conseguir un mejor precio por los muebles.

Había estado viviendo una fantasía desde que empezó a escalar en la empresa de Leopoldo Rodríguez, porque desde que la nombraron gerente de compras, gracias al terreno que estaba pisando en ese momento, venía soportando las insinuaciones de su jefe que estaba empeinado en meterla en su cama. Si hubiera sido sensata y hubiera aceptado que eso no podía durar, no estaría despidiéndose de su vida para convertirse en campesina.

Junto a la puerta estaba lo único que no había vendido: tres maletas con sus ropas y una caja conteniendo su colección de adornos de cristal, bien envueltos entre algodones para que no se rompieran durante el viaje. Aunque tenía que reconocer que había acrecentado sus escasas pertenencias con el Peugeot 206 que estaba estacionado en la puerta del edificio. Lo había comprado con el dinero que le habían pagado por la venta de los muebles y los miserables diez mil dólares de Leopoldo Rodríguez. Un pequeño logro ante grandes fracasos.

“El típico vehículo del viejito huevero”, le había dicho el hijo del anciano cuando se lo mostró. “Mi padre solo lo usaba para ir a mi casa los domingos y no pasaba de treinta kilómetros. Está como nuevo”. Si eso era verdad, ya lo averiguaría en el trayecto a la casa de su tía Ernestina. Ella no era experta en mecánica y había confiado en el hombre y la buena apariencia del vehículo.

Siempre había querido tener un coche, pero las cuotas del departamento eran tan altas que no se había animado a endeudarse con más créditos. Menos mal que en eso había sido sensata, sino tendría otro problema más por resolver.

Ese coche le permitiría llegar al lugar desolado donde vivía su tía Ernestina, y si no le gustaba la mujer o el pueblo, se subiría al 206 y partiría sin rumbo a donde los caminos la llevaran. Lo importante era que empezaría una vida nueva, sin deudas, y el vehículo era necesario para avanzar hacia su destino, se dijo mientras caminaba con lo único que nunca nadie le podría arrebatar, sus ropas perfectamente combinadas, su elegancia y el buen porte en el andar. Esto último lo había ganado en aquella época de adolescente en la que estaba ilusionada con ser modelo, y que su padre había borrado a cachetazos cuando se enteró la profesión que había elegido. “No voy a permitir que mi única hija se pasee desnuda por las pasarelas, y mucho menos que se codee con

gente indecente que la quiere convertir en una puta”, le había gritado ese lejano día, y después le había enrojecido las mejillas a cachetadas. Más tarde se había disculpado por sus exabruptos, pero la herida ya había echado raíces en Isabela que se esforzaba por ser la hija que él había querido tener. De qué le había servido, si a pesar de haber dejado de lado sus sueños, a pesar de haberse graduado con honores en la facultad y ganado a pulso el puesto de gerente general, había tenido que renunciar por haber rechazado el puesto de puta con el que intentó premiarla Leopoldo Rodríguez.

Cargó sus pocas pertenencias hasta el ascensor, echó llave y no se permitió volver la vista para contemplar lo que quince días atrás había sido su vida, la que se había intentado forjar para tener el futuro asegurado.

¡Campesina!, no se veía como una campesina, pensó Isabela imaginando lo que le costaría adaptarse a esas desolaciones donde viviría su tía Ernestina.

“Vivo sola en una casa muy grande, rodeada de un amplio parque. La casa es muy antigua, la construyó tu bisabuelo. Por esa época los campos que la rodeaban no eran de nadie, pero algunos años después una familia compró esas tierras y ahora vivo rodeada de enormes plantaciones de verduras orgánicas y campos de alfalfa que ellos siembran para alimentar a los animales. No es mucho lo que puedo ofrecerte pero vivo bien gracias a una pequeña huerta orgánica que tengo en unas pocas hectáreas que me prestan mis vecinos”. Evidentemente, su tía Ernestina le trataba de explicar que no se encontraría con grandes riquezas, aunque le contaba que tenía pensado abrir un negocio en el centro, sin mencionar el rubro. Después de lo que le acababa de pasar, ella tampoco ambicionaba más que una vida dichosa y sin demasiados lujos.

Que una mujer de la misma edad de su madre tuviera tantos proyectos le dio ánimo, y decidió empezar de nuevo visitando a esa tía que tenía tantas ganas de recibirla. Una vez allí vería que rumbo tomaba su vida.

Qué distinta parecía ser esa tía a su madre, pensó recordando a Marta, que había vivido quejándose y discutiendo con su padre desde que ella recordaba. Nunca un proyecto, un sueño por cumplir, un anhelo o el deseo de intentar ser feliz. Y llegó a la conclusión de que sus padres habían pasado la vida destruyéndose entre ellos.

Por las letras escritas en la carta estaba segura de que le gustaría la tía Ernestina. Lo único que a Isabela le daba un poco de temor era encontrarse con el hombre que habían molido a palos en la vereda de su departamento. Seguramente, no estaría muy contento con lo que le había pasado. Pero bueno, ella no tenía la culpa y no pensaba dejar de ir a la casa de su tía por el pequeño percance que había sufrido el hombre. En realidad lo que más sentía era vergüenza. Ese hombre la había visto desnuda, ya no le cabía duda, pero estaba dispuesta a afrontar cualquier consecuencia porque no tenía otra opción. Además, esa carta para ella era un designio.

Por lógica, su tía Ernestina no la estaría esperando porque no sabía que ella había rescatado la carta antes de que se la llevara el viento. Bueno, le daría una sorpresa, se dijo para tomar coraje y animarse a emprender esta posibilidad que le había dado el destino en el momento que más lo necesitaba. Además, como no había una vida esperándola, iba sin apuro por marcharse. Había tomado la decisión de resolver su vida según se fueran dando los acontecimientos, sin pensar en el futuro. Solo existía un presente en el que navegaría a la deriva cual barco que había perdido las velas, el timón o el norte, dispuesta a campear cualquier temporal que se le presentara mientras avanzaba.

En la vereda, el guardia del edificio la ayudó a cargar en el baúl del Peugeot 206 las maletas y la caja con los adornos de cristal. Se despidió con un apretón de mano y echó una mirada al ventanal de Carlota, pero la anciana no estaba en su puesto de vigilancia. La tarde anterior ya le

había comentado que no le gustaban las despedidas, por eso habían compartido una de sus rutinarias conversaciones y se habían despedido como si al día siguiente todo siguiera igual, aunque Isabela había visto los ojos vidriosos de la anciana mientras le decía “hasta mañana, mi querida Isabela, y buen comienzo del día”.

Mirando desde la vereda la vida que estaba dejando atrás, comprendió que su soledad solo la llenaba Carlota con sus quejas reiteradas. Qué ironía, tanta lucha por conseguir ¿qué?, si no tenía nada. Ni siquiera el departamento perdido valía todo el tiempo que había desperdiciado trabajando. Estaba tan sola que si no hubiera aparecido esa tía que decía ser hermana melliza de su madre, no sabía que habría hecho frente al desamparo que sentía. Al final, la bendita carta que se le había caído a ese pobre hombre que aporrearon en la vereda, era como un milagro de salvación que había llegado en el momento que más lo necesitaba. Quizá, con la tía Ernestina lograba algo de esa vida familiar que tan poco conocía.

Encendió el motor y salió con su coche intentando alejarse lo más rápido posible de su pasado, de esa vida de empresaria importante que le había dejado vacío de sensaciones el corazón y el alma.

Tiempo después de manejar por una ruta impecable, encontró el cartel que indicaba el camino al pueblo de su tía. “Paraíso a ocho kilómetros”. Luego de manejar un largo rato por ese desierto se preguntó: ¿dónde se había metido?, y supuso que no había sido una buena idea venir a refugiarse en la casa de Ernestina.

El camino estaba lleno de baches y el coche del viejito huevero en un día estaba a punto de desarmarse con el traqueteo. En las márgenes crecían pajonales sedientos y unos árboles raquíticos achicharrados por el sol agobiante de ese medio día de verano. Ni un pueblo, salvo un sitio desolado, que era una especie de parada para visitar siete tumbas con sus enormes cruces blancas apuntando al cielo. Lógico, quién querría vivir en esas desolaciones, si hasta era un mal lugar para morir, pero esos muertos seguramente no alcanzaron ni a quejarse el día que perdieron la vida en ese desierto. Se detuvo unos minutos para estirar las piernas, pero la soledad del lugar la abrumó y enseguida prosiguió la marcha.

Dejó atrás las tumbas y siguió avanzando mientras miraba solo campos sembrados tras esa vegetación deprimente que crecía al costado del camino. Eso era un páramo horrendo en el que ni siquiera había un árbol que diera algo de sombra, pensó Isabela, pero siguió tercamente hasta la casa de la tía Ernestina porque no había otra opción para ella. No tenía dinero ni otro lugar adonde ir; además, no debía olvidar que esa carta la había considerado una premonición.

Unos cuantos kilómetros más adelante apareció un montoncito de casas a la izquierda del camino, y un arco de piedra daba la bienvenida a Paraíso, como rezaba el cartel de corteza de árbol que colgaba desvencijado y a punto de caerse del arco.

¿Dónde estaría el paraíso?, pensó Isabela mientras atravesaba el arco del triunfo sintiéndose una fracasada por el designio que le había tocado en suerte. Esa tía suya podría haber elegido un mejor lugar donde vivir, se dijo y casi tuvo la certeza de que allí no se sentiría a gusto.

Ella era una ciudadana que admiraba los edificios de altura, el pavimento en las calles y el tráfico complicado, no ese pueblo dormido donde no había un alma viva ni muerta en las calles. Parecía abandonado, supuso Isabela luego de recorrer lo que sería el centro. Aunque dudaba que a una plaza rodeada de unas pocas tiendas, un bar que parecía sacado de las películas del lejano oeste, y un restaurante con el nombre de Lo de Ada, que tenía una pizarra negra en la que anunciaba el menú del día escrito en tiza, se le pudiera llamar centro. Se detuvo a leer la oferta del día: Ravioles caseros con tuco, pan, flan de huevo, vino o gaseosa a elección, ¡todo por

cincuenta pesos!, el precio era tan ridículo que se preguntó cómo haría Ada para vivir si cobraba tan poco, seguramente en algún lugar estaría la trampa. Ella ya conocía que en esos lugares económicos ponían la comida a precios de regalo y después cobraban hasta el aire que se respiraba. Dejó de lado sus conjeturas y miró nuevamente el centro, tan pobre que daban ganas de salir corriendo.

Le pareció extraño que el bar se llamara Lo de Carlo. Pero mirando algunos carteles más descubrió que los pocos negocios que había tenían esa característica. Lo de Mario era una zapatería, Lo de Zoilo una pollería, también estaba Lo de Margarita que era una panadería y la farmacia se llamaba Lo de Rivera. Sonrió por la ocurrencia de esa gente que vivía casi aislada del mundo en esas desolaciones horrorosas. Seguramente, todos se conocían y ella se sentiría una extraña que venía a inmiscuirse en la vida de Carlo el dueño del bar, Margarita la panadera, Ada la de las comidas caseras y Zoilo el pollero.

Estacionó el auto en la plaza y recorrió la manzana que la rodeaba mirando los negocios: Lo de Rita, Lo de Estela, Lo de Adela..., y tuvo que reconocer el esfuerzo de esa gente por embellecer un poco el pueblo horroroso con toldos de lona rojos, verdes y amarillos, y macetas adheridas a las paredes llenas de flores multicolores que caían en cascada; y tuvo que admitir que daban un toque encantador a las paredes desconchadas.

Aspiró y soltó el aire fascinada al descubrir que el pueblo estaba impregnado de un aroma floral que transmitía paz, y ese detalle le hizo olvidar el paraíso olvidado que era el pueblo.

Al mirar el negocio que había justo al lado de la zapatería quedó maravillada. Allí había una encantadora tiendita de ropa que se llamaba Lo de Lidia, lo único decente que había encontrado en ese lugar más feo que el pobre perro de Carlota, que había nacido con un grave problema dental ya que siempre parecía sonreír porque los dientes los tenía fuera de la boca.

Se paró en la vidriera y se dijo que la tal Lidia debía ser una excepción en el pueblo, porque la ropa era de un gusto exquisito. Todo combinaba a la perfección como a Isabela le gustaba.

Se apoyó contra el vidrio porque el reflejo del sol no le dejaba apreciar en detalle las bellezas que había tras el vidrio. Un maniquí tenía un vaquero sencillo con tres mariposas amarillas pintadas en el muslo, que Lidia había combinado con una delicada camisa de batista amarilla patito entallada al cuerpo y unas alpargatas amarillas. Al lado había otro maniquí vestido con un pantalón corto en tono blanco con bolsillos floreados, que combinaba con la musculosa blanca que también tenía un pequeño bolsillo floreado cerca del busto, y las alpargatas eran del mismo floreado que los bolsillos. Eran un encanto los dos conjuntos, un sueño, y los quería; pero en el negocio no estaba Lidia para atenderla. Quizá, había cerrado para ir a almorzar, supuso Isabela y se giró para mirar en derredor. Allí no había nadie, absolutamente nadie, o eso creyó ella que no podía ver que había alguien fuera de su vista observando tras un árbol cada uno de sus movimientos.

Isabela probó bajar el picaporte y dio un salto de alegría cuando la puerta se abrió. Allí fue a desaparecer, en esa tiendita de encanto que había en ese pueblo horroroso.

—¡Isabela Brandal! —susurró Renzo Valentín totalmente desconcertado mientras observaba desde la plaza del pueblo a la sobrina de Ernestina caminar por la vereda de enfrente. En ese momento se sintió transportado en el tiempo, como si los quince días que habían pasado desde que la vio en la ciudad se estuvieran repitiendo ahora en su pueblo, porque en esta oportunidad también estaba escondido tras un árbol y la observaba pasmado. Su pulso se aceleró de solo verla caminar con la elegancia que le daban sus ropas caras y perfectamente combinadas. Iba de negro y fucsia, hasta los aros hacían juego con su atuendo, se fijó y sonrió por lo detallista que era. Debía

estar derritiéndose bajo el sol enfundada en ese pantalón negro en un día tan caluroso, el peor que habían tenido en ese verano agobiante.

Qué mujer atrevida y segura, se dijo al ver que ella caminaba como si el pueblo fuera suyo, arqueaba las cejas y medio que sonreía con lo que veía, como si fuera una jovencita sorprendida.

Por fin podía verla sin que la noche difuminara su figura, sus gestos, su gracia, ese encanto natural que nada tenía que ver con la apariencia de mujer importante que había observado cuando la vio caminar por las calles de su barrio importante. Renzo comprendió que allí no era una ejecutiva a pesar de sus prendas, sino una mujer que curioseaba todo y demostraba el asombro en los gestos de su rostro. Tenía los pómulos elevados, unos ojos expresivos y brillantes, la nariz pequeña, y los labios rojos eran una tentación. Ella era como un duende travieso en ese momento. Quizá, se debía los gestos simpáticos que hacía mientras se asomaba a las vidrieras, tocaba las flores de las macetas que colgaban en las paredes de las tiendas, y aspiraba el aroma que desprendían. Luego, ella caminó apresurada, como si el tiempo se le acabara, y su cabello danzó sobre su espalda. Ondas grandes y sedosas de color cobrizo brillando con los rayos del sol mientras se lo retiraba de la cara. Al verla parada cerca de las macetas que colgaban de las paredes vio que no era tan alta como aparentaba, ya que si se bajaba de esos tacos de diez centímetros no debía medir más de un metro sesenta, es decir, que a él le llegaría al hombro. Al final, la mujer importante que había visto en la ciudad nada tenía que ver con la que caminaba, sonreía, se asombraba y miraba con curiosidad todas las tiendas del centro del pueblo.

Al darse cuenta de que estaba escondido como un idiota observándola, se indignó. Esa mujer era la culpable de que lo hubieran arrestado, y él tendría que estar buscando algún motivo para devolverle el favor, no admirándola como si ella fuera una obra de arte.

¿Cómo mierda había llegado Isabela Brandal al pueblo si no había podido darle la carta?, se preguntó Renzo, que ahora la miraba con el ceño fruncido recordando las humillaciones y los golpes que había soportado por su culpa. Tendría que agarrarla del brazo y meterla en el coche para que se fuera por donde había venido. No, mejor sería pedirle a Hermes, el comisario del pueblo, que la arrestara unas horas para que supiera lo que se sentía al ser tratado como un delincuente. Después iría a la casa de Ernestina y le haría un comentario como al pasar de lo que había pasado, y ella se encargaría de sacarla de la cárcel. Quizá, si la recibían de esa forma tan hostil se iría del pueblo. Este no era su sitio, donde las mujeres compraban la ropa en lo de Lidia, que traía variedad de prendas para que no salieran todas vestidas iguales, pero que en nada se parecían a los diseños finos y elegantes de Isabela Brandal.

Justo en ese momento la vio y se asombró, Isabela estaba con la pequeña nariz apoyada en la vidriera de la tienda de Lidia mirando lo que para ella serían trapos insulsos y poco elegantes.

Pero Isabela sorprendió a Renzo nuevamente cuando se alejó del vidrio y echó un vistazo a su alrededor. No había un alma en las calles esa siesta calurosa de verano, salvo él escondido tras un árbol. Entonces Isabela sí que dejó boquiabierto a Renzo cuando probó abrir la puerta de la tienda de Lidia, y como estaba sin llave se metió y comenzó a desnudar maniqués con una velocidad alarmante.

¿Así de rápido se habría desnudado cuando la vio tras el ventanal?, se preguntó Renzo que no podía creer que la sobrina de Ernestina se hubiera metido en una tienda cerrada como si el negocio fuera suyo.

Renzo cruzó la calle por la esquina para que no lo viera, y caminó hasta Lo de Lidia para espiarla. ¿Qué pretendía hacer?, robarse alguna prenda. Se asomó por el costadito de la vidriera y vio que se metía en los probadores con unas prendas colgadas al hombro, mientras los maniqués quedaban desnudos en la vidriera. ¡Dios mío!, es que no tenía miedo de que la metieran presa.

Pensar que él buscaba una excusa para llamar al comisario y ella se la servía en bandeja.

Sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y sonrió por lo que estaba por hacer, pero justo en ese momento ella salió del probador y comenzó a caminar luciendo las prendas de Lidia: un vaquero ajustado y una camisa amarilla que se le adhería como si la hubieran moldeado para ella. Se movía por el local como si estuviera desfilando ropa de Cristian Dior, porque caminaba con elegancia y los sencillos trapos se convirtieron en fino encaje y seda sobre su cuerpo perfecto. Renzo tragó saliva, inclusive carraspeó. Llegó a la conclusión que esa mujer quedaría elegante hasta con bolsas de papa sobre su figura.

Isabela otra vez desapareció en el vestidor, y apareció al rato con una sudadera traslúcida y un pantalón tan corto que podía verle el nacimiento de las nalgas. Ella se miró en el espejo del probador, arqueó las cejas al ver que se le marcaban los pezones y se giró para mirarse el trasero. Largó una carcajada y volvió a desaparecer en el probador.

Renzo sintió su propia respiración jadeante, ella había aparecido casi desprovista de ropas y el cuerpo desnudo que había visto tras el ventanal de su departamento regresó a sus pensamientos porque otra vez estaba allí, expuesto a su mirada con esas escasas ropas insinuantes. Tenía tantas ansias de tocarla, para comprobar si era tan exquisita como la había imaginado, que a punto estuvo de entrar en Lo de Lidia y meterse en el probador.

Lamentablemente, sus pensamientos lascivos quedaron congelados cuando vio que por la plaza se acercaba Hermes seguido de un grupo de vecinos armados con palos, rastrillos y escobas, dispuestos a defenderse del que se había atrevido a violar las normas de respeto al bien ajeno. En ese instante Renzo recordó que su padre le había dicho: “Hemos tenido que instalar alarmas comunitarias porque en Lo de Margarita se han robado ¡cinco varillas de pan! mientras ella y su esposo dormían la siesta”.

Renzo se rió por la exagerada demostración de apoyo de los vecinos, y porque Isabela Brandal estaba a un paso de ser detenida y encerrada en la comisaría por unas horas hasta que averiguaran sus antecedentes, como le había pasado a él en la ciudad.

¿Esto sería la justicia divina de la que siempre hablaban las ancianas?, se preguntó.

El problema era que Renzo, tras su apariencia de desfachatado, tenía un corazón noble dispuesto a rescatar a damiselas en apuros. Además, ansiaba sentir el contacto de esa piel que parecía suave como copos de algodón untados en crema, rozar con el pulgar los pezones que se transparentaban bajo la sudadera y cubrir con sus manos las nalgas que escapaban del pantalón corto que se había probado. Entonces, entró en la tienda decidido a hacer de héroe. Diría a los vecinos que él la había metido en contra de su voluntad en Lo de Lidia para robarle un beso, porque no pudo resistir la tentación de esa mujercita elegante caminando por las calles del pueblo. Eso bastaría para que los hombres le palmearan el hombro entre risas y las mujeres desistieran de esa idea de conquistarlo que les había metido Gina en la cabeza. Es decir, que no solo salvaría a la sobrina de Ernestina de los escobazos y la celda del pueblo, sino que se salvaría él mismo del acoso de las mujeres. Y recordó que hasta la tímida Caty había dejado los desmayos y le había entregado, entre tartamudeos, un flan de huevos, “son de las ga—llinas po—nedoras de mi ma—dre”, había aclarado porque sabía que Renzo era un experto en alimentos orgánicos.

Mientras caminaba hacia el probador, una sonrisa ladina se posó sobre sus labios al suponer que quizá no había alcanzado a vestirse y él nuevamente la vería desnuda. Pero cuando corrió la cortina y se deslizó dentro, ella se estaba abrochando unas perlititas rosas en los ojales de la camisa. Renzo alcanzó a ver por el espejo que el sostén era fucsia. ¡Claro, cómo iba a ser de otro color si era una experta en combinar prendas!, y bien supuso que la tanga, porque no debía usar calzones tamaño carpa, sería a juego con los encajes del sostén.

Para dejar de mirar a Isabela semidesnuda, elevó la vista a su rostro. Nunca la había visto a tan corta distancia y quedó por un instante hechizado. Ella tenía una belleza cautivante y unos ojos de color indefinido que le bloquearon la razón. ¿Serían grises, ámbar o una mezcla de los dos?, no estaba seguro. Era tan exótica y exquisita que se sintió atrapado por su mirada, la misma de Ernestina, descubrió mientras desviaba la vista. Este no era el momento de quedar aturdido, la gente se estaba acercando y él tenía que poner en marcha el plan de rescate que se había propuesto. Se sacudió el aturdimiento y le dijo:

—No te imaginas en el lío que te has metido. Has entrado a una tienda cerrada y afuera hay una gran cantidad de gente armada con rastrillos y palos de amasar... esperándote —Era una mentira porque no había más que un puñado de vecinos, pero eso ella no lo sabía.

Renzo había puesto las manos en los bolsillos de sus gastados pantalones, porque si no ya estaría desprendiendo los botones que ella había dejado de prender cuando lo escuchó hablar a sus espaldas.

—¿Y usted quién es? —dijo Isabela inocente, se giró y el impacto de esa escultura la dejó aturdida unos segundos. Cuando volvió en sí, dio unos pocos pasos y corrió apenas la cortina del probador pensando que el extraño le estaría mintiendo, pero lo que vio afuera la dejó estupefacta. La gente estaba acercándose por la plaza, que estaba justo frente al negocio, con rastrillos y escobas en las manos. Tal cual le había dicho ese hombre espectacular con cara de desfachatado que se le había metido en el probador, aunque había que evitar mirar la mala elección de sus prendas, un pantalón marrón gastado y una remera azul eléctrica algo estirada, negó con la cabeza en un verdadero gesto de desaprobación. Mejor que se olvidara de lo impresionante que era y de sus prendas mal combinadas y se concentrara en solucionar con presteza el problema que tenía delante de sus ojos, se dijo, y miró preocupada al hombre de los ojos verdemar que estaba apoyado en el espejo del probador con los brazos cruzados sobre el pecho, bien relajadito, se dijo Isabela. Claro, que problema tenía él, si era ella la intrusa en ese pueblo.

Tarde comprendió que en lugar de haberle preguntado quién era o quedar paralizada mirándolo como una tonta, debería haberlo echado a patadas del probador, y remedió el asunto.

—¡Salga del vestidor ahora mismo! —gritó, y lo miró con furia. Él ni se movió, quizá, porque no le provocaron reacción sus palabras, o tal vez, porque aún no se había decidido a dejar de mirarla, se dijo Isabela. Ella que había sido una gerente general acosada por el socio mayoritario de la empresa sabía actuar con eficiencia cuando tenía que escabullirse de estas situaciones complicadas, pero en ese momento estaba lenta de reacción.

Renzo, que ya se había despabilado del impacto que le produjo su belleza, aprovechó su desconcierto para hablar unas palabras.

— Si salgo del vestidor tengo que entregarte a la gente —Le señaló el lugar por donde se acercaban los vecinos—. Has entrado en una propiedad privada y encima has revuelto todo el local. ¿Qué crees que van a pensar?

—¡Estaba abierto! —gritó defendiéndose de la injusta acusación. Aunque ella misma se sintió engañada con sus propias palabras. Haber visto esas ropas tan bonitas y sencillas le hizo recordar su época de adolescente en la que entraba a los negocios y se probaba todo lo que llamaba su atención. Habían pasado muchos años y la vida agitada de la ciudad no le había permitido pensar y actuar con el descaro de aquella época. Pero en ese pueblo feo, de paredes descascaradas y aroma a flores, se sintió joven y despreocupada. Por eso asió el picaporte, y como la puerta estaba abierta entró sin pensar en las consecuencias. Ella no estaba por robar las prendas, solo quería probarse y esperar que la dueña regresara para pagar lo que se había probado. Lamentablemente, eso solo lo sabía ella.

—Este es un pueblo tranquilo, todos los negocios están si llave, pero nadie entra antes de que lleguen los dueños. Son nuestras reglas —dijo Renzo.

—Claro, como si yo tuviera que conocerlas —dijo Isabela indignada por las estúpidas reglas de esa gente.

—Esto se arregla fácil, solo déjame a mí —explicó Renzo, aunque cometió el error de sonreír con burla.

—No, esto lo arreglo yo. ¡Salga ya de acá, caradura! —le señaló la cortina del vestido.

Renzo comprendió que ella había dejado a la adolescente que se probaba prendas con descaro, al duendecito travieso que miraba todo con curiosidad, para impostar a la mujer experimentada y capaz de enfrentar los problemas por su cuenta. Se indignó, él la salvaría de esto porque les convenía a los dos: a ella para que fuera bien recibida en el pueblo, y a él para sacarse a las molestas mujeres que le llenaban la heladera de comidas caseras y no lo dejaban ni moverse por las calles del pueblo. Se sentía acosado desde que había regresado de la ciudad, y en los últimos días había tomado la decisión de venir en los horarios que no había un alma caminando por las calles, salvo Isabela Brandal.

Renzo tenía la certeza de que si lo encontraban besando a la sobrina de Ernestina la noticia correría de boca en boca y las muchachas lo dejarían en paz. Y como estaba decidido a hacer su voluntad, se acercó a ella y la tomó por la cintura sintiendo por fin en sus manos la dulzura de su cuerpo. Al tacto parecía desnuda, porque esas prendas eran tan ligeras que dejaban traspasar el calor y sentir las curvas de su cuerpo, aunque más le hubiera gustado rozar la suavidad de la piel desnuda. Nunca, ninguna mujer le había bloqueado la razón como lo estaba haciendo la sobrina de Ernestina, y eso le provocaba cierto encono hacia ella porque era como si se apoderara de su voluntad. No podía soltarla, porque sentía como si le faltara algo, como si ella fuera... un mal necesario en su vida, se dijo recordando lo mal que le había ido desde aquel día en que la vio desnuda tras el ventanal de su departamento.

Isabela se estremeció ante el contacto de las manos grandes de ese hombre atrevido que le rodeaba la cintura y la acariciaba con suavidad, apenas roces sobre sus prendas de tela ligera. Intentó empujarlo, pero era imposible o ella no usaba la suficiente fuerza debido a que estaba sobrecogida por ese cuerpo protector que intentaba solucionarle el problema que había en la vereda. Toda esa gente, aunque no eran tantos como él le había dicho, esperándola para atacarla con palos y escobas porque había entrado a una tienda abierta. Si no querían intrusos porque no echaban llave, se dijo, pero él la distraía con cada caricia y no podía razonar para resolver el problema que tenía afuera, ya que el problema de adentro la tenía mareada.

—Pon tus manos sobre mi pecho como si intentaras alejarme, y bésame. Vamos a decirles que te metí en el probador en contra de tu voluntad. Salvo que prefieras pasar un tiempito a la sombra hasta que descubran quién eres —dijo Renzo, el rostro pétreo era una máscara que ocultaba su sonrisa, porque ella lo miraba con esos ojos de varios matices asombrados por su proposición. Qué bonita era, se dijo admirando ese rostro sorprendido.

Si Isabela no hubiera cometido el error de morderse el labio inferior, Renzo no se habría sentido tentado de hacer lo que hizo. Se inclinó, y sin esperar que ella cumpliera su pedido tomó posesión de su delicada boca que parecía dibujada por el experto pincel de Dalí pintando a su amada Gala. Las manos del hombre se movieron por voluntad propia, descendiendo hasta posarse en el trasero que había visto desde la vereda. Hundió los dedos en las carnes deliciosas de sus nalgas y la pegó a su cuerpo para que ella sintiera la dureza de su sexo. Quería poseerla, hacerla suya allí mismo, alzarla para que enroscara las piernas en sus caderas y penetrarla de una sola embestida, sin importarle la gente del pueblo que se acercaba con palos para hacer justicia.

Isabela no podía concentrarse después de semejante atrevimiento. ¿Qué le había dicho?, ¿qué amagara empujarlo?, estaba tan aturdida y excitada por el beso que le estaba robando que no podía pensar. Él le había ofrecido protección, recordó, pero supuso que en la celda de la comisaría estaría más segura que con ese acosador que la besaba sin permiso y se apoderaba de sus nalgas empujándola cada vez más cerca de su cuerpo. Notó la dureza de su sexo y trató de separarse de ese hombre que parecía una columna de cemento adherida al piso, porque no había forma de moverlo.

Los murmullos de la calle llegaron al pequeño espacio que los cobijaba.

—¡Quién quiera que sea, salga con las manos en alto! —gritó el comisario Hermes con una voz de trueno que regresó a Isabela a tierra firme, porque antes de ese grito habría asegurado que había levantado vuelo.

Trató de concentrarse en solucionar sola el problema que había tras la cortina, olvidando la “ayuda” que ese descarado le había ofrecido. Eso no era ayuda, eso era aprovecharse de la situación para abusar de ella como había hecho Leopoldo Rodríguez el día que no tuvo más alternativa que renunciar.

—¡Déjeme, caradura! —dijo Isabela, y siguió forcejeando para que la soltara. Qué diría la gente de ese pueblo si apenas ponía un pie ya estaba encerrada en un vestidor besándose con un extraño.

Pero Renzo estaba ciego y sordo en ese momento, y solo hacía lo que su instinto le dictaba, por eso tironeó el cabello de Isabela hacia atrás y le devoró la boca.

Abrazadora y complaciente fue la invasión cuando entró con su lengua en esa boca que estaba abierta por el asombro. Ella sabía a dulzura y calidez, y él quería quedarse allí, para siempre.

Isabela estaba desconcertada, y no tenía los mismos pensamientos que Renzo a pesar de que ese atropello le hizo hormigear la piel y estremecer todo el cuerpo. Haciendo acopio de determinación, apartó a un lado las placenteras sensaciones y decidió recurrir a su método infalible, pero como no era una deportista que destacara en alguna habilidad atlética, para aliviar de Renzo el golpe que pensaba asestarle en los testículos terminó impactando de lleno en su estómago, igual él perdió el aire y quedó en cuclillas dentro del probador tratando de recuperarse.

Isabela aprovechó su poco certero pero igual de provechoso golpe para salir del vestidor y enfrentarse con decisión a la gente que se amontonaba en la tienda armada con sus escobas y rastrillos.

—Lo siento. Esta tienda es tan encantadora que entré a probarme ropa, pero ese extraño que está adentro se me metió en el vestidor y ha querido abusar de mí. Menos mal que llegaron ustedes para salvarme —dijo atropelladamente intentando desviar las culpas al atrevido que había dejado arrodillado dentro del probador. Al ver que nadie decía nada siguió hablando—. Yo pensé que la tienda estaba abierta y que la vendedora estaría cerca, pero como no aparecía me había decidido a esperarla porque quería comprar unas prendas que me probé. Son una maravilla. Soy Isabela Brandal —se presentó.

Si su perorata anterior los había dejado mudos, conocer su nombre los dejó con la boca abierta. Cinco hombres y tres mujeres que se miraban sin saber qué hacer. Hermes, el comisario, esperaba que Lidia, la dueña de la tienda, presentara cargos. Aldo había quedado con la sonrisa dibujada en el rostro al conocer lo encantadora que era la sobrina de Ernestina; lógico, si llevaba su misma sangre, se dijo. Gina, la hija menor de Aldo, miraba la sonrisa de aprobación de su padre con el ceño fruncido, ella no pensaba bajar la escoba y si nadie le daba su merecido le partiría el mango en la cabeza a la famosa sobrina de Ernestina. Caty, la tímida Caty, que había venido con un cuchillo serrucho porque estaba cortando pan para tostar cuando sonó la alarma comunitaria, ni se atrevía a mirar a la mujer que sería la competencia para ellas, ya le había

echado una mirada de reojo y había comprobado que todas sus expectativas de conquistar a Renzo se habían ido al desagüe con Isabela Brandal; nadie podría competir con ella, no solo por su belleza y elegancia, sino también por su desenvoltura. Y Lidia, la dueña de la tienda, estaba fascinada de que, por fin, alguien apreciara su buen gusto.

—¿Quieres presentar cargos contra la señorita, Lidia? —preguntó el comisario mientras se rascaba la barbilla.

—¡Le gustaron mis prendas! —admiró Lidia, e Isabela comprendió por qué se había quedado fascinada con la ropa de Lidia. La mujer tenía un gusto exquisito para vestir, al igual que ella—. No voy a presentar cargos, Hermes. Esta chica sí que sabe de buen gusto —dijo Lidia. Las palabras de Isabela la habían dejado fascinada y no iba a perjudicar a la única persona que sabía apreciar el enorme trabajo que se tomaba eligiendo prendas de buen gusto para la gente del pueblo.

—Son preciosas. El pantalón vaquero con las mariposas pintadas de amarillo patito me fascinó —dijo Isabela admirando, y comenzó a moverse como si la tienda fuera de ella mientras sacaba ropa que mostraba a Lidia, que se había acercado para escuchar la idolatría.

—La compro en la ciudad, y la elijo personalmente, prenda a prenda. Suelo viajar cada quince días y estoy tres días recorriendo locales para traer variedad. No quiero que todos salgan vestidos iguales —se explayó Lidia en sus virtudes a la hora de elegir, ya que en el pueblo nadie se percataba del enorme trabajo que se tomaba para que cada uno tuviera ropas exclusivas.

—Esta ropa es una maravilla.

Aldo sonreía sin dar crédito a lo que veía. La sobrina de Ernestina se había metido en el bolsillo a Lidia, que minutos antes venía dispuesta a sacarle sangre al que se había atrevido a entrar en su tienda. Al final, la sobrina de Ernestina en lugar de justificar por qué se había metido sin permiso, se movía por la tienda como si fuera la dueña, porque ahora estaba tras el mostrador sacando prendas que le exhibía a Lidia como si fuera su clienta. Y se dijo, que los deseos descabellados de Ernestina ya no le parecían tan descabellados. Esa mujer no parecía ser una maniática, una desenfrenada sexual o una mojigata que se escondía de los hombres. Aunque, por lo que estaba viendo, podía afirmar que era una chica de carácter indomable, y estuvo seguro de que esa virtud—defecto la convertía en la mujer ideal para Renzo. El chico necesitaba a alguien como ella a su lado, que no lo endiosara y discutiera de vez en cuando para que la vida le fuera más entretenida. Y llegó a la conclusión de que Isabela Brandal no se parecía en nada a las mujeres del pueblo.

—Parece que llegó la sobrina de Ernestina —dijo Aldo, y se acercó a saludarla—. Soy Aldo Valentín, un gran amigo de tu tía Ernestina —se presentó.

Isabela dejó sobre el mostrador la ropa que había sacado y se acercó al hombre delgado y de rostro bondadoso que le sonreía.

—Isabela Brandal —dijo Isabela cuando reaccionó—. Un gusto, señor.

—Aldo, dime Aldo. Qué bueno que hayas podido llegar. Mi hijo nos comentó que no había podido darte la carta.

¡Vaya! estaba conversando con el padre del hombre que la policía había golpeado cuando fue a llevarle la carta. Un delicado rubor cubrió sus mejillas al recordar que el hijo de ese hombre la había visto desnuda. Miró a Aldo como si lo analizara, era un hombre apuesto que los años le sentaban bien. Pero eso no fue lo que la impresionó, sino el color verdemar de sus ojos, el mismo color de ojos que tenía el hombre que había dejado doblado en dos en el probador. Y llegó a la triste conclusión de que el caradura que la había acosado en el probador debía ser el mismo que la había visto desnuda en la ciudad; y el color de su rostro combinó perfecto con el fucsia de la camisa.

—¿El hombre que no me pudo dar la carta es su hijo? —ante el asentimiento de Aldo, dijo—. ¡Oh...! Me parece que el que está en el probador sin poder levantarse por el golpe que le di debe ser quien me llevó la carta, es decir... su hijo, porque se parece bastante a usted —dijo Isabela, y señaló el probador—. Él me atacó primero —se defendió.

Aldo arqueó las cejas, se acercó al probador y descorrió la cortina. Allí estaba su hijo incorporándose con dificultad.

—¡Vaya hijo, otra vez! —dijo Aldo recordando la golpiza que le habían dado en la ciudad. Sin duda la sobrina de Ernestina le complicaba la vida.

Renzo miró a su padre con furia, y salió del probador sin pronunciar palabra.

Aldo sonrió, su hijo nunca perdía la paciencia, salvo con Isabela Brandal; y lo siguió de prisa para no perder detalle de lo que estaba por pasar en la tienda de Lidia.

—¡Hermes!, qué esperas para cumplir con las leyes. La descubrí *in fraganti* —enfaticó la palabra—, robando en la tienda de Lidia. Llévala a la celda y que no se te escape que es una zorra —rugió Renzo las siguientes palabras, y se sintió satisfecho cuando ella abrió la boca para decir algo pero la cerró y agachó la cabeza. ¿Se había ruborizado?, se preguntó Renzo, y algo del mal humor se esfumó cuando comprendió que por las palabras vertidas por su padre ella acababa de enterarse de que él era quien le había llevado la carta, y por lógica deducción, quien la había visto desnuda.

Gina que hervía de bronca por la amabilidad que le mostraba su padre a la sobrina de Ernestina, y porque Lidia había dicho que no iba a presentar cargos, soltó el aire cuando su hermano tomó cartas en el asunto.

—Por fin alguien sensato —dijo Gina—. No puedo creer que después de encontrarla robando la rodeen de atenciones.

—No estaba robando, solo me tenté y como estaba abierto entré a probarme —se defendió Isabela.

—Pues en tu bolso hay unas tanguitas diminutas con mariposas de colores, seguro que pensaste que nadie se percataría de que faltaba algo tan pequeño, ¿no? —dijo Renzo que había estado mirando unas prenditas íntimas en el bolso abierto mientras estaba en el piso intentando recuperarse del golpe.

—¿Has hurgado en mi bolso? —lo acusó Isabela que caminaba al probador para rescatar su bolso—. Mal pensado, si son mías. Yo no he robado nada, solo me probé una ropa que pienso comprar —gritó mientras salía del probador con el bolso al hombro, luego lo descargó en el mostrador para que todos vieran el contenido—. Revisa, Lidia, y dime si hay algo que sea de tu tienda. Si es así, llévenme presa —dijo segura.

Lo que ella no sabía era que Renzo había deslizado la sudadera con bolsillo floreado dentro de su bolso como una pequeña venganza. Por culpa de esa mujer ya había recibido dos golpizas, y una se la había dado ella. Estaba tan indignado que necesitaba que pagara por todo lo que le había hecho y lo que le provocaba. Aunque lo que más lo indignaba era que ella no había quedado afectada por él, en realidad no se le había movido ni un bucle de ese cabello rojizo.

—Esa es la sudadera que yo me quería comprar, papá —aportó su granito de arena Gina para que su padre saliera de ese embobamiento que tenía por la sobrina de Ernestina—. Y ella se la estaba robando.

Isabela comprobó con horror que la sudadera que se había probado caía de su bolso como prueba de un delito que no había cometido. Miró al causante de su desgracia con indignación, y lo vio encogerse de hombros, como si le dijera con ese gesto: “yo te quise defender pero tú dijiste que podías sola, pues arréglate sola”.

Hermes ya no esperó la denuncia de Lidia porque Isabela Brandal había sido descubierta con las pruebas en el bolso.

—Lo siento señorita, pero va a tener que acompañarme —dijo Hermes, y se acercó a ella con las esposas en la mano.

—No creo que sea necesario, Hermes —dijo Aldo indignado. Toda la alegría que había sentido al ver que su hijo perdía, por primera vez, los estribos, desapareció cuando la indignación de Renzo se convirtió en venganza—. Es la sobrina de Ernestina, sabemos de sobra la honestidad de su tía.

—¡Pero está con la prueba del delito encima, Aldo! —Hermes acompañó sus palabras con gestos exagerados de sus manos, ya que estaba decidido a cumplir con el deber que le correspondía como comisario del pueblo. Con la escasez de delincuentes que había en el pueblo, la vez que tenía uno no pensaba incumplir las leyes, por lo tanto, sí o sí la iba a esposar.

—Que Ernestina sea honesta no quiere decir que la sobrina también lo sea —dijo Gina para animar a Hermes a arrestarla.

En un desesperado intento por zafar de la situación Isabela se acercó a Lidia y le preguntó en un susurro.

—Lidia, ¿tú me crees?

Pero Lidia no respondió, aunque su mirada se posó en Renzo, que apoyado en el mostrador tamborileaba los dedos sobre el vidrio como si estuviera disfrutando de la situación, mientras que la pobre sobrina de Ernestina estaba que echaba fuego por los ojos cristalinos ante semejante acusación.

Isabela miró a las personas que había allí, y comprobó que solo Aldo Valentín parecía angustiado por lo que le estaba pasando. Renzo, en cambio, parecía disfrutar que la esposaran, porque estaba distendido haciendo ruido con los dedos en el mostrador; y encima le dedicó una sonrisa ladeada el muy maldito, que había jugado sucio metiendo la sudadera en su bolso para que la acusaran.

—Ya te voy a sacar, hija. En cuanto hable con el alcalde vamos a arreglar esto. Además, tu tía va a quemar este pueblo si sabe que te han encerrado en la cárcel.

—No se lo diga, por favor. Yo solo quise pasar a saludarla... a conocerla, y pensaba irme esta misma tarde. No tengo intenciones de quedarme a pasar una temporada con ella. Inclusive podríamos arreglar esto más fácil, yo dejo la sudadera y me voy como si nunca hubiera venido, total mi tía no sabe que encontré la carta en la vereda.

¡Con que en la vereda!, pensó Renzo y sonrió al suponer que habría bajado corriendo para enterarse quién era él. Ya se la imaginaba trotando desnuda por los pasillos para ir a curiosear con el maldito encargado del edificio que lo había denunciado. No, seguramente no había sido tan descarada y se habría cubierto el lindo cuerpito con algo ligero para bajar y... Y hubiera seguido conjeturando si su hermana Gina no le hubiera cortado sus divertidos pensamientos, que lo hacían sonreír como un tonto.

—Eso sería lo mejor —dijo Gina entusiasmada con la idea de que se fuera.

Renzo miró a su hermana menor con el ceño fruncido. Gina se comportaba como una mal educada, dejando ver abiertamente que no quería a la sobrina de Ernestina en el pueblo. Él no pensaba dejar que se fuera, porque a diferencia de su hermana la quería allí, pagando por todo lo que le había hecho. Y una vez que él considerara que había saldado la deuda, que se fuera. Pero no antes de haber sufrido algo de lo que había pasado él desde el día que la vio desnuda tras el ventanal de su departamento. De solo recordar su precioso cuerpo expuesto se sentía explotar. No, ella no se iría tan fácil del pueblo, se dijo como si se hiciera una promesa que pensaba cumplir

cueste lo que cueste.

—Eso sería muy fácil. No, ella tiene que pagar por lo que hizo —dijo Renzo mirando furioso a Hermes que estaba tan confundido que no sabía si arrestarla o dejarla ir—. Cumple tu deber, Hermes.

—Sí, es mejor que la detengas hasta que resolvamos este asuntito como corresponde —dijo Aldo mirando a Isabela con una sonrisa de aliento. Él tampoco quería que se fuera, porque Ernestina quedaría destruida al saber que su pobre e inocente sobrina huérfana se había marchado, casi huyendo, por algo que estaba seguro no había hecho. Además, le gustó la guerra que su hijo mantenía con la sobrina de Ernestina. Esa mujer era digna rival para su hijo, porque era la única que había logrado alterar la paciencia de Renzo. Luego de esa conclusión dijo—. Lo siento Isabela, pero tenemos que cumplir con la ley.

—Si tienen que cumplir con la ley ¿por qué no lo arrestan a él que se me tiró encima? ¡Me acosó en el probador!, y encima metió esa sudadera en mi bolso para que me acusaran de algo que no hice —gritó Isabela, que no podía creer que en ese pueblo las leyes solo fueran aplicadas a los extraños, cuando frente a ella había un maldito caradura que los envolvía con sus mentiras.

—Señorita, por favor colabore —dijo Hermes con voz serena para que ella le diera las manos.

—Basta, Hermes, no hace falta que todo el pueblo vea que la llevas esposada como a una criminal. Yo voy a llevarla a la comisaría —gritó Aldo por la injusticia que estaban cometiendo.

—Papá, es una delincuente —dijo Gina indignada. No podía creer la defensa de su padre a esa ciudadana entrometida que quería incriminar a su hermano con sus mentiras.

—Vete a casa Gina y cierra la boca de una vez, que ya has hecho demasiado daño a una mujer que ni siquiera conoces. Ya arreglaremos cuentas —dijo Aldo, miró con tanta indignación a su hija menor, que la chica enfurruñada giró haciendo revolotear la falda entre sus piernas y salió de la tienda—. Y tú, Renzo, ¿no tienes nada que decir? —preguntó Aldo a su hijo, que solo se molestó en negar con la cabeza sin mirarlo porque el muchacho solo tenía ojos para la sobrina de Ernestina; y Aldo supo que su hijo estaba como encandilado—. Vamos Isabela, que solo será cuestión de minutos para que te saque de allí.

—Mejor voy con el comisario —dijo Isabela entregando las manos para que ese tal Hermes hiciera su trabajo, porque el hombre estaba bastante nervioso al no cumplir con las obligaciones que le imponía la ley.

Renzo la siguió con la mirada. Ella en ese momento era la ejecutiva que había visto en la ciudad, con su porte elegante y el rostro alzado sin sentir la vergüenza que había sentido él cuando lo detuvieron en la ciudad. Era una mujer con una valía admirable, se dijo mientras caminaba hasta el borde de la calle para no perderse detalle de Isabela Brandal: sus zapatos negros con fucsia en el talón, su camisa entallada al cuerpo y los pantalones delineando su trasero mientras se movía como si desfilara. Solo las manos esposadas a su espalda le quitaban elegancia al andar de Isabela Brandal.

—Me gustaría escuchar la reprimenda que te va a echar Ernestina cuando se entere lo que has hecho con su sobrina —dijo Aldo parado a su lado—. ¡Qué mujer impactante! —comentó.

—No creo que haya sido ella —declaró Lidia lo que no se había atrevido a decir en la tienda—. Creo que tú, Renzo, le pusiste la sudadera para retenerla en el pueblo.

Renzo se giró para mirar a Lidia, y sonrió.

—Una pequeña venganza. Ya voy a sacarla en unas horas —dijo Renzo, y se alejó rumbo al bar.

—¡Unas horas!, ¡te has vuelto loco! —gritó Aldo.

—Puede ser. Tú no te metas qué de esto me ocupo yo —aclaró Renzo a su padre.

—Sí, te has vuelto loco —confirmó Aldo, y se alejó sonriendo, aunque esa sonrisa iba a

desaparecer cuando le contara a Ernestina lo que había pasado con su pobre sobrina huérfana.

CAPÍTULO 4

—Me has defraudado, Aldo. Cómo puede ser que no la hayas defendido —gritó Ernestina.

—Ya se va a aclarar todo —trató de convencerla mientras se acercaba para abrazarla por el hombro.

—No me toques —se distanció tres pasos hacia atrás—. Después de lo que te he ayudado con tus hijos, los he querido como si fueran míos, criado como lo hubiera hecho tu esposa y defendido siempre; tú vas y dejas que a mi sobrina la paseen esposada por el pueblo. ¿Por qué lo permitiste?, ¿Por qué la has expuesto a esta humillación?, hubiera sido preferible que la dejaras marchar.

—No quería que se fuera. Tú has estado tan ansiosa por encontrarla que... cómo iba a dejarla ir.

—Nunca te importaron mis ansiedades —caminó a la ventana y miró el paisaje antes de decir lo que siempre había preferido callar—. Desde cuando soy tan importante para ti, si solo he sido una caridad en tu vida. La pobre mujer que dejaron plantada en la iglesia hace muchos años. Nadie lo ha olvidado, ni siquiera tú. Pero no me importa. Lo que me importa es que cuando deberías haber tenido un gesto altruista conmigo lo dejaste pasar, porque ella va a quedar marcada en este pueblo chico.

—Yo no te considero una caridad, maldición, eres mi mejor amiga, casi una madre para mis hijos. Y no me importa lo que pienses, porque no iba a dejar que tu sobrina se fuera. Ahora hay que pensar en la forma de retenerla —estaba apoyado en la mesa del comedor con el ceño fruncido, ya que era la primera vez en años que Ernestina hacía alguna referencia al pasado, pero no intentó acercarse nuevamente a ella. Ya la conocía que rehuía del contacto masculino.

—Sí, como si fuera fácil después de lo que le han hecho tus hijos.

—Ernestina, ellos actuaron movidos por ciertos motivos. Acaso no te has dado cuenta de que Gina está celosa porque tiene miedo de perder tu cariño.

—Tonterías, eso nunca podría pasar, si esa niña es mía. Yo he sido su madre desde que nació. Es imposible que dude por un segundo del amor que siento por ella —se giró para mirar a Aldo.

Aldo sonreía ante las palabras posesivas de Ernestina. Eran ciertas. Ella había sido la madre de sus tres hijos cuando su mujer murió al dar a luz a Gina. También había sido su sostén, el bastón en el que apoyarse después de semejante desgracia que le tocó vivir. Aldo, durante meses dejó de existir, maldecía y despotricaba buscando una respuesta a lo que había sucedido. No le importaban sus hijos, solo la culpa que sentía por la muerte de Laura. No es que él la hubiera matado, tampoco su dolor era por haber perdido el gran amor de su vida. Justamente la falta de amor lo había hecho sentir culpable, porque no había logrado hacerla feliz. Pero Ernestina, sin un reproche se hizo cargo de la situación entregándoles la vida a sus niños que estaban abandonados, porque no solo habían perdido la madre, sino a él que dejó de prestar atención a sus necesidades. Sin Ernestina no habría podido salir adelante. Por eso, que le dijera que Gina era su hija, no le dolía por Laura, sino que lo llenaba de satisfacción porque ella se había entregado a su familia desbastada con todo el amor de madre. Los había acogido en sus brazos haciéndoles ver que no estaban solos y que el amor incondicional que les estaba dando podía aplacar la ausencia de los padres.

—Cree que la vas a reemplazar por tu sobrina.

—¿De veras?, ¿eso cree? ¡Pobre, mi niña querida, cómo no me di cuenta!

—Yo que vivo con ella tampoco me había dado cuenta, hasta hoy que dejó ver los celos que siente por tu sobrina. Solo quiere sacarla de escena. No es por Renzo, porque se lo está tratado de endilgar a cualquier mujer del pueblo con esa competencia que armó. Gina cree que Isabela la va a desplazar si vive contigo, y está haciendo lo imposible para que se vaya.

—¡Qué tonta! —dijo Ernestina, y sonrió. El saber cuánto la querían los hijos de Aldo había sido un bálsamo en su vida. No le había resultado fácil vivir con la lástima de la gente después de que la dejaran plantada en el altar, mucho menos si la que le había robado el novio había sido su hermana melliza. Pero Aldo había perdido a su querida esposa dos semanas después de aquella humillación, y ya no tuvo tiempo de compadecerse. Tres niños huérfanos la necesitaban con desesperación, porque Aldo Valentín estaba tan ausente como su esposa, y Ernestina tomó el lugar de los dos hasta que su amigo se recuperó de la pena—. ¿Y Renzo?, ¿por qué le hizo algo tan humillante? Él es un hombre noble, Aldo —Ernestina se paró frente a Aldo, que le sonrió al ver que ya se le había pasado el enojo. Así era ella, dejaba de lado sus propios problemas para preocuparse por sus hijos.

—Bueno, se le fue al diablo la nobleza con tu sobrina. Ella lo saca de las casillas. Creo que la culpa por lo que le pasó en la ciudad, y quiere vengarse. Además, tu sobrina, por algún motivo lo dejó fuera de combate dentro del probador de Lidia. Renzo estaba doblado en dos cuando entré, y tan furioso que salió e hizo todo lo posible para que la detuvieran. Digamos que Renzo no actuó como Renzo, hasta a mí me costaba reconocer que era mi hijo porque estaba fuera de sí. Ya sabes que él rara vez pierde los estribos. Pero esta vez estaba hecho un basilisco.

—¿Le gusta? —preguntó Ernestina entusiasmada.

Aldo asintió, y se sintió satisfecho de verla dichosa por esa simple afirmación.

—¿Crees que lograremos casarlos, Aldo?

—Ya te he dicho que esa idea tuya es totalmente descabellada y no pienso participar en tus tretas.

—¿Acaso crees que mi sobrina no es merecedora de tu hijo?

—Tengo que reconocer que tu sobrina no es una maniática ni una desenfrenada sexual, y mucho menos una mojigata como había pensado. Aunque, por lo poco que pude apreciar en algo acerté, porque tiene un carácter de mil demonios. Tal vez sea mi hijo quien no se la merezca. Tu sobrina no tiene nada de pobre niña huérfana. Es una mujer decidida, audaz y peleadora.

—¡Vaya! Había apostado por ella pero no me imaginé que superaría mis expectativas. Si es cierto lo que dices, no me va a costar demasiado verlos juntos —conjeturó Ernestina más para sí.

Aldo sonrió y decidió no retrucar sus disparates. Él no estaba de acuerdo con esa ridícula idea de Ernestina de casarlos, pero para no discutir prefirió seguirle la corriente.

—Luchó con uñas y dientes para defenderse. Se metió en el bolsillo a Lidia, que no es poco, ya sabes el carácter de mierda que tiene. Pero cuando apareció la sudadera en su bolso, se vio vencida y aceptó que la llevaran detenida. Aunque no creo que pueda perdonar a Renzo por lo que le ha hecho.

—Dime, ¿ella también quedó impresionada con tu hijo? Él está acostumbrado a que lo idolatren, Aldo.

—No, para ella Renzo no era más que una molesta mosca de verano. Solo estaba enloquecida con la ropa de Lidia. No hubo idolatría, y creo que eso enfureció a mi hijo. Está mal acostumbrado.

Ernestina sonrió al pensar que su sobrina estaba más enloquecida por la ropa que por Renzo, igual que ella en su juventud. Nada que ver a como estaba ahora, que parecía un espantapájaros con las ropas viejas y enormes que usaba para esconder su apariencia de mujer elegante. ¿Cuánto

tiempo hacía que no se compraba algo bonito para caminar por el centro los domingos? Cómo extrañaba aquella elegancia que había decidido dejar en el olvido, pero no las consecuencias que tuvo que pagar. El precio había sido muy alto. Toda su seguridad y su ego habían caído presos de la humillación a la que la sometieron Ernesto y su hermana Marta.

—Así era yo, en cambio, Marta se vestía con lo que encontraba. Inclusive un día salió con los pantalones de mi padre porque no tenía ropa planchada para ponerse.

—Sí, así eras hasta que ese idiota te dejó. Después, no te interesaron más los trapos... ni los hombres —dijo con un dejo de tristeza.

—Dos veces no me iba a pasar lo mismo.

—Quizá no te hubiera pasado lo mismo.

—¿Te refieres a Carlo? —dijo refiriéndose al dueño del bar que siempre que pasaba le convidaba alguna bebida helada para que se refrescara, y de paso se sentaba a conversar con ella sin guardar las distancias, porque de a poco iba acercando la silla hasta quedar casi sobre ella. Distancia que ella recuperaba tomando la bebida sin detenerse a respirar para salir huyendo del atrevimiento.

—¿A quién?, a sí..., a él —dijo en tono quedo—. ¡Qué persecución al vicio hizo ese pobre hombre! Otros ni se animaron para no quedar como idiotas —acotó Aldo, aunque Ernestina ni se molestó en preguntar quienes eran los otros. Siempre que hablaban de la ausencia de hombres, ella conservaba la distancia o cambiaba el tema.

—Me voy a verla, Aldo. Debe estar muy mal encerrada en una celda pensando que no ha hecho nada para merecer ese trato —dijo Ernestina, y caminó hacia la puerta.

—Ya me parecía a mí que no te ibas a quedar sentada a esperar que Renzo solucionara el desastre que armó —dijo Aldo mientras la miraba alejarse.

Pero Ernestina detuvo su avance, y cuando se giró para responderle una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

—No te confundas, Aldo, que vaya a verla no significa que prive a Renzo del placer de sacarla de la cárcel.

Aldo negó con la cabeza mientras caminaba a la cocina para buscar una cerveza. Estaba empecinada en casarlos y nadie iba a alterar sus planes, se dijo y sonrió porque pocas veces la había visto tan decidida. Así era antes, altiva, orgullosa y demasiado segura de sí misma. En cambio, ahora siempre caminaba mirando el piso.

Mientras tanto, Renzo Valentín había gastado las teclas del teléfono haciendo averiguaciones sobre la vida de Isabela Brandal. Tenía algunos amigos que le debían favores y uso de ellos. Solo había una forma de descubrir a qué había venido Isabela a ese pueblo de poco encanto, y era indagando a sus vecinos, los que vivían en ese barrio de lujo donde lo habían recibido como a un delincuente. No quería saber si ella tendría antecedentes policiales, porque estaba seguro de que no los tenía. Su incursión en la tienda de Lidia había sido solo el impulso de una mujer que pierde la cordura por la ropa. Había estado tan fascinada que prefirió ese pantalón con mariposas pintadas que a él.

Solo disponía de una hora antes de que Ernestina se enterara y armara un escándalo mayúsculo frente a la comisaría. Ya se la imaginaba gritando que era un desalmado que se merecía pasar la noche encerrado por lo que le había hecho a Isabela, la pobre sobrina huérfana que era más avispada que toda la poblada junta. Isabela Brandal no necesitaba que nadie la defendiera, sabía hacerlo muy bien solita, él era una prueba de ello. Lo había desplazado de la escena con solo un golpe, que para su alegría no había impactado en su objetivo aunque lo había dejado sin aire; y se

había ganado el afecto de Lidia con unas palabras florecidas sobre las ropas que vendía. Era muy astuta y él tenía que superar su destreza para evitar que se fuera del pueblo. No porque la quisiera allí, ya que le daba lo mismo, sino para que Ernestina no se lo reprochara cada día de su vida.

Grande fue su sorpresa cuando descubrió que estaba en la ruina. Los vecinos elegantes de su barrio aristocrático habían largado a escupitajos lo que sabían de ella, que ahora era también conocido por él. En realidad no había sido necesario recurrir a todos los vecinos porque esa ancianita, que la había llamado a gritos el día que él fue a entregarle la carta, se había soltado de lengua y no había parado hasta contar todo lo que sabía.

Sus contactos, que eran dos muchachos que se fueron del pueblo para forjarse un porvenir en la ciudad, con solo nombrar a Isabela Brandal recibieron un *curriculum vitae* de su vida privada y profesional.

Ya le parecía a Renzo que no podía haberse equivocado tanto cuando supuso que parecía una ejecutiva. Isabela Brandal era una administradora de empresa que había ocupado el cargo de gerente general en una empresa constructora de renombre, hasta que renunció, ¡oh coincidencia!, justo el día que él apareció con la carta de Ernestina, según los dichos de la ancianita. *“El dueño la trató como si fuera su puta delante de todos los socios y empleados jerárquicos, y ella tuvo que renunciar. Isabela nunca le dio motivos, pero el viejo se encaprichó con ella y no aceptó que la joven lo rechazara. Se creen que porque tienen fortuna hacen lo que quieren, pero ella no se vende. Menos mal que tiene una tía a quien recurrir, porque ha quedado en la calle. Este departamento lo compró con un préstamo que le dio la empresa, pero como no quiso ser la amante del socio mayoritario, ya se lo quitaron. Encima la pobre había vendido la casita familiar, que no era gran cosa, pero al menos era un techo donde podría haber vivido hasta que consiguiera otro trabajo. ¿Sabe que me dijo?, para qué voy a intentar entrar en otra empresa, para que me pase lo mismo. Por eso se fue a probar suerte con esa tía que le apareció de la nada, como un milagro, me dijo antes de irse. Espero que le vaya bien porque es una buena chica”*, había dicho la viejita sin escatimar en detalles.

No tan bien, pensó Renzo sintiéndose un miserable por lo que le había hecho. Ella, que parecía no necesitar a nadie, estaba sola y en la ruina, por eso había aceptado la oferta de Ernestina; aunque, por lo que dejaba ver, era orgullosa, porque seguía manteniendo la altivez de una reina como si no necesitara a nadie. Y recordó lo que había dicho para tratar de liberarse de la cárcel. *“No se lo diga, por favor. Yo solo quise pasar a saludarla... a conocerla, y pensaba irme esta misma tarde. No tengo intenciones de quedarme una temporada con ella. Inclusive podríamos arreglar esto más fácil, yo dejo la sudadera y me voy como si nunca hubiera venido, total mi tía no sabe que encontré la carta en la vereda”*.

—Mentirosa, venías a quedarte porque no tienes a donde ir. Tendré que solucionar el error que he cometido contigo, Isabela Brandal—se dijo Renzo, y salió rumbo al pueblo.

Le ofrecería un trabajo, pensó mientras manejaba por el camino interno de sus campos que desembocaba en las márgenes del pueblo. Para empezar la pondría en alguna actividad campesina para que fuera habituándose a la vida simple; y después, si llegaba a amar la tierra como él, la dejaría meter esa nariz perfecta en la papelería de su pequeña empresa de productos orgánicos. No le vendría mal una administradora de empresas que acrecentara las ganancias, ya que ese pequeño emprendimiento mantenía el pueblo vivo y a la gente con la dignidad intacta.

Cuando Renzo llegó dispuesto a enmendar el error que había cometido con la “pobre sobrina huérfana de Ernestina”, contó diez autos estacionados cerca de la comisaria. En realidad eran nueve, porque el décimo era el Peugeot 206 del que se había bajado Isabela Brandal cuando llegó. Tuvo que dejar la camioneta en la calle siguiente y caminar a pasos rápidos hasta la comisaria al

suponer que los vecinos estarían tratando de ahorcar a Isabela Brandal por el robo en la tienda. Y entró dispuesto a repartir trompadas si era necesario. Pero se quedó congelado en la puerta cuando la escuchó gritar.

—¡Chanco! —dijo Isabela, y apoyó con fuerza la mano en el escritorio de Hermes. Varias manos se posaron sobre la suya, y la última, la del alcalde, se ganó el mote—. Otra vez eres el chanco, Felipe —dijo Isabela al alcalde como si fuera su compañero de juergas, y se echó a reír con un sonido casi musical, que a Renzo le sonó como arpas de un ángel tocando desde del cielo.

Cómo no podía ser de otra forma, el resto se contagió de sus palabras, o quizá de sus risas, supuso Renzo cuando como un coro que acompaña al ángel sonaron las carcajadas de sus vecinos. Nadie la estaba ahorcando, se dijo y frunció el ceño al ver que la muy caradura la estaba pasando de maravillas.

Isabela se sentía feliz en ese pueblo desértico que la había recibido con los brazos abiertos. Era una gente hermosa, comprensiva, que se esmeraba para hacerla sentir a gusto en esa situación incómoda. Hasta el jefe de la comuna había dejado sus actividades y había venido a solidarizarse con ella. El único que no servía para nada era Renzo Valentín, ese desalmado que había hecho lo imposible para que la metieran en la cárcel.

Todo había comenzado con Hermes. El hombre no sabía qué hacer con ella, entonces le propuso que hicieran una partida de cartas. Como Isabela no sabía jugar a nada, Hermes le enseñó las sencillas reglas del chanco. “*No tiene gracia entre dos*”, le había dicho Hermes que había perdido cada una de las partidas. Por suerte, poco a poco se fueron sumando algunos vecinos: Lidia se había acercado para preguntarle si quería comer algo suponiendo que no habría almorzado. El dueño del bar le regaló un sándwich y una *coca cola* helada. Felipe, el alcalde, había venido para averiguar el motivo del alboroto. Luego apareció el panadero con una torta de frutillas. Y por último, se asomó tímida una de las hermanas del innombrable llamada Rosalía, que quería saber por qué Gina, su hermana menor, había llegado llorando a la finca.

A Isabela, Rosalía le pareció una mujer encantadora, nada que ver con el innombrable, como decidió llamar a Renzo Valentín, y la tal Gina que se habían empecinado en que la metieran en la cárcel. Y supuso que la familia estaría repartida en dos bandos, Rosalía y Aldo debían ser los ángeles; mientras que el innombrable y Gina seguramente eran los demonios del clan Valentín.

—Menos mal que no sabías jugar, Isabela —dijo Felipe entre risas al escucharla decirle culo sucio, y no era la primera vez que lo llamaba así, pensó mientras mezclaba nuevamente para tratar de sacarse el mote en otra partida de cartas—. A propósito, cuando vas a dejarla en libertad, Hermes. Ya te ha dicho Lidia que quien debería estar en la celda es Renzo, aunque a mí me cuesta creer que mi noble amigo pueda cometer un acto inmoral. Bueno, alguna vez tenía que ser la primera, ¿no? —dijo Felipe, y le guiñó un ojo a Rosalía, que dejaba de pensar con cordura cuando el alcalde le hacía algún gesto cómplice.

¿Él en la cárcel?, se preguntó Renzo sin podérselo creer. Él ayudaba a frenar la delincuencia, encarrilaba a los jóvenes recién salidos de la escuela e inclusive había abierto una empresita de productos orgánicos para ayudar a la gente. Lo único que le faltaba era que la sobrina de Ernestina lo mandara preso ¡a él!, que solo conocía la celda del lado de afuera porque nunca había cometido una falta grave para que lo tuvieran que encerrar.

—No creo que sea necesario, Felipe. Renzo ha actuado movido por un impulso. Para mí que Isabela le ha dado vuelta la cabeza. Ya sabes que está acostumbrado a que las mujeres lo idolatren. Imagínate como se debe haber sentido al ver que Isabela ni lo miró —dijo Lidia sacando conclusiones sobre las actitudes de Renzo.

Lo único que le faltaba, que los vecinos, “sus vecinos”, dijeran que él había perdido la cabeza

por esa ciudadana de pacotilla que se creía la dueña del pueblo. ¡Los nervios había perdido!, no la cabeza, porque esa mujer lo sacaba de las casillas, pensó indignado Renzo. Tenía ganas de acercarse, levantarla de esa silla donde estaba sentada sobre sus piernas y arrastrarla a la calle para que desapareciera del pueblo. Pero en ese momento recordó que ella no tenía adonde ir. Entonces, inspiró profundo para calmarse y responder lo más educadamente posible, guardando la bronca por las injusticias que venía soportando desde que la reina Isabela se cruzó en su maldito camino.

—Yo nunca pierdo la cabeza, la tengo en su justo lugar. Y ninguna ciudadana que se las da de importante me mueve un pelo —dijo Renzo desde la puerta, y se arrepintió en el momento, porque ella, la ciudadana que se las daba de importante lo miró con la cabeza ladeada mientras le sonreía con descaro—. Veo que la estás pasando de maravillas, Isabela Brandal —su nombre lo dijo con cierto despecho.

—He ganado cada una de las partidas, y eso que no sabía jugar. Creo que ellos me dejan ganar para que no me sienta mal recibida en su pueblo, señor Valentín —lo trató de usted para guardar las distancias con ese caradura que se creía tener todos los derechos del mundo.

Eso fue una reprimenda, se dijo Renzo. Caminó por la comisaría arrastrando una silla para ponerla justo al lado de Isabela, aunque no había lugar porque allí estaba Carlo, el dueño del bar, con su silla demasiado pegada a la de Isabela. A Renzo no le importó, solo se ocupó de hacer a un lado la silla de Carlo, con él arriba, para ocupar su lugar.

—Tengo una oferta que te puede interesar —dijo Renzo, su voz sonó demasiado fuerte y todos lo escucharon. No había sido esa su intención, pero ella le alteraba los nervios y no pensaba antes de hablar, por eso dijo—. Aunque me gustaría arreglar este tema en privado.

—Con usted, caradura, no me quedo a solas ni un minuto. Ya sé qué clase de persona es —dijo Isabela, y lo miró indignada. Qué guapo estaba con ese rostro de macho enfurecido. En la tienda de Lidia no se había detenido a observar sus facciones duras porque estaba demasiado entusiasmada con las prendas, y después demasiado preocupada con el problema en el que él la había metido. Pero ahora que se había relajado podía mirar a su antojo. La nariz aguileña le iba justa en ese rostro de macho autoritario. Los labios los tenía apretados, pero podía ver que eran finos y duros cuando estaba enojado. Los ojos eran un imán que atraía la mirada, lo único sereno, apacible y cálido en su rostro recio. Se le marcaban los músculos de trabajador bajo sus prendas mal combinadas, aunque tenía que reconocer que la chomba beis con rayitas marrones era preciosa, lástima que se la hubiera puesto con un pantalón de trabajo arrugado y gastado en las rodillas. No tenía tino para vestirse, e Isabela tenía ganas de impartirle algunas lecciones de elegancia. Lamentablemente, mientras lo analizaba llegaron a su mente pantallazo de lo acontecido en la ciudad. Ese hombre la había visto desnuda, y tuvo que inclinar su rostro al piso para ocultar el rubor que le provocaron los recuerdos.

—¿Y qué clase de persona soy? —preguntó Renzo en un susurro que le llegó como una brisa cálida al oído, porque él, al observar el descarado análisis que le prodigó Isabela, se atrevió a acercarse, y mucho.

—Un hombre que no sabe distinguir a las mujeres, que se guía por la apariencia y cree que puede atropellar sin pagar las consecuencias.

—Por lo que yo veo no la estás pasando tan mal —dijo Renzo señalando el jolgorio que había en la comisaría.

—No es gracias a usted —aclaró ella, y él tuvo que reconocer que tenía razón.

—¿Podríamos empezar de nuevo?

—No gracias, para muestra basta un botón. En cuanto me liberen, me voy —dijo Isabela que

seguía tercamente mirando el suelo.

—No seas ridícula —dijo Renzo, y por fin ella levantó el rostro para mirarlo. Estaba hermosa con las mejillas sonrojadas y esa nariz de diablillo que tenía deseos de besar. Sus ojos eran un cristal de ámbar con destellos grises —por fin podía definirlos— que reflejaban sus pensamientos; sus pómulos demasiado perfectos y sus labios... dejó de pensar en su belleza y se concentró en el rosado de las mejillas. Ella estaba avergonzada, se dijo Renzo y disfrutó de su estado—. Hasta cuándo te vas a ruborizar, Isabela. Ya pasó, te vi desnuda y ya pasó —dijo Renzo tan despacio que nadie más que ella lo escuchó, y sonrió cuando el sonrojado se convirtió en un rojo furioso.

Isabela otra vez se concentró en el piso.

—No sé por qué, pero me parece que se avecina otro conflicto —dijo el alcalde—. Hermes, como Lidia no ha puesto denuncia, deja ir a Isabela Brandal antes de que llegue Ernestina y quemé el pueblo. En su lugar encierra a Renzo hasta que aclaremos el incidente.

—¡Qué! ¡Te has vuelto loco, Felipe! —cuando Felipe negó su locura, Renzo se pasó la mano por el cabello, varias veces, logrando un despeinado que impactó a Isabela, porque ese hombre era apuesto hasta con sus prendas ridículas y el cabello alborotado. Pero en ese momento él era ajeno al impacto que había provocado en Isabela porque solo estaba concentrado en hacer cambiar de opinión al jefe de la comuna, ya que su tan preciada libertad otra vez estaba en juego —. Te olvidas que los ayudo a mantener el orden —gritó Renzo sin poder creer lo que estaba escuchando. Pero como su amigo estaba serio comprendió que no bromeaba. Entonces, recurrió a lo único que se le ocurrió—. Felipe, acaso no cuenta que de niños éramos compañeros de travesuras. Si hasta dormíamos en la misma cuna y jugábamos con los mismos sonajeros, y si no recuerdo mal, tú eras el que siempre me los quitaba. Éramos compañeros en el mismo equipo de fútbol, y yo te daba pases cuando nadie quería compartir la pelota contigo porque siempre, siempre, la lanzabas afuera o hacías goles en nuestro propio arco. Inclusive ahora, las pocas veces que nos emborrachamos lo hacemos juntos, y soy yo el que te arrastra de regreso a tu casa para que los vecinos no te vean en ese estado. Hasta somos capaces de compartir dos días en el mismo bote pescando pejerrey, y nunca nos peleamos porque como yo tengo más habilidad para el deporte comparto contigo mis pescados —trató Renzo de hacerlo entrar en razón. Pero Felipe, que había arqueado las cejas ante sus comentarios, no se dejó convencer.

Isabela sonrió, era la primera vez que sentía un poco de ternura por su rival, como si escucharlo hablar de sus épocas de cuna y sus buenas acciones le hicieran olvidar la mala impresión que tenía de él.

—Me parece, Renzo, que eres tú quien lo ha olvidado. La sobrina de Ernestina ha sido muy mal recibida en el pueblo, y ha sido por tu culpa —dijo Felipe sin retrucar los comentarios mal intencionados de su amigo.

—¡Ella fue la que se metió en una tienda cerrada y se puso a sacar todo! —gritó Renzo, y golpeó el escritorio.

—Renzo, le gustaron tanto mis prendas que no pudo resistirse. Para mí ha sido un honor. Acá nunca nadie ha valorado mi dedicación para comprar ropa como Isabela. Y tú vas y le metes una sudadera en el bolso para hacerla pasar por una ladrona. Eso estuvo muy mal, querido. Creo que un rato encerrado te vendrá bien para que recapacites —dijo Lidia defendiendo a Isabela.

—Nunca estuve en la cárcel —dijo Renzo, y se arrepintió al instante ya que acababa de salir de otra cárcel en la ciudad. Por culpa de Isabela Brandal, se recordó y su indignación se reflejaba en cada gesto de su rostro. Entonces, para tratar de salir de la situación en la que estaba recurrió a su hermana comprensiva—. Rosalía, eres mi hermana. Haz algo maldición —grito Renzo.

Pero Rosalía se giró para enfrentar la mirada de su hermano, y dijo.

—No, Renzo. Tienes que recapacitar y si te dejan libre no vas a pensar en lo que le has hecho a la pobre Isabela —dijo palmeándole el hombro como si ese fuera el único consuelo que se merecía. Y lo dejó, ahí tirado, abandonado, lo dejó mientras salía con el resto de los traicioneros vecinos.

Qué tenía esa mujer que todo el pueblo la defendía, y cómo mierda había logrado poner a la gente en su contra. Él siempre había sido considerado un ciudadano noble, el mejor, el ejemplo a seguir, como solían decirle palmeándole el hombro. Pero por culpa de la ciudadana entrometida tendría que pasar unas horas en el catre de la celda, por segunda vez, se dijo. Dos veces encerrado por culpa de Isabela Brandal.

Esa mujer era como la luz mala de la que hablaban los campesinos, un mal presagio, un amuleto de mala suerte, una espina clavada en el talón, un gato negro cruzándose en su camino, y... ya no se le ocurrían más cosas malas para nombrar lo que era Isabela Brandal en su vida desde el maldito día que la conoció.

Y mientras a ella la rodearon de atenciones, se ocuparon de entretenerla con un idiota juego de cartas; a él, Hermes, le señaló el fondo de la comisaria donde estaba la celda oscura.

Allí se quedó Renzo, como un delincuente nada más que por haberle deslizado una insignificante sudadera en el bolso.

Se juró, que esta se las iba a pagar, y bien caras.

CAPÍTULO 5

La tarde caía con aplomo sobre el sencillo pueblo. El sol reposaba sobre el oeste iluminando los llanos que se extendían infinitos hasta unirse con el ocaso. Desde la plaza Ernestina miraba sin poder creer que su sobrina caminara y riera, con Felipe el alcalde del pueblo, Rosalía la más modosita de las hijas de Aldo, Carlo su eterno pretendiente, y Lidia que era conocida por su mal talante. Aunque tenía que reconocer que Lidia a su sobrina le estaba mostrando la otra cara de su personalidad.

Al ver a Isabela, Ernestina creyó que había sido transportada en el tiempo, a su juventud para ser más precisos. Su sobrina parecía hecha con su mismo molde.

¿Por qué Aldo no le habría anticipado que se encontraría con su imagen de juventud?, se preguntó. Bueno, Aldo nunca hacía comentarios de esa índole.

Ernestina sabía que Isabela se parecía a ella, pero nunca se imaginó que el parecido sería tan grande. Lo sabía por la carta que Ernesto le había enviado tres años atrás, y ella recién había abierto tres meses atrás. Él solo le decía: “Aunque lo hubiera querido nunca pude olvidarte”. Y ella estaba descubriendo el alcance de esas palabras: su sobrina. Ernesto le había enviado la carta mientras estaba bastante enfermo para pedirle que buscara a Isabela, y Ernestina testaruda y resentida, a pesar de los años, no la había abierto. Su sobrina había tenido que pasar por todas las pérdidas sin tener unos brazos cariñosos donde llorar, y Ernestina estaba decidida a compensarla.

Miró a su sobrina y sintió cierto regocijo al ver que Isabela no se parecía en nada a su traicionera hermana. Nadie del pueblo creería que era hija de Marta. Quiso suponer que el destino se había vengado de su hermana al darle una hija igual a ella para que cada vez que la mirara recordara lo que le había hecho veintisiete años atrás.

Ernestina era una mujer hermosa, pero los años habían hecho cicatrices que le impedían recordar que en otra época ella había sido como Isabela, brillante, elegante e inteligente. La más atractiva del pueblo, solían decir sus amigas cuando caminaban por el pequeño centro y solo ella atraía la atención de los muchachos.

Ver a su sobrina recibiendo todas las atenciones la regresó al pasado, a la época en que Ernesto Brandal le declaraba amor eterno en la galería de su casa. “No podría vivir sin ti”, le había dicho unos meses antes de dejarla. Y había vivido sin ella durante los veintitrés años siguientes, olvidándose de sus propias palabras, aunque según la carta había tenido que vivir con el recuerdo latente del rostro de Ernestina reflejado en su hija. Ahora Ernesto y su hermana Marta estaban muertos, y Ernestina rememoraba mirando a su sobrina un pasado que había quedado en el olvido.

Su sobrina caminaba con elegancia sobre unos tacones altísimos que la hacían trastabillas en los caminos de piedra de ladrillo de la plaza, al igual que Ernestina en su juventud. ¿Cuántos años hacía que no se subía a unos tacones como esos?, pensó Ernestina. Lidia solía decirle que tenía que regresar a la Ernestina de la juventud, pero ella nunca más quiso ser el centro de las miradas, y ocultó la elegancia tras las alpargatas, la camisa y el vaquero ancho que disimulaba que los años no le habían quitado armonía a su cuerpo.

Caminó insegura, como si temiera la actitud de la muchacha después de lo que había tenido que pasar en el pueblo, aunque ella no parecía demasiado preocupada por las horas que había estado detenida.

La voz segura de Isabela a Ernestina le provocó inseguridad y mermó el paso. Esa muchacha,

su pobre sobrina huérfana como la llamaba ella, no parecía necesitar un familiar que le diera cariño, apoyo y mucho menos que intentara casarla con un hombre noble.

—Y ese caradura, ¿cuánto tiempo va a estar encerrado? —preguntó Isabela a Felipe, que largó una carcajada recordando que Renzo estaría encerrado para que meditara sobre su accionar.

—Antes del amanecer le digo a Hermes que lo deje en libertad. Solo es un escarmiento —respondió el alcalde.

—Pobrecito mi hermano, no lo podía creer. Pero es su método, ¿no?, eso del encierro para que recapaciten los díscolos, como siempre dice él: “*déjalo un día en la celda así recapacita y vas a ver que nunca más comete un delito*” —dijo Rosalía con una suave sonrisa en su rostro de ángel, aunque se mordió el labio inferior como si se sintiera culpable de criticar a su hermano. Rosalía era una mujer por demás comprensiva y le dolía un poco que Renzo tuviera que pasar la noche en la cárcel sobre un catre incomodo y, quizá, con pocas mantas o sábanas sucias—. Voy a pasar en un rato así le dejo unas mantas por si tiene frío —aclaró.

Felipe la miró con cierta ternura porque Rosalía provocaba eso. Él solía sentir deseos de abrazarla y protegerla cuando la escuchaba compadecerse de las desgracias ajenas. Nada que ver con Gina que era un demonio revoloteando por el pueblo y a veces sentía ganas de zamarrearla para que dejara los caprichos. Felipe las conocía a las dos, porque, como Renzo había dicho, eran amigos desde que usaban pañales. Habían compartido la cuna, las travesuras de niños, las juergas de la juventud, y seguían disfrutando de los mismos placeres: los días de pesca, las tardes en el bar, las noches de diversión en algún lugar distanciado del pueblo. Quizá, por la noche se acercaba a acompañarlo un rato en la celda, pensó y sonrió solo de imaginar la furia de su amigo.

—Si quieres, puedes trabajar conmigo en la tienda —ofreció Lidia a Isabela. Un gesto por demás generoso ya que nunca había querido una empleada entrometiéndose en su tienda.

—¿En serio? Muchas gracias, Lidia. Eso sería fantástico —dijo Isabela entusiasmada al haber conseguido un trabajo entrando sin permiso a una tienda cerrada y desnudando todos los maniqués de la vidriera.

—Antes deberías conocer a Ernestina, creo que tiene planes. Bueno, no es que tenga todo planeado, pero te ha estado esperando y siempre hablaba de lo que harían juntas —dijo Rosalía recordándole a Isabela que había venido al pueblo a conocer a su tía.

—Sí, es cierto. Después te confirmo, Lidia —dijo Isabela, y sonrió con cariño a la dueña de la tiendita preciosa que le había abierto todas las puertas desde que había llegado. No como el innombrable que se las cerraba en la cara, caradura que por fin estaba probando de su propia medicina. La había querido presa a ella, y era el único que estaba probando la incomodidad del catre de la celda. Sonrió de solo imaginarlo.

—No sé por qué, pero me parece que estás pensando en mi amigo Renzo —dijo Felipe, que había detectado esa sonrisa de triunfo en los labios de la sobrina de Ernestina—. Es un buen hombre, sabes —aclaró.

—Conmigo no lo ha sido —dijo Isabela. De solo escuchar el nombre del innombrable se le borraba la sonrisa del rostro y tenía ganas de desaparecer del pueblo. Seguramente eso era lo que quería él. Solo para molestarlo y llevarle la contra decidió que se quedaría en Paraíso.

Al fin, después de tanto dudar, Ernestina decidió acercarse con paso inseguro a su encantadora sobrina.

—Isabela —dijo Ernestina que venía caminando tras ellos. Vestía un vaquero ancho, las zapatillas de lona, la camisa a cuadros y el infaltable sombrero de paja, aunque la sonrisa generosa lograba disimular su desarreglado aspecto. Todo el encanto de los años pasados oculto bajo esa apariencia de campesina descuidada.

Isabela se giró imaginando que quien la llamaba sería su desconocida tía, pero nada la había preparado para ver la desastrosa apariencia de la mujer. Isabela no tuvo dudas de que era su tía porque los rasgos de su rostro eran casi idénticos al que ella veía cada mañana en el espejo mientras se maquillaba para ir al trabajo. Sintió cierta pena por el desarreglo de la tía Ernestina, y se preguntó si ella quedaría así después de vivir un tiempo en ese pueblo marginal y perdido en medio de un páramo. Negó con la cabeza, como si no aceptara convertirse en Ernestina, y se acercó a la mujer que la aguardaba insegura.

Ernestina no fue ajena al análisis de su sobrina, y nuevamente la inseguridad se apoderó de ella. Por reflejo se le curvó la espalda y pareció encogerse unos centímetros, aunque por costumbre su mano voló al sombrero y se lo sacó dejando el rostro despejado para verse cara a cara con su sobrina. Se maldijo por no haber puesto un poquito de atención a su aspecto cuando salió de la casa. Bueno, en realidad llevaba años sin fijarse en su aspecto. Para qué, si la impactante presencia de antaño no le había traído nada bueno. Miró que su sobrina, bella y elegante, caminaba como una modelo desfilando por el sendero de piedra de ladrillo de la plaza. Ernestina sonrió cuando se le dobló un tobillo al pisar una piedra del camino, pero Isabela, sin avergonzarse, enderezó la postura y siguió avanzando como si caminara por la alfombra roja mostrando su buen porte, su belleza y el exquisito gusto de sus prendas.

Así era Ernestina en su juventud, tan segura y decidida, tan pagada de sí misma, hasta que Ernesto huyó con Marta y toda la elegancia y seguridad quedaron archivadas en el baúl de los recuerdos que tenía al pie de la cama. Allí descansaban las fotografías de los dos paseando por el campo; las cartas del amor olvidado; la rosa roja que había perdido el lustre, la frescura y la emoción; aquel osito de peluche que Ernesto le había regalado un día antes de dejarla; el anillo de compromiso y el de boda que nunca llegó a usar. Y allí también había ocultado las risas, los besos, la primera noche de amor compartido en el asiento trasero del coche, y las interminables noches de llanto cuando la dejó. No había sido su ausencia o su falta de amor la que la llevó al desvelo, sino la vergüenza que tuvo que soportar en ese pueblo chico donde los pocos acontecimientos servían de comidilla a los vecinos hasta que otro acontecimiento lo reemplazaba.

Y ahora, veintisiete años después, todo volvía a sus recuerdos al verse reflejada en su sobrina.

—¿Tía Ernestina? —preguntó Isabela, aunque no le hacía falta una respuesta—. ¿Qué te ha pasado que estás tan desarreglada? Si parece que hubieras metido los dedos en el enchufe antes de venir. Mira tu pelo, que debe ser hermoso pero con un poco de cuidado —ella era franca, y si pensaba quedarse en el pueblo tendría que impartirle algunas enseñanzas sobre elegancia a esa tía desastrosa que tenía.

Las manos de Ernestina temblaron mientras se la llevaba a la cabeza para tratar de acomodar los rizos que parecían una madeja enmarañada. Ella era una campesina que había estado arreglando el huerto en el momento que llegó Aldo a informarle de que Isabela estaba detenida, y el cabello siempre tendía a dispararse para el lado equivocado en los días de calor húmedo, y ese, era el peor día que habían tenido desde que comenzó el verano. Aunque, por más que intentara buscar justificativo, Ernestina sabía que su desarreglo era premeditado. No le importaba su apariencia, el desaliño y mucho menos lo que pensarán de ella.

—Bueno, yo nunca me arreglo porque.... —Ernestina se puso a la defensiva, pero Gina que estaba tras un árbol espionando a la agrandada esa, interrumpió sus palabras.

—Ella no se arregla desde que tu padre la dejó plantada en el altar para huir con tu madre —ya está, se dijo Gina. Ya lo había dicho, y por fin detectó un gesto de desconcierto en la mirada autosuficiente y segura de Isabela Brandal.

A Isabela le temblaron las piernas y sintió que el piso se movía bajo sus pies, solo escuchaba

el sonido de su corazón que había perdido el compás sereno y pausado. Se le aflojaron los músculos y su cuerpo se convirtió en un flan. Miró a Gina, su rostro triunfal como si hubiera ganado una competencia. ¿Qué le había hecho a esa chica para que la odiara?, se preguntó. Pero su mente no estaba para encontrar respuestas imposibles porque solo rebobinaba esas palabras que la dejaron perpleja. “Ella no se arregla desde que tu padre la dejó plantada en el altar para huir con tu madre”.

Recordó la mala relación de sus padres, las quejas y los reproches constantes de su madre y los intentos de apaciguarla de su padre. Ahora entendía por qué no le habían contado sobre la existencia de la tía Ernestina. Claro, qué le iban a decir, “tengo una hermana melliza a la que le quité el novio al pie de la iglesia, por eso nunca hablamos de ella”, no, eso no entraba en la falsa moral de su madre. Marta, que predicaba sobre el honor, la ética y el respeto hacia los demás, había cometido el acto más vil con su hermana. Y Ernesto, que no predicaba nada, pero vivía bajo los buenos principios, al parecer, en aquella época los había olvidado, supuso Isabela.

¿Su padre se habría casado con Marta para cumplir algún deber?, se preguntó, pero no tenía la respuesta a su duda, y como los dos habían muerto tampoco tenía a quien preguntarle, salvo a la tía Ernestina, que había quedado tan desconcertada como ella con las palabras de Gina.

El resto, Lidia, Felipe y Rosalía también estaban congelados, como estatuas adornando la plaza, y miraban a Ernestina esperando que dijera algo.

—¡Gina!, ¿por qué? —preguntó Ernestina, había dolor en su rostro.

Ernestina adoraba a Gina, pero estaba indignada con la actitud maliciosa de la muchacha. Gina era una consentida, pero eso no le daba derecho a remover heridas pasadas, y mucho menos tratar de destruir la imagen que su sobrina tendría de sus padres.

—Porque es la verdad. Si fuera por ti nunca se habría enterado, ¿o me equivoco? —dijo Gina, su mirada altiva demostraba que no sentía arrepentimiento. Luego de aquella confesión, se sintió satisfecha y se marchó sin esperar que Ernestina respondiera a su pregunta.

Esas pocas palabras de Ernestina fueron suficientes para que Isabela corroborara los dichos de Gina. Isabela retrocedió, trastabilló y hubiera caído al suelo si Felipe no la hubiera sujetado del codo; pero ella se soltó de su brazo, se giró y se alejó corriendo. Quería huir, atravesar el arco de ingreso y perderse en el camino polvoriento. Quería que lo que acababa de escuchar nunca hubiera sucedido, aunque tenía la certeza que eso sería imposible.

¿Para qué la habría invitado Ernestina?, para vengarse de ella por las malas acciones de sus padres. Qué culpa tenía ella si por aquella época ni siquiera había nacido. Y recordó las acaloradas discusiones de su padre, los gritos de su madre: “*siempre fue ella, siempre ella. Nunca la olvidaste*”, y a su padre acercándose para reconciliar lo irreconciliable, “*basta Marta, basta. No hurguemos en el pasado, tenemos una hija hermosa*”. Un hombre vencido por las circunstancias, sometido a las locuras de su esposa que descargaba sus propios errores en él. Un hombre sin ganas de progresar, de ser feliz, y que solo se dejaba llevar por el devenir del tiempo, hasta que el tiempo se acabó. A Isabela la adoraba, la aconsejaba, inclusive se quedaba por horas mirándola como si la idolatrara con los ojos. Claro, como no la iba a mirar, si era igual a su tía Ernestina, y Ernesto debía perderse en el pasado.

Llegó al Peugeot 206, destrabó la alarma y abrió la puerta para huir de, las palabras, las circunstancias y la gente que se había quedado de piedra por las confesiones de Gina.

—¡No te vayas! —sintió un grito a sus espaldas que a Isabela le pareció desesperado.

Supo que era Ernestina y algo dentro de ella le impidió huir. La gente de Paraíso la tenía desconcertada. Algunos la trataban con deferencia y cariño, como si toda la vida hubiera vivido entre ellos; en cambio, otros hacían cualquier cosa para que se fuera, inclusive habían llegado

hasta el extremo de hacerla esposar y encerrar en una celda para demostrarle lo poco que la querían entrometiéndose en su vida diaria, sus costumbres y su rutina. Pero la tía Ernestina, que era por quien ella había decidido venir, le pedía a gritos que no se fuera. Por eso se quedó de pie, sin mirarla, pero sin entrar al coche y alejarse, esperando escuchar lo que le diría.

Y Ernestina habló con esa sinceridad que sale del alma.

—Eso es pasado. Ya ni lo recuerdo y mucho menos siento amargura por aquella época. Por favor, las dos nos necesitamos. Por favor, Isabela, dejemos los malos momentos atrás y..., quizá las dos podamos formar una pequeña familia. Tengo una huerta de verduras, todo orgánico. En realidad no es mía pero trabajo en ella como si lo fuera —dijo Ernestina ocultando que el huerto se lo había cedido Renzo para palear sus problemas económicos, y siguió hablando—. Si bien el pueblo te puede parecer pobre, somos gente buena, sin rencor. Gina solo está celosa porque la he criado yo y tiene miedo de perder mi cariño. Como si no tuviera de sobra para repartir. Por favor, no te vayas —dijo Ernestina intentando retener a Isabela.

Esas palabras desesperadas y llenas de cariño surtieron el efecto esperado por Ernestina. Isabela se giró y sonrió emocionada al escuchar el emotivo discurso con el que su tía prácticamente le suplicaba que intentaran formar una familia. ¡Cuánta falta le había hecho tener a su lado alguien que la quisiera de verdad!, y su tía se lo brindaba con toda la generosidad a pesar de saber que ella era la hija de las dos personas que tanto daño le habían ocasionado en el pasado.

—¿Y el que me hizo encarcelar?, ese también está celoso —dijo Isabela nombrando a Renzo como “ese”, y miró a su tía con picardía. El cambio de tema y el gesto de Isabela, relajó a Ernestina.

—¿Celoso, Renzo?, no, seguro que no son celos... él debe estar desorientado o enojado por lo que le pasó el día que fue a llevarte la carta. Quizá no lo sabes, pero a Renzo le dieron una paliza en la puerta de tu departamento y después lo llevaron detenido. Renzo es un hombre noble y ha quedado resentido por el modo en que lo trataron en la ciudad. Estuvo toda la noche encerrado hasta que averiguaron sus antecedentes. Si supieras lo que ayuda en el pueblo para eliminar la delincuencia. Incentiva a la gente a trabajar para que deje los malos hábitos y recupere la dignidad. Él dice que si la gente levanta su autoestima no comete delitos —dijo Ernestina sin escatimar en detalles sobre las bondades de Renzo.

—¿En serio? —dijo Isabela, y su asombro se reflejó en los ojos. No lo podía creer ya que a ella le había dado una buena mano para que la encarcelaran.

—Sí, aunque te cueste creerlo. Acá lo adoran, lo respetan, y más todavía, porque es como si lo idolatrasen por lo que hace por la gente. Todo el pueblo le besa los pies, y por lo que me ha dicho Aldo, tú no. Por eso debe haber actuado de esa forma tan descortés, porque tú ni siquiera lo has mirado.

—¡Vaya!, esto es increíble. Pensar que porque no idolatré al noble vecino me atacó en el probador, y como le salió mal la jugada me metió una sudadera en el bolso para que me llevaran a la cárcel. No puedo imaginar a ese hombre como noble. Para mí es la persona más inmoral que he conocido, salvo que su intención sea que me vaya —dijo Isabela sacando conclusiones. Sí eso debía ser, pensó.

Ernestina por reflejo asintió al último comentario de su sobrina y antes de que pudiera negar con palabras su afirmación, ya que no creía realmente que Renzo la quisiera correr sino incordiar un poco para sentirse mejor, su despierta sobrina dijo: “entonces me quedo”, y sonrió, con esa sonrisa que no cabe en el rostro, como si acabara de ganar una batalla. Claro, eso era, Renzo había empezado la lucha y ella estaba dispuesta a preparar el arsenal para defenderse, o quizás

atacar, supuso Ernestina.

Una risa cantarina sonó en la plaza cuando Rosalía, la hermana encantadora de Renzo, comprendió lo que se avecinaba.

—Creo que vamos a tener un verano entretenido —dijo Rosalía, y Felipe la miró preocupado.

—Tú tendrás un verano entretenido, porque lo que es yo voy a tener un verano complicado y esa celda siempre ocupada —dijo Felipe, y miró a Isabela como si le advirtiera de que se contuviera de provocar a su amigo.

—No será porque yo arme escándalos. Tú eres la autoridad en el pueblo, y si ese hombre insoportable me provoca yo lo voy a denunciar con Hermes —dijo Isabela furiosa de que la hicieran responsable de la tranquilidad del pueblo. ¡Ella no había hecho nada! Además, no podía obligar a ese hombre insoportable a que se comportara decentemente, eso ya era asunto suyo, y si le gustaba la celda, allá él. Ella no pensaba mover un solo dedo para llevarse bien con ese caradura.

Ernestina esbozó una sonrisa al recordar que Aldo le había dicho, “te has vuelto loca Ernestina”, cuando ella le dijo, con esa convicción que no admite réplica, que deseaba que su sobrina se casara con Renzo. Pero, mirando los estallidos que había entre los dos no le haría falta intervenir para lograr su cometido. Quizá, un empujoncito y ya está, supuso.

Aldo que acababa de llegar y caminaba con su pachorra de siempre por la plaza del pueblo, sonreía por lo que estaba pasando. Su noble hijo en la cárcel de nuevo. Evidentemente, Isabela Brandal era su pesadilla, porque desde que había regresado de la ciudad era otro Renzo. Siguió acercándose a sus vecinos, que divertidos miraban a Isabela sabiendo que, por fin, dejarían el aburrimiento y la rutina. Al llegar junto al grupo, apoyó la mano en el hombro de Ernestina, como hacía siempre que quería percibir las sensaciones de bronca o felicidad que ella sabía disimular muy bien, y descubrió que temblaba. Estaba nerviosa y seguramente feliz, todo gracias a Isabela Brandal, supuso Aldo.

A Aldo le encantaba ser parte de las sensaciones de Ernestina porque ella era su amiga entrañable e incondicional. Era el único que sabía lo que ella ocultaba muy dentro de su corazón y eso le permitía sentir que compartía con ella, aunque ella no compartiera nada, sus más recónditas emociones. Pero apartó sus pensamientos sobre Ernestina y se concentró en Isabela, que tenía las manos en las caderas y miraba enfurruñada a todos. Claro, si su llegada había sido similar a las ferias que en otra época venían a los pueblos para entretener a la gente.

—Bien, veo que tu llegada ha sido ¿explosiva, querida Isabela? —preguntó Aldo.

—Así parece, aunque esa no era mi intención —dijo Isabela, y le dedicó una cálida sonrisa—. Usted me cae bien —aclaró para tratar de ganarse de aliado al padre del innombrable—. Pero dos de sus hijos no. Y si quieren guerra yo preparo las armas.

Aldo arqueó las cejas, Rosalía sonrió, Felipe se preocupó y Ernestina, bueno, ella quedó muda porque todavía no podía asimilar que su pobre sobrina huérfana no tuviera nada que ver con la mujer insegura y necesita de apoyo que se había imaginado.

—Dios mío, y yo que pensaba pasar el verano pescando pejerrey —dijo Felipe.

—Típico de los políticos, andar de vagos en lugar de ocuparse de justificar lo que ganan —dijo Isabela, y Felipe otra vez quedó sorprendido.

—Qué sobrina te echaste encima, Ernestina. Pensar que tu tía hablaba de ti como su pobre sobrina huérfana que no tenía a nadie en el mundo —dijo Aldo.

—¡Aldo, cállate! —dijo Ernestina, y se ruborizó.

Isabela se puso seria, porque esas palabras eran ciertas. Pero ocultó sus emociones tras una sonrisa y se acercó a Ernestina antes de hablar.

—Gracias por ofrecerme pasar una temporada en tu casa. Creo que las dos nos vamos a llevar muy bien —y la estrechó en un abrazo de camaradería.

Ernestina se lo devolvió con tanto amor que Isabela sintió una sensación extraña, la misma que había sentido cuando puso un pie en las calles polvorientas del centro del pueblo y el aroma de las flores la transportó a un mundo sereno y armonioso. Hacía tantos años que nadie le demostraba cariño y aceptación por ser ella misma, que sentía cierta inseguridad y desconfianza al aceptar el afecto de esa gente sencilla. Unos extraños rodeándola de cariño, unos desconocidos haciéndola sentir en casa.

Se dio cuenta que dentro de ella habitaba una técnica, solo una técnica que sacaba cuentas, analizaba probabilidades y especulaba con las dificultades de pequeñas empresas para beneficiar a los grandes. Una gerente general que había conseguido el crecimiento económico de Leopoldo Rodríguez y sus socios, y había creído que era feliz con una palabra de admiración o una palmeada en el hombro por sus logros. Pero, ¿y ella?, ¿alguna vez alguien había pensado en sus sentimientos, sus gustos, sus necesidades...?

Los sollozos de Ernestina la devolvieron al pueblo, a su nueva realidad, a esa gente que demostraba abiertamente sus sentimientos, fueran buenos o malos como en el caso del innombrable y su hermana Gina. Y en ese momento descubrió que hasta esa parte mala le gustaba, porque todo lo que le estaba pasando en ese paraíso olvidado la hacía sentir viva. Y se dijo, que ese era su lugar en el mundo.

CAPÍTULO 6

Renzo Valentín pasó una noche de perros. La cama era un elástico estirados que se hundía con el peso de su cuerpo y prácticamente rozaba el suelo. Por eso prefirió dormir en el piso, pero era tan duro que por más que dio vueltas a un lado y otro no encontró posición. Entonces se puso boca arriba y miró el descascarado del techo que, según su perversa imaginación, se parecía al rostro sonriente de Isabela Brandal. Claro, como no iba a sonreír si se estaba burlando de su situación. Trató de olvidarse de ella y pensó en la gente que por algún pequeño desliz tenía que pasar la noche en la celda, y comprendió por qué no delinquían más. Quién iba a atreverse a cometer otra falta si sabía lo que le esperaba. Quizá, no era él quien había logrado frenar el delito con sus buenas acciones, sino el terror a la cama de la celda.

Dejó de lado sus pensamientos sobre la cama y la celda. Lamentablemente no podía hacer lo mismo con Isabela Brandal, la culpable de que él estuviera allí sufriendo esa incomodidad. Y supuso que ella estaría durmiendo relajadita en el colchón de resortes que Ernestina había comprado por si su desconocida sobrina huérfana se dignaba a aparecer.

Esa mujer, que hasta se le aparecía en el descascarado del techo, se había convertido en una maldición en su vida.

Desde que tuvo la desdicha de conocerla se convirtió en un hombre perseguido por la mala suerte. Todo le salía mal. Antes él era un hombre de buenos pensamientos y acciones nobles, pero desde aquel día en el que la vio desnuda tras la ventana del departamento su vida dio un trágico vuelco de ciento ochenta grados. Las desgracias estaban a la vista y no hacía falta enumerarlas.

Si la tuviera a unos metros... si la tuviera encerrada con él en la celda...

No sabía con certeza que le haría porque su indignación era tan grande que por momentos tenía ganas de agarrarla de ese cabello cobrizo que brillaba al sol, tumbarla sobre el piso de estuco y revolcarse con ella hasta dejarla vencida y desprovista de esa apariencia de mujer importante que se creía superior a toda su gente. Aunque ella, desplegando un encanto que él ni siquiera había imaginado que podía tener, se los había conquistado a todos. Los había dejado tan fascinados, que el que estaba pasando la noche en la celda era él, no ella.

A las doce de la noche había tenido el coraje de aparecer Felipe para preguntarle como estaba. ¡Cómo iba a estar!, echando fuego por su cabello dorado. Si lo que le estaba pasando era una injusticia.

Al final, comprendió que conocer a Isabela Brandal le había cambiado la vida, porque ni él reconocía esa faceta explosiva que ella había despertado.

En la soledad e incomodidad de la celda Renzo llegó a la conclusión de que no se podía sacar de la cabeza a Isabela Brandal. La recordaba durante el día con rencor porque haberla conocido llenó su vida de complicaciones; y por las noches lo invadía la más placentera de las imágenes, ya que Isabela siempre estaba en sus sueños, vulnerable y desprovista de esas prendas impecables y combinadas. En realidad, no llevaba nada puesto y sé abrazada a él como si buscara su contacto, su protección, su cercanía. Pero cuando despertaba, con la respiración agitada y el cuerpo perlado de sudor, se indignaba porque esa mujer no valía ni un segundo de su tiempo, mucho menos imaginársela acostada toda la noche a su lado. Lo mejor que podía hacer era mantenerse lo más alejado posible de su camino. Sí, eso haría. O mejor no, mejor trataría de hacerle la vida tan difícil como la estaba teniendo él, así probaba un poco de sus propias frustraciones, broncas y mala suerte.

El sol comenzaba a asomar por la pequeña ventana enrejada de la celda. Renzo, que había esperado impaciente que el alba despuntara, se puso de pie y llamó a Hermes para que apurara el trámite de su libertad.

El policía, que era un hombre que se tomaba su tiempo para hacer los trámites, lo despachó con un “después de desayunar arreglo lo tuyo”. Claro, si no era él quien estaba encerrado.

El veneno que se había ido desparramando por sus venas a medida que pasaban las horas, estaba a punto de estallar y ninguno de esos pueblerinos desagradecidos estaría exento de recibir su cuota una vez que Renzo atravesara las puertas de la comisaría.

—Maldito Hermes. Sácame de aquí que tengo montones de asuntos que resolver en la fábrica — gritó Renzo, y vio que Hermes en lugar de levantarse para buscar las llaves que colgaban de la pared, untó mermelada en los bollos que acababa de sacar de la bolsa de papel. Se lo hacía a propósito, de eso no tenía dudas. Acaso no entendía que despachar las verduras a los puestos de venta era una tarea que no se podía dejar para el día siguiente. Ellos eran famosos por entregar productos orgánicos recién cortados de las plantaciones, y sus verduras estarían marchitándose si no aparecía por la fábrica a dar ciertas instrucciones. No es que sus empleados no supieran nada del negocio, sino que Renzo estaba acostumbrado a no delegar ciertos asuntos. Le gustaba controlar la calidad de los productos antes del envío, corroborar que repusieran las plantas de lechuga y acelga que habían alcanzado el crecimiento óptimo, y el momento propicio en el que debían ser desprendidas de la tierra, y... Era un obsesivo controlador autosuficiente al que no le gustaba delegar porque no quería errores, se dijo mientras se paseaba por la pequeña celda incrementando el veneno que corría por sus venas.

En realidad Hermes no hacía nada a propósito, solo estaba a la espera de que Isabela Brandal se arrepintiera y levantara los cargos que había puesto contra Renzo después de cenar con Ernestina y un grupo de vecinos en Lo de Ada.

Y mientras Renzo veía correr las horas en su reloj pulsera, la una del mediodía; Isabela, ajena a las indignaciones del innombrable, disfrutaba de su mejor sueño en la habitación de huéspedes que le había preparado la tía Ernestina.

El aire de campo, el canto de los pájaros y el sonido del correr de las aguas del arroyo que entraba por la ventana abierta le había permitido disfrutar de un descanso que nunca había tenido.

Se giró en la cama, y el resplandor del sol le dio en los ojos y la despertó. El reloj de la mesita de noche marcaba las quince horas. Isabela se sorprendió al haber dormido tanto. Nunca, ni en su época de adolescente rebelde se había permitido perder el tiempo durmiendo. Si bien no era una persona egoísta, en ningún momento se acordó que Renzo estaba en la cárcel esperando que ella se decidiera a retirar la denuncia que había puesto la noche anterior.

Se levantó, descorrió la cortina y se asomó al enorme ventanal. Las flores del jardín desprendían un aroma embriagador. Un ombú con sus raíces retorcidas por encima de la tierra daba sombra a unas reposeras anaranjadas y a una mesa de pino rústica. La gramilla asemejaba a las campiñas inglesas y las plantas de diversas alturas se dispersaban por el amplio parque. Todo estaba tan cuidado que parecía un oasis en el desierto de ese pueblo llamado Paraíso. Y se dijo, que el paraíso no estaba en el centro del pueblo sino en la casa de su tía.

No había tenido ocasión de conversar a solas con su tía porque en Lo de Ada, que era el único restaurante del pueblo, se habían congregado algunos pueblerinos para conocerla.

Había sido una hermosa reunión, de comienzo. Algunos la habían recibido con cordialidad mientras otros solo se dedicaron a hacerle un tanteo, ya que la observaban con curiosidad y sin emitir palabra. Pero la alegre reunión que habían disfrutado se fue al traste cuando llegaron las

admiradoras del innombrable y la agredieron sin escatimar en insultos: Que Renzo era un buen hombre, que todas daban fe de su paciencia y buen trato, que ella se había inventado lo del acoso y la sudadera, que era una mentirosa que solo quería manchar con sus mentiras la excelente reputación de Renzo, que no la querían inmiscuyéndose en sus vidas, que era una ciudadana agrandada. Inclusive aseguraron, como si el innombrable fuera un objeto, que Renzo era solo de ellas y no iban a permitir que una extraña venida de afuera se lo quedara. Y por último, le aconsejaron que se fuera, aunque para Isabela sonó a amenaza. La hostilidad colmó la paciencia de todos, pero fue Felipe quien haciendo alarde de su cargo las amenazó con encerrarlas en la celda. Ninguna dejó de hostigarla, e Isabela supuso que más de una lo hacía porque estaba deseando ir a compartir estadia con el innombrable.

Isabela se había mantenido callada escuchando los insultos, pero cuando le colmaron la paciencia impuso sus aires de ciudadana y les dijo: “No podría vivir en este pueblo. Soy gerente general en una empresa importante y solo he venido a saludar a mi tía Ernestina. Lo mío es el ruido y el pavimento, los teatros y las galerías de arte. Éste nunca podría ser mi lugar”. Sabía que estaba despreciando el único sitio en el que se había sentido a gusto. Pero maldición, la estaban cortando a tiras y no iba a permitir que la vieran vencida, mucho menos pensaba dar lástima diciendo que no tenía otro sitio a donde ir y que allí se sentía feliz. Ella tenía que dejarlas mudas para que acabaran de destrozarla por dentro, y lo había conseguido. Lamentablemente se había ganado también la desaprobación de la gente que la había recibido con un cariño que ella desconocía. Pero en ese momento no podía recordar el cariño de la gente, porque cuando Isabela perdía la paciencia, la perdía en serio. Y en venganza a las despreciables admiradoras del innombrable que la habían tratado como a una intrusa que se metía en el pueblo como si le perteneciera, se levantó de la mesa en la que habían estado disfrutando de una agradable noche y fue derecho a la comisaría a denunciar a Renzo Valentín por acoso y por haberle plantado pruebas para que la detuvieran.

Todos le habían pedido que no lo hiciera. Su tía Ernestina le había suplicado, aunque el brillo travieso de sus ojos era indicio de que no estaba preocupada por la situación de Renzo. Rosalía si estaba preocupada, ya que lloraba lágrimas gruesas por su hermano. Carlo, el dueño del bar, le había gruñido que no podía encarcelar a un hombre tan bondadoso como Renzo. Y Felipe, que no quería que la tranquilidad del Paraíso se viera afectada, le había aconsejado que, por su bien, no hiciera la denuncia. Desoyendo todas las súplicas y consejos, Isabela descargó en Renzo la bronca que habían sembrado en ella sus admiradoras, y plantó la denuncia. Allí fue cuando la desaprobación de los pueblerinos se convirtió en desprecio, porque cuando salió de la comisaría los agradables pueblerinos le dijeron: “Si Renzo no sale de la cárcel a primera hora de la mañana, no te queremos en el pueblo”. Lo que más le dolió fue que Lidia levantara el ofrecimiento de trabajar en su preciosa tienda.

La tía Ernestina era la única ajena al rencor, porque le había sonreído y le había asegurado que al día siguiente todo volvería a la normalidad. Ella no lo creía pero tampoco lo discutió. Ya había tenido suficientes peleas para un día. Ni en años había guerreado tanto como en su primer día en Paraíso.

En ese momento, después de rememorar la incómoda situación que había pasado por culpa de las admiradoras de Renzo, recordó que eran las tres de la tarde, no, las tres y treinta para ser más exactos, y el innombrable seguía encerradito en la celda esperando que ella fuera a levantar la denuncia. Se preocupó, no por él sino por lo que le habían dicho los pueblerinos: “si Renzo no sale de la cárcel mañana temprano, no te queremos en el pueblo”. Teniendo en cuenta la hora que era, no tuvo dudas de que la echarían a patadas.

¿Por qué la tía Ernestina no habría venido a despertarla a las ocho como ella le había pedido cuando llegaron?, ¿o ella también estaría durmiendo?, se preguntó mientras buscaba en la valija, que no había podido vaciar, algo para ponerse. No tenía tiempo de darse la ducha matutina a la que estaba acostumbrada, bueno, tampoco era de mañana. Igual, se demoró su tiempo en estar presentable. Ella era una mujer que estaba acostumbrada a no dejar un solo detalle de su presencia al descuido, por eso dedicó unos cuantos minutos a elegir su ropa y otros más para la bisutería. Cuando por fin salió de la habitación, vestida con un pantalón blanco, una remera celeste, sandalias forradas en raso celeste y unas finas fantasías al tono en las orejas y el cuello, el sol ya estaba cayendo.

La tía Ernestina brillaba por su ausencia. No estaba en la habitación contigua, ni en la sala o en la cocina preparando la cena, tampoco en el hermoso parque o bajo el árbol de raíces sobresalientes. Isabela supuso que la desaparición de la mujer era un acto premeditado. Ernestina, si bien le había suplicado que no presentara una denuncia contra Renzo, no había dejado de sonreír con los ojos como si su súplica nada tuviera que ver con sus deseos. Pero Isabela no tenía tiempo de ponerse a conjeturar sobre la desaparición o las intenciones ocultas de la tía Ernestina, por eso se subió al Peugeot 206 y emprendió la marcha hacia el pueblo.

Era una tarde fresca. El viento sacudía las ramas de hojas abundantes y en las calles se elevaban remolinos de polvo. Se olía a lluvia e Isabela miró el cielo. Unas nubes oscuras se acercaban a gran velocidad, como si intentaran ganarle a su prisa por retirar la denuncia contra el innombrable.

No eran muchos los kilómetros al pueblo, pero a Isabela le parecieron eternos cuando una ráfaga de viento imprevisto sacudió el coche y estuvo a punto de perder el control. Debería haber regresado por el camino y dejar al innombrable en la celda. Pero no podía porque se había echado a toda la gente en contra desde que plantó la denuncia. Ya demasiadas horas lo había dejado encerrado para agregar una noche más por culpa de un vendaval. Ningún viento, ni siquiera un huracán le impediría llegar al pueblo para tratar de recuperar el aprecio de la gente. Ella quería quedarse allí y si tenía que llegar volando en un remolino que la dejara en la misma celda, lo haría.

Una rama gruesa cayó tras el Peugeot, y un árbol fue arrancado de raíz de sus entrañas. La tormenta parecía perseguirla porque a medida que avanzaba veía por el espejo retrovisor las consecuencias que estaba dejando el viento, y aceleró la marcha.

Llegó al centro. Los negocios estaban cerrados y no había un alma caminando por las calles. Estacionó en la plaza y vio con pánico que los árboles se recostaban sobre la tierra.

Si hubiera sido sensata se habría alejado de allí, en cambio, bajó del coche e intentó llegar a la comisaría. El viento la sacudió, la hizo retroceder, inclusive la elevó unos centímetros y la tiró contra un pino. Una rama se precipitó sobre ella. Sintió el ardor en el rostro y como una astilla le rasgaba el brazo derecho desde el codo hasta la muñeca. Sangraba, y las delicadas prendas en segundos se tiñeron de rojo. Sintió otro ardor que le recorría la pierna y ni tiempo tuvo de mirar lo que le había pasado porque en ese preciso instante se tambaleó y perdió una de las sandalias de raso, pero no la conciencia y mucho menos la perseverancia, por eso siguió luchando contra el viento cuando empezó a avanzar hacia la comisaría.

La corta distancia le parecía interminable porque daba un paso y retrocedía cinco, pero ella se quería quedar en el pueblo, ser parte de esa gente que la había acogido como si fuera uno de ellos; por eso siguió luchando contra todo lo que se cruzaba en su camino. No se iba a dejar vencer por un vendaval, ella se quedaría en el Paraíso olvidado cueste lo que cueste.

Desde la comisaría Renzo miraba por la pequeña ventana de la celda el vendaval, y por lógica,

a la loca de remate que intentaba campearlo; es decir, a Isabela Brandal, que con coraje arremetía contra el huracán que se había desatado en apenas unos minutos. Ella luchaba contra las inclemencias con una perseverancia que lo sorprendió, y todo el veneno que creía tener en la sangre se desvaneció al ver el esfuerzo que hacía por llegar. No supo en qué momento su odio se convirtió en admiración, tampoco le importó averiguarlo porque solo quería salir de allí para rescatarla. Ella estaba en peligro, y si Renzo no se equivocaba era por él.

—¡Hermes!, abre la maldita celda que Isabela Brandal está batiéndose en una pelea furiosa contra el huracán –gritó Renzo, y se relajó cuando Hermes se asomó a la ventana, y al verla perder la batalla contra el viento buscó la llave de la celda.

—¡Por Dios!, esa mujer está loca – dijo Hermes. Él no era un hombre de los que se llamaría de naturaleza valiente, al menos era de reacciones rápidas ya que en un santiamén liberó a Renzo para que fuera a rescatarla.

—Sí, algún tornillo debe haber perdido –dijo Renzo, aunque él sabía que no era así. Felipe ya le había contado la incursión de sus admiradoras en el restaurante, el acoso al que la habían sometido, el desprecio que había soportado y su pequeña venganza de plantar la denuncia en su contra por lo que había tenido que pasar. Al parecer, Isabela se había contenido de retirar la denuncia durante todo el día y justo se decidió a quitar los cargos cuando el huracán se le vino encima, supuso Renzo que corría llevado por el viento para rescatarla.

Ella estaba hecha un desastre. El cabello era un remolino rojo revoloteando en su rostro de duende, le faltaba una sandalia e intentaba avanzar cojeando, y la ropa de exquisito gusto estaba desgarrada y ensangrentada. Otra vez semidesnuda frente a él, ya que el pantalón tenía un tajo que dejaba al descubierto el elástico celeste de una tanguita, y por lo tanto Renzo podía ver el redondo trasero al aire arruinado por un raspón que bajaba por la pierna.

A pesar de la preocupación, Renzo esbozó una tierna sonrisa mientras la alzaba y la apoyaba en su pecho buscando un lugar donde guarecerse hasta que el viento amainara. Para su sorpresa, Isabela se aferró a su cuello como si fuera el último salvavidas del naufragio, porque casi lo ahorcó. Renzo sintió que su cuerpo giraba al ritmo de la tierra que se arremolinaba en las calles. Ella, la mujer experimentada e independiente lo necesitaba, se dijo mientras evaluaba hacia donde correr para protegerla.

La comisaria no era la mejor opción porque era una tarea imposible con el viento encaprichado en hacerlos retroceder. Por eso se dejó llevar por el vendaval y con las ramas cayendo a su paso atravesó la plaza y entró en Lo de Lidia.

Renzo dejó a Isabela sobre el piso y se acuclilló a su lado para quitarle el cabello del rostro. Ella estaba asustada y las lágrimas empañaban sus ojos cristalinos. Se enterneció porque era la primera vez que se mostraba al desnudo a pesar de estar vestida, ya que él le estaba mirando el alma que clamaba por gritar palabras que no salían de sus labios. Él era un hombre noble, pero no fue su nobleza lo que lo instó a envolverla en un abrazo posesivo, fue regocijo al saber que era el único que estaba allí para protegerla. Y se dijo que nadie más tenía la dicha de disfrutar por un instante fugaz la desazón de esta ejecutiva importante que aparentaba no necesitar a nadie.

—¡Cómo se te ocurrió salir con semejante tormenta! –si bien Renzo le reprochaba su imprudencia, lo dijo con tanta ternura que Isabela se sintió reconfortada con esa voz melodiosa y las suaves caricias con las que él le acariciaba el rostro ensangrentado.

—Tenía que levantar la denuncia que te puse la noche anterior –dijo Isabela, su voz era apenas un susurro que escapaba de sus labios temblorosos.

—Bien que te tomaste tu tiempo para liberarme, y justo te decides cuando viene un huracán, y eso que no son comunes en la zona –aclaró Renzo mientras, con dolor, dejaba de abrazarla para

buscar una prenda de la tienda de Lidia que sirviera para limpiarle la sangre del corte que le recorría la parte inferior del brazo.

Cuando Isabela vio que la prenda que había elegido para arruinar como si fuera un trapo inútil era la sudadera, se la arrancó de las manos.

—Ni se te ocurra, esta sudadera tiene su historia, y además me gusta.

Renzo sonrió, ya había pasado el instante fugaz de miedo y desazón, y ella volvía a ser la mujer autosuficiente que todos acababan de conocer. Su comentario le hizo recordar las casi veinticuatro horas que había pasado encerrado en la celda por culpa, en parte, de esa maldita sudadera.

—Ya lo creo que tiene su historia —dijo Renzo, y se sacó su remera para limpiarle la herida del brazo. Suponía que cualquier prenda que pretendiera usar de Lo de Lidia ella se la sacaría de las manos.

Isabela no pudo apartar los ojos del pecho bronceado de Renzo. Los músculos y el vello del pecho que descendía hasta perderse bajo los vaqueros gastados le llenó de imágenes indecentes la mente, imágenes que nunca pensó tener con el innombrable, imágenes que la hacían ruborizar.

Renzo no fue ajeno al análisis que la sobrina de Ernestina le estaba dedicando, y mucho menos a como se ruborizó cuando sus ojos descendieron hasta la bragueta de los vaqueros. Pensó en quitarle la curiosidad bajando el cierre, pero no lo hizo, prefirió hacerse el desentendido para no emprender una nueva pelea con ella. Entonces, se ocupó de limpiar la herida para distraerla y distraerse, además, quería saber la profundidad del corte que tenía en el brazo, pero al eliminar la sangre seca se tranquilizó, solo era superficial. El raspón de la nalga derecha lo ignoró por razones obvias.

—Si no hubieras dejado la sudadera en mi bolso habrías dormido en tu cama tranquilito como un bebe —dijo Isabela, y por fin apartó sus ojos del cuerpo de Renzo.

—Hace tanto que no duermo tranquilito como un bebe —le rozaba el brazo lastimado con delicadeza, intentando convencerse de que no quería causarle dolor, aunque, lo que no quería era reconocer que estaba disfrutando del contacto que sabía a una bebida con bastantes grados de alcohol porque ese simple roce lo estaba emborrachando. Tan delicada que tenía ganas de abrazarla para sentir que la protegía como ella necesitaba, pero no se atrevió a hacerlo de nuevo. Era la primera vez que conversaban como dos personas civilizadas y no quería arruinar el encuentro.

—No será por mi culpa —dijo Isabela a la defensiva.

—En parte, pero ese es un tema que prefiero no tocar en este momento —dijo Renzo. No pensaba confesarle que ella era la causante de sus malas noches, que era la que invadía sus sueños y lo volvía loco de deseo; la que lo hacía despertar sudado y con ganas de seguir soñando porque cuando despertaba no estaba abrazada a él. Apartó a un lado sus pensamientos y le preguntó—. Dime, ¿por qué pusiste la denuncia? —Renzo lo sabía. Felipe se había presentado en la comisaría y le había contado la incomodidad que Isabela había tenido que soportar de sus admiradoras. Sabía que se había querido vengar en él, pero nunca imaginó lo que ella le respondió.

—Porque tú te crees irresistible, porque tienes hipnotizada a todas las mujeres del pueblo, porque todos te tratan como si fueras una divinidad, y yo creo que no eres más que un farsante que intenta parecer lo que no es.

¡Vaya! Esa sí que no se la había esperado, mucho menos después de haber salido en medio de un huracán a rescatarla y curarle las heridas con todo el cuidado de no hacerle daño. En realidad, Renzo tenía que aceptar que ella no conocía su parte buena porque él solo le había demostrado hostilidad.

El gesto adusto de Renzo le indicó a Isabela que se había excedido en la sinceridad, además, él

dejó la dulce tortura de limpiar con caricias la herida del brazo, se levantó del piso y caminó hacia el ingreso.

Isabela se incorporó y se acercó cojeando a Renzo, que miraba la furia del viento desde la vidriera de la tienda de Lidia.

—Lo siento, es que a veces soy demasiado sincera y... eso suele molestar a las personas. Pero tú no has sido amable conmigo. En realidad te has comportado como un desfachatado sin escrúpulos porque, no solo me acosaste en el probador sino que plantaste pruebas en mi bolso e hiciste lo imposible para que me detuvieran.

Renzo se giró para mirarla. Ella no estaba arrepentida por su propia sinceridad, y Renzo sintió la necesidad de demostrarle en los hechos la verdad de sus palabras. Se acercó a ella, que retrocedió asustada al descubrir sus intenciones, pero él no se amilanó, sino que siguió avanzando hasta que la acorraló en el probador que tenía la cortina descorrida. La cerró y sin dejar de mirarla siguió avanzando hasta que ni una leve brisa se atrevió a interponerse entre sus cuerpos.

—Has sacado a relucir mi peor parte. Una que desconocía que tenía, una que nadie en este pueblo conoce. Porque solo tú, Isabela, consigues que un hombre de buena reputación se convierta en un... un atorrante —y dicho esto tomó el rostro lastimado entre sus manos y le besó la herida con una dulzura que contrastaba con la bronca que invadía su interior al escuchar sus palabras.

Isabela quedó derretida con su ternura y por instinto se acercó a él buscando un poco más de esa intimidad que le estaba dando. Pero el hombre noble que ella no conocía se distanció antes de cometer la locura de tumbarla en el piso del probador e invadirla como el inmoral que ella le había dicho que era.

Isabela quedó desconcertada de que él hubiera actuado con principios. La única vez que ella había deseado sentir el leve roce de sus labios, el pleno y puro anhelo que ese hombre le había provocado desde su llegada; Renzo se había alejado como si el contacto le quemara. Tuvo ganas de preguntarle por qué se había alejado, pero no pensaba rebajarse y mucho menos dejarle ver su deseo.

A veces sobran las palabras o uno puede interrogar con una mirada, supuso Isabela cuando Renzo respondió a su pregunta silenciosa.

—No sigo con lo que empecé porque este no es el lugar donde voy a tenerte. Mereces algo mejor que el piso de una tienda de ropa.

—Por Dios, ¿cómo puedes estar tan seguro?, ¿acaso crees que soy un objeto de tu propiedad? —Isabela, que había sentido el placer de sus caricias no podía aceptar que él le asegurara que la iba a tener como si fuera tal o cual cosa. Sus pocas buenas acciones morían cuando de su boca salían sus arrogantes palabras.

—Objeto no, yo no le doy valor a los objetos. Pero que vas a ser mía, no te quepa duda —dijo Renzo, y salió del probador dispuesto a camppear la tormenta antes de que Isabela Brandal hiciera temblar la vidriera con su furia. Había actuado apresuradamente al decirle que sería suya, pero bueno, a ella le gustaba la sinceridad, y eso le había dado.

Isabela se asomó por la cortina del probador y gritó.

—¡No pienso levantar la denuncia que te puse!

Renzo giró y le dedicó una sonrisa de regocijo antes de hablar.

—Sé que lo vas a hacer, no por mí, sino porque no quieres que la gente te desprecie. Conozco todo sobre ti; todo, Isabela Brandal —dijo sin darle detalles.

¡Conocía todo de ella!, ¿qué sería todo? ¿Acaso sabría que había tenido que renunciar a su impresionante cargo de gerente general por los acosos que estaba soportando? ¿Sabría que había perdido el departamento, qué estaba en la calle y que había venido al pueblo porque no tenía otra

opción? Y qué más sería todo, hasta donde había hurgado en su pasado ese hombre hostil que al verla lastimada y vulnerable había sacado a relucir su parte noble, la que todos decían que tenía.

Isabela se sintió pequeña ante esas palabras y agachó la cabeza para que él no se burlara de su situación. Renzo no sintió deseos de burlarse sino de acercarse y susurrarle que allí todo iría bien. Pero sabiendo que en la ciudad había sido una ejecutiva importante supuso que después de haberse recuperado del mal trance del huracán ya no necesitaría su comprensión, por eso siguió avanzando a la comisaría, a esperar, pacientemente, que Isabela levantara la denuncia.

Pocos minutos después el viento abandonó el pueblo y solo quedó el tendal de árboles con las ramas quebradas como corolario del huracán que había castigado el Paraíso. Isabela tenía su propia tormenta que capear, es decir, ir en contra de su voluntad a levantar la denuncia. Pero antes de dejarlo en libertad se aseguraría de que había aprendido la lección. Cuando observó sus impresionantes músculos, no solo había quedado como idiota admirándolo sino que la asaltó la idea de que Renzo Valentín podría cumplir trabajos comunitarios en el huerto de la tía Ernestina.

Isabela, una ciudadina acostumbrada a dirigir todo desde una cómoda oficina con aire acondicionado, sillón giratorio y alfombra peluda a sus pies, estaba segura de que el trabajo del huerto era demasiado pesado para Ernestina. Y ella no estaba dispuesta a ensuciarse las uñas arrancando lechugas para colaborar con su tía. Lo que les hacía falta era un hombre fornido para las labores diarias, y que mejor que el innombrable. Además, se lo debía por todo lo que le había hecho pasar desde que llegó al pueblo.

CAPÍTULO 7

Grande fue el asombro de Isabela cuando se asomó por la puerta de Lo de Lidia para ver el desastre. Pero ese asombro no fue por las ramas caídas, las hojas cubriendo el suelo, las macetas arrancadas de las paredes con las flores destruidas, o la cantidad de objetos que había traído volando el vendaval. No, su asombro fue porque de cada tienda y de cada casa asomaba una cabeza a curiosear.

Todos habían estado allí mientras ella luchaba por llegar a la comisaría. No faltaba nadie. De Lo de Carlo salió Carlo, de Lo de Ada salió Ada, de Lo de Zoilo salió Zoilo... Es decir, que el único que se había arriesgado a prestarle ayuda había sido el innombrable, que por primera vez demostraba con ella esa nobleza de la que hablaban sus admiradoras y el resto de los vecinos.

Isabela sintió algo parecido a los celos al comprender que Renzo Valentín habría actuado de la misma forma con cualquiera que hubiera estado en peligro. Seguramente, habría salido a salvar hasta a un perro abandonado y lleno de pulgas. Entonces, llegó a la conclusión de que Renzo Valentín no era un hombre que rescataba a princesas de la torre, no, él saldría al rescate hasta de los dragones que custodiaban abajo. Por supuesto que esa conclusión la indignó, ya que en su egoísmo ella quería encontrar un hombre que solo tuviera actitudes nobles con ella, y no tuvo dudas de que el innombrable no sería su hombre. Menos mal, pensó minutos después, ya que desde que lo había conocido su vida se había llenado de complicaciones. Vivir con un hombre así sería una verdadera tragedia, y ella ya había tenido suficiente cuota de adversidades para soportar una vida entera al lado de un hombre arrogante, caradura y encima mal vestido. ¿Qué estaba pensando?, se preguntó mientras miraba como el noble caballero entraba solito para que lo encerraran en el calabozo hasta que ella se decidiera a retirar la denuncia. Que esperara sentado, se dijo indignada por sus propios pensamientos y conclusiones, ya demasiada buena voluntad había tenido al venir a retirar la denuncia en medio del huracán.

Isabela se giró suponiendo que Lidia también habría estado guarecida en su tienda. Si era así, habría visto la escena que compartió con el innombrable. Cuando se giró, vio a Lidia impecable con su cabello rubio de ondas cuidadas, su rostro maquillado y sus prendas delicadas. No era linda como Ernestina, pero era una mujer llamativa. Estaba de brazos cruzados apoyada sobre el marco de la puerta verde descascarada que daba a la trastienda. No podía ser de otra manera porque el vendaval había aparecido sin aviso.

Lidia le sonrió pero no cambió su posición para acercarse a ella.

—Has quedado hecha un asco —dijo Lidia mirándola de arriba abajo. Le faltaba una sandalia, el pantalón blanco tenía un desgarrón que le subía hasta el trasero y la camisa celeste prácticamente había perdido una manga y se le habían saltado tres botones. Todas sus preciosas prendas embarradas y completamente inservibles—. Pero no importa porque hoy te ganaste mi admiración, y también mi perdón por no haber quitado la denuncia por la mañana. No sé tus motivos para demorar tanto, pero estoy segura de que los hay.

—Me dormí y mi tía no me llamó a las ocho como le había pedido, ni siquiera estaba en la casa cuando desperté —dijo Isabela intentando justificarse.

—Ernestina es una zorra cuando quiere —dijo Lidia, y largó una carcajada porque sabía que lo había hecho a propósito para enfurecer a Renzo.

Isabela arqueó las cejas ante las palabras de Lidia. Ella no conocía los pormenores del carácter de su tía, aunque había supuesto que dejarla dormir había sido un acto premeditado de

Ernestina, pero, ¿por qué?, ¿para qué?, no tenía idea.

—A mí me pareció una mujer humilde y encantadora —respondió Isabela.

—¡Oh, sí!, eso lo sabemos todos, pero también tiene vicios ocultos que solo las personas que la conocemos bien los detectamos. Mejor dejemos a Ernestina en paz que Renzo hace muchas horas que espera.

—¡Por Dios! Otra vez me había olvidado de él. ¿Por qué será que soy la única que no lo tiene en cuenta? —dijo Isabela a modo de pregunta, aunque no esperaba la respuesta que le dio Lidia.

—A veces negamos lo que queremos.

—No Lidia, ese hombre no me mueve un pelo, te lo aseguro —dijo Isabela sabiendo que estaba faltando a la verdad porque unos minutos antes le había movido no solo el desastroso cabello, sino cada uno de los sentidos que siempre mantenía en alerta ante los acosos de Leopoldo Rodríguez. Pero esta vez, en lugar de defenderse con un ataque casi se le había tirado encima.

—Si tú lo dices —Lidia sonrió.

Se estaba burlado de ella con esa sonrisa y esa confirmación a sus palabras que más parecían una respuesta irónica. ¿Acaso esa mujer que recién la conocía creía saber sus pensamientos?, ¿o la habría estado espiando desde la trastienda? ¿Habría visto sus sentidos alborotados mientras observaba al noble vecino sacarse la chomba para limpiarle las heridas?, ¿habría visto cuando la acorraló nuevamente en el probador? Bueno, que importaba, se dijo Isabela.

—Sí, lo digo porque es verdad. Como será que no lo tengo presente que ni siquiera recordé que estaba en la celda cuando me desperté a las tres de la tarde —dijo Isabela, y se le ocurrió mirar el reloj que colgaba de la pared. ¡Más de veinte horas encerrado! Dios, la iban a echar por estar perdiendo el tiempo con Lidia en lugar de ir a hacer el trámite para liberarlo, pensó—. Mejor me voy a retirar la denuncia antes de que sus admiradoras me cuelguen de alguna de las ramas que ha quedado de pie en la plaza —dijo Isabela, y salió a la calle.

Lidia sonrió por la ocurrencia, tomó la sudadera que estaba tirada al descuido sobre el mostrador de ventas y corrió hasta la puerta.

—Toma, es tuya. La salvaste de que Renzo la arruinara y no creo que a nadie del pueblo le quede mejor que a ti.

Isabela se giró para mirar a Lidia, sus ojos brillaban de emoción ante tal gesto de aceptación. Nunca nadie se había molestado en hacerle un regalo sin esconder intenciones indecentes y por el solo hecho de que ella le cayera bien. En la empresa había recibido regalos caros, carísimos, pero tras ellos siempre había un intento de llevarla a la cama. Solía rechazarlos, pero ante la insistencia y por educación los aceptaba con una sonrisa, y con el mismo gesto y la misma educación rechazaba las invitaciones íntimas que le seguían. Pero Lidia le ofrecía la sudadera movida por el afecto, la sudadera que tantos problemas le había traído el día anterior.

—Dijiste que tiene su historia y yo también lo creo, aunque creo que la sudadera está comenzando la historia.

Lidia había escuchado todo, pensó Isabela. Apartó los pensamientos y se acercó para abrazarla con afecto. Ella no era así, pero desde que había llegado a Paraíso sentía el despertar de sus emociones. Sin decir nada caminó por la tienda y se encerró en el probador para ponerse la sudadera que estaba en mejor estado que su camisa celeste. Lidia deslizó la mano por la cortina del vestidor y le pasó el pantalón corto con el bolsillo floreado que se había probado el día anterior. Otro regalo más, otra emoción desconocida embargó a Isabela. La dejó a un lado, ella no era una mujer sensible, era una ejecutiva fría. Por Dios, qué le estaba pasando, pensó mientras se ponía el *short*.

Ese pantaloncito diminuto era demasiado provocativo para ir a la comisaría a liberar al

innombrable, pero su ropa estaba hecha girones y era poco lo que ocultaba ya que se le veía el corpiño de encaje celeste, y la pierna derecha del pantalón con ese tajo que parecía hecho a propósito dejaba ver el elástico de la tanga que se perdía en su trasero, es decir, que andaba con las nalgas al aire. ¿Qué habría pensado el innombrable al verle la ropa interior?, seguramente no se habría asombrado ya que el día anterior le había visto el corpiño de encaje rosa mientras se prendía las perlititas de la camisa. En realidad, el innombrable la había visto desnuda tras el ventanal del que había sido su departamento, por lo que ya estaría acostumbrado a sus exhibiciones. Ella era una mujer formal y recatada, pero a él siempre le estaba mostrando sus partes íntimas.

Con esa desagradable conclusión no dudo en salir a la calle con el *short* que apenas le cubría el trasero. Con esa ropa los pueblerinos no podrían tener peor imagen de ella, se dijo, y recordó su mala imagen desde el día que llegó: su incursión en una tienda “cerrada”, la sudadera que apareció en su bolso, y lo más grave, la denuncia contra del innombrable que lo mantuvo encerrado durante veinte horas. Con semejantes antecedentes no iba a dejarse intimidar por una nimiedad como era estar mostrando las piernas y un poquitín de las nalgas. Se acomodó como pudo el cabello desgreñado en el espejo del probador, se calzó la única sandalia que tenía y salió cojeando, sin perder su andar de ciudadana elegante que no se amilanaba por nada, aunque miles de mariposas revoloteaban en su estómago.

—Te faltan las alpargatas —dijo Lidia antes de que saliera a la calle, y le entregó las alpargatas floreadas que formaban ese hermoso conjunto.

Isabela sonrió.

—No quiero arruinarlas —dijo Isabela cuando las recibió.— Te quiero, Lidia —hasta ella se sorprendió de sus palabras y del beso que le plantó en las mejillas. No podía creer que de su boca hubiera salido un “te quiero, Lidia”. Esa mujer elegante la hacía olvidar que antes de llegar había sido una fría y distante ejecutiva que solo quería, éxitos materiales, hacía cálculos matemáticos y buscaba cualquier vericuetito para benefició de Leopoldo Rodríguez y sus socios.

Luego de ese despliegue inesperado de afecto salió con las alpargatas en la mano dispuesta a recuperar la sandalia perdida en la plaza.

Al ver la cantidad de objetos extraños que el viento había traído: chapas, botellas de plástico, cajas, una licuadora en pésimo estado, y un reguero de ropa desperdigada por todo el centro del pueblo; supuso que no le sería fácil hallar la sandalia. Quizá, alguno de esos calzoncillos, los que parecían ser más entallados, o el bóxer negro que flameaba como una bandera desde la rama quebrada de un árbol que había conservado la vertical, eran del innombrable, pensó y sonrió imaginándolo con solo esa prenda puesta.

Ese despliegue de intimidad que había en el pueblo la llevó a suponer que su sandalia estaría entre las lechugas de la tía Ernestina. Y la tía Ernestina, ¿Dónde estaría?, se preguntó con algo de preocupación mientras seguida de su confianza revisaba palmo a palmo la plaza con la esperanza de que la sandalia hubiera quedado encajada en alguna rama como ese bóxer que se agitaba con los resabios de los vientos que azotaron el pueblo. La suerte no estuvo de su lado. La sandalia no estaba por ningún lado y ella tuvo que caminar cojeando hasta la comisaría.

No se dio cuenta que tras ella los vecinos la seguían a corta distancia. Si bien, se había cruzado con mucha gente en la plaza, nadie se dignó a saludarla. Evidentemente, el resentimiento de la noche anterior seguía instalado en sus mentes. Isabela quiso creer que con el correr de los días la gente revertiría su desprecio hacia ella, pero apartó a un lado su preocupación, entró en la comisaría y se plantó frente a Hermes para proceder con el trámite de dejar en libertad al noble vecino.

—Quiero levantar la denuncia contra Renzo Valentín —dijo Isabela impostando su voz de ejecutiva que se las sabe todas.

Hermes la analizó con asombro, de arriba abajo y de abajo arriba. Él era un hombre algo mayor, cincuenta y largos años, pero no era ciego y esa mujer le hacía pensar en saborearla como si se tratara de un bombón de chocolate suizo relleno de *Chivas Regal*. Se enojó con él mismo al traer ese pensamiento malsano a su mente. No solía tener ese tipo de pensamientos con las mujeres. Él tenía a su gordita Estela esperándolo en el ingreso de la casa con las pantuflas en una mano y la cerveza helada en la otra, y eso le había bastado para ser feliz. Pero esa tal Isabela que había entrado al pueblo de la misma forma que el huracán que acababa de pasar, estaba volviendo loco a todos los hombres.

—¡Hermes, por favor, quita ya tus ojos lascivos de la sobrina de Ernestina porque le voy a contar a Estela de tu agravio visual, y sácame de acá de una maldita vez! —gritó Renzo aferrado a la reja de la celda. Estaba indignado por las prendas provocadoras que se había puesto Isabela para venir a la comisaría. Si bien, él había visto sus prendas desgarradas, mejor dicho había visto lo que estaba debajo de las desgarradas prendas, no pensó que aparecería tan provocadora a retirar la denuncia. Si la tuviera a su alcance..., si la tuviera a su alcance la sacaría en andas y le metería esas piernas de modelo y ese culito provocador de película erótica dentro del maldito 206 para que se largara del pueblo.

Esa mujer iba a convertir el tranquilo Paraíso en un infierno lleno de lujuria, no le cabía dudas. Si hasta Hermes que nunca, ni en sus buenas épocas, cuando era joven, apuesto, soltero, con pelo y sin barriga, echaba esas miradas devoradoras como la que acababa de ver que le había dedicado a Isabela Brandal.

Renzo estaba realmente preocupado por la tranquilidad de Paraíso, y ya se imaginaba a los hombres trotando tras ella, y a las mujeres indignadas persiguiéndola para partirla el palo de amasar por la cabeza. ¿Qué iba a hacer con esa mujer?, sentarse a observar a los hombres correr como idiota tras esas piernas torneada mientras conjeturaban sobre el color y tamaño de la ropa interior que se ocultaba bajo sus prendas. Solo él sabía que su ropa interior era pequeña y combinaba con las prendas que la cubrían. Dos veces había tenido la suerte de ver sus prendas íntimas, y eso le bastaba para asegurar que si llevaba un pantalón rojo debajo también iba de rojo. El color de la lujuria, se dijo, y golpeó la reja con indignación porque no podía sacarse a la sobrina de Ernestina de la cabeza.

Ese golpe hizo que Hermes corriera con la llave para liberarlo.

—Ni se te ocurra comentarle a Estela, podrías herir sus sentimientos y ya no me atendería como lo hace.

—No creo que sea necesario que implores mi silencio con la cantidad de gente que está amontonada en la puerta —dijo Renzo, y le indicó con un gesto de cabeza el ingreso.

Una gordita de ojos celestes y cabello electrificado de un rojo ardiente se acercaba con un vaso en la mano y una gaseosa helada bajo el brazo, que, por cierto, era un brazo bien entrenado para el golpe porque dejaba ver una robustez que hacía retroceder por las dudas. Hermes, al verla caminar decidida, tragó con tanta dificultad que la nuez de Adán estuvo a punto escapar de su garganta.

—¡Estelita! —dijo Hermes, y sonrió a su mujer, pero fue tan forzado el gesto que solo incrementó la ira de Estelita.

El vaso era de vidrio y en un parpadear estuvo hecho añicos sobre la cabeza del comisario. La sangre corría por su frente y seguía el recorrido regando sus mejillas, pero Hermes era de cráneo duro y resistió con prestancia el desmayo. Solo atinó a llevarse la mano a la frente para intentar

detener el reguero.

—Todo esto es por tu culpa —dijo Renzo con una voz cargada de desprecio, y tomó a Hermes del brazo para ayudarlo a sentarse en el catre de la celda.

Isabela frunció el ceño, no necesitaba que Renzo la nombrara para saber que la había acusado a ella de la situación, porque él la había mirado con ese desprecio que ya le era familiar, y se indignó por la injusta acusación, pero como el momento requería que restara importancia a la acusación, se acercó decidida al accidentado para ayudar. Lamentablemente, Estelita no opinaba como ella y la corrió de un soberano puñetazo. El golpe le produjo un vahído, trastabilló y fue a golpear contra la reja de la celda. Quedó aturdida y con la mejilla colorada pero eso no le impidió ver que Renzo se acercaba a socorrerla. Isabela no lo quería a su lado en ese momento, ya demasiados accidentes estaba soportar por su culpa. Por suerte Lidia, que la había seguido se ocupó de ella, y Renzo se quedó parado a mitad de camino mirándola con preocupación.

No podía estar en peor estado, se dijo Isabela. Entre el huracán y Estelita la estaban despedazando, pero el mareo y la desdicha de saber que era un blanco fácil no le impidió comprender que la mujer de Hermes era fuerte como un roble y decidida cuando estaba en juego su honor y su marido. Tomó nota mental del asunto para mantenerse alejada de Hermes.

—¡Estelita, que has hecho!, controla tu derecha —dijo Hermes. A pesar de que estaba tan mareado como Isabela se levantó para acercarse a abrazar a su ofendida esposa que, en lugar de interesarse por su herida, lo miraba como si estuviera tentada de probar la izquierda con él—. La señorita es la sobrina de Ernestina, y mira el recibimiento que le has dado —aclaró para apaciguarle los ánimos exaltados.

—¡Qué sobrina de Ernestina ni qué ocho cuartos! ¡La estabas desnudando con los ojos, degenerado! —gritó Estela sin querer entrar en razón.

—¡Qué está pasando acá! —gritó Felipe—. Estela, no puedo creer lo que he visto. ¿Acaso quieres que te detenga por agresión? —preguntó ya más calmado.

—¡A mí!, ni te atrevas a acercarte porque el próximo golpe va para ti, muchacho atorrante —dijo Estela al alcalde. Ella lo conocía desde que era un querubín y no pensaba permitir que viniera a imponer el cargo que ocupaba.

—Vamos, Estela, vamos, que bien sabes que este hombre solo te tiene a ti en la cabeza y en el corazón. Solo fue una mala interpretación de tu parte —dijo Felipe cambiando el tono de voz para apaciguarla, y la abrazó.

Felipe había estado dando indicaciones para recomponer los daños que el huracán había dejado a su paso. La plaza parecía haber sido el centro de almacenamiento porque estaba regada de todos los objetos imaginables e inimaginables: ramas, tarros, botellas de plástico, cajas, y una impresionante colección de ropa que había sido arrancada de las sogas. No había podido dejar de reír al ver a las mujeres con las mejillas sonrosadas rescatando su ropa interior. Hasta las hermanas de Renzo habían aparecido a recoger sus intimidades esparcidas por las calles. Se había quedado mirando extasiado a Rosalía que, con vergüenza, sacaba unas tiritas lilas de la rama de un árbol. La verdad es que nunca se imaginó a Rosalía usando ropa íntima tan diminutas, y mucho menos sospechó que su deseo de poseerla se dispararía al ver como ocultaba en un puño esa insignificancia que no debía tapparle nada. No supo en qué momento comenzó a desear en poseerla, nada menos que en la mesada de la cocina de Aldo. Seguramente, esa fantasía se debía a que en ese sitio tenía miles de recuerdos de Rosalía. Las meriendas que ella le preparaba cuando eran jóvenes. Las sonrisas que le regalaba y el rubor que cubría sus mejillas cuando él le guiñaba un ojo. ¡Por Dios!, estaba con el problema del huracán, y él solo pensaba en levantarle la falda para saber que cubría y que dejaba ver esa tirita que guardaba en la mano, arrancársela y entrar en ella

lento para saborear cada expresión de su rostro. Por suerte, los exaltados gritos de Estela y el bullicio que salía de la comisaría lo volvieron a la realidad y le apaciguaron la excitación. Frunció el entrecejo mientras caminaba a la comisaría y se decía que se había vuelto loco al tener pensamientos lujuriosos con Rosalía, que era casi como una hermana para él.

A Felipe no le hizo falta corroborar que la causante del escándalo de la comisaría había sido Isabela Brandal. Igual, cuando entró alcanzó a ver como ella salía despedida para dar contra la reja de la celda abierta. Estuvo a punto de correr para sostenerla porque los golpes fueron duros, ya que fueron dos, el soberano rechazazo de Estelita y el que se dio contra la reja de la celda. La vio aturdida y tambaleante, como si hubiera quedado mareada. Pero Renzo caminaba hacia ella y Lidia, que la había tomado bajo su ala, le ganó de mano. Y él, que era el jefe de la comuna tenía que velar por el orden, por eso increpó a Estela. Pero como le conocía el carácter podrido, cuando ella le contestó de mal modo decidió que lo mejor era apaciguarla. No le estaba gustando el desbarajuste que había en el pueblo desde la llegada de Isabela Brandal, el problema era que ella no hacía nada para provocar. Por eso se dijo que si calmaba a Estela tendría dos desastres controlados, el de afuera y el de la comisaría.

—¿No viste cómo la miraba?, si se la comía, Felipe —dijo Estela con la cabeza apoyada en el pecho de Felipe. Él no dejaba de apaciguarla con caricias en la espalda, como si fuera un animal atacado de rabia.

—Lo que pasa es que a Isabela la sorprendió el huracán en la plaza y Lidia le debe haber prestado ropa de su tienda. ¿No es así, Isabela? —dijo Felipe invitándola a participar.

—Sí, yo... la verdad es que me cayó una rama encima, o varias ramas...ya ni me acuerdo. Le aseguro que si hubiera venido con las prendas desgarradas estaría menos vestida que ahora. Todo esto es por culpa de este desagradecido que siempre me está culpando de todo lo que pasa —y señaló a Renzo. Por supuesto, a quién si no pensó Renzo—. Debería dejarlo unos días más porque no ha aprendido ninguna lección —dijo Isabela.

Renzo que no era ajeno a las palabras de Isabela, sonrió. Tenía agallas. Estaba hecha un asco, toda golpeada, mareada y con una sola sandalia, pero seguía conservando la dignidad intacta, y él cada vez la admiraba más.

—No creo que te atrevas, no por mí, sino porque no quieres irte del pueblo —dijo Renzo revelando lo que solo él sabía después de que la ancianita que vivía al lado del que había sido su departamento le contara a sus contactos, con lujo de detalles, las desdichas de Isabela Brandal. Se arrepintió al verla ruborizarse, agachar la cabeza y salir corriendo de la comisaría—. Maldición —dijo Renzo. Acababa de perder nuevamente la pisca de nobleza que le había demostrado al ir a rescatarla. Bueno, ya demasiado noble había sido cuando decidió apartarse en el probador de Lidia.

—Si serás tonto. Cuando vas a aprender a morderte la lengua, Renzo —lo retó Felipe como si fuera un crío—. Ve a buscarla —ordenó después.

Renzo salió tras ella, no solo para disculparse, sino porque Isabela aún no había alcanzado a levantar la denuncia que le había puesto la noche anterior, y si se iba furiosa él otra vez tendría que dormir en el piso de la celda.

Isabela avanzaba cojeando mientras sorteaba los obstáculos dejados por la tormenta. Como no podía caminar bien, Renzo la alcanzó mucho antes de que llegara a su coche.

Se acercó por detrás y le rodeó la cintura con el brazo mientras la acercaba a su pecho. Ella era pequeña a su lado, y tan delicada que a pesar de tantas peleas e injusticias que él venía soportando por su culpa, no quería soltarla. Se sentía bien teniéndola así, vulnerable, asustada y necesitada de protección o cariño, o lo que fuera que le faltara. La apretó más fuerte y se agachó

hasta apoyar el mentón sobre sus cabellos despeinados. Ella no se resistió y se dejó abrazar, como si estuviera tan a gusto como él.

—No sé qué hacer para comportarme como un hombre decente. Tú sacas mi peor parte, Isabela. Ni siquiera me reconozco —confesó Renzo con una voz suave y serena que se sentía como una caricia.

—Yo no hago nada —se defendió Isabela—. Eres tú el que me odia.

—No te odio.

—Me desprecias, me tratas mal. No me quieres aquí —dijo Isabela insegura.

—No es cierto. Yo no tengo problemas de que te quedes, solo que...

—¿Qué?

—Nada —dijo Renzo porque ni él sabía la respuesta a ese “qué” dejado en suspenso—. Te prometo que voy a tratar de comportarme como un buen hombre. Sé que no tienes adonde ir — apenas pronunció las palabras se arrepintió porque le dejó ver lo que ella intentaba ocultar. Y lo único que consiguió fue que se alejara de su abrazo y se girara para mirarlo con rencor—. No quiero que te vayas. Que tengo que hacer para que te quedes —dijo en un intento por remediar su error.

Pero en lugar de remediar el error cayó en el error más grande de su vida, tan grande que se puso a su merced con esas palabras, porque ella, que era una ejecutiva veloz para conseguir revertir situaciones complicadas, dijo.

—Quiero que hagas tareas comunitarias en el huerto de mi tía Ernestina. Creo que necesitas una ocupación para que dejes de obsesionarte conmigo. Solo una persona que no tiene nada que hacer se ocuparía de hacerle la vida imposible a otra, y supongo a ti te está pasando eso.

—¿Cómo? —dijo Renzo que no entendía esa parte de que no tenía nada que hacer. A él no le alcanzaban las horas del día para cumplir con sus actividades. Pero, al parecer, Isabela no sabía nada de él, absolutamente nada. No sabía que era dueño de las tierras de Ernestina y que había sembrado el huerto para que ella no pasara penurias económicas, el huerto donde Isabela quería ponerlo a cumplir tareas comunitarias para redimirlo. Y, por lógica, tampoco sabía que era el dueño de la empresa que compraba las verduras a los campesinos. Tenía ganas de largar una carcajada, pero no quería que se sintiera mal, además, le gustó la idea de compartir el tiempo con ella, inclusive podría tratar de demostrarle que no era tan atorrante como ella creía. Esas conclusiones lo decidió a ocultar sus verdades y dejarla en el error, y le respondió—. De acuerdo, pero tú vas a ayudarme para aprender algo distinto, señorita ejecutiva —dicho esto se marchó a la comisaría con una sonrisa dibujada en los labios. Si bien ella lo cabreaba, no recordaba haberse divertido tanto como lo estaba haciendo desde que tuvo la suerte, o desdicha, de conocer a la sobrina de Ernestina.

Isabela trotó tras él para dejar en claro que había accedido a retirar la denuncia con la condición de que cumpliera trabajos comunitarios en el huerto de su tía, y así lo dijo cuando entró a la oficina de Hermes.

—Creo que Renzo Valentín necesita tener una ocupación. Un hombre no puede estar todo el santo día merodeando por el pueblo, eso hace que él se meta en problemas. Voy a retirar la denuncia, ¡pero! —enfaticó la palabra—, él tendrá que prestar trabajos comunitarios en el huerto de mi tía —concluyó Isabela.

No se percató de que los pueblerinos la miraban como si estuviera loca. Todos conocían lo ocupado que estaba Renzo y muchos de los que estaban allí eran sus empleados.

—¿Renzo un vago? —dijo Carlo, el dueño del bar.

—Acaso no sabes que Renzo...

—Ella tiene razón —interrumpió Renzo las palabras de su fiel empleado. Si Isabela se enteraba del ridículo que estaba haciendo se marcharía del pueblo aunque no tuviera otro sitio donde ir y tuviera que dormir al raso—. ¿Una semana te parece bien?, ¿crees que me bastará para que me convierta en un hombre decente? —Renzo la miraba a ella como si le otorgara autoridad para decidir su destino.

Si los vecinos se habían sorprendido con las palabras de Isabela, Renzo los dejó mudos con las suyas porque le estaba otorgando poder sobre sus decisiones a la sobrina de Ernestina. Que Renzo fuera un hombre noble no significaba que permitiera que una mujer le quitara su tiempo, tan escaso en él, que tenía la manía de controlarlo todo. Pero, por lo que todos estaban viendo y escuchando, Isabela Brandal no era cualquier mujer para Renzo Valentín, ella era la única mujer que podía inmiscuirse en su vida.

—Tres meses, y si te gusta el trabajo puedo pedirle a mi tía que te contrate permanente. ¿Estás de acuerdo? —toda una ejecutiva negociando semejante incoherencia con el dueño de las tierras y el huerto de la tía Ernestina.

—Sí —dijo Renzo con una seriedad que contrastaba con sus pensamientos. Solo quería salir de allí, llegar a su casa y largar esa carcajada que estaba conteniendo por lo absurdo de la proposición. Isabela, por primera vez desde que la conocía, no había logrado sacarlo de las casillas, sino divertirlo. El problema sería cuando se enterara de que la ejecutiva había quedado en ridículo frente a todo el pueblo al tratarlo de vago y ofrecerle un trabajo en su propio negocio.

Los hombres allí reunidos estaban desconcertados. Pero ninguno se atrevió a intervenir en el trato que estaban sellando. Si Renzo lo aceptaba, ellos no tenían porque inmiscuirse en sus asuntos.

Por suerte, las admiradoras de Renzo no estaban para romper la armonía que Renzo pretendía conseguir durante ese tiempo con la sobrina de Ernestina.

Gina, que habría saltado como un tigre sobre su indefensa presa, se había ido luego de recuperar algunas de sus ropas dispersas por el pueblo.

Felipe no estaba para diversiones porque el huracán había roto su serena administración. Tenía que restaurar los servicios de luz y agua, acondicionar los lugares públicos y ayudar a los vecinos que habían sido afectados por el vendaval. Hoy no era día para reírse de la desgracia ajena. Pero mañana sí y ya faltaba poco para que comenzara.

Ernestina se enteraría por la noche que su patrón se convertiría en su empleado. Toda una estrategia confusa que traería consecuencias en el futuro, pero eso Isabela y Renzo aún no lo sabía.

CAPÍTULO 8

El día que Ernestina perdió la autoestima decidió dejar de lado sus problemas para ocuparse de los ajenos. Que hubiera perdido la autoestima no significaba que con ella se hubiera ido la bondad.

Por esa época ya lejana acogió a los hijos de Aldo como si fueran sus hijos. La casa de Aldo prácticamente se convirtió su casa, aunque ella seguía viviendo en la casa que había heredado de sus abuelos.

En la casa de los Valentín decidía como podría haberlo hecho la fallecida esposa de Aldo. Se ocupaba del orden, las comidas diarias y las compras; inclusive dirigía a la empleada cabezota que tenían para la limpieza. Aconsejaba a las hijas de Aldo, y decidía el cambio de lugar de los muebles y los retratos que debían ir sobre la chimenea.

Aldo disfrutaba al ver a Ernestina moviéndose en su casa como si fuera de ella; y sus hijas estaban tan acostumbradas a que ella tomara las decisiones sobre todos los asuntos, que nunca creyeron que estuviera mal que una vecina viniera a impartir órdenes o cambiar los muebles de lugar.

A Renzo poco le importaba que el sillón un día estuviera mirando de frente al gran ventanal que daba al parque, o le diera la espalda. Él ya no vivía allí y cuando llegaba se recostaba donde estuviera colocado porque ya estaba acostumbrado a los cambios de lugar de los muebles que hacía Ernestina.

Era tan común ver a Ernestina en la casa de Aldo Valentín, que cuando no estaba se la extrañaba y siempre alguno recorría el camino interno que llegaba a su casa para traerla. Tan común era esa situación, que a pesar de verla moverse de aquí para allá, los Valentín, ocupados en sus propias actividades, no le prestaban atención a sus andanzas y movimientos por la casa. A veces pasaban días enteros en los que ni siquiera le preguntaban por qué había cambiado los retratos que había sobre el hogar a leña. Un día entraban y había una foto de Aldo abrazado a su fallecida esposa; otro día ponía fotos de los hijos de Aldo cuando eran niños; y una sola vez se atrevió a poner una foto de una salida campestre de la familia Valentín en la que también estaba ella. Salidas que ya había quedado en el recuerdo. Lamentablemente, fue la única vez que se atrevió a ocupar un lugar en la chimenea, y solo duró un día porque, según lo que pensaba Aldo, se había arrepentido de poner una foto donde estaba ella como una intrusa dentro de un grupo familiar al que no pertenecía.

Gina era la que más discutía con Ernestina. “Es mi madre”, solía decirle a Aldo cuando la retaba por faltarle el respeto. Rosalía que era un encanto, nunca tenía un sí o un no con Ernestina. La dulce hija de Aldo escuchaba y aceptaba de buen grado sus consejos. Renzo no contaba porque siempre estuvo bien plantado en sus pies, como decía Aldo. Él, desde niño tomaba sus decisiones, y como era bueno para eso nadie hacía mucho por impartirle consejos. En realidad, era Ernestina quien solía agradecer los buenos consejos de Renzo en el manejo de sus escasos fondos. Inclusive, se sentía en deuda con Renzo porque la había rescatado de sus problemas económicos al cederle unas tierras cultivadas de verduras para que subsistiera sin pasar penurias, ya que ella nunca había aceptado la ayuda que Aldo insistía en ofrecerle, como una paga por sus años de dedicación. ¡Cómo si ella los hubiera atendido esperando que él le retribuyera! Era amor, por eso siempre había rechazado la ayuda de Aldo.

Aldo siempre se sintió en deuda con Ernestina. En una época algo lejana estuvo a un paso de

pedirle que se casara con él. Ella era la madre de sus hijos, ahora lo podía decir sin sentir culpa por su fallecida esposa, y sería una agradable compañía para él. Ernestina le había dado su vida a la familia Valentín y él estaba dispuesto a dar su vida por ella. No habría amor sino una relación armoniosa, se decía siempre, aunque a veces dudaba de sus propias palabras.

Esta era una de las veces en las que Aldo dudaba de sus conclusiones porque Ernestina llevaba ¡un día entero! sin venir a cambiar los muebles de lugar o las fotos de los portarretratos. Todo era un caos desde que había llegado su interesante y alborotadora sobrina Isabela, no solo por los escándalos del pueblo, sino porque Ernestina había desaparecido de sus vidas.

Clara, la chica de la limpieza, no sabía cómo limpiar, ni siquiera encontraba la escoba, tampoco se hacía una idea de qué cocinar, y había perdido el sendero de ropa que Gina dejaba tirada cuando se cambiaba, dos o tres veces al día. “Cómo voy a lavar, don Aldo, si solo Ernestina sabe encontrar la ropa de Gina”, le había dicho la chica en un estado bastante exaltado.

Gina, que competía con los exabruptos de Clara, pedía a gritos que encontrarán su musculosa rosa, la que habían lavado el día anterior y no estaba en la ropa para planchar. Según Gina todo era culpa del huracán, y de Isabela Brandal por supuesto. Así la llamaba Gina, con apellido incluido, para que todos supieran que no la quería quitándole lo que era suyo.

Bueno, en parte Gina tenía razón, porque el huracán había hecho sus travesuras. Pero Gina, que buscaba excusas para el enojo, también estaba furiosa porque se había llevado sus tanguitas al pueblo; en cambio Rosalía estaba avergonzada de que todo el pueblo hubiera visto sus tanguitas, si es que a esas tiritas que usaba se le podía llamar tanguitas.

Aldo había intentado quitarle importancia al asunto cuando les dijo que los calzoncillos de los hombres también habían quedado adornando la plaza. Pero no lo hacía tan bien como Ernestina, porque Gina seguía histérica y Rosalía avergonzada a pesar de que ya habían pasado unas cuantas horas del incidente.

El problema más grave era por culpa de la musculosa de Gina. Su preferida, había aclarado a gritos. Aldo supuso que Ernestina, si se hubiera enterado del incidente, habría salido en la camioneta destartalada, oxidada y de motor ruidoso que había heredado de su padre a buscarla hasta en los pueblos vecinos, y no habría regresado sin la musculosa. Pero él no pensaba ir casa por casa buscando una musculosa rosa.

Gina también se había encargado de incluir en el paquete de culpas a Isabela Brandal. No podía ser de otra manera, porque para Gina Isabela había traído los males al pueblo, como decía con insistencia desde que la vio llegar. Aldo no estaba de acuerdo con su hija, aunque en la soledad de la noche, mientras caminaba por los campos aledaños a la casa aspirando el aire fresco, estaba empezando a pensar que desde que llegó Isabela estaban perdiendo a Ernestina.

No es que quisiera que Isabela se fuera, solo quería que regresara Ernestina a sus rutinas, esa a la que todos estaban acostumbrados.

A pocos metros, la camioneta lo tentaba a recorrer el corto trayecto hasta la casa de Ernestina. Si ella se enteraba de que Gina había perdido la musculosa, seguro saldría a buscarla y el asunto estaría resuelto, aunque Gina siempre encontraba otro asuntito para hacerse notar. Pero eso sería al otro día, supuso Aldo mientras metía la mano en el bolsillo del vaquero para corroborar que tenía la llave. Era una excusa y lo sabía, pero Ernestina no se daría cuenta de que ponía excusas para ir a su casa.

Con esa conclusión entró a la camioneta y partió por el camino interno que había hecho construir a los peones para llegar de forma más directa a las casas de Ernestina y su hijo Renzo, que estaban a poca distancia de la suya. Aldo era un hombre al que le gustaba estar algo distanciado de la gente, pero quería estar cerca de las personas que extrañaba. Ernestina era una

de ellas.

Parada en el ingreso de la galería, Ernestina miraba con insistencia el camino que conducía al pueblo. Su sobrina no había regresado y ya eran las once de la noche. Ella había tomado la precaución de trabajar todo el día en el huerto para no hacer ruidos en la casa y dejarla descansar. La pobre Isabela había tenido una llegada accidentada, con recibimientos de todos los colores, y supuso que estaría estresada después de lo que había tenido que soportar en la cena. Por otro lado, creía que a Renzo no le vendrían nada mal unas cuantas horas en la celda, ya que era un maniático del control. También influyó un poquito su deseo de casarlos, y supuso que si generaba otro enfrentamiento entre ellos estaría más cerca de ese casamiento sin tener que inmiscuirse en el asunto.

No había cruzado muchas palabras con su sobrina desde su llegada. Ernestina no sabía de qué hablar después de escuchar cómo Gina le contaba la traición de Ernesto y Marta, que no era más que un recuerdo borroso de un pasado enterrado. Ella había decidido no mencionar ese acontecimiento, pero al día de su llegada su sobrina ya estaba enterada. ¡Qué importaba el pasado! si ahora tenía un presente nuevo con Isabela, una familia.

Si bien Aldo y sus hijos eran como su familia, en la realidad no lo eran, nunca lo habían sido. Ellos eran ellos y Ernestina no podía seguir interfiriendo en sus vidas como lo estaba haciendo. Los chicos que ella había criado desde niños ya eran grandes y los Valentín tenían derecho a hacer su vida a su antojo, sin una solterona decidiendo hasta en los portarretratos que debían ir en la chimenea. Ella se los cambiaba constantemente para que recordaran las distintas etapas de su crecimiento. Inclusive no dejaba de poner retratos de la madre para que la tuvieran presente, porque ya habían pasado veintisiete años de su muerte y los recuerdos lejanos caían en el olvido, sobre todo para niños tan pequeños como habían sido los hijos de Aldo.

Unos meses atrás comprendió que vivir la vida de otros había sido un error. No se arrepentía de haber dado su vida a los hijos de Aldo. Pero había llegado el momento de dejar de entrometerse, dejar que ellos decidieran las comidas que querían comer, el día que se debían lavar las sábanas, el lugar de los sillones y los portarretratos de la repisa. Lamentablemente, no lo había hecho porque si dejaba de sentirse una integrante no invitada de la familia Valentín se moriría de pena.

Necesitaba compartir con alguien la vida diaria, dejar de entrometerse en casa ajena para no sentirse tan sola. No es que pretendiera tener a Isabela encarcelada con ella. No, ella tenía otras intenciones. Quería ver a Isabela casada con Renzo, esperar sus visitas y disfrutar del ruido de la casa y, por qué no, de las risas y el desorden de los niños cuando vinieran a quedarse con ella.

Si bien Aldo consideraba una locura su deseo de verlos casados, ella no. Mucho menos después de comprobar que Renzo e Isabela eran tal para cual. No había dudas de ello, aunque su sobrina todavía no se había percatado del asunto, se dijo al recordar que ni siquiera llamaba a Renzo por su nombre. Pero dirigirse a él como “ese atorrante”, “ese caradura”, o “el innombrable”, era una buena señal. Ernestina estaba segura de que trataba a Renzo con recelo porque le había tocado la fibra más íntima, esa que le hacía sentir mariposas en el estómago y por lo tanto la hacía encolerizar. Su seguridad en el tema venía de la herencia, Isabela era igualita a ella en sus buenas épocas, no solo en la apariencia sino también en el carácter.

Cuando Ernestina se enamoró de Ernesto supo que no sería el tipo de hombres que podía llegar a tocarle la fibra más íntima, que con él compartiría un amor sereno, armonioso y plano como los sembradíos que se extendían en el horizonte. Con Ernesto nunca tendrían un sí o un no, porque era demasiado conformista como para ponerse a discutir. Pero ella no podía dejar pasar la

oportunidad de ser feliz con Ernesto porque el hombre que le había tocado las fibras más íntimas, por aquella época, ya tenía dueña.

Mientras Ernestina miraba el camino principal esperando la llegada de su sobrina, Aldo llegaba por el sendero que comunicaba las casas de sus personas importantes. Estacionó a escasos metros de la galería, y en ese momento comprendió que ella no estaba, como siempre, atenta al ruido de la camioneta. Aldo supo sin necesidad de preguntar que Isabela no había regresado del pueblo; y también supo sin necesidad de pensar demasiado que Ernestina, que había centrado toda su vida en ellos, ahora tenía otra persona de quien ocuparse. Y llegó a la conclusión de que los retratos que había cambiado tres días atrás quedarían hasta su muerte instalados en la chimenea porque ella se estaba distanciando de sus vidas.

La paz del campo le resultó agobiante, la oscuridad que tanto le gustaba lo hizo estremecer, y el silencio llenó de ruidos estridente su cabeza cuando sus pensamientos comenzaron a correr al ritmo de las ciudades. Vio a Ernestina tan alejada que le falló la respiración. Ella ya no lo necesitaba, ya no salía corriendo de la casa cuando escuchaba el motor de la camioneta, ya no quería saber los problemas de su familia; solo miraba el camino esperando a su sobrina que no había regresado del pueblo. Sintió los mismos celos que Gina, pero impostó una falsa serenidad cuando se bajó de la camioneta y caminó hacia ella.

—¿No ha regresado Isabela? —preguntó Aldo como si no estuviera asustado como Gina, que había sentido la situación antes de la llegada de Isabela.

—No te escuché llegar, Aldo, disculpa. No, mi sobrina no ha regresado y... ¿Crees que le habrá pasado algo en el trayecto? —se giró para mirarlo, y él le sonrió como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado, se dijo Aldo, porque en lugar de preguntarle si había algún problema en su casa, ella estaba preocupada por su sobrina. Aldo tuvo que esforzarse por mantener esa sonrisa que le permitía disimular la sensación extraña que le recorría el cuerpo. Era como una incertidumbre al no saber dónde estaba parado, porque Ernestina se estaba distanciando de los problemas de su familia. ¿Qué haría sin ella?, si era la que ordenaba sus vidas, la que organizaba su casa y la que aconsejaba a sus hijas. Por primera vez sintió un gran vacío y se le oprimió el pecho. La estaban perdiendo. Pero cuando habló no dejó que ella descubriera su preocupación, en cambio, se concentró, por primera vez, en escuchar su problema, que era la demora de Isabela en regresar.

—Por supuesto que no, este es un pueblo tranquilo. Aunque desde que llegó Isabela presiento que todo va a cambiar en nuestro Paraíso —dijo Aldo escondiendo en esas palabras que el cambio que más le preocupaba era perderla a ella.

—Sí, yo también lo presiento —dijo Ernestina, y volvió la vista al camino.

—No fuiste a casa —Aldo intentaba mostrarse indiferente, aunque no le salieron así las palabras porque sonaron a reproche.

Pero Ernestina estaba tan concentrada en la preocupación que tenía por su sobrina que ni siquiera se percató del reproche.

—No tuve tiempo. He estado ocupada en el huerto, y después el huracán me ha tenido entretenida —dijo Ernestina sin mirarlo, sus ojos seguían oteando el camino.

—No pasó nada en los campos, por suerte —dijo Aldo que también había recorrido palmo a palmo los campos analizando los destrozos. Solo había afectado una pequeña franja de los campos de Renzo en la que se habían perdido algunas plantas de acelga—. Renzo perdió buena parte de la plantación de acelga, pero se puede compensar con las tuyas y las del resto de los vecinos.

—No estoy preocupada por la acelga, Aldo. Sería una desamorada si pensara en las acelgas cuando mi sobrina se fue al pueblo junto con el huracán. La vi salir y después vi que el viento la perseguía. Sé que llegó porque me llamó Lidia para decirme que estaba bien, aunque algo golpeada porque se le cayeron unas ramas encima —explicó Ernestina sin dejar de mirar el camino.

Aldo dejó de lado el egoísmo, los celos y la incertidumbre al comprender que él no se había preocupado por Isabela mientras pensaba en los pequeños problemas que se habían desatado en su casa por la ausencia de Ernestina. Ella lo había necesitado y él no había estado para ayudarla.

—¡Dios mío!, por qué no me llamaste para que fuera a buscarla.

—Lidia se contactó conmigo para avisarme que Renzo había salido de la cárcel para rescatarla y que..., bueno, me comentó algunas cosas más —si bien estaba preocupada por la demora de Isabela en regresar, se le escapó una sonrisa.

—¡A sí!, ¿y qué cosas más? —preguntó Aldo, y sintió como el egoísmo y las preocupaciones se diluían al escucharla decir con picardía “algunas cosas más”.

—A Isabela le cayeron encima algunas ramas y Renzo estuvo curándole las heridas... parece que después la acorraló en el probador —contó Ernestina orgullosa de que su férrea decisión de casarlos avanzara con viento a favor sin que ella hubiera lanzado ni un soplo de aire para lograrlo.

—¡Otra vez! —dijo Aldo, y rió. Luego, como los malos pensamientos tienden a girar en círculo, recordó sus propios problemas y le dijo—. Sabías que a las chicas les llevó la ropa interior y se la desperdigó por el pueblo. No te imaginas la indignación de Gina y la vergüenza de Rosalía.

—Me imagino, sobre todo la vergüenza de Rosalía con eso que ella llama ropa interior. Ya le he dicho que tiene que ponerse algo más decente, pero insiste con unas tiritas que no le tapan nada, Aldo. Deberías aconsejarla.

Aldo sonrió. Esa era la Ernestina que él quería, la que se metía en todo y le pedía a él que hablara con sus hijas. ¡Qué se iba a meter en aconsejarlas sobre la ropa íntima que deberían usar, si esos temas eran de las madres!, no de hombres de campo que estaban todo el día controlando las malezas y las plagas que atacaban los sembradíos.

—¿Quieres que le diga que use carpas como las tuyas? —Aldo se ruborizó al dejar al descubierto sus pensamientos. Teniendo en cuenta las ropas que usaba no podía imaginar que debajo siguiera siendo la Ernestina de antaño, la que volvía loco a todos con su belleza cautivadora y dejaba el tendal de hombres excitados a su paso. Nunca, ni cuando era joven y la veía caminar como una modelo por el pueblo, se le había ocurrido decir semejante intimidad a Ernestina. Él siempre la había respetado, aunque sus pensamientos no. Por aquella época de juventud para Aldo ella era radiante, impactante, demasiado perfecta para estar en este mundo, e inalcanzable para él. Pero el destino trágico de los dos los había unido en una extraña convivencia que duraba lo que el día, ya que por las noches cada uno estaba solo con sus pensamientos. ¿Cuáles serían los de Ernestina?, se había preguntado en contadas oportunidades mientras veía despuntar el amanecer desde la ventana de su habitación. Él trataba de pensar en ella como una querida amiga, y así seguiría siendo.

—¿Quién te dijo que uso carpas, Aldo? Quizás debajo de estas ropas insulsas sigo siendo la misma de antes, aunque con varios, varios años más —dijo Ernestina interrumpiendo los pensamientos de Aldo, y sonrió al ver que él seguía con las mejillas coloradas.

Por un momento Aldo se quedó pensando en las palabras que acababa de escuchar, e intentó imaginar lo que habría bajo sus prendas. Pero él era un hombre serio y recatado, por eso apartó a un rincón sus descarados pensamientos.

—Yo no quise decir..., no quise meterme en... ¡Bah!, mejor dejemos el tema —estaba nervioso,

y se maldijo por demostrarlo de forma tan alarmante ya que ni siquiera había podido justificarse correctamente—. Hablemos de otra cosa, por favor —Ernestina sonrió al verlo avergonzado, pero asintió con la cabeza y Aldo recompuso su aspecto deplorable—. No voy a tratar ese asunto con mi hija porque me cohibe. Además, ya tiene veintiocho años, ¡qué me voy a meter! —dijo Aldo intentando quitar su rubor y enfrentó su mirada, siempre esquivas en Ernestina, pero no esta vez que parecía divertirse con su vergüenza.

—Sí, están grandes. Ya no necesitan mis concejos —dijo Ernestina recordando que su etapa de estar metida en la casa de Aldo ya había acabado—. No puedo seguir entrometiéndome en sus vidas como cuando eran niñas —concluyó.

—Espero que lo sigas haciendo —esas palabras se le escaparon, pero no le importó. Sonrió cuando Ernestina lo miró asombrada.

—No es bueno para ustedes. He sido una metida y quiero apartarme un poco para que respiren su propio aire. Ellas tienen que dirigir la casa, no yo —estaba convencida de sus palabras, esas que se venía repitiendo en los últimos tiempos cuando comprendió que un día tenía que tomar la decisión de dejar esa vida prestada que había vivido junto a ellos.

—Has sido mi sostén, la madre de mis hijos, y una compañía agradable durante todos estos años. ¡Qué se te ha dado ahora por decir que te alejas de nosotros!, de ninguna manera lo voy a permitir —su voz era alterada, y Ernestina lo miró desconcertada.

—No podría alejarme mucho si en tres minutos llegó a tu casa por el camino que hiciste construir —Ernestina sonrió.

—También va a la casa de Renzo —se justificó Aldo.

—Lógico, mi casa quedaba en el medio, por eso tuve la suerte de contar con este camino —dijo Ernestina con sorna recordando el día que Aldo le comentó que haría un camino a la que sería en el futuro la casa de Renzo, que por aquella época tenía apenas diez años y su independencia estaba lejos.

—Tonterías, eso solo lo dije para que no te negaras a que marcara un sendero directo a tu casa. Sé la distancia que recorrías a diario para ir a ver a mis hijos y me sentía incomodo por el trabajo que te tomabas. Lástima que nunca aceptaste ocupar uno de los cuartos vacíos —dijo Aldo recordando el lejano día que la invitó a vivir con ellos, veinticinco años atrás, cuando la madre de Ernestina murió y ella quedó sola en la enorme casa rodeada de campos. Por aquella época se animó a hacerle la proposición, pero solo fue esa vez, y bastó un rotundo no de Ernestina para desistir del ofrecimiento.

—No podía abandonar mi hogar —dijo Ernestina, aunque sabía que allí no había más que soledad y alguna conversación con el perro que era su única familia. Luego el perro murió de viejo y ella no quiso traer otro para no conformarse con tan poco.

Un aullido interrumpió la conversación, y Ernestina se estremeció. La noche era cerrada, sin luna, y los sonidos del campo siempre la aterraban a pesar de haber nacido allí.

—Nunca te acostumbraste a los animales. Tú deberías haber sido una mujer de ciudad como Isabela, ¿no?, de gustos exquisitos, de luces, de ruidos de coches, de música, de bailes de gala —dijo Aldo. Ella no era para esa vida, y Aldo suponía que solo la toleraba con estoicismo.

—No, Aldo, yo no podría vivir en otro lado. Ustedes están acá —dijo Ernestina dejando ver lo importante que eran ellos—. Ya sé que no soy parte de tu familia, pero no puedo dejar de sentirme como una madre para tus hijos.

—Lo eres —dijo Aldo con convicción.

—No, no lo soy. Solo he intentado cubrir una ausencia —retrucó Ernestina con sus propias convicciones.

—¿Cubrir una ausencia? ¡Vaya, que forma extraña de ver la realidad! Será por eso que intentas casar a tu sobrina con mi hijo, para sentirte más abuela de mis nietos. Así por sus venas correría algo de tu sangre.

—Literalmente no serían mis nietos, pero ese es uno de los motivos. Yo me sentiría más abuela de los hijos de Renzo.

Eso era, se dijo Aldo. Ahí estaba el meollo de la cuestión. Ella no se sentía parte de su familia y buscaba unir a Isabela, su sangre, con la de Renzo para poder ser abuela de los hijos de Renzo. Se acercó más a ella y le levantó el rostro para que lo mirara. Toda hermosa a pesar de la apariencia de mujer abandonada y los años. Por qué sería que había mujeres que por más que lo intentaran no podían ocultar la belleza, se preguntó Aldo que, como pocas veces, la miraba con tanto detenimiento. Y en ese momento se sintió tentado de corroborar si debajo de esas prendas insulsas seguiría siendo la misma mujer de la juventud.

¡Cómo!, ¡qué estaba pensando!, acaso se había vuelto loco para pensar en desnudar a Ernestina, su amiga, su incondicional amiga y la persona en la que se había apoyado durante todos estos años. Descartó ese pensamiento antes de que se convirtiera en palabra. Ya había hablado de más y no pensaba permitir que de sus labios siguieran surgiendo palabras que no sentía, o quizás sí sentía pero no las pensaba sacar a la luz. Y habló con formalidad.

—No hace falta esta decisión para que seas la abuela de los hijos de mis hijos. Ya tienes el honor de serlo sin necesidad de inmiscuirte en asuntos que son de ellos.

Nunca se habían mirado con tanta intensidad, con tanta ansiedad y tanto deseo. Estaban compartiendo una intimidad desconocida a pesar de haber compartido durante veintisiete años la vida cotidiana.

—Tengo otros motivos —dijo Ernestina apartándose de Aldo como hacía las pocas veces que él se acercaba demasiado. Miró el camino esperando ver el Peugeot de su sobrina, no con la preocupación de antes, sino para que la rescatara de esos secretos ocultos que, en ese momento, había dejado ver con solo una mirada.

El Peugeot apareció corcoveando, tosiendo, encaprichado por quedarse en esas soledades que tanto miedo le provocaban a Isabela, y a metros de la casa se detuvo. Murió alcanzando el destino, e Isabela se relajó en la butaca mientras Ernestina se relajaba porque había llegado en el momento justo para salvarla de esa mirada cargada de deseo que se habían lanzado los dos, cual ansias contenidas y camufladas en una linda amistad. Todo un sueño imposible ganando la batalla del camuflaje que Ernestina había sabido manejar tan bien durante todos esos años, y ahora, en un segundo, había mostrado sin tapujos. Ese hombre que le había movido la fibra más íntima y se había casado con otra, estaba mirando su deseo, y ella creyó ver algo similar en sus ojos.

Mientras Ernestina se quedaba parada mirando, sin ver, el último aliento del coche de su sobrina; Aldo, más práctico, bajó a buscarla porque Isabela seguía sentada en la butaca.

—Bien, siendo tú no podías llegar de otra manera —dijo Aldo, y sonrió dejando a un lado los celos que sentía al estar perdiendo a Ernestina.

—Me lo vendieron como si fuera el coche del viejito huevero — la ironía estaba impresa en sus palabras. Sus únicos ahorros estaban allí, muertos en el fin del mundo, pensó pero no lo expresó porque la gente de ese pueblo adoraba su lugar. Ella también estaba empezando a quererlo, pero no pensaba reconocerlo.

—¿No piensas bajar? —preguntó Aldo.

—Tenía planeado estacionar en la escalinata de ingreso para bajar en un lugar más seguro, pero el maldito me dejó varada a unos metros. Con lo que he visto y escuchado mientras recorría este camino no creo que deba bajarme así sin más. Se me ha cruzado una víbora, pasó corriendo un

zorro o un lobo... o algo por el estilo, y encima he sentido aullar un león –dijo convencida de no estar equivocada.

Aldo con sus carcajadas la sacó del convencimiento.

—¿Aullar un león? Tengo entendido que solo hay leones en África. Quizás has escuchado el rugir de un puma o el aullido de un lobo –seguía sonriendo por el escaso conocimiento de Isabela a la fauna de la zona. No solo desconocía algo tan elemental como que no había leones, sino que confundía los sonidos de los animales. Esas cosas sus hijos las habían aprendido de niños, pero Aldo no sabía cómo había sido la infancia de Isabela, aunque estaba convencido de que sus padres no se interesaron por enseñarle los sonidos de los animales o los hábitats.

—Bueno, al menos nos salvamos de tener a esas bestias inadaptadas –esas palabras terminaron por quitar los celos que Aldo sentía por la sobrina de Ernestina. Esa jovencita era un encanto y justito lo que Renzo necesitaba para ser feliz. Y otra vez pensó que las descabelladas ideas de Ernestina no lo eran tanto—. ¿Podrías revisar debajo del auto para poder bajarme, Aldo?

—Sí, claro –dijo, y se agachó aún sabiendo que no habría nada porque ella ya se había encargado de espantar hasta a los muertos con el ruido del motor agonizante—. Todo está calmo acá abajo –dijo para que bajara.

—Gracias, Aldo. No sabes el favor que me has hecho.

Aldo no creía que fuera un gran favor agacharse a mirar bajo el auto, pero no lo discutió. Ya se había dado cuenta de que Isabela no estaba acostumbrada a que le prestaran ayuda de forma desinteresada, porque agradecía con entusiasmo las mínimas atenciones que le brindaban. Ella debía estar acostumbrada a la indiferencia de las ciudades, que nada tenía que ver con el compañerismo y la solidaridad de Paraíso.

—Tu tía ha estado preocupada porque se enteró que te perseguía el huracán –dijo Aldo.

Isabela sonrió complacida al enterarse de la preocupación de su tía. No le gustaba preocuparla, pero se sentía extrañamente feliz al descubrir que era importante para alguien, y la tía le demostraba tanto afecto que le hacía sentir las mismas emociones que le provocaba Lidia con sus regalos.

—No ha sido mi intención. Quería levantar la denuncia de tu hijo, pero apenas salí el huracán empezó a perseguirme. Seguí avanzando porque no podía volverme, pero cuando me bajé en la plaza lo tenía encima y casi me ha llevado. Por suerte tu hijo fue el único que salió a rescatarme, sino no sé a qué lugar habría ido a parar. Puedes creer que todos miraban desde sus negocios y nadie, nadie salió a socorrerme.

—Seguramente a la gente la invadió el pánico.

—¿Y a tu hijo no?

—Mi hijo es una persona especial, por eso en el pueblo lo quieren tanto. Él es un hombre generoso. Si supieras lo que ayuda a...

—Bueno, yo no comparto tu opinión –dijo Isabela interrumpiendo a ese padre baboso que no dejaba de hablar de las bondades del caradura. Todo el pueblo hablando de las bondades del innombrable cuando ella sabía por experiencia propia que era un holgazán, desfachatado, egoísta y sin sentimientos. Aunque esa tarde no se había portado nada mal—. Te cuento que retiré la denuncia a cambio de que tu noble hijo empiece a hacer algo. Me he dado cuenta que esta todo el día de vago, por eso se mete en problemas. Mañana empieza a trabajar para mi tía Ernestina, sin cobrar nada por supuesto, solo son tareas comunitarias para que se adapte a la rutina del trabajo. Tres meses, y si está conforme mi tía puede contratarlo permanente, así ella se dedica a descansar –explicó Isabela.

Aldo se quedó mudo al escucharla, y Ernestina se echó a reír.

—¿¡Renzo trabajando para mí!? —admiró y preguntó Ernestina con incredulidad. Ella trabajaba para Renzo, pero su sobrina, al parecer, no lo sabía y había invertido los roles.

—¡Dios mío!, ¿estás segura de que aceptó? —preguntó Aldo que todavía no podía asimilarlo.

—Sí. Él pretendía venir solo una semana, pero le dije que sería por tres meses y aceptó sin quejarse —aclaró Isabela—. Sé que es tu hijo y no te debe gustar lo que he hecho, pero él lo necesita para que deje de lado esa holgazanería que no lo va a llevar por buen camino, Aldo —explicó Isabela.

Ernestina sonrió, bajó las escalinatas y se acercó a su sobrina, porque Aldo seguía mudo y sin asimilar el disparate de su sobrina.

—Claro que lo necesita. Mejor entremos a organizar las actividades de Renzo —dijo Ernestina, y abrazó a su sobrina por el hombro mientras caminaba a la casa.

—¿Sabes cuál es el problema?, que tu vecino pretende que yo también trabaje. Acaso no sabe que antes de venir al pueblo yo era ejecutiva en una empresa importante. Parece que desconoce mi actividad anterior, porque pretende ponerme a sacar lechugas —Ni bien expresó sus conclusiones recordó las palabras de Renzo: “Conozco todo de ti, Isabela, todo”, entonces su siguiente conclusión fue que se lo estaba haciendo a propósito, pero no se lo dijo a su tía—. No es que sea una remilgada y no quiera hacer ese tipo de trabajos, solo que estos campos están plagados de bichos y... —señaló los campos—. ¡Dios mío!, no creo que pueda...

Ernestina sonrió con ternura al escuchar a Isabela preguntar, responder y conjeturar como si ella no estuviera escuchando. Eso era lo que provocaba la soledad, que uno conversara consigo mismo porque no había nadie que diera la respuesta esperada. Bueno, ya no estaba sola, ninguna de las dos estaría sola, se dijo y respondió.

—No sabes lo lindo que es trabajar en la huerta. Te cansa, eso sí, pero después de acabar el trabajo te sientes renovada y llena de dicha. ¿Cierto Aldo? —dijo Ernestina.

Aldo asintió con un gesto porque aún no lograba asimilar que su ocupado hijo, que según Isabela era un holgazán, trabajaría gratis tres meses dejando de lado sus innumerables actividades con el único propósito de darle el gusto a la sobrina de Ernestina. Nunca, ni en sus sueños más disparatados, se imaginó a su hijo dejándose manejar por una mujer como lo estaba haciendo Isabela Brandal. Qué fuera un hombre atento y galante no significaba que lo arrastraran de las narices, pensó Aldo y sonrió de solo imaginar la escena.

Aldo giró para marcharse y pensó que había ido de vicio, porque Ernestina ni siquiera lo había invitado a tomar una cerveza mientras entraba llevando a su sobrina por el hombro, como si él no estuviera allí.

Él era consciente de que no había venido a visitarla, pero eso Ernestina no lo sabía porque no se había interesado en preguntar “¿hay algún problema, Aldo?” Claro que había un problema, si la casa estaba del revés con un solo día de su ausencia.

Mientras se acercaba a la camioneta para marcharse, sintió que estaba de más en la familia que Ernestina intentaba formar con su sobrina, y se preguntó, con cierta amargura, si todos esos años Ernestina se habría sentido como se sentía él en ese momento.

CAPÍTULO 9

La casa de Ernestina era antigua y deteriorada. Las paredes exteriores tenían los revoques saltados y la pintura blanca, que en alguna época habría brillado al resplandor del sol, estaba manchada de suciedad. En la sala los muebles no tenían mejor aspecto, eran de gruesa y tosca madera oscura con rayones y sin lustre, e Isabela supuso que lo que les faltaba en elegancia lo ganaban en resistencia porque parecían haber sobrevivido a varias generaciones de Ávila. Los sillones de tela de *Jacquard* con estampado de arabescos en tono bordó ya habían perdido el encanto de sus buenos tiempos. Inclusive los cuadros eran demasiado antiguos para la época, como si Ernestina no se hubiera ocupado en mejorar algunos detalles de la casa. Todo era vetusto, lúgubre y daba la sensación de abandono; al igual que la tía Ernestina, se dijo Isabela mientras inspeccionaba el que sería su hogar.

La noche anterior había llegado tan cansada e indignada que no había observado los detalles que ahora saltaban a la vista. Tampoco había podido hacerlo cuando salió corriendo a retirar la denuncia contra Renzo Valentín. Pero en ese momento, mientras Ernestina preparaba la cena en la cocina, ella podía mirar con detenimiento el abandono en el que vivía su tía.

Encendió un velador que había sobre la estufa a leña y observó los adornos de cerámica, algunos cachados y otros arreglados con pegamento. Todo era muy anticuado, pero no eran antigüedades de valor sino producto del paso del tiempo. Una colección de platos feos adornaba la pared que se erguía sobre la chimenea, y a cada costado dos jarrones altos y de gruesa losa tenían flores artificiales.

Cómo cambiaría todo con sus adornos de cristal, pensó Isabela, aunque analizando con detenimiento la sala comprendió que solo resaltaría más el deterioro.

Isabela no podía decir que la casa estuviera sucia, porque se veía el cuidado y esmero en la limpieza, pero nada hacía lucir ese conjunto de muebles y adornos baratos y demasiado arruinados.

Recordó la casa de sus padres, sencilla pero alegre, con muebles claros y cortinas traslucidas que dejaba pasar la luz del día. Y comprendió que en la casa de Ernestina faltaba vida, encanto, emoción, ... no era un hogar sino un lugar donde dormir, e Isabela supuso que Ernestina habría quedado marcada para siempre después de que sus padres la traicionaran de esa forma el día de su casamiento, y esa traición, esa angustia que habría cargado por años se veía reflejada en la casa.

Ernestina miraba a su sobrina desde la puerta de la cocina. No hacía falta preguntar para descubrir que no le agradaba lo que veía. A ella tampoco. Pero esa sala había sido decorada con amor por su madre, y así había quedado con el paso de los años sin que se decidiera a reemplazar aquellos tesoros que tanto le había costado comprar, y se lo hizo saber.

—Mi madre amaba cada uno de los objetos que ves en la sala. Nunca me he decidido a cambiarla. Además, solo sirve para pasar a las habitaciones, por eso está tan anticuada. Creo que las dos podríamos mejorarla —dijo Ernestina a pesar de que nadie le había hecho un reproche por el mal aspecto de la sala, pero como su sobrina ya le había criticado su desarreglada presencia, se anticipó a responder dejándole a ella la decisión de mejorarla—. Tu abuela solía tejer junto a la chimenea para ti, aunque nunca te llegaron sus saquitos y esarpines, porque Marta no volvió más al pueblo y ella tampoco fue a verla. A los dos años de tu nacimiento murió.

—¿La abuela odió a mi madre por lo que te hizo? —Isabela se giró para mirar a su tía mientras

le hacia la pregunta.

—No, solo se sintió dolida por mí. Se moría por conocerte pero nunca fue a visitarlos a pesar de mi insistencia —dijo Ernestina, y sonrió para quitar dolor al asunto. Ya no había dolor, solo recuerdos.

—¿Por qué mi padre te dejó plantada en la iglesia?

—A los seis meses naciste tú. Supongo que ese fue el motivo, aunque, quizá se enamoró de Marta y no se atrevió a decirme nada.

—No creo que haya sido amor porque ellos se llevaban muy mal. Sabes, cuando te vi comprendí por qué mi padre se quedaba mirándome como si me idolatrara, te veía a ti en mí. En cambio, mi madre, cada vez que me miraba se ponía furiosa. Claro, como no se iba a enojar si soy igualita a ti y seguramente recordaría el día que te traicionaron. ¿Sabes lo que le decía a mi padre? “Siempre fue ella, siempre ella, nunca la pudiste olvidar”, y él le contestaba, “tenemos una hija hermosa Marta, dejemos el pasado atrás”. Pero mi madre nunca dejó el pasado y siempre le reprochaba lo mismo. Yo sabía que hablaban de algún viejo amor de mi padre, pero nunca me imaginé que ese amor eras tú.

—Ernesto era un hombre al que no le gustaba confrontar, siempre estaba de acuerdo en todo —no había emoción en la voz de Ernestina por recordar recuerdos, e Isabela sintió que hablaba como si aportara un dato de un extraño que alguna vez se había cruzado en su camino.

—Así era mi padre, siempre intentaba convencer a Marta de que todo estaba bien. Ellos no fueron felices. Supongo que el remordimiento o la culpa no los dejó vivir en armonía. Quizá, nunca se quisieron.

—Esa noticia no me pone contenta mi querida Isabela, por el contrario, me entristece porque no me alimenté del rencor y el resentimiento. Es más, a las dos semanas de aquel acontecimiento falleció la mujer de Aldo y tuve que olvidarme del asunto. Decidí hacerme cargo de los tres hijos de Aldo y ni siquiera me avergonzaba de las miradas lastimeras de mis amigos. Renzo tenía tres años, Rosalía un año, y Gina nació el día que murió su madre. No tuve tiempo de pensar en mí porque ellos colmaron mi vida. Por eso esta casa no está tan cuidada como debería, porque he vivido más en la casa de Aldo que en la mía. Solo la he usado para dormir.

—¿Tú y Aldo...?

Ernestina quedó desconcertada ante la pregunta directa de Isabela, y se ruborizó recordando que unos momentos antes Aldo y ella habían intercambiado una mirada llena de significado, como si anhelos ocultos hubieran decidido hacerse visibles a los ojos de los dos. Algo extraño, ya que entre ellos nunca existió más que una amistad, y eso fue lo que le contó a su curiosa sobrina que no tenía prejuicios a la hora de indagar sobre su vida privada.

—No, solo le ayudé con los chicos. Él quedó muy mal y los niños quedaron a la deriva. Pobrecitos... —Ernestina dejó de hablar de los hijos de Aldo al ver la mirada ladina de su sobrina, que había conocido a Renzo y Gina, y no debía considerarlos tan pobrecitos como ella decía. Entonces decidió dejar el tema de los hijos de Aldo y le dijo—. Yo no he sufrido como todos creen. Solo fue una etapa de vergüenza que tuve que superar porque todos se compadecían de mi situación, menos yo —aclaró.

—¿No lo querías?, me refiero a mi padre —preguntó Isabela.

—Sí, pero creo que no lo amaba lo suficiente porque nunca tuve resentimiento ni deseos de hacerle reproches, a ninguno de los dos. Solo hubiera preferido que él y mi hermana hubieran tomado la decisión antes de verme parada en la iglesia con mi vestido blanco.

—¿Nunca pensaste lo que podría haber sido? Me refiero a tu vida al lado de mi padre —preguntó Isabela, y Ernestina sonrió por la curiosidad que había despertado en su sobrina su

vergüenza del pasado.

—Creo saber lo que podría haber sido. Ernesto era un hombre predecible y supongo que hubiéramos llevado una vida tranquila, sin altibajos. Yo proponiendo y él aceptando mis propuestas. Quizá nos hubiera ido bien. Pero supongo que la relación se habría enfriado al no tener con quien discutir —Ernestina sintió que se relajaba al confesarle algo que nunca se había atrevido a decir en voz alta, como si estuviera confirmando lo que siempre había sabido, que Ernesto no había sido el hombre de su vida sino un paliativo.

—Eso es cierto. Mi padre era un buen hombre, pero era demasiado conformista. Quizá, por eso nunca se llevó bien con mi madre que era más escandalosa.

Ernestina prefería no recordar los escándalos de Marta, que ya habían quedado atrás, mucho menos quería desvirtuar la imagen que Isabela guardaría de sus padres, por eso no habló de su hermana.

—Y tú, ¿cómo te llevabas con ellos? —Ahora la curiosidad se había instalado en Ernestina, que si bien nunca deseó volver el tiempo atrás, quería saber cómo había sido la vida de esa familia que podría haber sido suya.

—Mi madre era una mujer bastante indiferente, por suerte mi padre era muy cariñoso, aunque tenía sus prejuicios —aclaró Isabela, y al ver que Ernestina arqueaba las cejas se explicó—. A los quince años quise ser modelo y su indignación fue tan grande que llegó a abofetearme. Me dijo que no iba a permitir que su hija se metiera en un ambiente en el que los hombres te consideran una puta —su voz irónica revelaba algún resentimiento—. Entonces, seguí la carrera que él quería, estude administración de empresas, me recibí con altas calificaciones y en solo tres años conseguí el puesto de gerente general en una empresa constructora.

—Todo un logro, lástima que haya sido forzado. La verdad es que de mi hermana puedo creerlo porque siempre fue una persona poco demostrativa de sus sentimientos, pero nunca me hubiera imaginado que Ernesto podría haber reaccionado de ese modo, y mucho menos que te impusiera una carrera. Me has dejado desconcertada.

—Yo también quedé desconcertada. Luego se arrepintió, me abrazó y me suplicó que lo perdonara. Fue la única vez que perdió la paciencia conmigo. Murió contento al saber que me había recibido, aunque no logró enterarse del cargo que ocupé. Mientras estudiaba me preguntaba: ¿Estás segura de que es lo que quieres, hija? Y yo le aseguraba que sí, que era mi elección —dijo Isabela, y sonrió con ternura, aunque sus pensamientos no tenían nada que ver con la ternura al recordar que a pesar de las deducciones de su padre respecto a la profesión de modelo, Leopoldo Rodríguez, haciendo caso omiso de su capacidad y sus logros universitarios, la había tratado como a una puta.

—Nunca fue tu elección —era una afirmación de Ernestina, no una pregunta.

—Soy buena para manejar empresas, supongo que fue una buena elección —dijo Isabela sin dar respuesta a su tía.

Ernestina no lo consideró de la misma forma y sintió cierto recelo por el manejo que habían hecho los padres sobre la vida de Isabela. De Marta lo podía esperar porque siempre había sido una persona egoísta, pero de Ernesto no, y eso le dolió porque estaba comprobando que aquel hombre asequible, conformista y generoso había manipulado y quizás arruinado la vida de su hija al decidir su futuro.

—¿Y ahora? —preguntó Ernestina refiriéndose al presente, porque no creyó tener derecho a opinar sobre el pasado de su sobrina.

—Ahora estoy acá, contigo. Ya veremos —dijo Isabela dejando ver que no tenía un después, y que solo le interesaba el día a día.

Ernestina sonrió, esa respuesta la dejó satisfecha. Su sobrina querida venía a quedarse y ella haría cualquier cosa para hacerla sentir a gusto en ese lugar perdido llamado Paraíso a pesar de la falta de encanto. Pero la emoción al saber que Isabela se quedaría perdía fuerza porque ella también tenía intenciones de manipularla, solo un poco, para que se casara con Renzo. Quizá, la atracción que se estaba desatando entre ellos evitaba su intervención, pensó tratando de aliviar sus culpas.

—He hecho unos sándwiches. ¿Quieres cenar en la cocina o en la galería? —cambió el tema para relajar las tensiones de las dos. La conversación que acababan de mantener era un asunto pendiente, y cuanto antes quedara resuelto más pronto quedaría en el olvido. Ella no quería pasar la vida recordando el pasado sino construir un presente nuevo.

—Preferiría en la cocina, no podría probar bocado sabiendo que afuera está lleno de animales peligrosos —dijo Isabela contenta de haber acabado esa conversación, algo tediosa, que se debían. Ernestina rió.

—No hay animales peligrosos en el parque, está demasiado limpio y nunca he encontrado ni una víbora merodeando por el jardín.

—¿Estás segura? —preguntó con desconfianza.

—Segurísima. Yo también tengo bastante recelo de los animales a pesar de que nací aquí. Aldo se burla de mí y dice que debería haberme mudado a la ciudad, pero acá está mi hogar, mi gente, mis afectos.

—¡Le tienes miedo a los animales!, nunca lo hubiera imaginado —dijo Isabela. La sonrisa pícaro que le dedicó no se debía al comentario de Ernestina, sino al comprobar que nombraba a Aldo con bastante frecuencia. Prefirió no comentar sobre ese tema porque ya se había ruborizado cuando le preguntó si entre ellos había algo que no se contaba—. Cambiando el tema. Mañana viene ese caradura de tu vecino a trabajar para ti. ¿No deberíamos organizarle las tareas? —preguntó con tanta inocencia que Ernestina tuvo que darle la espalda para no reírsele en la cara.

Organizarle las tareas a Renzo, pensó Ernestina mientras entraba a la cocina. Sacó una bandeja y acomodó los sándwiches para llevarlos a la mesa.

—Seguro que sí, sino ese holgazán no va a saber cortar las verduras como corresponde —dijo Ernestina escondiéndose de la mirada de Isabela.

Isabela la siguió, abrió la heladera y varias latas de cerveza le dieron la bienvenida. Sacó dos y se acercó a su tía.

—Veo que eres de las mías —dijo entregándole una cerveza.

Se sentaron a la mesa. La luna se había dignado a aparecer presagiando una mañana clara, sin lluvias.

—Es uno de mis placeres —dijo Ernestina, y bebió demostrando su cultura alcohólica.

—Pues, yo no soy una gran bebedora, pero me las arreglo bien. Con mi padre solíamos disfrutar de una cerveza las noches de verano. ¿Y tú con quien te sientas a beber?

—Suele venir Aldo por las noches a beber una cerveza. Él me inculcó la costumbre —dijo Ernestina sin darse cuenta que otra vez Aldo estaba en la conversación.

—O sea que tú estás todo el día en la casa de Aldo, y cuando te vuelves él viene a tu casa.

Ernestina no fue ajena a la picardía en el tono de voz de Isabela. Para ella era algo cotidiano y nunca vio intenciones ocultas en esa costumbre.

—La verdad es que no me había dado cuenta de ese detalle. Lo que pasa es que en su casa lo veo poco porque él está en los campos. Usamos las noches para hablar de las necesidades de sus hijos.

—Pero sus hijos ya son grandes. Inclusive deben ser más grandes que yo.

—Sí, es cierto. Quizá, nos ha quedado la costumbre de cuando eran niños.

—O quizá Aldo no puede estar sin verte, tía.

—Tonterías, Aldo y yo somos buenos amigos, pero nada más.

—Sí, seguro que es eso —dijo Isabela quitándole importancia al asunto—. Bueno, quiero que sepas que he decidido recuperar tu aspecto.

—¿Cómo? —preguntó Ernestina algo enfadada—. No, eso ni en sueños.

—Lo que pasa es que te veo y no puedo dejar de pensar que si me abandono voy a quedar como tú —dijo Isabela con total sinceridad.

—Gracias por el halago —dijo Ernestina, la furia se evidenciaba en sus ojos.

—Ya me lo vas a agradecer con sinceridad cuando veas cómo te voy a transformar —no le prestó atención al enojo de su tía, y siguió hablando—. Vas a quedar radiante, y todos los hombres del pueblo se van a pelear por ti.

—¡No quiero a nadie peleando por mí! ¡No quiero a ningún hombre a mi lado! —el gritó de Ernestina sorprendió a Isabela, pero no se amilanó, por el contrario, se recostó relajadita en la silla y le sonrió.

—Ahora comprendo. Tu desaliño es para evitar que los hombres te acosen. ¿Es eso, no? —preguntó, pero no necesitó respuestas cuando vio a Ernestina esconderse tras la lata de cerveza mientras miraba la luna que se filtraba por el ventanal. Igual Ernestina se la dio.

—No me ha ido bien siendo elegante y atractiva. Prefiero estar así —se señaló las ropas de trabajo: vaquero suelto, remera ancha y alpargatas. Solo le faltaba el viejo sombrero de paja con el que se protegía del sol.

—Pues, no creo que sea bueno ocultar lo que te dio el nacimiento. Si quieres que me quede vas a tener que hacer lo que te digo, sino me va a ser imposible vivir contigo porque me deprime saber que voy a terminar como tú.

—Gracias por tu sinceridad —dijo Ernestina con ironía, y vació la lata de cerveza para tratar de calmarse.

—De nada. Mañana empezamos con el tratamiento de belleza. Tengo unas cremas para el cabello que en unos días te van a dejar esas mechas como plumas de pato —dijo Isabela, y sonrió al ver el gesto de desagrado de su tía, pero no le importó y siguió hablando—. También te voy a hacer una limpieza de cutis y te compré algo de ropa en Lo de Lidia. Según ella la compra en la ciudad para ti.

—No sé para qué se toma la molestia si siempre le digo que no quiero nada —le temblaban las manos por la furia que sentía ante las palabras de Isabela.

—Porque te quiere ver como eras antes —dijo Isabela, y sonrió cuando su tía se levantó bruscamente de la silla y se puso a lavar los enseres que habían quedado en la pileta.

—Todos quieren verme como era antes, pero te aseguro que yo me siento mejor ahora —dijo Ernestina. Dejó con demasiada fuerza los cubiertos en el secador, cosa que hizo visible su furia.

—No lo creo, solo te escondes en la apariencia desarreglada. Por favor, tía, hazlo por mí —dijo Isabela, y se sorprendió de ser tan insistente cuando ella no ganaba nada y solo lo hacía por su tía. Si recién la conocía, ¿de dónde le nacía ese afecto y esas ganas de verla renovada, reluciente y feliz? Se dio cuenta de que la quería a pesar de que acababa de conocerla. La quería, porque esa mujer que había sido humillada por sus padres le estaba ofreciendo compartir la vida sin intereses de por medio, solo por afecto.

O eso creía Isabela que desconocía los deseos ocultos de Ernestina.

—Bien, si eso es lo que quieres para quedarte conmigo, lo haré, pero sola. No necesito de una chiquilla que cree saber más que yo de elegancia y buen gusto. Vamos a ver quién de las dos es la

reina del *glamour* –dijo Ernestina, y dejó el plato con tanta fuerza sobre la mesada que lo quebró.

Isabela sonrió, acabó el resto de la cerveza y se levantó para acercarse a su tía. La miró, pero ella seguía lavando hasta lo que estaba limpio. Entonces le dijo: “Te arrepientes de haberme invitado a tu casa”.

Ernestina se giró y la miró enojada.

—Por supuesto que no. Estoy dispuesta a sacrificarme para tenerte conmigo –dijo Ernestina, cerró el grifo, se secó las manos y abrazó apretadamente a su sobrina—. Acá vas a ser feliz, Isabela.

—Quizá tengas razón. Además, estoy segura de que tu vida también va a dar un vuelco –dijo Isabela devolviendo el abrazo.

—Mi vida ya dio un vuelco con tu llegada –dijo Ernestina, y se separó unos pasos para someterla a un análisis despiadado porque estaba comprobando que su pobre sobrina huérfana era una manipuladora.

—Y va a dar muchos más cuando dejes esas ropas horribles bajo las que te ocultas –dijo Isabela. Otra vez le mostró su sonrisa pícaro—. Creo que Aldo Valentín va a hacer algo más que venir a compartir una cerveza contigo –sabía que estaba poniendo furiosa a su tía, pero no podía callarse. Además, estaba decidida a remediar lo que le habían hecho sus padres. Si bien Ernestina decía que no guardaba resentimientos, Isabela sabía que bajo ese desarreglo ocultaba una gran inseguridad y un enorme miedo a repetir la experiencia que había tenido que sortear en su juventud en un pueblo donde cada acontecimiento sería como si una nave extraterrestre hubiera aterrizado en la plaza.

Ernestina realmente se indignó ante la sagacidad de su sobrina. ¿Cómo se habría dado cuenta de sus inseguridades? Además, qué derecho tenía a decírselo a la cara, y encima dar por sentado que Aldo se fijaría en ella por solo cambiar de prendas y peinarse de peluquería. Si Aldo solo había vivido bajo la sombra de los recuerdos de Laura, su mujer. No había día que no mirara los retratos que ella se ocupaba de cambiar en la chimenea, y cada uno, estaba segura de eso, lo llevaría a recordar los buenos momentos que habían compartido. Al margen de sus suposiciones, se preguntó ¿qué derecho tenía esa chiquilla que se las daba de experimentada de meterse en su vida? Pensar que ella se había sentido culpable por sus planes de casarla con Renzo, y ahora se veía envuelta en los macabros planes que estaba maquinando su descarada sobrina.

—¡Estás loca! –dijo Ernestina, y salió por la puerta de la cocina que daba a la galería—. Estás totalmente loca. Yo no quiero a Aldo en mi vida.

—Bueno, eso es extraño ya que Aldo, por lo que tú me has contado, siempre ha estado en tu vida. Solo falta concretar el asunto –dijo Isabela, y la siguió a la galería.

—¿Concretar el asunto? –se giró para mirarla—. Dime una cosa, ¿nunca te han dicho que no te metas donde no te llaman?

—Oh, sí, muchas veces. También me han dicho que tuviera cuidado con mi tía porque bajo esa apariencia de mujer bondadosa se esconde una zorra, como te llamó Lidia hace apenas unas horas –dijo Isabela, y sonrió al ver a su tía con la boca abierta. Había logrado sorprenderla, se dijo.

—No te fíes de Lidia, es una mujer algo resentida –respondió rápidamente Ernestina para salir del apuro.

Isabela arqueó las cejas. Había hablado con pocas mujeres desde su llegada, pero eso le bastó para corroborar el famoso dicho: pueblo chico infierno grande. A ella le habían caído bien las dos mujeres, es decir, Lidia y su tía, pero, por lo visto y oído, entre ellas había algún problema no resuelto; pero ¿cuál?, se preguntó. Sonrió sola al comprender que estaba acostumbrándose con mucha facilidad a los cotilleos de ese pueblo, y lo más grave era que le gustaban.

—A mí me pareció encantadora —dijo Isabela—. Si hasta me ofreció empleo en su tienda.

—Es una novedad ya que nadie puede trabajar con ella por el carácter podrido que tiene. En realidad creo que nadie se ha atrevido a pedirle empleo. Tampoco ella ha querido a nadie metida en su tienda —dijo Ernestina como si aportara un dato.

—Me sorprende. Pero bueno, yo no conozco los problemas de la gente del pueblo tan a fondo como tú. Pero presiento que entre ustedes debe haber algún temita sin resolver —dijo Isabela intentando sonsacarle algún dato a su tía.

—Nada, en absoluto. Solo te advierto para que estés prevenida de que ella tiene un carácter difícil.

—Tendré en cuenta tu consejo, tía —dijo Isabela, aunque no creía que Lidia fuera de temer, como se la quería pintar Ernestina—. Nos desviamos del tema. Quedamos en la parte en que tú eres una zorra, ¿qué hay de cierto en eso?, aunque me imagino que no me lo dirás —dijo Isabela, y vio que Ernestina tensionaba los hombros. Algo había, lo supo, aunque su tía no estaba dispuesta a confesarse.

—Solo habladurías de pueblo. A Lidia le encanta armar revuelo entre la gente, y como tú eres nueva...

Isabela no creía que Lidia hubiera querido armar revuelo, en realidad le parecía que su tía intentaba, desprestigiando a Lidia, ocultar algo; y se lo dijo ya que ella era en extremo sincera.

—Me parece que intentas camuflar algún asuntito que te guardas resaltando los defectos de Lidia.

—¡Por Dios, qué imaginación la tuya! —dijo Ernestina algo ofuscada, y bajó los escalones del ingreso para aspirar mejor el aire del campo, y de paso distanciarse de la mirada perspicaz de su sobrina aprovechando de que no se atrevería a poner un pie en el parque por miedo a toparse con una víbora. Qué despierta e inteligente era, pensó indignada, aunque no pudo dejar de sonreír porque la había descubierto. Por supuesto que tenía algo que ocultar, y estaba segura de que Lidia había actuado con doble intención. Si alguien le conocía hasta los pensamientos, aparte de Aldo, era Lidia; y por lógica, sabía de su deseo de casar a Isabela con Renzo. Bueno, si Lidia había puesto su granito de arena para que su sobrina sospechara algo, no le importaba hacerla quedar mal, después de todo se lo tenía merecido.

Isabela no tuvo dudas de que Ernestina se traía algo entre manos, y por supuesto que ese algo tenía que ver con ella. No necesitaba una confesión, con solo verla alejarse por el parque había corroborado sus suposiciones. No se atrevió a seguirla por miedo a toparse con una víbora, por eso le gritó.

—No sé cómo creíste que sería cuando me invitaste a tu casa, pero te advierto de que no me gusta que me manipulen.

Ernestina se giró, y la miró con una sonrisa radiante.

—Te creí tímida, insegura y necesitada de afecto, pero me he dado de narices contra la pared. Tú, querida, eres una arpía y creo que no necesitas de mí. Igual te quiero conmigo a pesar de tus macabros planes de cambiar mi sencilla forma de vivir. ¿Quién es la manipuladora de las dos? —dijo Ernestina recordándole a Isabela que era ella la que había impuesto condiciones para quedarse, la muy descarada que se había empeñado en resucitar a la Ernestina que ya no existía más que en recuerdos lejanos. Y como si no le bastara, estaba convencida de que Aldo, nada menos que ese hombre que solo vivía de su pasado, se fijaría en ella a esta edad en la que poco quedaba de la Ernestina de la juventud.

—Quizás tengas razón, pero yo soy transparente y voy con la verdad, en cambio, tú te mueves en las sombras —Isabela la miró con desconfianza, ya no tenía dudas que tras su generosa

invitación había algo más, pero no se preocupó, ella estaba acostumbrada a la lucha—. No importa, yo sigo con mi plan de eliminar el desastre en que te has convertido desde que mis padres te arruinaron la vida.

—¡Tus padres no me arruinaron la vida! Yo he sido feliz —siguió diciendo, y la arpía terminó siendo ella que gritaba las palabras como si así lograra convencerla y convencerse.

—Sí, claro, fuiste tan feliz que mira como quedaste —la señaló, y vio que su tía temblaba de indignación bajo las ropas enormes.

—Mañana empiezo a cambiar mi aspecto, aunque me va a llevar un tiempo volver a ser la de antes. Y tú, muchacha metida, tendrás que hacerte cargo de las tareas de Renzo ya que ha sido idea tuya traerlo a trabajar en mi huerto. A los peones se les sirve el desayuno a las cinco de la mañana. Además, por lo que me has dicho, tendrás que colaborar con él. Tú mandas y él tendrá que obedecer, no lo olvides —dicho esto entró a la casa sabiendo que si dejaba a su sobrina al mando, su apretada economía se iría al diablo en unas pocas semanas. Ella no podía permitirse semejante decisión, pero su furia había sido tan grande que no midió las consecuencias futuras de sus palabras hasta que estuvo sola en su cuarto. Igual no dio marcha atrás en su decisión y dejó que el destino se hiciera cargo del problema.

Isabela no se sintió ofendida cuando su tía se retiró enojada, sino intranquila porque no había negado que tuviera otros planes para ella. Por eso decidió andar con cuidado para no caer en la trampa que le tendría preparada. ¿Cuál sería? No lo sabía. Lo único que había sacado en claro era que Lidia tenía razón, Ernestina era una zorra despiadada. Pero como ella era una mujer acostumbrada a remar contra la corriente, iba a tener los remos preparados.

Lo que sí le preocupaba era tener que hacerse cargo de un peón como Renzo. Como quería empezar bien el día, hurgó en las alacenas y se puso en la tarea de preparar unas galletas para el desayuno del innumerable, ya que según su parecer un hombre bien alimentado era un hombre contento. Mientras esperaba que se cocinaran se preguntó ¿qué sabía ella de huertos?, nada, absolutamente nada. Pero se convenció de que no debía ser un trabajo tan complicado, solo sería cuestión de ponerlo a cortar verduras frescas para vender en las verdulerías, se dijo, sin imaginar las consecuencias que traería en el futuro su ignorancia en el tema.

CAPÍTULO 10

Era una mañana limpia, sin rastros de la tormenta del día anterior. El sol aún no se abría paso en el cielo y una brisa fresca que soplabá del norte se filtraba por la ventana abierta de la habitación de Isabela.

Para Isabela no era una mañana limpia, sino noche cerrada. Miró indignada el reloj que sonaba en la mesa de noche. ¡Cinco menos cuarto!, se dijo y no pudo concebir que gente de un pueblo adormilado y perdido estuviera levantada de noche. Tomó la pequeña caja ruidosa en sus manos y la lanzó por la ventana. Se giró en la cama y cerró los ojos intentando conciliar el sueño. Pero a los pocos minutos la voz de su conciencia la despabiló. Ella había sido una empresaria responsable que siempre llegaba a la empresa antes que los empleados y nunca se había permitido dejar de lado el estricto horario para levantarse de la cama, que ya estaba grabado en su subconsciente.

Con ese pensamiento apartó a un lado las sabanas y dejó deslizar sus esbeltas piernas desnudas sobre la pequeña alfombra peluda que tenía a los pies. Se desperezó y la remera que apenas le tapaba el trasero se elevó dejando a la vista una tanguita blanca con mariposas de colores. El espejo le devolvió su imagen, e Isabela sonrió. Si Renzo estuviera observándola con la tanguita que había encontrado en su bolso el día que llegó al pueblo, habría despabilado su modorra antes incluso del primer parpadeo. Aunque habiendo comprobado lo holgazán que era, Isabela supuso que él debía estar durmiendo plácidamente en su cómoda cama sin recordar que debía presentarse a su primer día de trabajo duro. Igual decidió bajar temprano para prepararle el desayuno, como le había indicado tía Ernestina.

Se puso a rebuscar en el placar algo, no demasiado exótico, para ponerse, ya que debía dar instrucciones sobre el corte de las verduras a Renzo Valentín. Sonrió de solo imaginar que ella dirigiría a ese caradura que le había intentado hacer la vida difícil desde que llegó al pueblo. Ya se lo imaginaba indignado al tener que responder a las órdenes de una mujer. Pero ella no era una mujer inexperta. Había sido una gerente general y sabía cómo manejar a los empleados machistas y poco dispuestos a colaborar.

Renzo Valentín tendría que acostumbrarse a acatar sus órdenes aunque la empresaria no supiera nada del trabajo. Esa era la ventaja de la que gozaban los dueños de las empresas, que sus empleados aceptaban sin quejarse las directivas que les impartían. Por regla general, los empresarios solían tener la capacidad necesaria para la tarea, bueno ella sería la excepción a la regla. Ya iría aprendiendo sobre los errores como había hecho en el transcurso de su vida. Lo importante era que su empleado no se diera cuenta de su ignorancia en el tema.

Por lo que ella suponía, Renzo Valentín no debía ni saber distinguir una lechuga de una acelga, es decir, que no tendría que estar preocupándose por algo tan nimio. Si había manejado a todos los empleados de la empresa constructora, cómo no iba a poder dirigir el trabajo de uno solo en una empresita familiar como era el huerto de Ernestina, se dijo intentando convencerse mientras sacaba unas prendas de las perchas.

Intentó parecer una campesina, realmente lo intentó, pero cuando se miró en el espejo que había en la pared vio a la ejecutiva que había sido en la ciudad, porque su ropa era demasiado refinada para la tarea. Solo había acertado con el color tostado para evitar que la tierra delatara alguna mancha desagradable que arruinara su aspecto. Si se ensuciaba no se notaría, se dijo, y se colocó unos aros de gitana y un colgante de cordón marrón con un corazón de madera tallada que

combinaba con sus prendas. No tuvo dudas que iría a juego con el entorno rústico del lugar. Inclusive resaltaría con el verde de las verduras, se dijo mientras se calzaba unas sandalias de taco grueso porque no pensaba arruinar las alpargatas que le había regalado Lidia el día anterior. Además, ella se movía mejor con tacos que con zapatillas, solo tenía que mirar donde ponía el pie antes de dar el paso para evitar una torcedura.

Entró al cuarto de baño y se miró detenidamente en el espejo. Tenía los ojos hinchados y la marca del puñetazo de Estelita gravada en su mejilla. Tuvo que demorar unos escasos minutos en ponerse algo de maquillaje, rubor, y una sombra marrón en los párpados para disimular un poco su apariencia de recién levantada y ese maldito moretón que le había dado la celosa esposa de Hermes. Ya que estaba en la tarea se puso máscara en las pestañas y delineador en los ojos. Si algo no le gustaba era que la vieran con la cara lavada apenas se despertaba.

Salió del baño satisfecha, pero se desilusionó con ella misma cuando vio que el reloj que colgaba de la pared marcaba las seis de la mañana. ¿Ya habría llegado Renzo Valentín?, ¿estaría sentado a la mesa de la cocina esperando el desayuno?, se preguntó mientras salía de la habitación. Trató de convencerse de que no llegaría a horario. Él era un hombre poco acostumbrado a las actividades y seguro que todavía estaba intentando hacer a un lado las sábanas. De solo imaginarse a Renzo recostado con escasa ropa, ¡o sin nada de ropa!, se estremeció. Qué tenía ese hombre que le despertaba sensaciones dormidas, si solo era un campesino con pésimo gusto para vestirse.

A Isabela la atraían los hombres inteligentes y de apariencia impecable, pero Renzo Valentín había dado un giro inesperado a sus gustos, porque era el primer hombre que la hacía estremecer ante un simple roce a pesar de su desarreglada presencia y de su falta de interés por las actividades, que era otro de los requisitos indispensables para entablar una relación. Ella era una luchadora, y no pensaba alimentar a una sanguijuela como Renzo Valentín. ¿Qué estaba suponiendo?, si solo era un vecino que su tía quería como a un hijo, un caradura que se le había lanzado encima apenas la conoció, y un descarado que la había mandado presa con sus mentiras.

Si analizaba en detalle las actitudes de ese hombre podía asegurar que las verdaderas intenciones de Renzo Valentín eran tenerla lo más lejos posible de su pueblo.

Mientras llegaba a esa conclusión traspasó la puerta de la cocina y sintió que se tambaleaba ante la presencia de Renzo Valentín, que estaba sentado, muy cómodo, en la silla con los pies sobre la mesa y el periódico en la mano, esperando que ella se dignara a levantarse.

—Llegas más de una hora tarde —Renzo siguió leyendo el periódico. Estaba enojado porque ella, que le había impuesto un trabajo que ya no hacía más no era capaz de levantarse a la hora que correspondía. Además, de reojo ya la había visto vestida para ir a una cena de gala. ¿Acaso no sabía que iban a recoger verduras?, se preguntó sabiendo que eso le molestaba más que el tiempo que había tardado en aparecer.

—Mi tía me dijo a las seis —mintió Isabela, y se indignó cuando él solo asintió con la cabeza. Claro, si no debía saber nada de los horarios del campo. Seguramente se levantaba a las doce del mediodía para ir a desayunar al bar. No, a esa hora pasaría por alto el desayuno, supuso mientras se acercaba para encender la hornalla—. Te voy a preparar un café, y como supuse que para los trabajos pesados se requiere mucha energía te he preparado unas galletas caseras, espero que te gusten, me salen ricas —dijo Isabela, abrió la puerta de la alacena y sacó un bol profundo lleno a rebosar de galletas con forma de conejos, corazones y florcitas. Con paciencia se ocupó de acomodarlas en un plato, cuidando de poner de todos los modelitos.

Al estar de espalda no vio que Renzo esbozaba una radiante sonrisa por el trabajo que se había tomado para tenerle preparado el desayuno. Tampoco vio que bajaba el periódico para mirarla

con una picardía que contrastaba con la indiferencia que le demostraba. Es que Renzo estaba sorprendido al ver que la ejecutiva de ropas combinadas tenía una faceta hogareña. Le había hecho galletas para el desayuno, y él estaba fascinado con esta otra faceta de su personalidad. Cómo podía seguir enojado por el retraso, las prendas y la mentira respecto al horario, si se la veía tan dulce seleccionando galletas de distintas formas para él. Tal vez, Ernestina no le había informado de que si no se levantaba a las cinco perdía la venta del día, porque el camión que distribuía las verduras salía del pueblo a las siete de la mañana. Pero que importaba si ella le había hecho galletas. Por primera vez lo complacía la atención de una mujer. ¿Cuántas en el pueblo estaban dispuestas a brindarle la misma atención o más?, pero él solo se sentía dichoso porque era ella la que lo estaba haciendo. Era la primera vez que le pasaba algo semejante, y sintió un loco deseo de verla todas las mañanas preparando el desayuno mientras él leía el periódico. ¿Qué estaba pensando?, si esa mujer era la causante de todas sus desgracias, se dijo. Pero no pudo dejar de observar su trasero mientras se inclinaba para apagar la hornalla, ni la piel cremosa de su espalda cuando se estiró para sacar las tazas de la alacena, pero cuando se agachó para verter el café, la visión de sus pechos le cortó el aire. Después, vio que se entusiasmaba echando azúcar, tres cucharitas colmadas en cada taza. Él solo lo tomaba con dos al ras, pero prefirió callarse para no hacerla sentir incomoda.

Cuando Isabela se giró con la bandeja conteniendo dos cafés y el plato de galletas, él ya estaba escondido tras las páginas del periódico que ocultaban su sonrisa.

—Aquí tienes, especialmente preparado para ti —dijo Isabela, se inclinó y depositó la taza junto a él.

Ya lo creía que el desayuno era especial. Quién tenía la dicha de salir a cortar verduras con una ejecutiva de tacones y ropa de fiesta, que no tenía problema de perder varias horas de su tiempo para preparar galletas caseras para el desayuno, solo para él. Un torbellino de sensaciones le recorrió el cuerpo, anhelos, deseos, y una enorme satisfacción. Tenía ganas de agradecerle su dedicación llenando su curvilíneo cuerpo de caricias y besos que quedaran marcados a fuego, para que cada vez que recordara las sensaciones que había sentido pensara que él se las había dado. Ella era encantadora, y le había hecho galletas deformadas a pesar de haber usado moldes infantiles.

Para dejar de pensar en lo que le haría sobre el piso, se concentró en su rostro, y comprendió que su demora en aparecer en la cocina se debía al maquillaje. Estuvo a punto de levantarse de la silla y acarrearla a la pileta para sacarle la capa de pintura mientras le explicaba que el trabajo que iban a hacer la haría sudar y le arruinaría todo el ornamento, hasta que descubrió el motivo de su arreglo. Un destello de compasión asomó en sus ojos al ver que había estado tratando de ocultar el moretón que le había provocado la derecha de Estelita. Levantó la taza y la miró para agradecerle el café con una mueca que no alcanzaba a convertirse en sonrisa. Ella lo fascinaba e indignaba por partes iguales, pero se felicitó porque estaba logrando mantener la calma que se había jurado conservar para sacarle esa idea de que él no era un buen hombre.

—Qué te pasó en la frente —dijo Isabela deslizando la mano por un pequeño corte cerca del ojo izquierdo. El contacto la sorprendió porque ella no era de andar tocando hombres. Normalmente, era al revés y ella tenía que huir. Pero Renzo no le provocaba ese rechazo que solía experimentar con los clientes de la empresa y con Leopoldo Rodríguez, que solía perseguirla por los pasillos desiertos para acosarla.

—Alguien me lanzó un despertador desde la ventana. Supongo que sabes de qué hablo, ¿no? —dijo Renzo, y sonrió al ver su preocupación.

—¡Oh, no!, que iba a saber yo que justo en ese momento ibas a pasar tú. Lo siento —dijo, y le

acarició la herida—. ¿Quieres un poco de hielo?

Renzo le tomó la mano con brusquedad y se la apartó.

—Si quieres que trabaje, quita tus manos de mí porque no respondo a mis actos —dijo Renzo que al solo contacto sintió ganas de tumbarla en el piso de la cocina y sacarle esas prendas ridículas para demostrarle lo que un roce inocente hacía en sus partes íntimas.

—Sí que eres susceptible, ¡eh!, con razón todas las mujeres del pueblo se disputan tus atenciones, si eres un hombre que solo piensa en... —se calló.

Renzo, que la miraba con una sonrisa demasiado amplia, prefirió no retrucar sus erradas convicciones, ya que solo ella le provocaba esa reacción. ¡Cómo no tener esa reacción! sí cada vez que la veía tenía el placer de observar algo de sus partes ocultas ya que ella siempre estaba con pocas ropas o con las ropas rasgadas. Inclusive había tenido la enorme dicha de conocerla mientras ella estaba inocentemente desnuda tras el ventanal. Si no hubiera sido así, no estaría todo el santo día y las interminables noches pensando en cómo arrancarle las prendas.

—Está bien, nos mantendremos lo más lejos que podamos el uno del otro para evitar que te comportes como un degenerado —dijo Isabela interrumpiendo los pensamientos de Renzo, y se bebió el café de un trago para olvidar las palabras que había dicho Renzo. Él era un descontrolado, y ella tenía miedo de sucumbir a sus intenciones. Entonces, se dijo que lo mejor que podía hacer era aplicar las reglas de la empresaria: seriedad, autoridad, indiferencia y... cuál era la otra... a sí, respeto al prójimo; e impuso su ex-cargo de gerente general—. Bien señor Valentín, mi tía me ha otorgado toda la confianza para que sea yo la que dirija sus actividades, por lo tanto... —él la interrumpió.

—¿Sabes algo del trabajo?

—Por supuesto. Quién no sabe de verduras. Es algo con lo que convivimos a diario.

—¿Vegetariana? —Preguntó Renzo con curiosidad, y supuso que ese cuerpo lleno de curvas y contra curvas tan bien delineadas solo se lograba haciendo una dieta estrictísima a base de verduras.

—No, pero las prefiero. Vamos, que no quiero que nos agarre el calor cortando verduras —era una orden no una sugerencia, e Isabela salió de la cocina esperando que su empleado la siguiera.

Renzo no le dijo que no era el calor el que los apuraba, sino el camión que ya estaría por salir de la fábrica porque faltaba media hora para las siete. Tampoco le comentó que su tía ese día perdería la entrega. Bueno, él no podía hacerse cargo de todo. Que se las arreglara Ernestina si había decidido poner a su sobrina al mando de su apretada economía. Y la siguió como un empleado obediente.

Pero ella, que no sabía nada, ni siquiera el lugar de la plantación, enfiló hacia el camino que conducía al pueblo, y Renzo la detuvo con su comentario.

—El huerto está tras la casa, ese camino solo te llevará a la tiendita de Lidia, esa que tanto te gusta, ya que cuando la tienes frente a tus narices no eres capaz de mirar otra cosa —gritó Renzo mientras se perdía tras la casa de Ernestina. La otra cosa que ella no había mirado era a él, pero eso no se lo dijo aunque le molestaba cual piedra puntiaguda en el zapato.

Isabela tuvo que trotar tras él para alcanzarlo, pero se fue quedando rezagada cuando dejaron atrás el parque de Ernestina porque los tacos de los zapatos empezaron a complicarle la marcha en ese sendero lleno de piedras sueltas y pajonales aplastados por el innombrable con sus exageradas zancadas. Ella trastabillaba y para no caer se agarraba de unos árboles espinosos que crecían por todos lados. Iba a quedar peor de lo que ya estaba por culpa del huracán y el golpe que le había propinado la esposa de Hermes. Al mirarse los brazos comprendió porqué su tía usaba camisas mangas largas.

—¡Maldición, cómo pinchan estos yuyos! —dijo Isabela para sí, pero Renzo la escuchó, se detuvo a observarla y no pudo evitar reír. Ella iba a los tropiezos y para evitar la caída se agarraba de los espinillos. Esa mujer era tan ciudadana que ni siquiera sabía distinguir los arbustos de la zona.

—Iba a comentarte que lo que te has puesto no era la ropa adecuada para venir al huerto, pero no quise discutir contigo por eso no te dije nada. Quiero que veas en mí a un hombre bueno, no al caradura que crees que soy.

—Pues, si hubieras sido un hombre bueno me habrías aconsejado —dijo Isabela enojada.

—¡Quién las entiende! —exclamó Renzo en susurros.

—¿Cómo has dicho? —Isabela tenía experiencia en escuchar las palabras susurradas y no fue ajena a éstas, que despertaron su indignación porque eran típicas de los machistas que usaban el sarcasmo y las indirectas para referirse al género femenino.

—Si te hubiera dicho que te vistieras como Ernestina me habrías arrancado los ojos, ¿o no? —preguntó Renzo que se había detenido a mirarla esperando su respuesta. Ella le sonrió como confirmando su suposición, y eso lo ablandó. Se sacó la camisa y se acercó a ella para pasársela por los brazos. Lamentablemente ese simple roce lo perturbó—. Así estás mejor —dijo él con voz ronca. Isabela cometió el error de sonreír para agradecerle el gesto; y Renzo, que perdía el norte con ella, sacudió la cabeza y se distanció varios pasos. Estaba dispuesto a cumplir su promesa de esperar un poco para atacar.

—¿Y tú? —preguntó Isabela sin apartar los ojos de ese tórax demasiado musculoso para que pasara desapercibido.

—No importa, yo tengo espacio para algunos raspones —dijo Renzo, y se giró para seguir caminando, porque si se quedaba... no llegarían al huerto de Ernestina.

Pero Isabela esta vez no trotó tras sus pasos. La espalda ancha que se alejaba, los músculos duros de tanto hacer pesas, supuso, y las caderas que se movían al ritmo de sus largas zancadas, la habían dejado amojonada sobre el camino barroso; y al fin comprendió porque las mujeres de ese pueblo se lo disputaban. En ese momento supo que tendría que luchar para no sucumbir a sus encantos en cuanto él se decidiera a traspasar la barrera de la nobleza que al parecer se estaba imponiendo desde que había llegado por la mañana.

Cuando llegaron al huerto Isabela sintió que la paz se apoderaba de sus inquietos pensamientos. Era un lugar ordenado y bello, con hileras e hileras de plantaciones intercaladas con caminos por donde acercarse para hacer los trabajos. Nunca había estado en un huerto y comprendió porque su tía quería tanto ese trabajo. Estar allí era como entrar en un mundo extraño embellecido por los colores de las verduras. Lo que la desconcertó un poco fue que las verduras crecían donde se les daba la gana porque se mezclaban las especies. Tampoco le gustó que su tía no hubiera tomado recaudos para arrancar las malezas que crecían como si fueran plantas de bordura entre las verduras. Y se sorprendió de la gran variedad de flores coloridas y perfumadas, que si bien quedaban bonitas no era el mejor lugar para plantarlas. Y se dijo que ella se ocuparía de arrancar esa cantidad de yuyos y trasladar las flores al jardín de Ernestina.

Era tanta la variedad de verduras que se preocupó cuando comprendió que ella no sabía distinguir las, pero prefirió apartar esos pensamientos inseguros. Después de haber dirigido una empresa constructora que a su vez adquiría empresas a punto de desaparecer, no se iba a amedrentar por un puñado de verduras. Sus grandes dotes empresariales podrían convertir la débil economía de su tía en una próspera empresa familiar, se dijo, y sonrió entusiasmada ante la idea.

Renzo estaba parado en uno de los caminitos junto a las plantas de acelga, e Isabela supuso que esperaba que le impartiera alguna orden, y se la dio.

—Bueno, vamos a comenzar por la acelga. Es una planta de hoja verde a la que solo le vamos a cortar las hojas. Nada de tallos que es mucho más duro de cocinar —dijo Isabela recordando que cada vez que hervía acelga se tomaba el trabajo de sacar los tallos. Seguramente a nadie le gustaban y tenían que pagar fortunas por algo que después iría a la basura. Lógico que si se ponía a pensar como empresaria, debería venderla con tronco, raíz y un poco de tierra para beneficio de su tía Ernestina, que buena falta le hacía incrementar los ingresos para que arreglara la sala. Pero como ya le había dicho a Renzo, solo las hojas, se mantuvo en su postura para evitar que él la creyera inexperta.

—¿Estás segura? —preguntó Renzo bastante asombrado.

Por supuesto que no estaba segura, si era una duda casi existencial, pero afirmó con un gesto para no dejar a la vista su enorme inexperiencia.

Renzo se agachó y ocultó su sonrisa entre las hojas de acelga mientras hacía su trabajo calculando las pérdidas de Ernestina. Pero ella lo interrumpió.

—¡Esas no!, son demasiado grandes. Mejor corta las más tiernas, y al resto déjalas —dijo con su tono de gerente general.

—¿Éstas? —preguntó con incredulidad. Esas plantas eran demasiado tiernas y había que esperar por lo menos quince días hasta que se desarrollaran. Seguramente, Ernestina había demorado un día en reponer los almácigos que tenía creciendo en el invernadero, los que habían soportado indemnes el huracán del día anterior pero no la inexperiencia de Isabela que los estaba arrasando antes de que alcanzaran el desarrollo.

—Claro, esas son las más tiernas, yo siempre me fijo en eso cuando compro. Primera regla: no hay que engañar al cliente —dijo Isabela señalando las plantas que quería que cortara para que no volviera a equivocarse.

Renzo arqueó las cejas, pero asintió, no iba a retrucarle nada, solo intentaría causar el menor daño en el huerto de Ernestina, y mientras cortaba buscaba una excusa para convencerla de que no hacía falta recolectar acelga.

—He escuchado en el bar que los hombres comentaban que había una superproducción de acelga. Quizás deberíamos concentrarnos en otras verduras —dijo sin mirarla, porque si llegaba a posar sus ojos en ella, no podría evitar reírse.

—Seguro que te habías tomado unas cervezas de más o estabas tratando de hipnotizar a tus mujeres y no entendiste bien, porque ayer yo escuché que se habían perdido plantaciones de acelga con el huracán, por lo tanto, sigue cortando y no busques excusas para no trabajar —dijo otra vez la empresaria.

—Sí, creo que estuve entretenido con algunas mujeres anoche, ya sabes, me acosan —dijo Renzo con normalidad, aunque estaba indignado por sus perversas conclusiones.

Se agachó y no tuvo más opción que destruir el trabajo y los ingresos que le hubieran redituado a Ernestina las plantas de acelga cuando hubieran alcanzado el desarrollo esperado.

Ella estuvo callada un largo rato, pensando en las palabras de ese engreído que se creía el hombre más atractivo del mundo. Para ella no era más que un campesino descuidado, aunque tenía que reconocer que estaba dotado de músculos de hierro, se dijo al ver la dureza de esos brazos en movimiento. ¿De dónde habría sacado semejante cuerpo si no hacía más que vagar a horas intempestivas por el pueblo?, se preguntó, y supuso que no solo haría pesas, sino que debía practicar remo cuando salía con el alcalde a pescar, algo de baloncesto y un poco de fútbol para deslumbrar al séquito de mujeres que corrían tras él.

—Te has olvidado que te había dicho que tenías que ayudarme así aprendías un poco el trabajo de tu tía —no le prestó atención mientras le hablaba porque seguía concentrado en las hojas.

—Bueno, en realidad sé bastante de acelga —dijo Isabela que se consideraba una experta después de haber preparado tantas tartas y tortillas en la ciudad—. Suelo comer acelga con regularidad, me encanta sin tallos.

Renzo no pudo evitar reír de su comentario. De allí estaba sacando su experiencia, pensó y no quiso ni imaginarse que le haría hacer con el resto de las verduras.

Pero Isabela no escuchó sus risas porque estaba pensando con preocupación cuál sería la próxima verdura que tendrían que sacar, y si iría con o sin tallo.

Después de varios minutos de silencio, Renzo decidió echar una mirada a Isabela. Ella se había alejado y miraba con curiosidad unas hojitas que sobresalían de la tierra.

—Quiero que cortes perejil. Sabes, en la ciudad siempre encargaba por teléfono una pizza provenzal, pero como acá no creo que tengan reparto de comidas a domicilio tendré que hacerla yo —aclaró ella sin percatarse de la expresión entre divertida y horrorizada de Renzo.

—¿Le corto las hojitas o a estas las saco con tallo? —no iba a decirle que esas hojas, no solo no eran perejil, sino que no servían para nada porque lo útil eran las zanahorias que crecían bajo tierra y que aún no asomaban porque no habían alcanzado el tamaño necesario para la cosecha. Eso lo averiguaría algún día y no por él, que no pensaba sacarla del error, ya que este estaba siendo uno de los días más divertidos de sus últimos años. Nunca nadie había logrado hacerlo olvidar su obsesión por el trabajo, esa responsabilidad que cada vez lo alejaba más de las pequeñas cosas que podían alegrar su vida. Pero, ahora, ella con su ignorancia y sus ridículas órdenes le estaba dando esos momentos.

Tenía ganas de tumbarla en la plantación de zanahorias y dejarle probar algo parecido que hervía de deseos en su entrepierna, pero aún no había terminado de disfrutar el día, por eso se puso a la labor de arruinar la plantación de zanahorias de Ernestina. Ya vería cómo compensarla por las pérdidas, se dijo y cortó y cortó hojas al vicio dejando ocultas las zanahorias de Ernestina. Cien días de espera para que alcanzaran el crecimiento tirados a la basura en menos de una hora por Isabela, pero no pudo enojarse con ella.

—Vas a ayudarme o también sabes mucho de perejil —preguntó Renzo, y la miró para analizar su reacción.

Ella lo miraba con cierto recelo, como si no tuviera muchas ganas de ensuciarse las manos y mucho menos arruinar su delicado pantalón arrodillándose en la tierra. Pero, para su asombro, Isabela se acuchilló y se puso a cortar, lo que para ella era perejil, con una tijerita que guardaba en el bolsillo de su pantalón de vestir.

Al cabo de dos horas Isabela y Renzo Valentín habían destruido buena parte del huerto de Ernestina. Desparramados por doquier estaban: las hojas de acelga sin sus tallos, los tomates ablandándose por el calor abrazador del sol, lo que para Isabela era perejil, más los pimientos, rabanitos, zapallitos del tronco y una extensa variedad de verduras que ella era incapaz de reconocer.

Renzo caminaba por los senderos del huerto mientras hablaba por móvil con uno de sus empleados para que mandaran una camioneta a recoger las verduras. Sabía que en su mayoría serían desperdicios, pero en ningún momento le dejó percibir a la empresaria su preocupación mientras trabajaban. Después tendría que tener una conversación en privado con Ernestina para que aleccionara a su inexperta sobrina.

A pesar de ser consciente de las pérdidas de Ernestina, no estaba enojado con Isabela. Ella pese a su resistencia a ensuciarse, había terminado trabajando codo a codo con él. Eso le agrado. Sus aires de ciudadana desaparecieron con las primeras manchas de tierras sobre la poca piel expuesta y sus impecables prendas. Si pusiera un espejo frente a ella quedaría horrorizada por su

aspecto, aunque para él estaba adorable, pensó Renzo, y no pudo evitar sonreír a pesar del problema que tenía por delante.

A lo lejos, divisó a Isabela tendida sobre una pradera verde que se mantenía rala gracias a los animales que pastaban durante el día. Debía estar agotada, pero ni una vez se había quejado mientras cortaba verduras sin método y sin saber la tarea coordinada que hacían los campesinos. Ellos trabajaban con un cronograma sincronizado de cortes que los vecinos respetaban como el alba que anunciaba el inicio de una nueva jornada. Pero Isabela, sin saberlo, había mandado al diablo el cronograma con las órdenes descabelladas que le había dado. Tendría que reprogramar todo para poder cumplir con los encargos, pensó Renzo, y ni ese desbarajuste logró alterarle el día entretenido que había pasado junto a ella.

Sabía que ciertas verduras se podrían recuperar, pero ninguna alcanzaba para completar un cajón porque Isabela había picoteado acá y allá sin tener en cuenta las cantidades, tamaños y necesidades. Al cabo de un rato de trabajar se había olvidado de su papel de patrona y había cortado indiscriminadamente las verduras más llamativas. Renzo, viendo el desparramo de verduras decidió llamar a la empresa para que trajeran, no solo la camioneta, sino un par de peones para recoger.

Al pensar en la camioneta y en los peones, Renzo comprendió que había perdido la mañana entretenido con Isabela, porque lo que habían hecho no podía llamarse trabajo. Y mientras aparentaba trabajar, sus verdaderas responsabilidades habían quedado por horas en el reino del olvido. Ni una maldita vez había recordado las miles de tareas que hacía desde que se levantaba a las cinco de la mañana hasta que el sol se ocultaba. Solía llegar a la empresa antes que los empleados para repasar los pedidos de los restaurantes que esperaban puntuales las verduras en el ingreso de sus cocinas, y corroborar las entregas de cada vecino y la calidad de la mercadería antes de que partiera. Luego se ocupaba de los trámites bancarios y la papelería que parecía crecer frente a su escritorio, porque a medida que el tiempo discurría cada vez se acumulaba más trabajo administrativo. Su secretario, que era un chico bastante despierto para los números, a veces se sentía innecesario sentado en el escritorio de latón que había en el ingreso esperando que Renzo se dignara a delegar alguna tarea, y supuso que esa mañana el chico habría estado más que entretenido con su ausencia.

Recorriendo con sus pensamientos el día atípico que estaba teniendo, comprendió que Ernestina tenía razón, era un obsesivo del trabajo. Pero lo más valioso que descubrió era que prefería delegar las responsabilidades de la empresa en sus empleados para estar con Isabela Brandal arruinando el huerto de Ernestina. Gracias a ella y su incapacidad para manejar las tareas de campo se sentía ligero, como si un peso desagradable acabara de resbalar de sus hombros, porque ni una sola vez se detuvo a pensar si sus empleados estarían haciendo bien el trabajo. A Renzo siempre le había gustado el trabajo en el huerto, aunque en los últimos años estaba un poco hastiado de la rutina, pero nunca había pensado en dejar sus actividades porque esa empresa que había montado era la que mantenía al pueblo vivo y evitaba que muchos de los jóvenes emigraran a la ciudad en busca de mejores oportunidades laborales. Su extrema responsabilidad lo había llevado a trabajar sin descanso y sin delegar.

Nunca había tenido un motivo para delegar, pero ahora sí, el motivo estaba allí, recostada exhausta sobre la verde pradera que se unía al celeste cielo del mediodía.

CAPÍTULO 11

Hacia apenas dos semanas que Isabela había llegado a Paraíso y el caos se respiraba en el aire del tranquilo pueblo.

El huerto de Ernestina se había convertido en un campo de batalla, con verduras arrancadas sin arte ni concierto. Renzo seguía al mando de la ejecutiva, que daba órdenes disparatadas durante toda la mañana, y él, que estaba decidido a demostrarle su nobleza, cumplía sin quejarse. Dejó pasar una semana y trató de hacer entrar en razón a Ernestina diciéndole: “Te has vuelto loca Ernestina, o acaso estás buscando que tu sobrina haga desaparecer tu emprendimiento en apenas quince días”. Ella, desoyendo sus consejos le había respondido: “Qué exagerado, eso sería imposible”. Ante su tozudez y falta de criterio, Renzo le había extendido el cheque semanal como si hubiera cumplido con las entregas, y Ernestina, por primera vez, lo había aceptado. Eso lo sorprendió ya que Ernestina era orgullosa y nunca aceptaba dinero que no le correspondía. Pero lo que lo descolocó fue que ella le hubiera solicitado un anticipo por “el producido” de la semana entrante. ¿Qué producido?, se preguntó, pero no pudo negarle el dinero.

Ni bien recibió el cheque Ernestina desapareció del pueblo sin preocuparse de que su sobrina quedara al mando del huerto y, por lógica, siguiera impartiendo órdenes descabelladas. A Renzo no le cabía duda de que Ernestina se estaba burlando de los dos sin siquiera esbozar una mueca irónica.

Cuando Renzo le contó a su padre la reacción de Ernestina, Aldo no emitió palabra, pero frunció el entrecejo y en sus labios se formó una fina línea apretada, típica señal de enojo. En cualquier momento el puño que tenía apretado al costado del cuerpo lo descargaría sobre el mueble bar que estaba frente a él, supuso Renzo que lo miraba desconcertado por esa indignación silenciosa que Aldo se esforzaba por disimular.

La bendita paciencia de Aldo se había esfumado con las palabras de Renzo, pero se mantuvo imperturbable mientras su hijo permaneció en la casa. Cuando se marchó, descargó su furia sobre los portarretratos que llevaban dos semanas con las mismas fotos de su fallecida esposa y él parados bajo el árbol de naranjas del jardín. Tan distantes y serios, que Aldo no entendía como Ernestina nunca se había percatado del poco afecto que se profesaban. La ausencia de Ernestina convirtió la vida de Aldo en un torbellino de problemas y preocupaciones.

Renzo no la estaba pasando mejor que su padre. Por la mañana se ocupaba de destrozarse el huerto de Ernestina bajo las órdenes de Isabela, y pasado el mediodía se encerraba en la fábrica intentando recuperar el tiempo perdido. Los empleados hacían lo que podían, que no era mucho porque él nunca había delegado responsabilidades. Por eso estaba en la tarea de aleccionarlos para que la empresa no decayera mientras él estuviera ausente. La gente ponía voluntad, pero le faltaba práctica en el tema. Ya habían recibido algunas quejas de los restaurantes a los que distribuían las verduras, por lo que tuvo que tomar cartas en el asunto.

Renzo dedicaba las tardes a instruir a su gente sobre, el estricto control de calidad de las hortalizas, la llegada de las verduras a la fábrica a tiempo para el despacho, y el cumplimiento del horario de salida de las camionetas. Lo único que marchaba de maravillas era la papelería que manejaba su joven asistente con exagerada eficiencia. No había un papel fuera de lugar, ni un trámite atrasado. Ese chico era una bendición y se merecía el cargo de encargado que le había asignado para que supervisara todas las actividades de la mañana. Por lógica, había tenido que aumentarle el salario.

Convertir a un secretario en el responsable del funcionamiento de la empresa al muchacho le había agrandado el ego y enseguida había tomado vuelo propio para llevar la empresa con la misma eficiencia y responsabilidad que había empleado Renzo. El problema era que el chico no era tan cordial con la gente ni tan comprensivo con los errores, y eso estaba generando algunos inconvenientes internos. “Quién se cree este muchachito recién salido del cascaron para darme órdenes a mí”, había comentado el empleado que estaba a cargo de controlar la calidad de la mercadería. “¡Cinco años, cinco años en la empresa y un novato que solo lleva seis meses me quiere decir la forma de cargar un cajón”. Y ante ese reclamo, Renzo no tuvo dudas de que el hombre había lanzando los cajones a la camioneta como si fueran pelotas de baloncesto, pero como tenía que atemperar los ánimos le había respondido: “Tú nunca dejes de pensar que estás cargando una delicada mujer, así puedes mermar esa fuerza increíble con la que has nacido”.

El los adulaba para conseguir cambios positivos en la gente, en cambio, al muchachito recién salido del cascaron le sobraba ímpetu y le faltaba tacto. Pero bueno, era lo que había mientras estuviera ausente.

El caos no solo se vislumbraba en el huerto de Ernestina, en la casa de Aldo y en la empresa de Renzo, sino que se había extendido al tranquilo pueblo.

Sus calles adormiladas habían resucitado a la vida, si es que al alboroto que se armaba a diario se le podía llamar “resucitar a la vida”.

Felipe y Hermes estaban desbordados de trabajo debido a las disputas callejeras que se desataban cada tarde, sobre todo con las mujeres, que habían llegado hasta el extremo de revolcarse en la vereda de la tienda de Lidia disputándose un pantalón con mariposas pintadas en el muslo, solo porque Isabela había comentado que le había gustado la prenda. Las pocas palabras de halago de Isabela al buen gusto de Lidia para comprar prendas ocasionaron una disparada en las ventas en la tienda, hasta tal extremo que Lidia estaba vendiendo las prendas archivadas y pasadas de moda de los años anteriores porque había agotado la existencia de la temporada.

Los hombres no habían llegado a tanto descontrol, pero estaban demasiado exaltados desde la llegada de Isabela, que caminaba con su elegancia a cuesta sin percatarse de las miradas lujuriosas que provocaba. Ella era simple en su forma de ser, conversaba con cualquiera y reía con espontaneidad, sin darse cuenta el efecto que causaba en el sexo masculino. Las disputas de los hombres se desataban por las noches en el bar, cuando el calor incitaba a beber una o dos cervezas de más. ¡Qué podía decir Felipe!, si hasta él, que no tenía interés en ella se quedaba admirando su andar.

Pero lo más grave era la envidia que había generado en las admiradoras de Renzo. Las chicas estaban tan carcomidas por los celos que Felipe y Renzo miraban con desconfianza las reuniones que compartían en los bancos de la plaza. Los dos estaban convencidos de que estaban maquinando algo, ya que Gina iba a la cabeza del grupo, como líder, porque era la que hablaba y gesticulaba con las manos, el resto solo escuchaba con concentración sus largos discursos.

Felipe y Renzo suponían que Isabela no era tonta, ya que solo aparecía por el pueblo a primera hora de la tarde para aprovisionarse. Quizá, era consciente de que tenía a medio pueblo a sus pies y al resto esperando arrancarle la cabeza, nadie lo sabía. De lo único que todos estaban enterados era que la paz del Paraíso se había acabado con su llegada, como había vaticinado Felipe.

Renzo, durante las mañanas de trabajo, mantenía con Isabela una distancia razonable. Medio metro era el límite que se había impuesto para evitar abalanzársele encima. Sabía que ella esperaba eso de él, y para darle la contra se contenía. Su nobleza estaba superando el límite de lo razonable y deseable, porque si se dejaba llevar por el deseo ella ya habría sido suya entre medio de las lechugas y los tomates. Poco la veía durante las tardes porque estaba ocupado aleccionando

a los empleados para que lo reemplazaran, aunque justo a la hora que ella llegaba al pueblo él solía hacerse una pasadita por el bar. “Estás atento a sus horarios”, solía decirle Felipe, y Renzo negaba con la cabeza. Pero era cierto, y eso lo ponía de mal humor. ¿Para qué tenía que acercarse al pueblo cuando sabía que estaba ella si acababan de compartir la mañana destruyendo el huerto?, si bien la respuesta saltaba a la vista, él prefería negarla. Su obsesión era tal que por las noches se acercaba sigiloso a la casa de Ernestina para corroborar que estuviera bien en esas desolaciones, ya que su tía ni bien recibió el cheque abandonó a su pobre sobrina huérfana en ese páramo aislado.

Si bien Isabela era una mujer de mundo, como le había dicho ella una mañana, Renzo estaba suponiendo que su mundo se había limitado a estar tras un escritorio, lleno de largas reuniones con hombres de negocios y cálculos matemáticos. No podía ser de otra manera porque como empresaria de un huerto de tres hectáreas su capacidad se había hecho polvo de la misma forma que el huerto de Ernestina. Unos días más de sus disparatadas órdenes y el vergel se convertiría en el Sahara.

Durante las noches la casa de Ernestina estaba iluminada como si fuera una ciudad en medio de la nada. Las plantas brillaban bajo las luces de los focos; y la galería, que Ernestina solía tener con una lámpara mortecina en la puerta de ingreso, parecía Las Vegas. Adentro sonaba música, y Renzo estaba convencido que Isabela intentaba acallar los sonidos de la noche. Allí estaba él, cada noche desde que había desaparecido Ernestina, otra vez como si fuera un hábito, oculto tras un árbol del jardín protegiéndola de los fantasmas de su mente. Menos mal que ella ignoraba ese detalle.

Paraíso incitaba a la vida relajada a pesar de que su gente era emprendedora. Renzo había disfrutado de la calma del lugar, las noches tranquilas en el bar y las siestas adormiladas. Pero todo había cambiado con la llegada de Isabela, no solo porque había puesto del revés al pueblo entero, sino porque él no podía sacársela de la cabeza. Ella era su más ferviente pesadilla, el motivo de sus malas noches y la causante del abandono de sus responsabilidades; pero qué bien se sentía. Deseaba tenerla en sus brazos, degustarla como al vino bueno y marcar su cuerpo con caricias imborrables que le ocasionaran desvelos nocturnos, como le pasaba a él. Solo había un motivo que ensombrecía su bienestar: él la estaba engañando. Qué importaba que sus motivos hubieran sido tenerla a su lado para sacarle la idea de que él era un desfachatado, si cuando se enterara del engaño, toda la nobleza que le quería demostrar desaparecería como el polvo que se lleva el viento. Ella solo guardaría la imagen de la humillación de la que había sido víctima. Una ejecutiva burlada como una niña por él y todos los pueblerinos que apañaban su engaño.

Era noche de luna en cuarto creciente con algunas nubes oscureciendo los campos. Renzo estaba tras un árbol observando a Isabela. Desde el jardín podía verla bailando al compás de la música con ese pantaloncito corto que le había ocasionado tantos problemas. Sus esbeltas piernas bronceadas y esas nalgas expuestas incitaban a cualquier merodeador de campos a romper el vidrio de la ventana.

Chon, chon, cha, cha, cha, parecía marcar el compás de sus caderas.

Renzo sintió que el sudor le perlaba la frente y no fue ajeno al latido de su entrepierna.

“¿Dónde estaba la nobleza en los momentos que más la necesitaba? Quince días tirados a la basura”, se dijo mientras avanzaba como un desahuciado hacia el remedio que le salvaría la vida.

Chon, chon, cha, cha, cha. Otra vez el rítmico movimiento de las caderas mientras se bebía una cerveza que acababa de levantar de la mesa de la sala.

Renzo ya estaba en la galería con la boca abierta, porque ella llevaba la sudadera “con historia” pegada al cuerpo. Hilos de sudor bajaban por sus pechos sin sujetador. Al menos no

estaba desnuda, pensó mientras se quitaba las gotas de transpiración de la frente.

“Cordura, vuelve a mí”, se dijo en un susurro desesperado.

Pero ella era una provocadora nata, porque mientras él trataba de encontrar la nobleza perdida, ella elevaba las manos al techo para acompañar con palmas el ritmo de las caderas. Sus pechos ahora bailoteaban al compás de la música. Se movía con tanta sensualidad que parecía estar bailando una danza árabe.

Solo era *rock*, y del bueno, con *Bon Jovi* haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

“Monje. Debería ser un monje para alejarse sin tocarla”. Lamentablemente de monje no tenía ni los pensamientos, por eso se acercó a la puerta de ingreso y la abrió de una patada.

Isabela se giró ante el estruendo, con las manos en alto, los pechos en alto y las hermosas piernas bronceadas al descubierto. La música seguía sonando pero ella dejó de acompañar con sus rítmicos movimientos. El asombro se reflejó en sus bellos ojos abiertos, y la vergüenza en el rubor de sus mejillas. ¿Qué hacía el innombrable metido en la casa de Ernestina?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Isabela en un susurro.

—Vi luz y pasé a saludar —dijo Renzo que avanzaba con pasos medidos—. ¿Qué festejamos? —preguntó señalando el desorden. Había dos latas de cerveza sobre la alfombra y una sin acabar en la mesa. Se estaba emborrachando, pensó con cierta tristeza. Él no tenía necesidad de indagar sobre el asunto, lo sabía: La más alta ejecutiva de una empresa conocida no había podido manejar un simple huerto de verduras.

—Que yo recuerde, no te he invitado —dijo Isabela retrocediendo ante su avance.

—Pareces cansada —conjeturó Renzo. Ella dejó caer los hombros, pero disimuló su estado con esa mirada altiva de empresaria que se las sabe todas. Renzo sintió la necesidad de mecerla en sus brazos para sacarle a besos la apariencia de eficiencia que intentaba mantener y, porque no, las preocupaciones que la acosaban.

—Tonterías. Si estuviera cansada estaría durmiendo.

—A veces el sueño nos esquiva —dijo Renzo, y ella lo miró. Sus ojos, cual cristales lustrados querían confirmar sus conclusiones, pero la mujer eficiente que habitaba dentro de ella, sonrió y negó con la cabeza.

—Pareces conocer mucho del tema —dijo Isabela, su voz era acusadora—. Con todas esas admiradoras que tienes acechándote me imagino que tus noches deben ser moviditas. ¿Son muchas, no? ¿Una por cada día de la semana?

—No es para tanto. Deben ser cuatro o cinco a lo sumo —su voz era firme, pero para nada engreída, y una mueca burlona desmentía su enojo—. Ya estoy acostumbrado, aunque desde que has llegado estoy sufriendo sus acosos. Parece que están decididas a casarme —esto lo dijo con cierto tono de desprecio, no hacia ella, sino hacia la situación que se había desbandado con su llegada.

Isabela sabía que era el motivo del problema, aunque no entendía el porqué. Nadie se lo había explicado y ella, últimamente, iba poco al pueblo para evitar enfrentarse con ese contratiempo que en algún momento estallaría.

Su verdadero problema no eran las admiradoras de Renzo, aunque se había enterado por Lidia que se reunían por las tardes en la plaza. Según le había dicho estaban maquinando algo, por eso se mantenía alejada del pueblo. Solo iba temprano para aprovisionarse, y el resto del tiempo se ponía a sacar cálculos matemáticos y un sin número de alternativas para tratar de encontrar una solución al desastre que había hecho en el huerto de Ernestina.

Ella, una gerente general que se había ganado a pulso el cargo, en quince días había fundido el pequeño emprendimiento de Ernestina. Y ese hombre, que caminaba con pasos lentos hacia ella,

había colaborado bastante en el asunto. Era tan incapaz como ella, o quizá más porque en lugar de preocuparse por la endeble situación económica de su tía estaba concentrado en un insignificante acoso.

—Lo tuyo es fácil de solucionar. Con elegir una, le quitarías la ilusión al resto —dijo Isabela.

Renzo arqueó las cejas, sonrió y se acercó hasta pararse frente a ella. No llevaba maquillaje y estaba más linda que nunca. El cabello con suaves ondas caía sobre la sudadera que les había provocado tantos problemas; los ojos exóticos en ese momento parecían brillar como el caramelo líquido, aunque destellos de gris enfriaban su mirada. Los labios no eran fríos, sino sensuales y provocadores como una cereza madura, blanda, suave y demasiado roja. No tenía labial, no le hacía falta, porque el color de la tentación había nacido con ella. Tampoco tenía sostén y las aureolas rosas se veían bajo el algodón traslucido. Quién podía aguantar semejante tortura, se dijo Renzo y apretó los puños al costado del cuerpo para tratar de contenerse.

—Te elijo a ti —dijo Renzo, y observó como esa boca sensual se abría asombrada por las palabras que acababa de pronunciar—. Tú has provocado esto y puedes ayudarme a solucionarlo.

—¡Eso es ridículo! —exageró y elevó los brazos al techo para confirmar sus palabras. Luego ella lo miró con furia—. Yo no he provocado nada. Eres tú quien con esa nobleza que todos dicen que tienes no las pones en su lugar.

—No me gusta herir sus sentimientos —respondió Renzo.

—¡Ah, claro! Y no encontraste mejor idea que ponerme a mí en el medio —estaba indignada porque por no herir los sentimientos de las florecillas pueblerinas la usaba a ella de escudo para que le lanzaran las flechas envenenadas—. ¿Dónde está tu nobleza conmigo?

Eso mismo se preguntaba él. Verla serpenteando al ritmo de *Bon Jovi* le había provocado una cantidad de imágenes indecentes, y ya no tenía dudas de que la nobleza había quedado en la galería de la casa de Ernestina. Y se lo dijo.

—La dejé afuera —los ojos de Renzo dejaban ver el deseo.

Isabela retrocedió un paso y él avanzó uno. Dos, tres, y él la siguió. Cuatro, y Renzo la acompañó. La mesa de la sala le cortó la retirada y se vio acorralada por ese hombre que durante quince días se había mantenido distanciado de ella, esquivando el contacto para no sacar a relucir su parte salvaje.

Isabela misma tenía su parte salvaje, no lo podía negar, ya que se había sorprendido al estar observándolo con algo parecido al deseo cuando, a media mañana, él se sacaba la camisa de mal gusto y ella dejaba de lado su frustración por los destrozos que estaba haciendo en el huerto para tratar de recordar cuáles eran los interminables defectos del innombrable, porque ese cuerpo sudado la llenaba de insanos pensamientos.

Ahora estaba allí, acorralada entre la mesa y él, escuchando como le contaba que la nobleza se la había olvidado afuera. ¡Por Dios!, cómo resistirse a la tentación cuando dos cervezas ya le habían quitado la cordura.

—Pues ve a buscarla —dijo Isabela, su tono de voz demostraba algo parecido a la súplica.

—No quiero —dijo Renzo con sinceridad. Se inclinó sobre ella hasta tumbarla sobre la mesa de la sala de Ernestina, y sin apuro se acercó a sus labios—. Te deseo, más de lo que quisiera —sus palabras sonaban a reproche, pero el beso que le robó, no.

Ese beso traía implícita la paciencia que pensaba usar para conquistarla. Solo fue un leve roce y un delicado mordisco en el labio inferior que la incitó a abrir la boca. La lengua entró tanteando los recovecos y los labios la seguían acariciando.

Ese hombre era un experto en seducir, doblegar y aniquilar las barreras de mujeres de mundo como ella. ¿Cuál era el mundo que conocía, si de esto no sabía nada?, se preguntó Isabela

mientras sus manos por voluntad propia se apoyaron en el pecho de Renzo y ascendieron con suaves caricias hasta rodearle el cuello para tenerlo más cerca. Nunca había aceptado las insinuaciones de los hombres, pero él no pedía permiso, él se creía con derecho a tomarla.

Eso fue una aceptación, se dijo Renzo, y con una mano rodeó su cintura para elevarla de la mesa. Ella se arqueó y se encontró pegada a él sintiendo la dureza de su miembro.

Renzo estaba entre sus piernas, y si hubieran estado desnudos la podría haber penetrado en ese mismo momento, pero como estaban con las ropas puestas solo rozaba con su miembro la sensible carne de su entrepierna.

Renzo la sintió jadear y se animó a más. Solo tenía una mano libre, y con ella elevó la sudadera hasta sacarla de su cuerpo. Apenas si interrumpió el contacto de sus labios, como un *impasse* para tomar aliento y seguir arremetiendo con besos cada vez más intensos. Isabela se mostraba descarada como si fuera una experta, aunque él no creía que lo fuera tanto, ya que no participaba demasiado, pero aceptaba todas sus arremetidas acoplándose a sus exigencias.

Renzo dejó de torturar su dulce boca y descendió por su cuello hasta que sus labios reverenciaron sus pechos. Ella, entregada a su apetito, se dejó caer en la mesa, y él atacó sus pechos para mamar hambriento. Estaba más sensual que nunca en esa posición de entrega, con el cuerpo apenas arqueado, los pechos expuestos, la cabeza inclinada y rendida a sus deseos. Desprendió el pantaloncito y ella elevó las caderas invitándolo a desnudarla. Renzo, por supuesto, aceptó la invitación. La tenía desnuda, como siempre había querido y se sintió nervioso por estar concretando su más ferviente deseo. Ella era hermosa, toda crema y suavidad. Su mano fue descendiendo hasta encontrar su lugar vulnerable. Estaba abierta, húmeda y lista para recibirlo si él lo quería. Pero Renzo había esperado muchos días para ese momento y no tenía apuro. Él quería darle placer, verla llegar al límite y escuchar el grito que desencadenaría la pasión. Masajeó haciendo círculos, torturándola con sus hábiles movimientos, y supo que la estaba llevando al abismo cuando ella elevó las caderas y su respiración se tornó agitada.

Isabela se tensó, gritó y Renzo se inclinó para absorber con un beso su llegada a la cima. Se sintió poderoso al tenerla por fin como siempre se la imaginaba, desnuda y entregada a él, solo a él. Sin ropas combinadas, ni adornos que ensombrecieran su belleza natural. Sin esa máscara de empresaria eficiente que camuflaba a la mujer ardiente que habitaba en ella. Siguió recorriendo su cuerpo con las manos, conociendo los detalles imaginados, disfrutando de sus movimientos y el estremecimiento que le provocaban sus caricias.

En los momentos de pasión Isabela dejaba ver la cara oculta de su personalidad. No lo había rechazado, no se había resistido y se dejaba llevar por el placer sin ocultar su excitación. Se lo mostraba todo, como si llevaran años compartiendo la intimidad.

Nunca se había puesto a pensar cómo sería pasar el resto de su vida con ella, tomarla por las noches y despertar abrazado a ella en las mañanas. Robarle besos mientras desayunaban un café con sus galletas caseras deformadas, y hacerle el amor en la mesada mientras preparaban la cena. Esos pensamientos lo dejaron en estado de *shock*. Sintió temor, él no era un hombre de programar el futuro. La vida era un juego por la que apostaba a diario y la soledad le sentaba bien, se dijo no muy convencido porque desde que la conoció, ella se había adueñado de su vida.

Solo era lujuria, se dijo para convencerse. Una vez que la poseyera, Isabela sería una más en su colección. Y con esa conclusión, dejó de acariciarla para deshacerse de los pantalones. Necesitaba estar dentro de ella para calmar esas ansias de poseerla que lo invadía durante las noches. Corroborar, una vez alcanzado el orgasmo, que el juego de seducción se había acabado, que ya podía desprenderse de esos pensamientos enfermizos que lo llevaban a imaginar un futuro que nada tenía que ver con su presente. Él era un hombre libre que se movía según sus

necesidades, y no deseaba tener una mujer que le controlara los horarios de regreso a casa, o le prohibiera sus salidas a pescar y sus incursiones en pueblos alejados para divertirse con mujeres de una noche.

Isabela, en cambio, estaba descubriendo una faceta desconocida. Ella, la empresaria de mundo que había rechazado a todos los hombres que habían intentado llevársela a la cama, devuelto los obsequios caros y renegado de la vida de lujo que le ofrecían a cambio de una relación; acababa de sucumbir al encanto de ese pueblerino mal vestido y lleno de defectos.

Aún trataba de encontrar la cordura perdida, pero las manos de Renzo se habían apoderado de sus partes más sensibles y no podía ni quería razonar, solo sentir ese contacto que la hacía ver estrellas y volar como si tuviera alas. Era un experto, y ahora comprendía la disputa de tantas mujeres por ese hombre. Él la volvía loca, y supo que no podría vivir sin esa droga que le estaba inyectando con cada caricia.

Cuánto se había perdido de la vida, maldición, por tratar de ser la mujer decente que había querido tener su padre de hija. Y ahora como si fuera una experta, se había tumbado en la mesa de la sala de Ernestina y le había permitido hacerle de todo, porque él no solo se había apropiado de su cuerpo, sino de su voluntad y de las emociones que tanto intentaba mantener guardadas.

Sus ojos se abrieron al verlo sin los vaqueros caídos en las caderas, que estaban en el piso de la sala al igual que el bóxer que se había sacado. Solo tenía una chomba que le cubría los músculos y el vello del pecho. Le hubiera gustado verlo expuesto, desnudo como estaba ella, pero él no se quitó la chomba y ella tampoco se lo pidió. No podía hablar, solo mirar. Su miembro era grande, muy grande y estaba erguido, excitado por ella. Se sentía ansiosa, necesitada de verlo entrar en ella poco a poco hasta amoldarse a su tamaño, gozar de sus movimientos y los gestos de su rostro mientras alcanzaba la satisfacción.

Renzo le levantó las piernas, las enroscó en sus caderas y la penetró. El dolor de la inocencia la atravesó como una daga y el grito silenció por un segundo la voz de *Bon Jovi*.

—¡Oh, no! Qué he hecho —el rostro contraído de furia por comportarse como un animal. El deseo lo había traicionado y había arremetido como si fuera una experta. Pero ella era virgen, él era el primero. La plenitud de saberse el único quedó velada por la preocupación. No sabía cómo disculparse, cómo quitar la triste experiencia que le acababa de dar. Se inclinó y sobre sus labios le dijo —Lo siento, lo siento tanto. No sabía que...

—No lo soy —mintió Isabela. No pensaba permitir que lo mejor que le había pasado en la vida arruinara el momento por un pequeño dolor que ya estaba desapareciendo, y siguió con la mentira —. Hace mucho que no estoy con un hombre, eso es todo.

Renzo arqueó las cejas. La mujer de mundo no quería dejar al descubierto su inocencia en el tema, y él no pensaba ponerse a discutir el asunto en ese momento. Le sonrió, y acto seguido se dedicó a enmendar el error. ¡Y qué bien lo hizo! Las suaves caricias, los besos de seda y los pausados movimientos los llevaron por senderos ocultos que revelaban secretos guardados. No era solo sexo, era un acto de amor, de entrega sin condiciones, de generosidad, de dar todo y esperar todo del otro. Se sentía en cada roce, en cada contacto que se prodigaban y en esa mirada que dejaba al descubierto palabras guardadas en las profundidades de la mente. Ella lo miraba con devoción, como si él fuera especial, el único que le haría todas esas cosas que no le había permitido hacer a otro. Renzo la miraba con la seguridad de que sería el único que la tendría así, desnuda y entregada. La reclamaba como propia y ella aceptaba el reclamo. Llegaron juntos a concretar la unión de sus cuerpos, él la besó y ella le rodeó el cuello con los brazos para sellar el pacto silencioso que los unía.

No se apartó de ella en toda la noche, no dejó de besarla, de acariciarla y excitarla. Ella le

devolvía sus atenciones con extrema ternura; lo mimaba, lo adoraba, lo enloquecía con cada suave roce de sus manos sobre el cuerpo. Hicieron el amor, se acariciaron, se adoraron, se rindieron con una entrega que a Renzo le dio temor, porque estaba recorriendo caminos desconocidos.

Por la mañana, cuando Isabela despertó se sintió verdaderamente feliz. Nunca, nadie la había adorado de esa forma. Él era lo mejor que le había pasado en la vida y sentía la necesidad de gritar sus sentimientos, dejarlos ver frente al mundo para que todos supieran que ese hombre había logrado cambiarla.

Se giró para abrazarlo y descubrió que estaba sola. Después de la noche gloriosa que habían compartido, Renzo se había ido sin despedirse, aunque se había tomado el trabajo de dejar sobre la almohada dos flores silvestres rojas y un papel doblado en dos. Isabela lo desdobló pensando en las palabras de amor que le dedicaría, pero cuando leyó la nota las ilusiones desaparecieron de su rostro y sintió como si le estuviera lanzando baldazos de agua fría para volver a congelar sus sentimientos. “Debes estar cansada. Quédate en la cama que ya recolecté las pocas verduras que quedaban en las tierras de tu tía. No me lo has dicho pero sé que la destrucción que has hecho en el huerto es el problema que te llevó a tomarte unas cervezas de más. Nos vemos el sábado por la noche en Lo de Carlo para hablar de la situación de Ernestina”.

Isabela frunció el ceño. “Ya recolecté las pocas verduras que quedaban en las tierras de tu tía”. ¡No lo podía creer! Y encima la culpaba del destrozo que había hecho en el huerto, y tenía el descaro de citarla para dentro de tres días, es decir, que no se verían hasta que él lo decidiera.

Maldito caradura, arrogante, dijo mientras hacía una pelota con la nota y la arrojaba contra la ventana. Él no se hacía cargo de su inmensa colaboración para destruir el huerto. Si no hubiera sido un trabajador tan eficiente, si hubiera cortado con más lentitud, todavía tendría algo del huerto para intentar enmendar el error. Pero no había quedado nada, y ese hombre la culpaba solo a ella. Era un despreciable incapaz que ni siquiera asumía que él también había participado en los destrozos. Acaso no le había puesto el innombrable porque cada vez que decía su nombre sentía que la cólera la invadía. Pero con solo una maldita noche en sus brazos ella había creído que podían tener algo duradero. Se le llenaron los ojos de lágrimas, no solo por la tristeza, sino por la indignación al sentirse una ingenua.

Por fin entendía porque las admiradoras se lo disputaban. Ellas habían gozado del mismo placer y no querían perderlo. Aunque las admiradoras corrían con ventaja porque él las trataba dentro y fuera de la cama con la misma galantería. “No quiero herir sus sentimientos”, le había dicho. ¿Y los sentimientos de ella, acaso no contaban?, se preguntó. Al parecer, a ese hombre no le importaban los sentimientos, sino aparentar que los tenía. Era un egoísta acostumbrado a tener a su disposición a todas las mujeres. Inclusive había logrado hechizarla a ella. Lo que Renzo Valentín necesitaba era beber un poco de su propio veneno. Ella no sería una más de sus tantas conquistas sino al revés, y se lo haría saber en Lo de Carlo.

—La guerra ha empezado, Renzo Valentín —dijo Isabela, apartó a un lado las lágrimas y saltó de la cama. El sábado, si se le antojaba, aparecería con toda la artillería de la que disponía: su presencia y sus exquisitas prendas, que últimamente se estaban apolillando en el placar porque se vestía con las prendas de Lidia para estar más a tono con la gente del pueblo.

CAPÍTULO 12

Era una mañana radiante con el sol resquebrajando la tierra y los pajonales a punto de arder por el calor agobiante del verano. El peor que habían tenido en años. Aldo caminaba como un condenado por los campos, los hombros caídos y la cabeza inclinada al piso. Se sentía exhausto y eso que apenas si cumplía con algunos de sus trabajos diarios. Por suerte contaba con un grupo de hombres que sabían desenvolverse solos.

Aldo no era como su hijo Renzo, que tenía la manía de controlarlo todo. No, él era de enseñar y colaborar porque necesitaba disponer de tiempo libre para disfrutar de los placeres de la vida, que no eran grandes, pero eran suyos. Le gustaba pescar, escalar montañas y por qué no, disfrutar de unas horas con sus escasas amigas íntimas, que estaban muy escondidas y alejadas del pueblo. Eran mujeres como él, viudas o divorciadas que no querían ataduras, pero tenían sus mismas necesidades. Solo era sexo, placer, gozo, porque nunca hablaba con sus amantes de su vida privada.

Pero todo eso había sucedido quince días atrás, porque en ese momento la vida de Aldo se había convertido en una incertidumbre. Él, un hombre metódico y responsable, andaba vagando por los campos sin cumplir sus tareas, y encima había perdido el deseo de disfrutar de los placeres de la vida. No tenía ganas de ir a pescar, escalar y mucho menos compartir unas horas de intimidad con sus amantes. Todo por culpa de Ernestina. ¿Dónde se habría metido esa mujer? ¿En qué lío andaría para actuar de esa forma inesperada? Lamentablemente, no tenía respuesta porque ella se había estado moviendo entre las sombras, como si no quisiera que se enteraran de sus asuntos, o mejor dicho que él se enterara, porque antes de desaparecer se había reunido con sus hijas y con Lidia.

Desde la llegada de Isabela, Ernestina estaba irreconocible, no solo por sus reacciones. Aldo se había percatado de que su aspecto exterior había sufrido un cambio agradable. Nada exagerado, por cierto, pero sus prendas eran más delicadas y su cabello se veía más prolijo. Tampoco había mirado tanto, solo de lejos una de las pocas veces que se la cruzó en el centro mientras ella entraba a la tienda de Lidia. La había esperado en la plaza para conversar un rato, pero Ernestina no salió más, como si entre las dos estuvieran maquinando algo. Su poca paciencia lo llevó a marcharse a zancadas. ¡Qué tenía él que esperar sus migajas! Ella a su casa no había vuelto más y, por lógica, él tampoco había recorrido el camino por las noches para compartir la clásica cerveza y dos o tres palabras sobre sus hijos, como hacían siempre. Si ella los había desplazado por su sobrina, él no pensaba suplicarle su amistad.

Sabía que antes de desaparecer se había encontrado a diario con sus hijas para aleccionarlas sobre temas domésticos, ellas se lo habían comentado. Pero las chicas eran tan inútiles que se pasaban el día haciendo barbaridades. Rosalía ya había quemado cada uno de los almuerzos y cada cena que prepara con esmero, como decía ella, “al menos me esmero, papá” Qué le podía decir, si la muchacha ponía entusiasmo. Gina había decidido ocuparse del orden de la casa, justo ella que era la más desordenada. En su intento por acomodar había armado un revuelo tan grande que Aldo por las noches ni siquiera sabía cuál era su dormitorio, porque había intercambiado los muebles de todas las habitaciones, con ropa incluida, solo porque a ella siempre le había gustado el suyo que daba al parque de atrás de la casa y tenía baño en suite. Mejor ni recordar a la empleada de la limpieza, que recibía órdenes contradictorias de las chicas y había decidido no hacer nada hasta que se pusieran de acuerdo, y se echaba en el sillón de la sala a leer la

Cosmopolitan.

La casa se había convertido en un campo de batalla. Había ropas y zapatos desparramados por todos los lugares de paso, pilas de revistas y periódicos en la sala, y el teléfono brillaba por su ausencia y solo lo encontraban cuando sonaba. Al menos tenía el enorme placer de entrar a la sala y no ver los famosos portarretratos de él y su esposa Laura en la chimenea, porque los había barrido el día que Renzo le contó de la desaparición de Ernestina.

Laura había sido una mujer inconformista, siempre había querido lo que no tenía, y ni un solo día de los que habían compartido había dejado de maldecir la vida de campesina que tendría que vivir a su lado, como si ella hubiera nacido en cuna de oro en vez de en una humilde casita en los suburbios del pueblo. A pesar de ello no soportaba que los niños estuvieran sucios, en realidad, no soportaba la espontaneidad de los niños, y se indignaba con él cuando volvía con la ropa llena de tierra después de las actividades en el campo. No habían sido felices, solo se habían acostumbrado a la tumultuosa convivencia.

Acaso Ernestina no había visto la inseguridad de sus hijos apenas falleció Laura, a Renzo sentado en un rincón hojeando un libro de caballos porque no se atrevía a ir al establo por miedo a ensuciar sus pantaloncitos. Claro que lo había visto, pero en lugar de criticar se había sentado con Renzo a mirar el libro y de a poco lo había llevado al establo, hasta que su hijo dejó de temer que lo retaran por una mancha de tierra en los pantalones. Inclusive Rosalía que apenas tenía un año había experimentado cambios en sus actitudes, con Ernestina dejó de llorar y en su carita regordeta siempre había una sonrisa.

La muerte de Laura había llevado a Aldo a un poso depresivo porque se había sentido culpable al no haber logrado hacerla feliz. Pero Ernestina sin decir una palabra le fue demostrando, con acciones, con gestos amables y sonrisas comprensivas lo equivocado que estaba. No pasaba un día sin que entrara a la biblioteca para traerle los niños. Aldo no quería ver a sus hijos, prefería embotar su cabeza con *whisky* para borrar sus culpas, pero Ernestina insistía. Tampoco la quería escuchar, pero ella le contaba con lujo de detalles las travesuras y los logros de los niños, inclusive los traía sucios, para que se fuera adaptando al nuevo ritmo de vida. Qué inteligente había sido, que con mínimos detalles le fue sacando las culpas y lo devolvió a la vida.

Nunca le preguntó a Ernestina por qué les había dado su vida a ellos. Él siempre había conjeturado que la vida los había puesto a prueba a los dos en el mismo momento, ya que ella había sido abandonada en el altar y dos semanas después él había perdido a su mujer, circunstancia que los unió en una familia que no lo era, porque por las noches ella regresaba a su casa.

Ahora ella se había ido de su vida, y él se sentía partido en dos.

Aldo regresó a la finca sin hacer ninguna actividad en los campos. Necesitaba estar solo y para su alivio en la casa no había nadie. Gina estaba recorriendo pueblos de artesanos porque quería comprar artículos de decoración para reemplazar los obsoletos adornos de la sala y de paso comprar algo, que ni siquiera sabía que sería, para poner un negocio en el centro, como le había dicho para que no se impresionara con el monto de la tarjeta de crédito. Y Rosalía se había ido de vacaciones a las playas caribeñas con un grupo de escaladores que apenas conocía. Es decir, que tenía la casa para él solo, sin comidas quemadas y muebles cambiados de lugar.

Había aprovechado la ausencia de las chicas para darle a Clara una semana de vacaciones, por eso estaba seguro de que el sillón de la sala estaría disponible, solo para él, por unos cuantos días. Podría mirar los partidos de fútbol, de tenis, los programas de pesca y los documentales de escaladores; o lo que se le antojara, sin ruidos ni interrupciones, sin olor a comida quemada y sin que le cambiaran el sillón de lugar, con él arriba, como solía hacer Gina cuando se le daba por

renovar.

Aún no había abierto la puerta de ingreso cuando el aroma a comida casera le impregnó las fosas nasales. Aldo esbozó una sonrisa. Ella había vuelto de forma silenciosa y estaba ocupada en los asuntos domésticos.

Subió a zancadas los escalones de la galería, abrió la puerta y se fascinó al ver la sala ordenada. Todo estaba en su justo lugar, los muebles resplandecían por el brillo de la cera y no había prendas ni zapatos desparramados por doquier. Lo único que llamó su atención fue que no había repuesto los portarretratos de la chimenea. Tal vez había descubierto su indiferencia cada vez que se quedaba mirando el pasado reflejado en las fotos.

Estaba tan feliz que decidió hablarle desde la sala, porque si se acercaba a la cocina no podría resistir la tentación de recibirla con un abrazo.

—Parece que has decidido regresar a casa —dijo Aldo de espaldas a la puerta de la cocina, porque no quería girarse a mirarla hasta no terminar de hablar—. No te imaginas lo que te he extrañado. Han sido los peores días de mi vida. He sentido una soledad desgarradora. Es como si al no estar tú, yo estuviera incompleto —dijo Aldo, y se giró para mirarla porque estaba seguro de que Ernestina estaría parada en la puerta de la cocina con la boca abierta.

Pero no fue a Ernestina a la que vio en la puerta de la cocina con la boca abierta, sino a su sobrina Isabela que lo miraba con una cara de listilla que lo hizo enrojecer. Mocosca descarada, pensó. Tenía ganas de acercarse y borrarle de una cachetada la picardía del rostro, pero ella le interrumpió sus pensamientos cuando habló.

—Ya me parecía a mí que entre ustedes había algo, aunque mi tía se niega a reconocerlo —dijo Isabela, y Aldo se quedó sorprendido.

—No hay nada —dijo Aldo con convicción—. Pero son muchos años compartidos y se siente su ausencia.

—Claro, lo entiendo. Cuando yo tenía trece años mi madre me tiró un sillón que tenía en mi habitación, y no te imaginas lo que sentí su ausencia. Entraba, miraba el lugar vacío y se me formaba un nudo en la garganta.

Aldo arqueó las cejas ante la comparación.

—No creo que la comparación sea válida. Ernestina es una persona y el sillón solo un mueble.

—Amaba ese sillón con toda mi alma, Aldo. Fue una enorme pérdida para mí —dijo Isabela, y Aldo se sorprendió.

—No estarás pensando que yo amo a Ernestina como tú amabas el sillón —dijo Aldo, su voz era irónica, y su sonrisa ladeada una burla.

—Eso solo lo sabes tú —dijo Isabela sin ofenderse por su tono de voz.

—Tonterías, solo somos amigos... por eso la extraño —dijo Aldo convencido. Aunque esa muchacha perspicaz lo estaba haciendo dudar.

—Claro, te entiendo. Aunque debes tener otros amigos a quien recurrir —dijo Isabela que seguía intentando hacerle repetir las palabras llenas de sentimientos que había dicho cuando ella estaba en la cocina.

—Por supuesto que tengo otros amigos, y si los perdiera sentiría el mismo pesar —aclaró Aldo, aunque sabía que estaba mintiendo.

—Entonces que esperas para ir a buscar a alguno de esos amigos. Tal vez Lidia pueda venir a darte una mano con todo este lío —dijo Isabela señalando la casa que ella había ordenado en su ausencia porque le dio cierta pena ver el desorden en el que vivían. También se sentía culpable, porque desde su llegada Ernestina los había abandonado.

Aldo la miraba con furia. ¡Qué se creía esa jovencita impertinente para entrometerse de esa

forma en sus asuntos!, él no necesitaba que una mujer menor que sus hijas viniera a impartirle consejos como si fuera una experta. Aunque tenía que reconocer que no le agradaba nada traer a Lidia a su casa. En realidad no quería a nadie en su casa. Este era su templo y solo entraban las personas que él elegía. A nadie le permitiría hacer cambios en su casa, salvo a ella. Maldición, la sobrina de Ernestina lo estaba haciendo reflexionar demasiado, y eso no le gustaba.

—¿Y por qué reemplazaste el sillón? —ya le estaba intrigando la respuesta que le daría, porque era muy ingeniosa para hacerlo pensar.

—Por nada. Cuando lo perdí una parte de mí se fue con él y tuve que endurecerme —dijo Isabela dejando ver algo de su infancia—. El sillón era como un salvavidas, porque cuando estaba triste o me sentía sola, me recostaba en él y me sentía querida. Cuando eres niño, Aldo, y te ha faltado el afecto, te aferras a lo que tienes. Por eso consideré válida la comparación. No hay peor cosa que perder lo que uno más quiere —explicó Isabela, y por fin Aldo la entendió.

—¿Dónde está? —preguntó refiriéndose a Ernestina.

—Eso venía a preguntarte. Solo sé por Lidia que está bien.

Aldo asintió.

—Debí suponer que Lidia lo sabría. Ellas son carne y uña, ¿lo sabías? —preguntó Aldo.

—Lo estoy descubriendo de a poco. Las dos me hicieron creer que la otra era una zorra, pero parece que solo me querían desorientar —dijo Isabela sonriendo.

A Aldo le gustaba que ella nunca se enojara y siempre encontrara una excusa para no sentirse ofendida por los engaños, inclusive había dejado pasar el asunto de la cárcel, y eso era mucho.

—Son muy hábiles para despistar a la gente. Se conocen demasiado. Han sido amigas desde que iban a la escuela.

—¿Y cómo eran de jóvenes? —sentía una curiosidad muy grande por conocer la vida de esas dos mujeres que se habían convertido en las causantes del deshielo de sus emociones desde que llegó a Paraíso. Por las noches trataba de imaginar a Ernestina caminando por la plaza con sus mejores ropas, pero Aldo acababa de agregar a Lidia, y ella quería saber cómo habían sido las dos. Nunca tuvo curiosidad por conocer la vida de sus padres de jóvenes, y ahora quería saber cómo había sido la vida de la gente que acababa de conocer. De Aldo, de Lidia, de Carlo y por supuesto de Ernestina. Ante esa conclusión no tuvo dudas que este era su lugar en el mundo.

—Eran igual a ti. No había hombre que se resistiera. Cuando salían por las tardes a dar una vuelta por la plaza todos estábamos allí esperando como tontos, y no les podíamos quitar los ojos de encima. Lidia no era tan hermosa, pero era muy llamativa. Ernestina lo tenía todo, gracia, encanto, esa sonrisa que nos dejaba con la boca abierta y... en fin —Aldo interrumpió sus comentarios al ver que Isabela tenía esa maldita sonrisa de picardía que lo hacía ruborizar. Había revelado demasiado y no le sacaría una palabra más.

Pero ella era astuta y siguió indagando.

—¿Tu mujer era como ellas? —lo llevó para otros lares porque ya se había percatado que de Ernestina no hablaría más. Pero quizá, si hablaba de su esposa muerta ella lograba descubrir algo de sus sentimientos por la tía Ernestina, supuso Isabela.

—No, ella era una mujer... tímida. Nunca estaba provocando en la plaza como las dos zorras —la carcajada de Isabela lo animó a seguir—. Era una chica... simple... que se conformaba con... poco —No podía dejar de pausar las palabras al recordar cómo había tomado vuelo la personalidad de Laura cuando se casaron. Una arpía volviéndolo loco porque quería ser como Ernestina. En los primeros tiempos la llevaba a la ciudad para que se comprara lo que quisiera, pero ni las prendas caras, ni el maquillaje, ni el corte de cabello hecho por los mejores estilistas la hacía parecer a Ernestina; y eso la volvía loca. Era una competencia solitaria por ser como

Ernestina, ya que ella no lo sabía. La llegada de sus hijos empeoró el estado de Laura porque no encontraba tiempo para arreglarse, y terminó maldiciendo la familia que habían formado. Inclusive, consideró que Gina era un error suyo porque no sabía contenerse, como solía decirle. Al final se fue de esta vida sin haber sido feliz, y él se quedó lleno de culpas.

—¿Tu mujer fue una caja de sorpresas, Aldo? —dijo la inteligente Isabela que había detectado cuanto le costaba hablar de su esposa.

—¿Cómo? —preguntó Aldo desconcertado.

—Te ha costado hablar de su timidez y de su simpleza, por eso te pregunto.

—A veces descubrimos tarde que no todo lo que brilla es oro. Te voy a dar un consejo que me dio la experiencia. Si conoces a alguien que no tiene defectos es porque los oculta —fue su lección.

Isabela le sonrió, no por el consejo y lo que dejaban ver sus palabras, sino porque pensó que el innombrable los tenía todos a la vista. Evidentemente, no había salido a la madre.

—No te parece que ya me has indagado demasiado, muchacha listilla —dijo con una sonrisa.

—Tienes razón. En realidad venía por varios asuntos, pero cuando vi tu casa me dije, no pueden vivir en este desorden, y me entusiasme acomodando. Se me da bien.

—Por el aroma también se te da bien cocinar —dijo Aldo con una sonrisa—. A mi hijo le encantan los estofados.

—No he venido para hablar de tu hijo —dijo Isabela tajante.

Claro, le había indagado hasta el color de los calzoncillos, pero no pensaba permitirle a él que se metiera en su vida. Otra zorra más, pensó Aldo, pero no dijo nada. Solo le sonrió.

—¿Es el huerto de tu tía lo que te preocupa?

—Era, porque ya no existe más —dijo Isabela muy seria.

—¡Vaya!, sí que has hecho un buen trabajo.

—¿Cómo puedes burlarte de mí! —dijo Isabela indignada. Ella estaba desesperada, y Aldo parecía satisfecho con sus destrozos.

—Le he dicho a tu tía cientos de veces que ese trabajo no era para ella. Pero es tan cabezota que nunca me hizo caso —dijo Aldo para explicarle su alegría con los destrozos.

—Tampoco me gusta que Ernestina trabaje tan duro. Pero eso no me quita la amargura de haber fundido su emprendimiento. En realidad, el incapaz de tu hijo colaboró bastante en el asunto, aunque él no se haga cargo de su parte.

Debería haberle explicado que el incapaz de su hijo era un experto en el tema y solo la había dejado hacer a su antojo por órdenes de Ernestina. También podría haberle comentado que las tierras y el huerto se los había cedido Renzo a Ernestina. Pero no quería entrometerse en las erradas decisiones de su hijo, que por querer demostrarle que era un buen hombre, como decía él, estaba quedando frente a ella como el más vil y traicionero.

—He visto cómo te ha ayudado Renzo en ese tema. Parece que lograste que se pusiera a trabajar —dijo con ironía.

—Hubiera preferido no llevarlo al huerto para cumplir trabajos comunitarios, pero ya está hecho. Para que voy a llorar sobre lo que no tiene solución. Mi tía ha quedado en la ruina gracias a la incapacidad de su sobrina. Sabes, yo era muy capaz de manejar una empresa de las grandes antes de llegar al pueblo. Me siento una fracasada al no haber podido al menos mantener en pie la empresita de Ernestina.

—No creo que esté en la ruina, pero si necesitas ayuda, acá estoy.

—He pensado en ir a la empresa que le compra las verduras a mi tía para que me aclaren su situación. Lidia me dijo que estaba a unos pocos kilómetros del pueblo, pero me aconsejó que antes hablara contigo. Dice que conoces bien al dueño y... tal vez podríamos ir juntos ya que a mí

no me conocen y... No estoy acostumbrada a pedir favores, Aldo –dijo Isabela con sinceridad.

Conozco al dueño desde que nació, quiso decirle, pero prefirió dejar que ese temita lo solucionara su hijo, que era el que estaba provocando la tormenta que se desataría cuando Isabela Brandal descubriera que la había engañando como a una niña. Él no quería seguir engañándola, pero tampoco podía aparecer con ella en la empresa de su hijo, y mucho menos quería recuperar el huerto de Ernestina. Tantos años intentando que dejara esa actividad, y ahora su sobrina, gracias a su falta de conocimientos, lo había logrado.

—Si no hay verduras, ¿qué crees que nos van a decir? –dijo Aldo, y dejó a Isabela con la boca abierta.

—Pensé que era un trabajo comunitario y quizá... le darían un préstamo para volver a sembrar y...

—Y volver a destruir –Aldo se arrepintió de sus palabras al verla con el ceño fruncido—. Perdón. Lo que pasa es que nunca quise que Ernestina se ocupara de ese trabajo y tú me has dado con el gusto al destruirlo –no pudo evitar sonreír al verle la expresión de enfado.

—Veo que eres tan sincero como yo.

—Gina está por comenzar un nuevo negocio, aunque todavía no sabe el rubro. Ya te ha superado en incapacidad porque ha fundido dos –sonrió al ver la seriedad de Isabela—. Ella sola es un desastre porque no tiene constancia. Cree que se hará millonaria a la semana, y como eso no pasa empieza a despotricar contra el pueblo y termina abandonando todo. Me parece que le vendría bien una sociedad. Tú, Ernestina y ella.

La carcajada de Isabela lo desconcertó. Él había esperado un estallido de furia ya que Gina no era de sus personas preferidas, pero no esa reacción, que más parecía una burla a su propuesta.

—Lo siento, Aldo, pero preferiría dejar pasar tu tentadora oferta. Quizá, mi tía se sienta halagada, pero yo no.

—¡Tú tía, cuando se le antoje regresar, va a volver a plantar ese maldito huerto! –gritó Aldo furioso. Ella era su herramienta para hacer cambiar de idea a Ernestina, que era una tozuda insoportable con esa idea de autosuficiencia que tenía al querer hacer todo por ella misma, sin su ayuda. Sin su maldita ayuda

Isabela lo miró con desconfianza. Aldo la estaba tratando de usar para que manipulara a Ernestina. Ella había fundido una empresita de poca monta, pero era despierta para descubrir las estrategias que usaba la gente para conseguir lo que querían, y se lo hizo saber.

—Habré fundido un huerto, pero sé distinguir cuando me quieren manipular –aclaró para que no la creyera tan incapaz—. Veo que tendré que presentarme sola a esa gente que le compra las verduras a mi tía –dijo Isabela, y comenzó a caminar hacia la puerta para marcharse, pero se detuvo cuando recordó que le faltaba consultarle sobre un mecánico que le arreglara el coche. No le sobraba el dinero, apenas si le quedaban unos escasos billetes para subsistir, pero ya estaba cansada de moverse en la camioneta destartada de su tía. Qué bajo estaba cayendo desde que llegó. Ella nunca se habría subido a una camioneta oxidada y a punto de desarmarse. Cuánto le había cambiado la vida en Paraíso para aceptar sin quejarse el futuro poco alentador que se le venía encima. A ese paso terminaría, con un vaquero raído, una camisa a cuadro de las anchas y el sombrero de paja deshilachado sobre su cabello pajoso por los efectos del sol y el polvo, es decir, tan desastrosa como su tía. Ese solo pensamiento la aterrorizó, y decidió que sería mejor que dejara de pensar en el futuro desastroso y resolviera, al menos, el tema del mecánico—. ¿Conoces algún mecánico que pueda revisar mi coche?

—Le voy a pedir a mi hijo que pase a verlo –dijo Aldo.

—¿Tu hijo es el mecánico del pueblo? –preguntó sorprendida. ¿Era ese el trabajo del

innombrable? Típico trabajo a destajo para él, pensó recordando lo que le gustaba estar perdiendo el tiempo en el bar.

—Sabe —fue la respuesta de Aldo.

—Mejor olvida que te pregunté —dijo Isabela—. Si me hubieras ofrecido una sociedad con tu hija Rosalía, lo hubiera aceptado. Pero en el rato que estuve en tu casa me has querido acercar a las dos personas que desde que llegué no han hecho otra cosa que humillarme e intentar sacarme del pueblo —dicho esto se marchó.

Aldo se acercó a la galería y le gritó.

—Gina es una caprichosa que aún no ha encontrado el rumbo. Ella no conoció a su madre y Ernestina la malcrió demasiado para salvar la ausencia. Solo quise que aprendiera un poco de ti. Te admiro.

Isabela se detuvo sobre el camino de ingreso, sus ojos se empañaron de lágrimas. “Quería que aprendiera de ella, y encima la admiraba”. La gente de ese pueblo olvidado la hacía llorar, reír, enojar y hasta fundir empresa. Nunca se había sentido tan viva como en ese lugar en el que había dejado de ser perfecta. Se giró y lo miró, los ojos empañados de lágrimas y una tierna sonrisa en los labios.

—Sí que sabes convencer a la gente, Aldo. Tienes un don especial para hacerme cambiar de opinión. Voy a aceptar tu disparatada sociedad solo por mi tía, pero yo voy a colaborar desde afuera para que esta vez no pierda el entusiasmo. Acá no va a funcionar cualquier negocio, Aldo, porque el pueblo es chico y no recibe turismo. Ya voy a pensar el algo que sea productivo. Respecto al coche, prefiero que siga descompuesto —dijo Isabela antes de acercarse a la destartada camioneta de su tía.

—Gracias. Creo que ahora vas a poder demostrar tu capacidad —dijo Aldo con cierto tono de admiración—. Estás desperdiciando la oportunidad de un arreglo gratis —agregó refiriéndose al trabajo de Renzo.

—Prefiero gastar mis pocos ahorros en otro mecánico —dijo Isabela, y cerró la puerta de la destartada camioneta.

Aldo la observó alejarse por el camino que había hecho construir hasta la casa de Ernestina, y rió. Solo un rato de su atropellada compañía le había cambiado el día. Ya no estaba encorvado y deprimido. Isabela, con su forma de ser práctica y optimista le había contagiado el buen ánimo, y en lugar de estar pensando en el abandono de Ernestina estaba buscando la forma de hacerla regresar.

“Qué mujer”, pensó, aunque esas palabras ya las había pronunciado en otra oportunidad. Pero Isabela no dejaba de sorprenderlo. Lo había llevado por un recorrido por el pasado, engatusándolo hasta que él le contó aspectos de su vida que prefería mantener en reserva. Él no le había dicho mucho, pero ella no esperaba confesiones, solo se valía de los gestos y la forma en que pronunciaba las pocas palabras. Y sin revelar nada importante de su vida, ella lo sabía todo.

Era tan despierta que no entendía cómo había hecho para destruir el huerto. Su capacidad y su velocidad de razonamiento le hacían suponer que lo había hecho a propósito, aunque se mostraba realmente preocupada por su incompetencia. Quizá, su hijo era el único que lograba desconcentrarla y por eso Ernestina se había quedado sin huerto, pensó y afirmó su deducción con un gesto. Eso era, ya no tenía dudas de que Renzo le bloqueaba la velocidad de reacción.

Si bien Isabela era la persona más despierta que había conocido, descubrió que tenía una gran debilidad frente a los halagos y el afecto. Parecía un pájaro herido cuando estaban en juego los sentimientos, por eso la había convencido de formar la sociedad. No había sido su intención debilitarla, el halago había sido cierto y gracias a él había logrado conocer su parte vulnerable.

Ya hablaría con su hijo sobre esa fisura en la personalidad que le acababa de descubrir para evitar que la lastimara. Lamentablemente, Renzo estaba fuera del pueblo impartiendo charlas sobre la huerta orgánica y la conversación tendría que esperar hasta su regreso.

Pero Lidia no estaba fuera del pueblo y pensaba hacerle una visita. De alguna forma le haría confesar el paradero de Ernestina y el motivo de su ausencia, se dijo mientras caminaba a la camioneta.

CAPÍTULO 13

¡Un día!, solo un día de Isabela moviéndose por el centro del pueblo a horas de mucha concurrencia y Felipe estaba al borde de la histeria, y eso que ese síntoma solo se lo adjudicaban a las mujeres. Algunos de sus amigos se habían burlado diciéndole que le había saltado el lado femenino. ¡Qué lado femenino!, lo que le habían saltado eran varios tornillos, porque su cerebro no estaba funcionando con normalidad.

La noche anterior había cometido la mayor barbaridad desde que era alcalde del Paraíso: encarcelar a tres de las admiradoras de Renzo. Prefería no recordar que la causante de su exagerado cumplimiento del orden público había sido Isabela. Ella había llegado casi al anochecer vestida con unas prendas tan finas, elegantes y ajustadas que todos los hombres se habían quedado con la boca abierta. Inclusive él, que debería haber guardado la compostura, al menos en honor al cargo que ocupaba, se había quedado parado en la plaza admirando su andar. Ella les había sonreído y había dicho, “ya vuelvo muchachotes”, mientras desaparecía dentro de la tienda de Lidia. Los hombres, ante semejante comentario se quedaron estacados en el lugar esperando que cumpliera con su palabra.

En un maldito día, Isabela había armado un revuelo que compensaba los quince días que se había mantenido en las sombras, escondida en la casa de Ernestina para evitar lo que ahora había decidido provocar. No solo había hombres tímidos esperando con paciencia su salida de la tienda, sino que habían aparecido las admiradoras de Renzo a delimitar el terreno, y eso a Felipe no le gustaba. Al menos se consoló al no tener a Gina, la mentora del desbande de las mujeres.

¡Una hora!, una interminable hora había demorado en salir de la tienda con esa sonrisa sensual que hacía promesas indecentes. Como en todo pueblo chico, la novedad había corrido como la pólvora y en esa hora interminable comenzaron a congregarse más hombres en plaza, de todos los estados civiles y estratos sociales; inclusive llegaron las esposas de los casados, las novias de los solteros y algunas amantes secretas.

El desastre comenzó cuando ella se dignó a salir de la tienda de Lidia meciendo en su mano derecha una bolsa de cartón amarillo con unas prendas que acababa de comprar. Sin importarle la tormenta que desataría, sacó el pantalón con mariposas en el muslo y la camisa amarilla entallada al cuerpo para que todos vieran que esas prendas, que habían generado una guerra de mujeres en la calle, se las había llevado ella, la preferida de Lidia.

Felipe vio venir los truenos, pero no tuvo la rapidez mental para tomar medidas para detenerlos, sino que se quedó mirando desconcertado lo que se desató al instante con el grito de Aurora. Él estaba con la cabeza en las playas caribeñas. Rosalía se había ido de vacaciones con un grupo que apenas conocía y él no podía sacarse la preocupación de encima. Aldo y Renzo estaban actuando como unos irresponsables, por eso él tomó a su cargo la preocupación. Al menos eso era lo que se decía para justificar el efecto que le había causado el viaje de Rosalía.

—No puedo creer que Lidia se negara a vendernos el pantalón y la camisa y ahora te los venda a ti, una recién llegada que ni siquiera es del pueblo —Aurora era una de las mujeres más batalladoras en la lucha que mantenían contra Isabela Brandal por Renzo, y ver cómo agitaba el pantalón en sus narices la hizo explotar de bronca.

Todos sabían que Renzo no solo atraía a las mujeres por su agradable forma de ser, sus músculos o sus ojos soñadores, sino que también las encandilaba su buena posición económica y el hecho de ser un hombre influyente por sus extensos conocimientos en huertos orgánicos; por eso

no se sorprendieron al ver a las mujeres presentando batalla.

—Las tenía reservadas desde que llegué al pueblo, por eso Lidia no las vendía. Solo esperaba que las viniera a retirar —aclaró Isabela con una sonrisa extraña. No era sensual o amable, sino de triunfo.

Felipe seguía desconcertando a los vecinos, porque en lugar de reaccionar se persignó anticipándose a los acontecimientos. Algo le bloqueaba la reacción y nadie sabía el motivo.

—No te queremos acá —dijo Aurora acercándose de forma intimidante.

Florencia y la tímida Caty la siguieron a corta distancia. Las tres con las manos en las caderas intentando intimidar a Isabela, aunque Caty no producía ese efecto, e Isabela esbozó una sonrisa que provocó más a las mujeres, y encima aclaró:

—Pues, lo lamento. Aún no está en mis planes dejar el pueblo —Su voz firme desmentía el nudo que tenía en la garganta al escuchar esas palabras frente a tantos pueblerinos. Ella sabía lo que sucedería, pero estaba tan indignada con la misiva formal que el innombrable le había dejado dos días atrás, que no le importaron las consecuencias de sus actos. La semana anterior había tomado la decisión de no retirar las prendas para tratar de apaciguar las aguas. Pero eso había sido la semana anterior, porque cuando despertó con la nota como única compañía sus intenciones nobles se fueron por el desagüe.

“Te quiero a ti”, le había dicho Renzo cuando ella le recomendó que eligiera a una de las admiradoras para que las otras lo dejaran en paz. Claro, cómo no la iba a querer a ella si era la forma más fácil de solucionar su problema de acoso. Renzo Valentín era un ser despreciable que solo pensaba en su propio beneficio. ¿Dónde estaba esa nobleza de la que todos hablaban?, si con ella se había comportado como el más vil y traicionero de los hombres que había tenido la desdicha de conocer, y eso que del tema había acumulado una experiencia tan extensa en la ciudad que podría llegar a convertirse en un referente a consultar. Pero con él le había fallado el instinto, porque no había detectado que solo era otro más que la veía como un trofeo a conquistar, sin comprometer sus sentimientos. Ya estaba harta de que la quisieran por su apariencia y se olvidaran que tras su belleza o encanto había una mujer deseando ser amada. Al final, terminaría por reconocer que Ernestina había tenido razón al abandonar su aspecto, se dijo recordando sus palabras: “No me ha ido bien siendo elegante y atractiva”. A ella tampoco, pensó Isabela con cierta amargura.

Isabela se giró y al ver el rostro sorprendido de Felipe, sonrió satisfecha, no por la lenta reacción del alcalde que estaba dejando que la sangre llegara al río, sino porque él era amigo de Renzo y le haría saber del escándalo que se había suscitado en su ausencia.

¿Dónde estaría Renzo Valentín?, tal vez habría quedado tan perturbado con la intimidad que compartieron que había decidido alejarse del pueblo para evitarla. Isabela no tenía la menor idea y tampoco le interesaba averiguarlo. Pero qué daño haría si descargaba un poco de la indignación provocando la ira de sus admiradoras. Ninguno. Solo era una pequeña venganza que aumentarían los acosos que él venía soportando desde que ella llegó al pueblo. Las famosas prendas de Lidia venían a ser como la bomba que desataría la guerra, ya que sabía por Lidia que habían sido el motivo de una disputa callejera. ¿Acaso su llegada al pueblo no había sido comparada con el huracán?, a pesar de que ella no había hecho nada para merecer semejante comparación, ¿por qué no provocar una tormenta? si sabía que el enfrentamiento con las admiradoras de Renzo se produciría estuviera de por medio o no el pantalón con mariposas.

—Nadie ha puesto en ridículo a Renzo como lo has hecho tú. Qué te has creído para mangonearlo de esa forma —gritó Aurora, y golpeó el pecho de Isabela con el dedo índice.

Isabela retrocedió, una cosa era provocar un poco de ira y otra llegar a las manos por un

hombre que ni siquiera valía el esfuerzo.

—Él aceptó el trabajo que le ofrecí —dijo Isabela intentando no dar respuestas provocadoras, ya que el pequeño altercado que pretendía armar se le estaba yendo de las manos.

Pero Aurora no quería ese tipo de respuestas, ella quería sangre, la sangre y las lágrimas de esa empresaria venida a menos que había llegado un día al pueblo y les estaba quitando al hombre de sus anhelos. Una cosa era disputarlo entre ellas, que se conocían de toda la vida, y otra muy distinta era que una extraña se apareciera a robarles el hombre que por derecho de suelo y años de conocerlo les pertenecía.

—El no necesitaba el trabajo. Nunca necesitó un trabajo. Acaso no te ha llevado a su casa para que veas cómo vive rodeado de lujos. Acaso no te ha dicho quién es en el pueblo. Tan poco ha confiado en ti que eres la única que no sabe nada de Renzo Valentín —dijo Aurora furiosa, cerró el puño sobre la camisa de fina seda de Isabela y se regocijó cuando vio el desconcierto de Isabela ante sus palabras. Pero eso a Aurora no le bastaba, ella deseaba observar el dolor y la humillación en su rostro perfecto cuando le dijera que la gran ejecutiva venida de la ciudad había sido burlada como una niña por un campesino ingenuo, que de ingenuo no tenía nada—. Renzo es el...

—Aurora, estás detenida por alterar el orden ciudadano y por agresión física y verbal injustificada —dijo Felipe saliendo de su pasividad y dejando a Aurora muda y con la boca abierta. Ni siquiera ese gesto lo llevó a pensar sobre su exagerada decisión, porque solo tuvo en mente acallar las palabras de Aurora para evitar que Isabela se enterara del engaño de su amigo frente a todos los pueblerinos que estaban presenciando el incidente.

—¡No lo puedo creer!, ya encarcelaste injustamente a Renzo y ahora le sigue Aurora. ¿Cuántos más vamos a ir a la cárcel por culpa de la ciudadana? —gritó Florencia. Su indignación hacia Felipe fue tan grande que se abalanzó sobre él para darle un golpe que impactó de lleno en la nariz, y Felipe comenzó a sangrar.

Felipe, mientras intentaba parar el reguero de sangre con un pañuelo que sacó del bolsillo trasero de su pantalón, supo que la situación se le estaba yendo de las manos.

Aurora, viendo que los vecinos estaban concentrados en el accidentado, aprovechó el alboroto para arrebatarse a Isabela la bolsa de la tienda de Lidia y conseguir las prendas de la discordia. Ella era quién las luciría para Renzo, no esa ciudadana agrandada que se las daba de *sexy* con sus andares de modelo y esa sonrisa provocadora, que tenía pegada al rostro desde que salió de Lo de Lidia exhibiendo las prendas como si fueran una bandera de triunfo.

—Vete de nuestro pueblo —dijo Caty contagiada por el exabrupto, se acercó a Isabela y le dio un exagerado golpe en la espinilla.

Isabela todavía trataba de asimilar las palabras de Aurora, por eso no vio venir a Caty y solo sintió el taco golpear contra su pierna. El dolor punzante le hizo perder el equilibrio y la trajo a la realidad. Otro golpe más, y encima había perdido el pantalón con mariposas, pensó con amargura.

Felipe por fin había reaccionado, e impulsado por la indignación terminó cumpliendo la descabellada orden de encerrar en la celda, no solo a Aurora sino a las tres admiradoras de Renzo que habían participado en la bravuconada. Podría haber calmado la situación, pero su accionar fue lento y lo que debería haber sido un altercado había llegado a las manos y él no podía permitir que Aurora le contara frente a todo el pueblo la mentira de Renzo, por eso decidió que lo mejor era sacar a las chicas de circulación.

Felipe sabía que cuando Isabela se enterara de la verdad se sentiría herida, no solo con Renzo, sino con todos los pueblerinos que habían hecho la vista gorda a su mentira. Pero esa no era la mejor forma de darle la noticia, había demasiada gente congregada y la humillación sería

mayúscula. Isabela era una provocadora que ni siquiera lo sabía, en realidad era una persona buena y no se merecía todo lo que le había pasado desde su llegada, solo porque era una mujer hermosa.

Y mientras Felipe observaba como las tres mujeres eran llevadas a la celda, vio a Isabela sentada en una mesa del bar de Carlo acompañada por un grupo de hombres y mujeres que se dedicaron a distraerla. Poco tiempo después conversaba y reía con los vecinos, como si lo acontecido unos momentos antes no la hubiera involucrado y mucho menos afectado. Si algo había que admirar en ella era su rápida recuperación frente a los altercados y la falta de rencor hacia algunos de los vecinos que hacían lo imposible por echarla del pueblo, pensó Felipe con cierta envidia hacia su amigo. Sabía que Renzo sentía algo especial por Isabela, porque su amigo nunca habría dejado de lado todas sus responsabilidades por una mujer, y mucho menos habría aceptado destrozarse un huerto. Felipe no tenía dudas de que los dos se atraían, y no quería que Isabela al enterarse de la mentira de Renzo se fuera del pueblo sin que su amigo pudiera hacer algo para evitarlo.

Al poco tiempo del alboroto, Aldo había estacionado la camioneta en la puerta del bar con un chirrido de neumáticos. Su mirada había perdido la calidez y dejaba ver la indignación ante otro nuevo percance que había tenido que soportar Isabela. Al rato la siguió en la camioneta y la calma regresó al pueblo.

Después del altercado, Felipe seguía preocupado por la exagerada decisión que había tomado al llamar a Hermes para que encerrara en la celda a las tres jovencitas. No podía creer que su preocupación por Rosalía le hubiera bloqueado la razón. Por suerte ya habían venido los padres de Aurora, Florencia y Caty para llevarse a las muchachas. Si bien no se mostraron muy contentos con su decisión, le habían dejado saber que esa experiencia apaciguaría un poco la hostilidad de las chicas hacia la sobrina de Ernestina. Felipe las había alertado a las tres para que no siguieran actuando de la forma salvaje que lo habían hecho. Caty había asentido con un gesto y se había retirado llorando, en cambio, Florencia y Aurora lo desafiaron con la mirada y salieron con aires de reinas heridas, y Felipe no tuvo dudas que la batalla recién comenzaba. Al menos no había estado Gina descargando golpes sobre su pecho e insultándolo por su decisión. Eso le habría ocasionado un nuevo disgusto a Aldo, que ya tenía suficientes problemas con la hermanita menor de Renzo.

Bastante tiempo después de liberar a las admiradoras de Renzo, Felipe había conseguido recuperado la cordura y estaba decidido a armarse de paciencia para el sábado por la noche. Sabía que Isabela vendría porque había quedado en encontrarse en Lo de Carlo con algunos hombres y mujeres, y eso generaría otra batalla que él tendría que apaciguar de una forma más civilizada. Ya no lo tomarían por sorpresa porque estaría al pie del cañón con Hermes en la retaguardia.

CAPÍTULO 14

Y mientras en Paraíso se desataba el infierno, Renzo, ajeno a los inconvenientes que soportaba su amigo Felipe, estaba a trescientos kilómetros del pueblo impartiendo charlas sobre la plantación de verduras orgánicas.

—Antes de comenzar a plantar las verduras en el huerto hay que preparar el suelo. Si está bien fertilizado y con el riego apropiado lograrán verduras sanas y capaces de defenderse mejor de las plagas —dijo Renzo al grupo de gente que lo seguía por el terreno donde tendrían la huerta—. Hay dos aspectos fundamentales que tienen que cuidar: el compost, que sería el fertilizante orgánico; y el control de plagas.

Renzo podría vivir de esa actividad porque cobraba bien por el asesoramiento, pero nunca pensó en abandonar su pueblo para dedicarse a viajar enseñando a la gente el funcionamiento correcto de una huerta orgánica. Le gustaba hacerlo como un pasatiempo, ya que solo le dedicaba unos pocos días al mes. Inclusive disfrutaba de estar rodeado de gente emprendedora y con ganas de salir adelante. Pero esta vez no había venido entusiasmado, porque antes de partir había tenido a Isabela desnuda en sus brazos.

Había pensado en hacer una llamada para posponer las charlas, pero la fecha estaba programada con bastante anticipación y era mucha la gente que lo esperaba. Por otro lado, tenía que reconocer que estaba preocupado por la intensidad del encuentro con Isabela, y supuso que estar alejado de ella por unos días le serviría para olvidar aquella gloriosa noche, y a Isabela.

Hacía dos días que se había marchado de Paraíso, y en lugar de olvidarla cada día que pasaba se sentía más ansioso por regresar porque no podía apartarla de sus pensamientos. Ella se había filtrado en cada una de las charlas que había dado. Era una bruja que lo había hechizado con algún encantamiento, o quizá con sus encantos, porque cada comentario sobre el éxito de la plantación le hacía recordar las barbaridades de Isabela en el huerto de Ernestina.

—Las plagas pueden hacer desaparecer el huerto en unos pocos días, y para combatirlos existen varios métodos —explicó Renzo, y pensó que Isabela sería la peor plaga que podía tener esa gente si a ella se le antojaba venir a colaborar—. Pero solo les voy a explicar el método de la diversidad, que es el que uso yo con excelentes resultados —aunque con Isabela no había dado tan buenos resultados, porque ella en quince días había barrido con el huerto.

Renzo miró a los alumnos esperando preguntas. Algunos escuchaban concentrados y otros anotaban apurados sus explicaciones. Como nadie dijo nada siguió.

—Usen flores de colores vistosos para intercalar entre las verduras. El tomate suele ser muy atacado y les recomiendo las caléndulas, que comúnmente se la conoce con el nombre de margarita —explicó a los atentos alumnos que tomaban nota. “A estas margaritas las voy a plantar en el parque de mi tía. Allí van a quedar preciosas, en cambio, acá están de vicio”, le había dicho Isabela, y se había puesto en el trabajo de sacarlas de raíz mientras él estaba ocupado recolectando los tomates maduros. Sonrió al recordar. Ella, en una mañana había arrasado con la mejor defensa contra los gusanos que atacaban los tomates.

Al ver que la gente lo miraba volvió a la realidad.

—La diversidad significa que van a ir intercalando las verduras para que entre ellas se forme un ecosistema, de esa forma la naturaleza se encargará de colaborar atrayendo insectos benéficos que se alimentarán de los que son una plaga para las verduras. Nunca se planta toda una especie en el mismo sitio —explicó Renzo, sabiendo que cada lección tenía como contrapartida una acción

de Isabela en el huerto de Ernestina. “Cómo puede ser que la acelga esté tan desperdigada. Ya voy a hablar con mi tía para que me explique qué estaba pensando cuando plantó las verduras. ¡Mira los tomates! Crecen por todos lados y rodeados de malezas y flores”. Su falta total de conocimientos quedaba al descubierto con cada palabra o acción, y eso a él le había cambiado la vida hasta tal extremo que no podía explicar su método sin sonreír recordando los de Isabela.

—Es importante rodear las verduras de plantas aromáticas, como salvia, romero, orégano, manzanilla, albahaca, menta. En los apuntes que les dejo tienen un listado completo de las plantas y de los lugares donde deben ponerlas. Algunas atraen las plagas y evitan que se apesten las plantas del huerto, y otras con su aroma confunden a los insectos, inclusive los ahuyentan. Las flores y las plantas aromáticas son las mejores aliadas del huerto, ellas son imprescindibles para que las verduras se desarrollen sanas —siguió explicando Renzo, y otra vez Isabela apareció en sus recuerdos. “Qué haces”, le había preguntado una mañana cuando la vio acucillada en el suelo arrancando plantas aromáticas. “Estoy quitando las malezas para que las plantas tengan más espacio y se desarrollen mejor”, le había respondido con tanta seriedad que él se había retirado a reír a otro lado. Ni siquiera el aroma inconfundible que despedían al acariciar las hojas la había alertado de que esos yuyos no eran malezas. Aunque tenía que reconocer que era experta en lechugas, acelga y tomates, únicos vegetales que reconocía del huerto aunque ignoraba el método de recolección.

Renzo caminó seguido por la gente y se detuvo frente a unas montañas de desechos orgánicos. Vio restos de frutas, verduras, cascara de huevos, aserrín, podas de jardines, hojas secas... y se sintió satisfecho porque habían interpretado correctamente las indicaciones que había enviado por *mail*. Esa gente tenía muchas ganas de progresar, y en poco tiempo tendrían un compost de excelente calidad para las verduras. Les explicó que tenían que airearlo para que no se pudriera, y que no se olvidaran de mantener siempre abierto el orificio de ventilación.

Recordó que Isabela se había referido al compost como a una montaña de basura, inclusive se había mostrado indignada de que su tía amontonara los desechos en el huerto. Pero no encontró la sonrisa que lo venía acompañando durante las charlas mientras recordaba los destrozos en el huerto. Lo que sintió fue cierto grado de ansiedad. Si ella descubría que él era el dueño de las tierras de Ernestina, y que le había obsequiado el huerto para ayudarla con su endeble situación económica; y si se enteraba que también era el dueño de la empresa que compraba las verduras para distribuir en los comercios; no lo perdonaría. Pero lo más grave sería que descubriera que el vago atorrante que había llevado para cumplir tareas comunitarias tenía tantos conocimientos sobre huertos que le pagaban para que enseñara a la gente.

Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Necesitaba regresar a Paraíso, hablar con ella, explicarle la situación; porque si Isabela se enteraba por otros medios supondría que él se había querido burlar de su poca capacidad para manejar una insignificante empresa familiar.

Ella había sido una persona importante y él, sin quererlo, la había puesto en ridículo. No necesitaba razonar demasiado para saber que Isabela se pondría furiosa. Podría intentar darle sus motivos, pero eran tan ridículos como el ridículo que le había dejado hacer a ella en el huerto.

Miró a los pueblerinos tímidos que esperaban pacientes su próxima lección, y dejó atrás sus temores para concluir con eficiencia el trabajo, aunque no pudo apartar de sus pensamientos la preocupación que lo embargaba.

¿Qué estaría haciendo Isabela en ese momento?, ¿ya se habría enterado de su engaño por Gina o alguna de sus celosas admiradoras?, tal vez alguno de sus empleados había, sin mala intención, dejado la verdad a la vista.

Un día infernal, se dijo mientras caminaba al hotel a preparar el bolso para regresar. Antes de

partir se había reunido con el jefe de la comuna y le había aconsejado mantenerlo informado por *mail* de los avances en el huerto, prometiéndole regresar al mes siguiente para comprobar los trabajos de la gente. Normalmente, sus charlas no quedaban en explicaciones, sino que se comprometía hasta que la gente aprendía a resolver los problemas del huerto sin su colaboración. Por eso, de entre varios especialistas en el tema, era a él a quién más llamaban a pesar de sus costosos honorarios. No lo hacía por el dinero. Inclusive pasaba montos altos para que desistieran de sus servicios, porque no le gustaba dejar sus actividades en el pueblo a la buena de Dios, como solía decir antes de haber conocido a Isabela Brandal, que con su espontaneidad e incapacidad le enseñó a delegar y divertirse trabajando. Ella, sin saberlo ni quererlo le había enseñado a disfrutar de una actividad que ya lo tenía cansado, y el peso de que algunos pueblerinos dependieran de él se estaba aliviando al poner a sus empleados al mando de la empresa. Gracias a Isabela había acabado con esa obsesión por controlarlo todo, y había aprendido a disfrutar de un simple corte de verduras. Quizá, era porque trabajaba a su lado, aunque tenía la certeza de que cada vez que cortara una acelga sin tallo, estuviera ella o no, lo haría con una sonrisa.

La ansiedad le había permitido mantenerse despabilado las largas horas de manejo hasta el pueblo. Llegaría antes de las cinco y podría pasar por la casa de su padre para preguntarle dónde estaba parado. Necesitaba saber si ella había tenido un encontronazo con Gina, o si a algún pueblerino ingenuo se le había escapado la verdad. Si Isabela seguía en la ignorancia podría dormir todo el día para recuperar el sueño perdido. Aunque lo que más deseaba era escabullirse en su cuarto para dormir abrazado a ella. Se puso furioso con sus propios pensamientos. Él no era así. Era un hombre que disfrutaba de los placeres carnales sin comprometerse y sin generar falsas expectativas en las mujeres. Ya había aprendido lo que acarrearía el compromiso, y venía pagando las consecuencias de sus errores de juventud con el asedio de las mujeres.

Con Isabela no le pasaría lo mismo porque iría con tiento, paso a paso, dejándole ver el deseo pero no la necesidad oculta que lo llevaba a pensar en un futuro a su lado. Su futuro debía ser libre como el de un pájaro solitario, picando aquí y allá cuando tuviera necesidad. Lamentablemente, ni los pájaros vivían tan libres como él pretendía. Bueno, él sería la excepción de la especie. Una cosa era disfrutar con ella ciertos momentos, y otra muy distinta era compartir la vida con una gerente general exótica a la que se le había derrumbado el castillo de arena en el que había vivido antes de aparecer por el pueblo.

El recordar el puesto de gerente general que había ocupado en la ciudad, lo llevó a suponer que ella podía marcharse de la misma forma intempestiva en que había aparecido si alguien le ofrecía ocupar uno de esos cargos que tanto poder y estatus le había dado, y eso lo preocupó. Era una mujer acostumbrada a vivir en la gran ciudad, con luces que hacían resplandecer su belleza, rodeada de gente importante y reuniones sociales. El pueblo solo la había encandilado momentáneamente, y Renzo estaba convencido de que en poco tiempo comenzaría a sufrir el tedio de la vida rutinaria a la que todos ellos estaban acostumbrados. Y él no estaba para recibir miguitas que después se acabarían, se dijo mientras ingresaba al pueblo.

Después de tantos pensamientos y conclusiones contradictorias, decidió que no iría a averiguar dónde estaba parado. Para qué preocuparse si sabía que ellos eran polos opuestos en el sentido más amplio. Él era un campesino acostumbrado al canto de los pájaros y el sonido del arroyo, al aroma a flores y a tierra húmeda; y ella, una citadina acostumbrada a las luces de la calle, el pavimento y el ruido de los coches. Inclusive, él nunca sabía cómo combinar sus prendas mientras que ella era una experta en el tema. Mejor sería que se enterara de su engaño y se largara cuanto antes del pueblo, porque cuanto más se quedara más difícil le sería olvidarla. Y tuvo que

reconocer que ella no era como sus anteriores conquistas. Ella, por desgracia, se había infiltrado en su corazón.

Recorrió los dos kilómetros de tierra y se detuvo para abrir la tranquera. El cielo estaba cubierto de nubes y no se podía apreciar el amanecer despuntando en el cielo. Anduvo sin prisa por el camino circundado por los robles que desembocaba en su casa. Recordó que Isabela había expresado su fascinación por el parque de Ernestina, inclusive se había puesto a proyectar una pileta en los fondos de la casa. Renzo no tuvo dudas de que quedaría con la boca abierta si observaba el suyo, donde abundaban las palmeras de hojas alargadas, los pinos de altura y los enanos que arrastraban el follaje sobre el pasto sembrado de un verde esmeralda que asemejaba a las campiñas inglesas. Algún cumplido se le escaparía al ver el camino de listones de madera rústica que llevaba a la galería y se desviaba en su recorrido hacia la pileta, que se divisaba desde la casa y estaba sobre una elevación del terreno, con tumbonas de madera impermeabilizada y cubiertas de almohadones a rayas azules y blancas. También le gustaría la hamaca paraguaya colgada entre dos árboles añejos, y las que había en la galería, sujetas a las columnas circulares que sostenían el techo de la galería. Las flores que circundaban la casa y las plantas que colgaban de las vigas la dejarían aspirando profundamente el aroma. Inclusive la casa colonial construida en piedra y madera, con las pocas paredes de ladrillo pintadas de amarillo y los techos a dos aguas en tono verde viejo, le sacaría algún comentario de admiración. Era una casa confortable y acogedora. Pero no sería suficiente para una mujer acostumbrada al ruido y a las reuniones con personas que nada tenían que ver con su estilo de vida, se dijo para recordar que ella no era de allí, que solo estaba de paso hasta que se le presentara una oportunidad como la que había tenido en la ciudad. Y otra vez se enfureció con esos pensamientos que podían llegar a encarcelar su vida para siempre.

Dejó la camioneta tras la casa y entró ansioso por recostarse unas horas para recuperar el tiempo de sueño. Por la mañana podría analizar con más claridad sus confusos pensamientos, se dijo mientras subía la escalera de madera que llevaba a su dormitorio. Le quedaban varias horas de gracia hasta la noche, donde la vería en Lo de Carlo. La había citado allí con la excusa de encontrar una solución al problema económico de Ernestina, aunque la realidad era que necesitaba delimitar el terreno, marcarla como propia para que los hombres dejaran de comérsela con los ojos y sus admiradoras desistieran de seguir con el acoso que venía soportando. Si los veían juntos, se aplacarían un poco la reacción que ella había provocado con su llegada.

Lo que Renzo no sabía era que todas las miles de deducciones y erradas conclusiones que había sacado, nada tenían que ver con los pensamientos de Isabela. Esa nota explicativa donde le detallaba sus errores en el huerto la había puesto tan furiosa que había ido al pueblo a descargarse un poco. Si bien las admiradoras de Renzo terminaron un rato encerradas en la comisaría, ella quedó no solo indignada, sino amargada al enterarse que Renzo Valentín no era lo que ella creía que era.

Isabela no era vengativa, pero ya había soportado demasiadas humillaciones de Renzo Valentín, y se lo haría pagar en Lo de Carlo.

CAPÍTULO 15

Era sábado por la siesta e Isabela estaba en la casa de Ernestina bebiendo un café y comiendo sus galletas caseras deformadas, como le había dicho el innumerable una mañana mientras desayunaban. “Son muy buenas, lástima que estén tan deformadas”. Caradura insufrible, nunca podía hacer un cumplido sin arruinarlo por detrás.

En unas horas comenzaría a prepararse para ir al centro del pueblo. El armamento ya estaba sobre la cama. Se había pintado las uñas en tono dorado y se había dejado sus ondas naturales en el cabello. Solo le faltaba maquillarse y vestirse. Lo sorprendería, de tal forma, que lo dejaría con la boca abierta como un pez moribundo recién sacado del agua. También sorprendería a sus insoportables y celosas admiradoras, y por qué no a los vecinos que la esperaban en el bar de Carlo.

La noche anterior, después de los insultos y los atropellos que tuvo que soportar, estuvo conversando con la gente sobre un tema que manejaba bien, las finanzas y los buenos negocios. Solo así había podido deshacer el nudo que tenía en la garganta y contener las lágrimas por las revelaciones de Aurora respecto al engaño de Renzo Valentín.

Las emociones, los sentimientos, eran temas comprometidos que la harían quebrarse frente a los pueblerinos, por lo que los fue desviando al arte de los números. Los había dejado impactados y más admirados por su capacidad que por su andar y sus prendas combinadas. Ese había sido su mundo seguro, lo conocía al dedillo, y era capaz de dejar de pensar en lo que le había pasado si todo se reducía a cálculos y estrategias comerciales.

Muchos habían apreciado sus consejos y otros querían tenerla como administradora de sus pequeños negocios. Ella no tenía ganas de regresar a su vida anterior, pero tampoco podía negarles un poquito de asesoramiento, por lo que los había citado para esa noche en Lo de Carlo. Es decir, que Renzo se llevaría una no muy grata sorpresa cuando llegara y la viera rodeada de gente, su gente que ahora también la apreciaba a ella.

Sabía que Renzo la estaba engañando. Se lo había dicho Aurora, sin preámbulos, la noche anterior, pero no había intentado descubrir su mentira. Solo tenía unas horas y no iba a desperdiciarlas en averiguaciones de las que no sacaría más conclusiones que las que había sacado. Nadie le diría nada porque lo estaban apañando a él. Por lo menos sabía que Renzo Valentín no era un haragán, sino que tenía tanto dinero que no necesitaba trabajar.

Su casa era el motivo de sus deducciones. Temprano esa mañana se había subido a la camioneta de Ernestina para ir a conocer la casa de Renzo, y de solo ver el parque se quedó de piedra. Allí había plantas por un valor incalculable. Ella había trabajado para una empresa constructora y sabía el valor de cada palmera Pindo que había hecho poner en el jardín, y no era la única planta costosa que había. Inclusive el extensísimo sendero de tablones de madera envejecida era un lujo que pocos se podían permitir. Ni hablar de la pileta que tenía sobre una loma. Elevar o cavar un terreno era un tema muy costoso, y él había subido y bajado el terreno, generando lomadas que hacían lucir cada detalle que había puesto en el parque. El costo del paisajista y el parque equivalía al departamento que ella había perdido, y no era poco. Ni hablar del valor de la casa de dos plantas completas, con dos buhardillas en una tercera planta. No solo tenía mucha superficie cubierta, sino que no había escatimado en gastos porque todo era de la mejor calidad. De solo ver la cantidad de techos cayendo a dos aguas, y el número de aberturas de madera de cedro, sabía que le habían costado un ojo de la cara.

Renzo Valentín era un hombre de dinero, por eso podía darse el lujo de pasar el día en el bar, o de perder el tiempo con ella en un mísero huerto de verduras. Lo que no entendía era por qué había aceptado su pobre propuesta de ser un peón a su cargo, acatando cada una de sus órdenes por más ridículas que fueran. Si de algo podía estar segura, era de que esa casa no se la había pagado cortando verduras en los huertos. De ese trabajo él no sabía nada, se dijo convencida. Tal vez sería mecánico, como había dejado deslizar Aldo dos días antes, aunque lo descartó porque un mecánico de pueblo no podía vivir de esa forma. Tampoco lo mantenía el padre, que tenía una casa agradable pero no los lujos de su hijo.

Salió a la galería con el café en la mano para tomar ese aire puro impregnado de aroma a flores del jardín de Ernestina. Era bello y cuidado pero no había gran inversión de plantas, sino años de espera para que los árboles adquirieran tamaño. Tampoco había demasiadas plantas exóticas, solo un par de palmeras pequeñas que no costaban demasiado dinero. En cambio, el de Renzo había sido sacado de un vivero y plantado allí. Eso hacía la gente de dinero, compraba con dinero la frondosidad y altura de las plantas de sus parques.

Sintió un ruido de motor y oteó el camino que conducía a la casa de Aldo, pero no había polvo que indicara que era él quien se acercaba. Echó un vistazo hacia la izquierda y para su horror descubrió que el polvo venía del camino que había transitado esa mañana, el de la gran casa del potentado. Entró en pánico porque no quería verlo hasta la noche. Y sin pensar lo que hacía, dejó la taza de café sobre la baranda de madera de la galería y salió a la carrera por el camino que la llevaba a la casa de Aldo, que estaba justo a su derecha.

Después de caminar aterrada durante cinco minutos, largó una carcajada histérica pensando en la idiotez que había cometido, porque ella nunca se aventuraba a caminar sola más allá del parque de Ernestina. “Que no se me cruce una víbora y mucho menos un puma”, iba repitiendo mentalmente mientras el corazón le martilleaba en el pecho. ¿Cuánto le faltaría? Ella lo había recorrido en la camioneta de Ernestina en cinco minutos, pero a pie parecía eterno. Sentía el ruido ensordecedor de las cigarras y otros más, pero no tenía idea que bichos serían, ni quería enterarse. Mejor era la ignorancia a descubrir que era el ruido de alguna víbora.

Odiaba sentirse insegura y atrapada en medio de esas soledades, a la buena voluntad de animales depredadores que querían asesinarla. Lo único que se le ocurrió fue rogar que no se les ocurriera andar por su mismo camino. Para terminar de morir de susto, sintió otra vez el ruido de un motor que se acercaba. Como delante de ella no se veía polvo, no tuvo que analizar mucho para saber de quién era el coche venía por detrás, siguiéndole los pasos.

¿Qué hago?, pensó mientras se giraba para corroborar sus suposiciones. Allí venía la camioneta negra del innombrable pisándole los talones. “Maldición”, dijo y se internó como una flecha en el monte que tenía a su izquierda. Pasó rauda esquivando arbustos espinosos y pisando pajonales secos, bosta de caballo y nidos de hormiga; sin percatarse que también podría pisar una víbora en su desesperación por evitar al innombrable. Temblaba y sudaba como una posesa, no solo por los animales que la acechaban, aunque eso de asechar era solo una suposición producto de los nervios, sino por el acecho del innombrable.

Renzo no la vio esconderse entre los matorrales, y siguió su marcha hacia la casa de su padre suponiendo que Isabela habría salido disparada hacia allí cuando sintió el motor de la camioneta. La taza de café que había dejado sobre la baranda de la galería estaba caliente, por lo que dedujo que lo había escuchado y había desaparecido. Ella le estaba huyendo y él la entendía. Ya se había enterado del problema de la noche anterior en el pueblo, y de las confesiones a media de Aurora en la que le había hecho conocer que él no necesitaba el trabajo que ella le había ofrecido. Pero Aurora no se había conformado con eso, sino que le había aconsejado que se llegara a su casa

para que mirara el lujo en el que vivía. Y como si eso no fuera suficiente, le habían dicho que él la había mantenido en la ignorancia porque no confiaba en ella. Si en alguien podía confiar era en ella, que se había entregado a él sin saber lo que tenía; no en todas las admiradoras que decían adorarlo y no podía distinguir si lo que adoraban era a él o a su billetera.

Lo único que lo preocupaba por el momento era que Isabela ya sabía que él la estaba engañando. Al menos habían evitado decirle cómo había conseguido lo que tenía, no por cortesía sino porque el bueno de Felipe las había encarcelado. Prefería ser él quien le dijera que era experto en el tema que los había llevado a fundir el huerto de Ernestina, pero necesitaba hacerlo en privado, solo los dos, para evitarle la vergüenza pública esa noche en el bar. El problema era encontrarla, lo que no le sería fácil con ella jugando a las escondidas.

Llegó a la casa de su padre y en escasos minutos comprobó que no había ido allí. Aldo estaba acucillado en el suelo podando los rosales. Actividad extraña para Aldo, que nunca le importaron los rosales, pensó Renzo preocupado al verlo en una tarea que solía hacer Ernestina.

—Creí que los rosales no te gustaban —dijo Renzo acercándose a Aldo.

—Hay que podarlos y no hay quien lo haga —dijo Aldo sin apartar la vista de las ramas espinosas.

—Tengo entendido que la poda se realiza antes de que acabe el invierno, no en plena floración —aclaró Renzo.

Aldo se levantó del suelo y lo miró con una sonrisa.

—Bueno, entonces estoy cortando las flores marchitas —dijo Aldo para salir del paso—. ¿Cuándo regresaste?

—Llegué un poco antes de las cinco de la mañana —dijo Renzo, y lo distrajo una música conocida—. ¿Ese que está sonando en algún lado, es tu móvil? —preguntó sorprendido porque, a pesar de la insistencia de Ernestina de que lo llevara con él para poder localizarlo, nunca lo tenía encima.

—Así parece —dijo Aldo sin moverse para atenderlo.

—¿No vas a atenderlo? —preguntó Renzo, y lo observó meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No, ya dejará de sonar —dijo como si fuera normal que lo llamaran y no respondiera.

—¿Quieres que conteste yo? —preguntó Renzo cada vez más sorprendido por el extraño comportamiento de su padre. No es que Aldo fuera un adicto al móvil, pero si sonaba lo atendía.

—No hace falta —dijo Aldo, y el teléfono se silenció por un instante—. Ves, ya paró —pero al instante la música volvió a sonar.

—Parece que alguien insiste —dijo Renzo, y caminó por el parque dejándose guiar por el sonido. No estaba lejos, solo oculto del sol bajo unas margaritas—. Es Ernestina —dijo Renzo, y Aldo que se había acercado por detrás le quitó el móvil de las manos antes de que lo atendiera.

—Si necesita hablar conmigo tendrá que volver —fue la respuesta de su padre mientras deslizaba el teléfono en el bolsillo.

—¿Cuántas llamadas al vicio ha hecho?

—Unas cuantas —dijo Aldo, y volvió a acucillarse en el suelo para seguir sacando flores de los rosales—. Si has venido para indagarme, es mejor que te vayas.

—Venía a preguntarte si Isabela estaba acá, pero veo que no —dijo Renzo—. No está en casa de Ernestina y la camioneta está estacionada bajo un árbol.

—Vino hace un par de días y no está muy contenta contigo. No sé que le habrás hecho pero no quería ni escuchar tu nombre —aclaró Aldo a su hijo que lo miraba con el ceño fruncido.

—Me imagino que será por lo que le ha dicho Aurora —dijo refiriéndose a lo que había pasado

la noche anterior. Pero en seguida se dio cuenta de su error, ya que su padre le había dicho que hacía unos días que había estado en su casa. Por qué asunto estaría furiosa con él si habían estado juntos compartiendo una noche gloriosa, al menos lo había sido para él.

—No, ella vino dos días antes. Hasta cuando vas a mantenerla en la mentira, Renzo. Me ha costado mucho solapar la verdad. Ella me vino a pedir que la acompañara para hablar con el dueño de la empresa que le compra las verduras a Ernestina. Quería pedirte un préstamo. También me preguntó por un mecánico que le reparara el coche, y le dije que tú se lo podías arreglar. Al margen de no querer que te acerques a su coche, me preguntó si eras el mecánico del pueblo.

Renzo sonrió, no de forma llana y triunfal, sino con cierta tristeza. No le quedaba mucho tiempo para descubrir el límite de paciencia y tolerancia a las humillaciones que tenía Isabela Brandal. Él sentía que ella no era rencorosa, que sabía perdonar y dejaba pasar muchas cosas para quedarse en el pueblo; pero su mentira tenía las patas muy largas. Él, un experto en huertos orgánicos había permitido que destruyera el huerto de Ernestina, y encima la había dejado en ridículo frente a muchos de los vecinos.

—La estoy buscando para contarle la verdad —dijo Renzo a su padre—. Ahora paso por la casa de Ernestina y le reviso el coche. Esta noche estaré un rato por el bar —dijo como al pasar mientras se marchaba. Tener a su padre cerca sería de gran ayuda si no lograba contarle a Isabela su engaño antes de la noche.

Aldo no necesitaba demasiadas explicaciones para saber que su hijo esperaba apoyo esa noche en el bar. Debería buscar a Isabela para decirle que no era conveniente aparecer por Lo de Carlo después de lo que había sucedido la noche anterior. Aunque supuso que lo que ella más deseaba era estar esa noche para descubrir, cuál era el trabajo tan importante que hacía su hijo y el motivo por el que tantas mujeres se lo disputaban. Suponía que ya se habría acercado a la casa de Renzo, y habiendo sido una ejecutiva de una constructora no le hacía falta averiguar demasiado para saber la inversión que había hecho en la finca.

Aldo se sentía ansioso y frustrado. Dos mujeres de la misma familia lo estaban volviendo loco. Ernestina no había parado de llamar desde que él fue a increpar a Lidia sin demasiados resultados. Estaba tan indignado con ella que prefería no atenderla para no decirle todo lo que venía pensando desde que se marchó. Sí iba a largarle unas cuantas verdades, quería tenerla frente a él para ver su maldita reacción, esa que sabía esconder muy bien. Según Lidia, estaba al caer. Pues que cayera, ya que él estaba ansioso esperando su regreso para descargar en ella un sin número de maldiciones por todas las barbaridades que había hecho.

Y como si no tuviera demasiados problemas con Ernestina, ahora tenía a su sobrina que pretendía ir al bar de Carlo a escuchar cómo todos se habían burlado de ella. También tendría que ver cómo se marchaba de sus vidas después de conocer la verdad que su hijo se había encargado de ocultar, comprometiendo a cada uno de los estúpidos pueblerinos que lo apañaban; con él incluido, maldición. Ya estaba harto de solapar las tonteras de sus hijos. Con Gina y Rosalía tenía más que suficiente para estar ocupándose también de los errores de Renzo. Las pocas veces que se quedaba solo para disfrutar de unos días de silencio, o una noche de pesca, o de unas horas de placer con alguna de sus amantes; tenía que preocuparse por Ernestina, Isabela y el poco inteligente de su hijo, que en lo referido a las mujeres estaba demostrando una tremenda incapacidad para conquistarlas.

A Renzo siempre le había resultado fácil la conquista porque las había tenido comiendo de su mano, pero Isabela no comía de la mano de nadie y Renzo no sabía cómo desenvolverse con ella. Tenía que actuar con celeridad para tratar de solucionar el asunto, se dijo Aldo mientras salía caminando por el sendero que llegaba a la casa de Ernestina. Seguramente, Isabela escuchó el

ruido de la camioneta de su hijo y se alejó caminando para no encontrarse cara a cara con él, y estaría vagando aterrorizada por los montes, o quizás se había perdido en su desesperación por huir. Él conocía palmo a palmo los terrenos y no demoraría en encontrarla.

La tarde caía vertiginosa y Aldo aún no había encontrado a Isabela. Había recorrido los montes y los campos de pastura sin resultados. Inclusive se había acercado a la casa de Ernestina y lo único que encontró fue una nota que le había dejado su hijo sobre la mesa de la cocina.

“Isabela, dónde corno te has metido, supongo que me lo dirás en cuanto vuelvas. Te cuento que he revisado tu coche y no tenía nada importante. Si te hubieras fijado en la lucecita amarilla que se prende alertando de la falta de gasolina, y luego en la roja que indica que ya no te queda más que el olor, no te habría dejado. Recuérdalo para la próxima vez que manejes. Le he agregado algo de gasolina de mi camioneta, después me la pagarás en especies. Hablando en serio, quiero que sepas que a pesar de algunos errores que he cometido desde que llegaste, conocerte ha cambiado mi vida. Te he extrañado tanto en estos días que tuve que ausentarme, que regresar y no encontrarte me tiene ansioso y preocupado. Por favor, ven a casa en cuanto vuelvas que necesito tenerte en mis brazos, aunque solo sea un instante fugaz. Renzo”.

Aldo se quedó helado ante las palabras afectivas de su hijo. No era tan tonto para conquistar mujeres como el había creído, aunque algún error había cometido para que Isabela no quisiera que se lo nombrara. Bueno, ya arreglarían ellos el asunto, se dijo mientras dejaba la nota en la mesa y salía, antes de que se le fuera la poca luz del día, a buscar a su futura nuera. Ya no tenía dudas que el deseo de Ernestina se estaba haciendo realidad. Si lo supiera, qué feliz se sentiría, pensó.

Al bajar las escalinatas corriendo, la vio aparecer blanca como un papel.

—Hija, dónde estabas que hace dos horas que te busco —dijo Aldo, se acercó y ella se colgó de su cuello como si necesitara que la protegieran. La sintió temblar y le acarició la espalda para clamarla—. ¿Qué te ha pasado, Isabela?

—Creerías si te digo que me perdí.

—Por supuesto, acá es fácil perderse.

—Me escondí de tu hijo cuando escuché su camioneta. Pensaba salir del monte en cuanto lo viera pasar, pero... hay dios, tenía una víbora a medio metro de mi pie y...

Aldo la soltó y le revisó el rostro pálido.

—¿Dónde te pico? —le gritó, y ella lo miró asombrada.

—No me pico, solo que empecé a correr y después me costó regresar porque todo era igual. Casi me he muerto de susto, Aldo, porque pensé que tendría que pasar la noche en el monte rodeada de pumas y víboras, entonces empecé a correr desesperada de un lado a otro, y al final me topé con el camino y... no te imaginas el alivio que sentí al saber que si lo seguía llegaría a algún lado.

—Hay querida, tú y tu tía son iguales. Ella es tan escandalosa como tú. Menos mal que has podido salir ilesa. Nunca más te internes entre los pajonales que son los lugares preferidos de las víboras, y menos por las tardes que es cuando salen a cazar. ¿Me has entendido?

Isabela asintió.

—A partir de ahora prefiero encontrarme a tu hijo, Aldo. Te aseguro que entre dos males, él es el menor a pesar de sus defectos.

—Me dijo que pasaría a revisarte el coche —dijo Aldo sonriendo ante el ceño fruncido de Isabela—. Preferiría que no fueras esta noche a Lo de Carlo. Has tenido un día complicado y...

—Y no quieres que me entere de lo que tu hijo se ha encargado de ocultarme.

—Pregúntale. Estoy seguro de que te contará lo que quieras saber.

—¿Por qué no me lo cuentas tú?

—No me corresponde. Es él quien tiene que aclarar todo esto. Ni yo, ni Aurora, ni nadie del pueblo deberían meterse.

—Está bien, lo pensaré —dijo Isabela, y Aldo supo que iría.

CAPÍTULO 16

La noche era fresca. Una brisa del sur se llevaba el calor de finales de enero. Desde la ventanilla del taxi Ernestina veía el movimiento de las personas que caminaban por las calles de Jesús María, una ciudad de treinta mil habitantes que estaba a pocos kilómetros de Paraíso, su pueblo de toda la vida. Pocas veces salía del mundo pequeño en el que había vivido desde que nació. Allí siempre se había sentido a gusto, rodeada de gente que quería y la querían. Haberse fugado durante diez días de la rutina de una vida entera le había permitido pensar con calma lo que se había perdido de vivir, o no.

Los primeros días de su partida se dejó seducir por los placeres de la gran ciudad, los teatros, los cines, las confiterías en cada esquina, la gente caminando aquí y allá, los colectivos, los taxis... En su pueblo no había teatros ni cines, y solo tenían el bar de Carlo, el restaurante de Ada, el club de campo para hacer picnic y los bailes en el club. En realidad el club se usaba para todo, cumpleaños, casamientos, fiestas para recaudar fondos, partidos de fútbol, clases de gimnasia o de manualidades, partidas de cartas o reuniones improvisadas.

Con el correr de los días comenzó a extrañar las conversaciones con Lidia, las palabras que cruzaba con Margarita cuando iba a comprar el pan, y la gaseosa que le ofrecía Carlo cada vez que iba al centro por las tardes. Ese centro solo tenía unos pocos y justos negocios pero era el lugar donde estaban sus amigos. Extrañaba a las chicas, como llamaba a Rosalía y Gina; a su sobrina, que estaba sola en esa casa perdida en medio de la nada; a Renzo con sus consejos, sus visitas y su incondicional ayuda a pesar de que nunca se la había pedido; y a Aldo, sobre todo a Aldo.

Sabía que Aldo estaría tan perdido sin ella como lo estaba ella sin él. En realidad los motivos debían ser diferentes. Él estaba acostumbrado a tener todo en orden y su ausencia le habría complicado la vida. En cambio, ella lo extrañaba de otra forma, y eso la tenía asustada. Durante casi veintiocho años había estado a su lado, y le bastaron diez días de ausencia para corroborar que no podía vivir sin él, aunque solo fuera esa vida de compartir algunas cosas y otras no. Pero lo necesitaba y no estaba dispuesta a dejar a esas dos niñas mimadas a cargo de la casa. Ella no podía irse de sus vidas, porque era parte de ellos aunque solo fuera durante el día y llegada la noche tuviera que regresar a la soledad de su casa, pero con la certeza de que al día siguiente lo volvería a ver.

No era mucho lo que pedía, solo continuar como estaban antes de la llegada de Isabela. Eso mismo había querido decirle por teléfono, pero él debía estar furioso con su partida, o mejor dicho su huida, porque no le atendía las llamadas.

Al poco de andar, el cartel desvencijado del Paraíso quedó iluminado con las luces del taxi, e ingresaron a las calles polvorientas del Paraíso. Le diría a Felipe que lo enderezara porque daba mal aspecto al pueblo, pensó mientras recorría con nuevos ojos su pueblo.

—Estacione en la plaza —dijo Ernestina.

No quería ir a su casa sin antes averiguar en qué andaría su sobrina y cómo estaba Aldo, y quién mejor que Lidia para darle la información.

El chofer asintió.

Apenas eran las ocho de la noche, pero, como todos los sábados, ya comenzaba a congregarse gente alrededor de la plaza, en el bar de Carlo, y algunos vecinos que cenaban temprano ocupaban mesas en el restaurante de Ada.

Ernestina vio a Aldo en una mesa de la vereda del bar con el grupo de amigos de su juventud. Eso era lo lindo del pueblo, que la gente se conocía de siempre y compartían todos los momentos de sus vidas. Aldo salía a pesca o escalar con los mismos amigos que se reunía cada tarde en el café para conversar sobre los problemas de los campos. También ella solía reunirse con sus amigas de la juventud, aunque con la que más congeniaba era con Lidia, porque las dos estaban solas, sin marido ni hijos. Lidia había sido tan selectiva que quedó soltera, no solterona como solía decir aclarando que tenía su aventura en otro lado; en cambio ella había vivido como una monja de clausura, solo le había faltado ponerse tras unas rejas y rezar por turnos.

Ernestina no vio a Renzo ni a su sobrina, y se ilusionó imaginándolos juntos. Lidia no le había hablado de ellos porque no sabía nada. Según ella, tanto Renzo como Isabela se mantenían callados respecto al avance o no de su relación, y nunca estaban juntos en el pueblo porque su sobrina venía poco para no generar problemas. Sabía que Gina y Rosalía no estaban, por lo que no se sorprendió de que estuvieran ausentes.

El taxi estacionó frente al bar de Carlo. Ernestina juntó coraje y bajó. El chofer dejó sus bolsos en la vereda del bar, y Ernestina se quedó de pie, observando la mirada desconcertada de sus amigos.

Lidia, que estaba en una mesa contigua a la de Aldo, se levantó y comenzó a exagerar con las manos.

—¡Dios mío!, para que te habré dicho yo que te arregles, ahora nos vas a opacar a todas. ¡Mira, mira en lo que te has convertido! —gritó Lidia a viva voz para que todos se giraran a mirar a Ernestina.

Ernestina sonrió y negó con la cabeza. Ya sabía que Lidia armaría un escándalo, era inevitable, por lo que caminó pausada hacia ella. De refilón vio que Carlo se ponía de pie y tumbaba la silla, quizá, por el asombro, o debido a los nervios al verla tan elegante con su pantalón crema y la camisa de seda verde entallada al cuerpo. Su cuerpo no había perdido armonía, sino que había ganado algunos kilos que le sentaban bien. Llevaba un maquillaje discreto y un labial rosa que le daba un toque delicado. Ella tenía los labios rojos como su sobrina y le gustaba disimularlos con tonos claros. Lo que más trabajo le había costado recuperar era el cabello. Se lo había cortado en escalera por debajo del hombro y tenía suaves ondas que hacían resaltar sus rasgos, tan delicados como los de Isabela, nariz pequeña, pómulos marcados y ojos rasgados de color ámbar que a veces se deslizaba al gris, aunque nunca acerado porque brillaban dándole calidez en la mirada.

Vio que Aldo seguía sentado en su silla evitando mirarla directamente, como si estuviera enojado con ella, o quizá no le estaba gustando su nueva apariencia que llamaba bastante la atención. Si bien se contenía de observarla abiertamente, en varias oportunidades la mirada de él se cruzó como una ráfaga pasajera con la suya, ya que al sentirse observado la desviaba.

Ya estaba junto a Lidia, y las dos se estrecharon en un abrazo cariñoso.

—¡Cuántas veces te dije que te arreglaras, pero tú solo le has hecho caso a tu sobrina! No importa, no me enojo. Estás... estás tan bella como cuando eras una jovencita. Recuerdas como nos miraban estos hombres —dijo Lidia señalando la mesa de Aldo.

—Nunca las dejamos de mirar, señoras —dijo Rivera, el farmacéutico—. Ernestina, estás fantástica, me alegro de que estés de vuelta, aunque no sé si nos resistiremos a tus encantos ahora que somos adultos.

Ernestina rió y miró a Aldo, que giraba el vaso de cerveza como si estuviera nervioso, y el muy tonto seguía evitando mirarla.

—Tú cállate que estás casado y si se entera Gloria que andas mariposeando te va a dejar fuera de la casa —dijo Ernestina, y sonrió a Gloria que en ese momento se acercaba a ella.

—Me encanta verte así, como eras antes. Bienvenida a casa —dijo Gloria, y la abrazó.

—¡Dios mío, mujer! ¡Acaso quieres provocar divorcios en cadena! —dijo Estelita, la esposa de Hermes. Se acercó, y con sus brazos de acero la apretó tan fuerte contra su gordito cuerpo que le cortó el aire. Luego la alejó para repasarla con la mirada, y si no la hubiera sostenido por los hombros Ernestina habría ido a parar de traste a la calle. Qué fuerza, pensó Ernestina mientras le sonreía.

Hasta la maldita sonrisa había recuperado, pensó Aldo al echarle una rápida mirada. Ella sonreía con la seguridad de antes, cuando se sabía la más impactante, y eso le molestó porque todos estarían pendientes de su transformación. Pensar que él la había tenido durante más veintisiete años descuidada, y ahora que estaba renovada y segura no la tenía, porque ella no se dirigió primero a él, sino que se dedicó a mariposear como lo hacía antaño.

Carlo tomó coraje, y se acercó caminando lento y con una sonrisa de admiración. Le tomó la mano y se la besó como un caballero del siglo XIX.

—Bella, con o sin arreglo, la más bella de las mujeres. Espero que sigas aceptando mis invitaciones, querida —el apelativo de querida a Ernestina nunca le había gustado, pero esta vez no dijo nada.

—Por supuesto, es nuestra rutina —contestó, y miró a Aldo. Su gesto adusto la sorprendió. Estaba enojado o nervioso, se dijo al descubrir los nudillos blancos de tanto apretar el vaso en su mano.

Se acercó a él hasta pararse junto a su silla. Seguía sin mirarla, como si no le importara su regreso, o quizá le molestaba su cambio.

—Aldo —dijo Ernestina, y él tuvo que levantar el rostro para mirarla. Había dolor en esos ojos verdes; y miedo, se dijo Ernestina. Entonces se animó a seguir hablando—. ¿No me vas a saludar?

Por fin él se dignó a levantarse. Era bastante más alto que ella y tuvo que inclinar el rostro para mirarla. Estaba tan impactante como en su juventud, o más que en aquella época porque la madurez le sentaba demasiado bien. Era el tipo de mujer que los años le hacían ganar elegancia, pensó, pero no se lo pensaba decir.

Ernestina le enmarcó el rostro con las manos antes de hablar.

—Te he extrañado... tanto —dijo confesándole una verdad que nunca se hubiera animado a revelar.

Entonces, el miedo y el dolor de Aldo se diluyeron y la estrecho en sus brazos, tan delicadamente que Ernestina creía que una brisa la acariciaba, pero no era la brisa sino las manos de Aldo que parecían suave seda sobre su espalda. Aldo le besó el cabello y le dijo.

—Yo también... mucho —solo fue un susurro que nadie escuchó—. Te quiero de vuelta en casa, por favor dime que sí.

En casa, no en mi casa, pensó Ernestina; y la dicha de tenerlo tan cerca y de escuchar su suplica le iluminó el rostro.

—Sí —dijo Ernestina, y el abrazo de Aldo se hizo posesivo, como si temiera que ella se diluyera frente a sus ojos. Ernestina le rodeó la espalda con las manos y se sintió feliz. No sabía cómo seguirían sus vidas, pero al menos tenía la convicción de que seguirían como antes, con ella moviéndose por la casa de Aldo como si fuera suya y con él trabajando en el campo sin preocuparse por temas domésticos.

Poco duró el encantamiento, porque Aldo sabiendo que estaban dando un espectáculo se separó de ella y le sonrió, aunque Ernestina detectó el enojo en su mirada.

—Esta noche no voy a discutir contigo porque acabas de llegar, pero mañana... mañana me vas a escuchar —dijo, y se sentó para seguir disfrutando de la conversación con sus amigos.

Aldo estaba feliz con su regreso, pero la gente los miraba y no quería que ella fuera la comidilla de los vecinos. Además, la indignación que sentía desde su huida no se la iba a perdonar tan fácil y mucho menos guardar, se dijo mientras trataba de ignorarla. Pero cómo ignorarla si estaba hermosa con el cambio que había hecho. Y comprobó con disgusto que seguía atrayendo todas las malditas miradas de los hombres, inclusive de los casados. Las mujeres siempre la habían admirado y nunca la envidiaron porque ella era espontánea y no tenía ánimo de provocar celos en sus amigas. Tampoco era mujer de andar corriendo tras los hombres, simplemente era tan bella y encantadora que provocaba sin saberlo. Solo Laura había tenido esos celos enfermizos que terminaron por desquiciarla.

Ernestina no se molestó por su brusco distanciamiento, por el contrario, prefería escuchar sus bravuconadas en la intimidad y no frente a todos sus amigos. Se alejó y fue a sentarse junto Lidia, que la aguardaba tamborileando los dedos en la mesa.

—¿Y esa intimidad, qué fue? —dijo Lidia en un susurro.

—Nos extrañamos, creo —respondió Ernestina—. Son tantos años juntos, Lidia, que...

—No sé cómo has aguantado todos estos años sin tirártelo —dijo de forma directa.

Ernestina la miró asombrada y luego estalló en una carcajada. Aldo se giró para mirarla, y ella le sonrió antes de inclinarse para susurrarle a Lidia.

—No te imaginas las ganas que tengo —Ernestina se ruborizó ante su propia audacia—. Dios, no sé ni lo que digo.

—Creo que lo sabes, solo que nunca lo expresaste en voz alta, ¿no? —dijo Lidia.

—Cuéntame de Isabela —pidió Ernestina para cambiar de tema.

—Anoche se armó la gorda. Fue realmente un escándalo, y lo provocó ella.

—No me sorprende. De Isabela ya puedo esperar cualquier cosa. Mira lo que me ha hecho hacer —dijo señalando su cambio.

—Eso es lo mejor que ha hecho. Por fin eres tú sin camuflajes —dijo Lidia, y apoyó su mano con cariño sobre la de su amiga. Ernestina le sonrió, y Lidia se puso en práctica—. Te cuento lo que pasó anoche. La muy caradura se presentó en la tienda a retirar el vaquero y la camisa que me había encargado, ese que generó la pelea entre Florencia y Aurora en la calle, recuerdas; creo que fue antes de que te fueras.

—Claro que lo recuerdo. Inclusive pensé que mi sobrina había decidido no retirarlos para evitar un altercado —dijo Ernestina recordando que le había preguntado qué haría con las prendas que había reservado, y ella le había respondido, ya no sé si me gustan. Lo que no era cierto porque unos días antes le había comentado lo lindo que le quedaba el pantalón.

—¡Qué iba a desistir! Salió con la bolsa, y aprovechando que estaban Aurora y Florencia sacó el pantalón y lo hizo flamear frente a sus narices como si fuera la bandera de triunfo.

—¡Dios mío!, qué chica loca —dijo Ernestina, y se echó a reír—. Me imagino la bronca de Aurorita.

—No creo que te la puedas imaginar. Esa chica parecía un perro rabioso, estaba realmente trastornada y... empezó a contar cosas de Renzo...

—¡Oh! ¡Qué barbaridad! No me digas que mi sobrina se ha enterado de todo y se ha ido del pueblo —ya no reía, sino que dejaba ver su preocupación.

—De casi todo. Solo le faltó decirle que es especialista en huertas orgánicas, porque Felipe las encarceló a todas antes de que siguiera escupiendo información —dijo Lidia con una amplia sonrisa—. No sabes lo que disfruté al ver como se llevaban a Aurorita, tan arrogante, tan pagada de sí misma.

—Cuando te refieres a todas ¿de quiénes hablas?

—De Florencia porque le dio un puñetazo en la nariz a Felipe. Y a Caty no sé qué le pasó, porque esa chica en un ángel, pero ayer le clavó a Isabela el taco aguja en la pierna —dijo Lidia, y sonrió ante el recuerdo.

—¡Madre mía! ¿Qué voy a hacer con mi sobrina? —preguntó Ernestina más para sí que para Lidia—. Entonces no se ha ido, sino que ha decidido guardarse unos días.

—No, que se va a guardar. Aldo me acaba de contar que por esconderse de Renzo se internó en el monte, y cuando vio una víbora echó a correr y se perdió. Se ha dado un susto de muerte. Por eso todavía no ha llegado al pueblo, sino te aseguro que estaría acá intentando averiguar todo lo que le falta saber de la vida de Renzo —dijo Lidia, y sonrió cuando a Ernestina se le iluminó la mirada.

Ernestina se giró para mirar a Aldo con una sonrisa de triunfo. Y descubrió que él, ajeno a la conversación de sus amigos, no le apartaba la mirada, inclusive le sonrió con camaradería, como si compartiera su mismo regocijo al enterarse de que su sobrina había dejado de pensar en la ropa para pensar en Renzo.

Aldo, sin saludar a sus amigos, se levantó y se acercó a su mesa. Su andar pausado y armonioso demostraba una serenidad que no sentía porque el pulso le latía con fuerza. Ella estaba tan hermosa, tan radiante y tan feliz, que le había hecho hervir la sangre.

Aldo siempre había sido un hombre sencillo y de perfil bajo, pero en ese momento parecía dispuesto a desplegar todos sus encantos, porque sus ojos recorrían el cuerpo de Ernestina y su sonrisa le hacía promesas silenciosas.

Ernestina se estremeció cuando él la tomó del brazo y sin permiso la levantó de la silla.

—Ya han cotilleado demasiado, es tarde, mejor nos vamos —dijo Aldo como si fuera un hecho que se iría con él.

—Aún no hablé con Lidia sobre las prendas hermosas que compré para su tienda —se quejó Ernestina, aunque no se resistió a ser arrastrada por él, que parecía no escuchar sus quejas.

Lidia se quedó asombrada, pero no se atrevió a comentar la actitud posesiva de Aldo. Él nunca había actuado así con Ernestina, inclusive solía encontrarse con ella en el centro y ni siquiera cruzaban una palabra, aunque todos sabían que el motivo era porque acababan de despedirse en su casa. Llevaban una vida extraña, de mucho compañerismo y nada de intimidad a pesar de la cercanía que había entre ellos. Si bien no cruzaban palabra ni llegaban juntos al pueblo, era común que se buscaran con la mirada, como si necesitaran corroborar la presencia del otro, o como si se sintieran bien al saber que el otro estaba cerca. En cambio, esa noche, Aldo no había podido apartar los ojos de Ernestina, y tampoco había perdido ni un detalle de la conversación, es decir, que por primera vez estaba demostrando intereses más íntimos hacia su amiga, y Lidia se alegró por ellos.

—Cuando vacíe los bolsos va a poder apreciar que las prendas son hermosas —dijo Aldo sin mirarla. Abrió la puerta de la camioneta que estaba a unos escasos metros, y esperó que subiera para cerrarla.

Ernestina no dijo nada, solo aguardó a que regresara con la valija que había dejado en la vereda del bar.

Recorrieron las pocas cuadras del centro en silencio. La noche era clara. La luna redonda y cientos de estrellas refulgían en el cielo. Cuando ingresaron al camino que llevaba a sus casas Ernestina le preguntó:

—¿Por qué no me cuentas los avances de la relación entre Renzo e Isabela?

—¿Qué quieres saber?

—Ya sabes.

—Entonces te digo que sí, que tenías algo de razón. Hay mucha chispa entre ellos. Justo hoy encontré sobre la mesa de tu cocina una carta que le dejó mi hijo, y era bastante íntima —no la miraba porque estaba concentrado en el camino, pero sabía que estaría sonriendo.

—Lástima que él haya empezado todo con mentiras.

—Sin esas mentiras no estarían donde están —dijo Aldo.

—Puede ser. Espero que cuando mi sobrina se entere de la verdad, se quede —comentó Ernestina.

—Tiene una predisposición especial para tolerar los atropellos y las humillaciones. Aunque no sé si va a soportar lo que le ha hecho mi hijo. Esperemos que no se le dé por huir como a su tía —dijo Aldo, y esta vez sí la miró. No era el seductor que la arrastró hasta la camioneta, sino un hombre enojado, se dijo Ernestina.

Ella le sonrió, y le preguntó.

—¿Cómo te las arreglaste con la casa y las chicas?

—Normal —dijo Aldo, aunque su respuesta sonó forzada y Ernestina rió—. No te burles de las desgracias ajenas.

—Es que me imagino a las chicas cocinando y...

—Rosalía.

—¿Cómo?

—Solo cocinaba Rosalía y... ya estoy asqueado de sus comidas quemadas. Menos mal que se fue de vacaciones.

—No puedo creer que estés feliz con su ausencia —dijo Ernestina sorprendida porque era un padre bastante protector.

—Por supuesto que estoy feliz. Y más feliz de que también se fuera Gina. Imagínate, tengo la casa para mí solo, el sillón de la sala para mí solo, y el televisor para ver los deportes sin que nadie me cambie el canal —dijo exagerando las palabras—. Si quieres puedes acompañarme unas horas hasta que Renzo se vaya de tu casa.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Ernestina.

—Antes de pasar por el bar me acerqué a su casa para contarle lo que le pasó a tu sobrina, y supongo que debe haber ido a verla.

—Tú crees que él y ella...

—Sí. Por eso me parece que lo mejor sería que vinieras conmigo a ver algún partido de fútbol, o tal vez la pesca del salmón que anunciaron esta tarde en el Discovery —la miró, y se sobresaltó al ver que Ernestina retorció las manos con nerviosismo ante su invitación. Acaso había olvidado que era habitual en ellos sentarse algunas veces a mirar televisión juntos, y comprobó que el nerviosismo de ella se le contagió a él. Ella estaba tan adorable con el cabello cuidado y esas prendas que marcaban su figura, que sus pensamientos se dispararon a lugares prohibidos. Al echarle un vistazo fugaz se percató de que dos botones de la camisa estaban desabrochados y tenía al descubierto el nacimiento de los pechos. ¿Cuánto hacía de que no le miraba los pechos? Desde que era una jovencita, recordó y desvió la vista al camino para dejar de pensar en Ernestina como si fuera un postre a saborear. ¡Mentiroso!, se dijo, él siempre la había considerado deseable a pesar de sus ropas anchas. Pero justamente sus ropas anchas le habían permitido dejar de imaginar lo que había debajo, aunque algunas veces se descubría imaginando cómo estaría después de tantos años. Ahora estaba comprobando lo bien que estaba, y eso le hacía hervir la sangre.

—Está bien, voy a quedarme en la habitación de Gina o Rosalía para no interrumpir a los chicos —dijo Ernestina lo más campante.

Aldo se removió incomodo en la butaca de la camioneta, él no la había invitado a pasar la

noche, solo un par de horas; y sintió que esas palabras le habían despertado la libido. ¿Cómo iba a pegar ojo sabiendo que estaría en el cuarto contiguo?

—Me parece bien —dijo con voz ronca.

El trayecto restante lo hicieron en silencio, aunque no era mucho lo que faltaba para llegar, solo unos escasos metros hasta la casa. Ella se bajó antes de que él le abriera la puerta y entró en la casa sin esperarlo. Aldo agradeció el distanciamiento y se entretuvo más de lo necesario sacando la maleta y cerrando la camioneta mientras intentaba calmarse. Luego la siguió, los nervios a punto de estallar por lo que podía llegar a pasar si no lograba contener las ganas de desprender el resto de los botones de la camisa provocadora que llevaba puesta. Miró el pantalón crema que le marcaba el trasero y... ¡Por Dios!, si prácticamente la estaba viendo desnuda. Eso era un grave error, se dijo mientras subía las escaleras de la galería intentando calmar su deseo.

Ernestina estaba parada en la sala admirando el cambio de lugar de los muebles, y su sonrisa de regocijo hizo temblar de ansiedad a Aldo. No solo era su ropa provocadora lo que lo tenía ansioso, sino ella con su maldito abandono que lo había llevado a pensar en temas pasados y olvidados. De joven ella lo había intimidado de tal forma con su apariencia que se había casado con otra. El único que se había atrevido a lanzarse a la pileta había sido el mequetrefe de Ernesto, y el muy maldito la había dejado por su hermana quitándole a latigazos la autoestima. Las vueltas de la vida se la habían servido en bandeja de plata, y ni así la había marcado como propia. Solo cuando llegó su sobrina y ella huyó, sintió el vacío que había dejado su ausencia. Ahora estaba allí, en el lugar donde tantas veces había cambiado los muebles de lugar, mirando un cambio que no había hecho ella.

—Aldo, las chicas no son ningunas inútiles —admiró Ernestina señalando el orden y el buen gusto para colocar los muebles.

—Si hubieras llegado unos días antes podrías haber visto lo inútiles que son. Esto —señaló la sala—, es obra de tu sobrina que vino hace un par de días y enderezó los desastres, inclusive me dejó preparado un estofado delicioso —dijo Aldo.

Ernestina se giró para mirarlo, y largó una carcajada.

—Qué mal lo he hecho con tus hijas.

—Para ocuparse de la casa no sirven —dijo Aldo, y se acercó unos pasos a ella. Qué estaba haciendo, se dijo al comprender que estaba a punto de atraerla a sus brazos. Por suerte, recupero el juicio, se giró y volvió sobre sus pasos para entrar a la cocina—. ¿Quieres cerveza, o prefieres que prepare algo de comer?

—Te ayudo a preparar una picada y la comemos mirando alguno de tus programas de deporte preferido, aunque te digo que preferiría mirar una película, de esas bien románticas que tanto me gustan. Pero como sé que sería torturarte, voy a mirar lo que tú mires, después de todo soy una convidada de piedra.

Aldo no creía que en ese preciso momento ella fuera de piedra, sino con curvas blandas y maleables, inclusive le gustaría comprobar con caricias aquí y allá cuán maleable era. Supuso que con esos pensamientos no le convendría darle el gusto con sus películas melosas, pero de su boca salió justo lo contrario a sus suposiciones.

—Bien, elige la película que voy a tratar de no hacer ningún comentario desagradable —dijo Aldo mientras rebuscaba en la heladera un poco de queso y fiambre para trozas.

La película no fue de amor como Aldo suponía, sino de lucha por sobrevivir a los avatares de la vida y de encontrar la felicidad en los pequeños acontecimientos. Y allí estaba él sentado en el sillón de la sala mirando como Ernestina derramaba lágrimas por el doloroso destino de la protagonista. Sintió que se le secaba la boca y sin pensarlo la atrajo a sus brazos.

—Sí serás tonta, solo es una película pero tú siempre terminas llorando —dijo Aldo, y se sorprendió de que ella le permitiera ese contacto que siempre rechazaba.

Ni siquiera Ernestina sabía por qué le estaba permitiendo el abrazo, quizás eran los diez días separados sumado al abrazo posesivo que le había dado momentos antes en Lo de Carlo. Qué importaba, si por fin se sentía en casa, se dijo; y habló de la película como si lo que estaban compartiendo fuera normal entre ellos.

—Es que lo único que le quedaba era el perro, y viene y se lo pisa un camión. Cómo crees que pueda seguir viviendo después de haberlo perdido todo. Al final se quedó sola en ese páramo donde no vive nadie. Una mujer no puede vivir así, Aldo —dijo Ernestina como si lo acontecido fuera real.

—Eso es porque no buscas alternativas. Para mí que un viajero perdido le llegó justo después del final y le hizo cosas indecentes que le hicieron olvidar al perro y a todas las pérdidas anteriores. Creo que encontró la felicidad tras el final, solo que no te lo mostraron —dijo Aldo acariciándole la espalda.

Eso la hizo sonreír, aunque se le borró la sonrisa porque lo que estaba sucediendo no tenía nada de normal, ella sentía un ramalazo de deseo con sus palabras lujuriosas y esas suaves caricias en la espalda. Ellos no se comportaban así. Aldo era un hombre fiel a su esposa muerta y solo tenía aventuras ocasionales con algunas mujeres que rehuían al compromiso tanto como él. Había sido el único hombre que la había hecho vibrar de deseo, pero siempre había sido inalcanzable, por lo que había preferido mantener la distancia para conservar la amistad que compartían. Por qué ahora estaba tirando todas sus decisiones por la borda. Los diez días. Los largos e insoportables diez días de no verlo estaban haciendo estragos en sus convicciones.

—¿Por qué me abandonaste, Tina?, ¿por qué me dejaste solo? —la acercó a su cuerpo y le acariciaba la espalda con las manos, apenas roces que la hacían estremecer—. Dime la verdad.

¡Tina!, la había llamado con el apelativo que usaban todos en su juventud, se preguntó asombrada. Aldo era un hombre formal que sabía guardar las distancias y siempre la llamaba Ernestina. Pero en ese momento parecía tener la misma dificultad que ella para mantener la distancia, porque se comportaba como un amante posesivo, no solo por el uso del apelativo sino por sus caricias que ya nada tenían de consoladoras.

—Quería estar sola unos días para pensar —susurró Ernestina sin querer detenerlo y mucho menos pensar adónde la llevaría esta situación que se estaba desatando entre ellos. Ya había pensado muchos años, y estos diez días de ausencia no había hecho otra cosa que pensar, por eso se dijo que lo mejor era dejarse llevar por lo que sentía.

—¿Pensar en qué? —preguntó Aldo preocupado de que estuviera pensando en alejarse de él.

—En cómo seguir mi vida. Desde que Ernesto y Marta decidieron huir no he pensado en mí como mujer. La llegada de mi sobrina, ese torbellino que me amenazó con irse si no cambiaba mi aspecto, me hizo recapacitar. He estado dejándome llevar por la vida sin preguntarme si era así como la quería vivir. Solo me levantaba, atendía el huerto, tu casa, aconsejaba a las chicas, inclusive dirigía a Clara en las tareas, y por las noches regresaba a mi casa y me sentía sola. Ya sé que tú siempre venías a tomar una cerveza, pero después...

Después él se iba, pensó Aldo. Qué diría si supiera que las pocas veces que ella se dejaba abrazar él tenía que terminar la noche tocando la puerta de alguna de sus amigas para calmar el deseo; y si supiera que cuando era joven no podía controlar la erección que le provoca el verla contorneándose por la plaza, qué diría. Y que diría si le contara que a veces trataba de imaginársela sin las prendas holgadas que usaba para ocultar su belleza. Con un brazo la atrajo junto a él y la mano libre comenzó a ascender y descender por su columna hasta el nacimiento de

su trasero, sin atreverse a traspasar la línea pero esperando su reacción, que hasta el momento estaba aletargada. Era otra Ernestina la que había regresado, no solo por la apariencia sino porque lo estaba dejando traspasar los límites que antes había impuesto con tanto ímpetu.

—¡Aldo! —fue un susurro, y Aldo lo tomó como una débil invitación.

—¿Qué? —preguntó mientras seguía acariciando cada vez más abajo al ver que ella no lo rechazaba.

—¡Qué estás haciendo! Suéltame que no quiero perder tu amistad.

—Quien te ha dicho que la vas a perder —recorrió el contorno de la cintura y el vientre.

—¡Estás loco!, solo es deseo por el cambio que he hecho, ¿no?

—Quizá. Me he vuelto loco sin ti, no puedo estar sin tenerte cerca.

—Aldo, solo estás confundido por mi cambio. Son mis prendas apretadas y... el maquillaje y... el cabello cuidado...

—Seguro que sí, no puedo apartar mis ojos de tus pechos y me molesta que todos esos pueblerinos babosos te los mire con tanto descaró —dijo mientras bajaba su boca al nacimiento de sus pechos.

—Aldo, cuando recapacites por el disparate que estás cometiendo te vas a arrepentir, y no quiero perderte.

—Yo tampoco quiero perderte.

—No me vas a perder si seguimos como antes. Nos llevamos bien, nunca hemos discutido y no quiero arruinar nuestra hermosa amistad —dijo Ernestina. Sus caricias la estaban haciendo ceder, porque él estaba desprendiendo los botones de su blusa de seda sin que ella reaccionara—. Aldo, tienes que entrar en razón.

—No quiero seguir como antes. Quiero dejar a mis amantes y tenerte a ti cuando los dos tengamos necesidad.

—¿Aldo, me estás proponiendo que seamos amantes?

—Sí, querida, quiero que seas mi amante —dijo Aldo.

Ernestina estalló en una carcajada, y a Aldo se le quitó, el entusiasmo, la erección y las ganas de seguir abrazándola. En realidad se sintió humillado, y recordó el control que había mantenido en su juventud para no tener que soportar el rechazo de esa mujer que lo volvía loco y le quitaba el juicio; y ahora, siendo ya un adulto y con la experiencia de los años vividos se había dejado llevar por el deseo. Se separó de ella como si quemara, y salió descalzo a la galería para recapacitar. Ella lo llamó a gritos, pero ni loco pensaba regresar, y siguió avanzando como si no la escuchara.

¡Qué había hecho! Se dijo mientras bajaba las escalinatas. Acaso no sabía que Ernestina era inmune a los hombres, que el único que la había tocado era ese mequetrefe de Ernesto, y por lo visto no lo había hecho bien. En qué maldito momento se ilusionó con que ella lo aceptaría, si era una frígida, o una remilgada; o, quizá, una mujer que se sabe de una belleza más allá de lo terrenal, porque de otra manera no habría pasado veintisiete años viviendo como una monja que no necesita de los placeres carnales. Recorrió el parque descalzo sin saber qué hacer, porque no tenía ganas de volver a la casa después de haber quedado como un tonto frente a ella. En realidad, lo que tenía ganas de hacer era subir a la camioneta y recorrer los treinta kilómetros que había hasta la casa de una de sus amantes. Necesitaba descargar su febril deseo durante unas horas y regresar con el cabello revuelto e impregnado de fragancia femenina para, sin decirle nada, dejarle ver que había otras mujeres que siempre lo recibían con los brazos y las piernas abiertas. Él no tenía que rogarle a una histérica que provocaba y luego se echaba atrás, mucho menos si se le reía en la cara.

Y sin dar más vueltas, subió a la camioneta y salió haciendo chirriar los neumáticos.

Ernestina se quedó sola observando cómo Aldo salía furioso por el camino. Ella no había querido burlarse de él, pero su proposición la tomó por sorpresa y la carcajada fue producto de los nervios, no de la burla como pensó él.

Nunca se imaginó siendo la amante de nadie, y menos de Aldo, un hombre que solo había sentido compasión por ella. Si bien él buscaba el contacto, no era más que el consuelo que se le daba a una pobre mujer que había sido humillada por el novio y la hermana el día que la dejaron parada al pie del altar. Después de veintisiete años de aquel hecho, ya estaba harta de dar lástima, aunque Aldo esa noche estaba lejos de sentir lástima. Lo que le había propuesto era una tórrida aventura, y ella lo había rechazado.

Se quedó sentada en el sillón de la sala a esperar que regresara. Seguramente estaba en el bar emborrachándose para olvidar su burla y su desprecio. No es que estuviera pensando en aceptar ser su amante, pero tenía que explicarle que había reaccionado así movida por el asombro, la ansiedad y la falta de práctica para enfrentar esos temas. Después de todo nunca había sido amante de nadie.

Qué podía saber ella de cómo comportarse en una situación a la que no estaba acostumbrada. Se sintió una tonta, y una dolorosa angustia le anudó la garganta al darse cuenta de que estaba perdiendo la oportunidad de estar con el único hombre que siempre había querido. En realidad lo estaba perdiendo todo, porque lo que había pasado esa noche podía llegar a destruir la amistad que habían tenido.

Aldo era un hombre serio, orgulloso y difícilmente le perdonaría que se hubiera reído de su proposición. Ella no podía vivir sin Aldo, tampoco sabía cómo hacerlo y mucho menos quería intentarlo. Pero esa noche todo había cambiado, y supo que estaba entre la espada y la pared, porque o aceptaba su proposición o se alejaba de su vida.

Si rechazaba su proposición tendría que conformarse, con verlo unas pocas veces en el centro del pueblo, con un saludo de cortesía y una sonrisa forzada, si es que no se la negaba; y todo eso le hizo arder los ojos. No, Aldo no le negaría el saludo porque era un hombre cordial y atento con todos, pero eso a ella no le bastaba.

Al diablo con su saludo de compromiso. Si no lo quería perder, no tenía más opción que convertirse en su amante, secreta por supuesto, se dijo y se estremeció de miedo y ansiedad ante su atrevida decisión.

Tenía el cuerpo perlado de sudor. Si bien era una noche calurosa, la transpiración se debía a los nervios, no solo por lo que había pasado, sino por la decisión que acababa de tomar. Se daría una ducha rápida y después se dispondría a esperarlo en el sillón del *living*.

Si bien había decidido ser su amante, no era tan osada como para ir a recostarse desnuda en su cama a esperarlo, ni siquiera sabía cómo iba a soportar la vergüenza de que Aldo la viera sin ropas. Ya no era una jovencita y los cincuenta años hacían acto de presencia en su cuerpo, marcando arruguitas aquí y estrías allá, ni siquiera su abdomen era plano, pensó y casi se arrepintió de la decisión que estaba tomando.

¿Cómo la vería él?, ¿qué diría de su cuerpo sin ropas?, ¿y si se arrepentía?, ¿y si hacía el ridículo mostrándole su cuerpo de mujer madura? No, no quería pensar. Después de todo ella no había venido a su casa a desnudarse para conquistarlo, sino que lo estaba por hacer porque él se lo había propuesto.

Hacía tantos años que no estaba con un hombre que ya ni se acordaba como se hacía aquello. Pero bueno, uno podía dejar de andar en bicicleta por años pero eso no quería decir que no se pudiera subir a una y salir pedaleando, se dijo para tranquilizarse mientras subía las escaleras

para darse una ducha antes de que él regresara.

Al poco rato se envolvió en una toalla, buscó el bolso de viaje que había quedado en la sala y fue al cuarto de Gina para ponerse un vestido de tela ligera antes de bajar al *living* y armarse de paciencia para esperarlo.

Supuso que estaría todo desordenado porque Gina era un caos. Pero al ingresar descubrió que allí no había nada fuera de lugar, y tampoco era ya el cuarto de Gina. Sonrió al descubrir que las chicas le habían robado el mausoleo a su padre porque en esa habitación estaba la cama de Aldo sin hacer.

Hacía días que no estaba en el cuarto de Aldo acomodando, y se animó a cerrar la puerta para recostarse un segundo en su cama y aspirar el aroma masculino impregnado en las sábanas. Siempre hacía lo mismo cuando entraba a ordenar, y después de tantos años nadie la había descubierto.

Sabía que Aldo tenía la costumbre de dormir desnudo, porque cuando le llevaba un mate solía ver sus calzoncillos sobre la silla. ¿Cómo sería tenerlo desnudo a su lado, envolviéndola con sus brazos fuertes y acercándola a su pecho musculoso? Se estremeció de solo pensarlo.

Por la ventana abierta se filtraba una leve brisa que traía los sonidos del campo. El croar de los sapos a lo lejos sonaba como una balada ligera que era acompañada por el ulular lejano de algún búho, y cada tanto aullaba un lobo en ese concierto musical que tanto había extrañado Ernestina durante sus noches en la ciudad. Este era el lugar donde quería estar, rodeada de esa naturaleza que tanto temía y quería, pensó y la orquesta natural la envolvió sin quererlo en un sueño suave, y quedó en el olvido la decisión de recostarse solo un segundo en la cama para aspirar el aroma a hombre. La toalla sería la única barrera que encontraría Aldo cuando regresara a su casa.

CAPÍTULO 17

A veces los astros interferían complicando la vida de las personas. Renzo estaba en una lucha verbal con Isabela prácticamente en el mismo momento en que Ernestina había tenido un altercado con Aldo, el primero en veintisiete años.

En realidad, lo de Renzo era un maldito monólogo porque solo él hablaba a gritos, ya que ella estaba encerrada a cal y canto en la casa de su tía. Tenía trabadas todas las puertas y los postigos de las ventanas, inclusive las del piso superior. Estaba seguro porque había trepado por la enredadera de la pared del fondo de la casa y había subido al árbol que crecía junto a la galería y tenía una rama recostada sobre el balcón. Toda esa odisea había sido porque quería corroborar que estaba bien. Tenía la llave en el bolsillo, pero prefería que Isabela no supiera que él podía entrar y violar su privacidad cuando quisiera.

Esa tarde su padre se había acercado a su casa para contarle la desventura de Isabela. Renzo se había quedado preocupado por su estado, no de salud ya que Aldo le había asegurado que a pesar del susto estaba bien, sino por su estado psicológico. Después de trabajar quince días con ella en el huerto sabía que le tenía terror a los bichos que podía encontrar entre las verduras. No se lo había dicho, pero él había visto como revisaba el terreno con un palo antes de ponerse a cortar. Por lo tanto, tener un encontronazo con una víbora y encima perderse en el monte para huir de él, era motivo suficiente para preocuparse por ella.

—Abre maldición que hace más de dos horas que no sé si estás bien o no. Ni siquiera sé que ha pasado para que huyas de mí o te escondas —gritó Renzo que ya se estaba fastidiando de tanto insistir, pero ella seguía empecinada en no abrir ni responderle—. Bien, tendré que hablar desde acá —le dijo, y se sentó apoyado en la puerta—. Espero que estés cerca y puedas escucharme porque ya no tengo voz para gritar. Nunca he hecho esto por una mujer, pero tú has logrado que haga el ridículo a cada rato —dijo mientras se comía un sándwich que había ido a buscar a su casa después de que se hartó de intentar entrar sin éxito. Estaba bien aprovisionado con dos cervezas y la cena, decidido a quedarse a pasar la noche si era necesario porque no pensaba permitir que se enterara de su engaño por otros.

Isabela estaba del otro lado y se sentó con la espalda apoyada en la puerta, apenas separada de Renzo por unos trozos de madera. Le había seguido todos los movimientos y sabía que había trepado la enredadera y se había subido a un árbol para intentar ingresar por las ventanas superiores. Si bien estaba segura de haber cerrado toda la casa, igual iba a corroborar cuando lo escuchaba rodear la vivienda.

En varias ocasiones había sonreído con ternura por el trabajo que se estaba tomando, pero ni así lo dejó entrar. Al principio había estado furiosa porque la había dejado sola y desnuda en la cama, con una nota en la que le resaltaba todos sus errores. Si bien se había tomado la molestia de dejarle dos flores, no fueron suficientes para quitarle la indignación de la nota. Ella se había entregado por primera vez y nunca esperó semejante desplante. Pero que podía esperar de un hombre que salía de unos brazos para buscar otros.

A la furia de la nota se sumó el enterarse que la había engañado en algo, aunque no había descubierto en qué, y eso no solo la tenía indignada, sino triste como pocas veces se había sentido. Ya había tolerado demasiadas cosas en Paraíso, buenas y malas; pero no creía poder soportar que el hombre al que le había dejado ver sus emociones, la estuviera engañando con falsedades o mentiras. Su paciencia tenía un límite y él lo acababa de traspasar al burlarse sus

sentimientos.

Sabía que si lo dejaba entrar, con solo mirarlo trataría de quitarle importancia al engaño, porque él provocaba demasiadas emociones en ella. Por lo tanto, si quería hablar que lo hiciera desde afuera, se dijo mientras apoyaba la cabeza en la puerta para sentirlo más cerca. Qué contradicción, pensó y sonrió, porque cuando el corazón ocupaba el lugar de la razón ella actuaba de forma estúpida.

—Sé que te has encontrado con algunas mujeres que me creen de su propiedad y te han contado algunas cosas de mí, como que no necesitaba el trabajo que me ofreciste y... que no necesito trabajar. También sé que te han sugerido que vayas a ver mi casa. ¿La viste?, si es así espero que te haya gustado. He puesto mi mejor esfuerzo en esa casa, en realidad no la hice yo, sino que pagué para que la hicieran a mi antojo. Habiendo sido una gerente de una constructora me imagino que habrás sacado algunos cálculos rápidos y ya sabes que no escatimé en gastos, también sabrás que lo he podido pagar.

Isabela frunció el ceño porque él estaba acertando a cada uno de sus pensamientos; no era ningún tonto, solo simulaba serlo.

—Por lo tanto ya sabes que no he trabajado contigo por necesidad, sino porque quise hacerlo.

Esa parte Isabela no la había analizado. Acaso él había aceptado el trabajo para estar a su lado, se preguntó. No, eso no era cierto porque cuando ella le ofreció el trabajo él solo había intentado sacarla del pueblo. Para qué perdía el tiempo en conjeturas si cuando fuera a Lo de Carlo, alguna de sus celosas amigas, o algún pueblerino ingenuo, le sacaría la duda, se dijo Isabela.

—Me he enterado por mi padre que tu enojo conmigo no ha sido solo por lo que te contaron de mí, sino que eso fue la gota que colmó el vaso. ¿Me podrías decir qué carajo ha pasado? porque realmente estoy desconcertado. He estado ausente tres días, debería haber vuelto esta noche, pero he adelantado mi regreso porque no podía dejar de pensar en ti, y al llegar me encuentro con algo que no entiendo.

Isabela supo que se había enterado de su enojo anterior, aunque no que el motivo era la nota formal que dejó sobre la almohada. ¡Qué iba a saber!, si para él salir de la cama de una de sus mujeres debía ser lo mismo que dejar a sus amigos en el bar bebiendo café, pensó y por fin se decidió a hablar.

—Pues quizás recuerdes tu amorosa nota —dijo Isabela con desprecio desde el otro lado de la puerta, y antes de que él reaccionara se la recitó de memoria—. “Debes estar cansada. Quédate en la cama que ya recolecté las pocas verduras que quedaban en las tierras de tu tía. No me lo has dicho pero sé que la destrucción que has hecho en el huerto es el problema que te llevó a tomarte unas cervezas de más. Nos vemos el sábado por la noche en Lo de Carlo para hablar de la situación de Ernestina”. La verdad es que no entiendo cómo tantas mujeres pueden estar tan enloquecidas con un hombre tan despreciable como tú. Supongo que deben admirar tu cuenta bancaria —sabía que lo estaba ofendiendo con la verdad, pero no le importó.

—¿Estás enojada por una simple nota? —preguntó Renzo sorprendido—. Pensar que creí haber sido considerado al no despertarte —ahora el enojado era él porque ella no entendía su parte noble, aunque tenía que reconocer que no había sido muy noble cuando le recaló los errores en el huerto.

—¡Oh, sí! Muy considerado al recordarme el motivo por el que bebí unos tragos de más —ironizó Isabela.

—¿Y la nota de hoy, esa que dejé sobre la mesa de la cocina donde te digo que regresé antes porque te extrañaba?, ¿acaso esa parte no cuenta para dejarme entrar?

—Te refieres a la nota que empieza: ¿Isabela, dónde corno te has metido?, ¿y sigue con mi incapacidad para darme cuenta de que el coche no tenía más que falta de gasolina? —Renzo no veía que ella se había levantado del suelo y se había puesto a caminar y gesticular con las manos como si lo tuviera delante—. Inclusive me has explicado, como si fuera una cría, como reconocer ese mínimo detalle. ¡Ah! Me olvidaba la parte en la que debo recompensarte en especies. Pues date por enterado que yo no soy como tus admiradoras que se la pasan esperando tus atenciones. ¡No las necesito! Si no hubiera bebido de más, nada habría pasado entre nosotros —gritó esa mentira para hacerle creer lo poco que había significado esa noche para ella—. Y ahora vete —suplicó con la voz entrecortada.

Por un instante solo se sintió el particular sonido de los animales nocturnos. Un búho ululando, algunos ruidos indefinidos y los clásicos aullidos que no sabía si serían perros o lobos. Isabela supuso que Renzo seguía del otro lado sin saber que decir, pero el ruido del motor le indicó que estaba equivocada. Él se había ido, y ella se acurrucó sobre el suelo y recordó la última parte de la nota que encontró en la cocina, esas que le arrancó unas lágrimas y la llevó a comprender que enamorarse era doloroso: “Hablando en serio, quiero que sepas que a pesar de algunos errores que he cometido desde que llegaste, conocerte ha cambiado mi vida. En estos días que tuve que ausentarme te he extrañado tanto, que regresar y no encontrarte me tiene ansioso y preocupado. Por favor, ven a casa en cuanto vuelvas que necesito tenerte en mis brazos, aunque solo sea un instante fugaz. Renzo”.

Por su parte, Renzo se había marchado confundido. Ella era la primera mujer que lo había ignorado, rechazado, y encima lo acababa echaba de su lado aclarándole que si no hubiera bebido nada habría pasado entre ellos, y él se había ido porque no tenía sentido seguir discutiendo con una puerta de por medio. Si hubiera podido mirarla a los ojos mientras lo echaba podría haber descubierto si sentía esas palabras o solo eran producto del resentimiento y la indignación, aunque estaba bastante seguro de que le había mentado porque su voz no había sido firme, sino entrecortada. Al menos había sacado algo en claro, ella era distinta. No lo idolatraba y no tenía interés de estar peleando por tenerlo, y eso era lo que lo tenía fascinado. A él le gustaban los desafíos, y ella era como practicar *rafting* en los ríos que descendían de las montañas, porque nunca se sabía en qué recoveco el río intentaría volcar el kayak. Ahora tenía que averiguar qué tan bueno era sorteando obstáculos. Sabiendo que el engaño era grave estaba dispuesto a sortear el grado cinco de dificultad, que comúnmente se consideraba río innavegable.

Renzo llegó al pueblo y se reunió en Lo de Carlo con un número considerable de vecinos. Era normal que la gente se congregara allí los sábados por la noche, lo que no era habitual era que hubieran unido las mesas para sentarse todos juntos.

Tras una cerveza descubrió el motivo: Isabela, por supuesto. Qué otro motivo podría haber para una celebración, tal vez un casamiento, un bautismo o la muerte de alguien. Pero no, los pueblerinos habían venido por ella, que era la única capaz de lograr semejante convocatoria.

Todos estaban allí esperando que la reina apareciera a dar una conferencia para mejorar la economía pueblerina, y él, por supuesto, estaba ansioso por escuchar a la empresaria impartir lecciones sobre el método para incrementar las ventas, rogando que el tema no derivara en sus conocimientos sobre la forma de mejorar el rinde de las verduras.

Felipe y Hermes estaban algo distraídos, como si en lugar de entretenerse con los comentarios, estuvieran preocupados por lo que podría suceder. Renzo sabía que Felipe no volvería a cometer el error de encarcelar a sus admiradoras, por lo que si Isabela venía y se enfrentaba a la lengua venenosa de ellas, él no tendría quién le sacara las castañas del fuego.

Bebieron cerveza, compartieron una picada y hablaron de la falta de sembradío de trigo, la

dificultad que estaban soportando los ganaderos de la zona y la sequía del año anterior que había ocasionado pérdidas considerables. Luego los hombres disputaron algunas partidas de cartas mientras las mujeres se entretenían comentando las clases de manualidades que estaba impartiendo Gloria, la esposa del farmacéutico que tenía mano diestra para todo lo referido al arte. Organizaron una salida a pescar en bote, y estuvieron de acuerdo de que las lluvias del verano no eran suficientes para pasar el invierno. Y la empresaria seguía sin aparecer a pesar de haber agotado los temas de conversaciones.

Renzo había trabajado quince días con ella y si de algo no podía acusarla era de faltar el respeto en los horarios. Solo el primer día, cuando lanzó el reloj despertador por la ventana y le impactó a él en la frente, había llegado una hora tarde, pero el resto de las mañanas siempre estaba preparando el desayuno cuando él aparecía. Ella era estricta, y si no aparecía por el bar era porque no quería encontrarse con él.

Y mientras él sacaba conclusiones erradas vieron aparecer el Peugeot 206 con Isabela al volante. Lo estacionó tan pegado al flamante Peugeot 308 de Renzo, que él se sobresaltó al suponer que descargaría su ira rompiéndole los faros. Cuando ella se bajó el problema de los faros quedó olvidado porque Renzo y todos, absolutamente todos, se quedaron impactados por su atuendo. Si hubiera sido otra la que se vestía como la reina del pop, el cotilleo habría durado semanas; pero era Isabela, la dueña y señora del pueblo. Tenía un pantalón azul eléctrico y un *top* dorado que hacía juego con las sandalias. Por lógica los colgantes que adornaban su cuello, los aros y anillos eran de lapislázuli, se dijo Renzo que la miraba con la boca abierta mientras le hacía una radiografía que le dejaba ver la tanguita dorada y el corpiño azul, algo que solo él sabía porque en varias oportunidades había gozado del placer de verle la ropa interior. Tragó con dificultad cuando se imaginó desgarrándole a tirones las prendas íntimas para poseerla.

Ella, usando sus dotes de reina acostumbrada a la admiración de los súbditos, cerró las bocas de todos cuando habló de forma insolente.

—Mil disculpas por la demora, lo que pasa es que me quedé sin gasolina, porque ese noble vecino que ustedes tanto admiran es tan miserable que apenas si me puso unas gotas como para que llegara a la estación de servicio. Y después pretende que se la pague. Ni una moneda podría darte con el trastorno que me has ocasionado. He tenido que venir hasta la estación con la lucecita roja gritándome, ¡ya te quedas, ya te quedas! —dijo Isabela mirándolo con furia.

Renzo sonrió por su ocurrencia, sin decir nada le estaba dejando ver que de su cuerpito no tendría nada.

—Seguro que has mirado otra lucecita porque te puse suficiente gasolina como para recibir una buena paga del color del oro —dijo Renzo, y pensó en la tanguita dorada que tenía ganas de sacarle a mordiscos hasta sentirla retorcerse de anticipación.

Isabela se sonrojó al descubrir que sabía el color de su ropa íntima. Con él no se podía discutir porque siempre estaba un paso por delante. Se sentó a dos sillas de distancia de la que ocupaba Renzo y conversó con la gente que la aguardaba, ignorándolo por completo. Aunque en varias oportunidades se sobresaltó, porque él estaba echado sobre la silla con las piernas estiradas debajo de la mesa y los brazos cruzados en el pecho, simulando dormir, aunque cada tanto elevaba el pie y le acariciaba desde la pantorrilla hasta el muslo.

Renzo miró a Felipe, que estaba entusiasmado escuchando los planteos de los vecinos para incrementar los ingresos del pueblo. Después de todo, a eso había venido Isabela a Lo de Carlo, se dijo comprendiendo que ella intentaba dejarle en claro que había despreciado su invitación con esa reunión progresista que había armado en su ausencia.

Desde que había llegado a Paraíso Isabela había soportado con estoicismo cada uno de los

desplantes que había recibido. Pero esa noche, él estaba comprobando que sus notas sarcásticas y lo que le habían contado sus admiradoras sobre su posición económica a Isabela no le habían sido indiferentes, porque ella lo ignoraba cómo si él fuera uno de los cascarudos que caminaba por la vereda.

Por algún motivo Isabela había dejado de lado la indiferencia a los rechazos y el culpable era él. Ella estaba ofendida o mejor dicho dolida con él. Por eso no le había abierto la puerta. Y Renzo supuso que no había querido que viera en sus ojos cuánto la había herido, no tanto con las notas sino con ese engaño que para ella tenía aroma a traición. Él la entendía porque ella era la primera mujer que se entregaba pura, inocente y con total sinceridad a sus brazos, sin saber el monto de su cuenta bancaria, como se había encargado de aclarar.

Ningún hombre la había tocado, él lo sabía con certeza. Lamentablemente, cuando le dejó la nota no pensó que su indiferencia a los rechazos solo era aparente y que ella sabía ocultar el dolor. Y en ese momento, mirándola, estaba comprendiendo que las ropas exageradas y sus aires de empresaria eficiente era su forma de disimular la pena que la embargaba. Y supo que cuando se enterara del engaño y la humillación a la que la había expuesto, no le sería fácil conseguir su perdón.

Isabela volvió a Renzo a la reunión cuando preguntó en qué centraban la economía del pueblo. Para alivio de Renzo todos se quedaron mudos.

Felipe, para disipar la tormenta que se podía avecinar si alguno llegaba a revelar lo que Renzo se había ocupado de ocultarle, es decir, que el centro de las actividades económicas giraba en torno a su empresa; le habló de la cría de animales, la siembra y los pocos negocios del pueblo; y como ella no demostró gran interés, sino que esperaba algo más, le comentó que tenían unos terrenos arbolados y limpios con una pileta de cincuenta metros de largo, que debido a los escasos fondos cada vez les costaba más mantener.

—Me interesa ese terreno con la pileta de cincuenta metros —dijo la empresaria.

Felipe se quedó mucho, y Renzo arqueó las cejas, como si le dijera, fuiste justito a meter la pata hablando de terrenos vacíos a una gerente que se ocupaba de analizar cómo explotarlos.

—Es un lugar bellísimo —dijo Lidia que no se había percatado del problema, y sonrió ante la mirada despierta de Isabela.

—Perfecto. Es justo lo que hace falta para traer gente al pueblo y hacer circular el dinero. Porque eso es lo que está faltando aquí, un poco de turismo —aclaró con ese aire de empresaria eficiente que Renzo había conocido en la ciudad.

Todos la miraron con la boca abierta, sobre todo Felipe que solo había nombrado el club de campo, como lo llamaban con ironía, para no nombrar del verdadero eje de la economía del pueblo. Pero ella, para sorpresa de todos, se lo había tomado muy en serio.

—Dudo que sea un pueblo elegido por el turismo —dijo Felipe frotándose el mentón.

—Solo es cuestión de dar algo diferente. No todos los turistas disfrutan de la aglomeración. Hay mucha gente que busca estar en contacto con la naturaleza, disfrutar de una comida cacera en el restaurante de Ada, o el pan elaborado en el horno a leña... Es una buena opción que no solo ayudaría al pueblo sino a los comerciantes. Creo que se beneficiarían todos, solo hay que pensar qué les pueden ofrecer que no encuentren en otro sitio.

—Yo no creo que el pueblo se nos llene de turismo porque tenemos un hermoso bosque y una pileta de cincuenta metros —dijo Carlo tratando de quitarle el entusiasmo a Isabela.

—Por supuesto que no. Lo que traería el turismo serían las viviendas rurales que habría que instalar allí —aclaró Isabela, y todos se quedaron mudos.

—Tu proyecto es muy ambicioso —dijo Felipe con una sonrisa irónica, porque no solo lo veía

imposible con los escasos fondos de los que disponían, sino que lo que menos deseaban era perder la paz del lugar y la relación íntima que guardaban todos los vecinos. Pero, como él la había guiado por aquel rumbo, decidió tratar de quitarle la ilusión con la realidad—. Tenemos la pileta y el parque, pero no tenemos fondos para hacer las viviendas rurales.

Renzo que se había mostrado relajado mientras Felipe intentaba sacarle las castañas del fuego, comenzó a preocuparse al ver el gesto de autosuficiencia que mostró Isabela ante las palabras del alcalde. Ella ya estaba maquinando una solución al problema de la falta de fondos, y terminaría convirtiendo a Paraíso en un verdadero infierno.

—Puedo conseguir un inversor que aporte capital a cambio de una sociedad que beneficie a los dos —dijo Isabela.

Justo lo que Felipe llevaba años evitando, pensó Renzo y decidió dedicarle una sonrisa de burla, aunque él tampoco quería que las ideas de Isabela se convirtieran en realidad. Y todo esto por culpa de su engaño. Cuántos problemas les traería el ocultamiento de la verdad, se preguntó Renzo. Muchos, se dijo, porque en ese momento ya eran dos las mentiras, ya que ella estaba demostrando sus dotes de empresaria sobre un proyecto que solo había surgido para ocultar su engaño. Ya no pudo quedarse echado en la silla, sino que se incorporó y apoyó los codos en la mesa mientras se concentraba en encontrar una solución al problema que se les venía encima.

A veces uno ve lo que quiere ver.

Isabela no estaba mirando en las bocas abiertas, el asombro, el desconcierto y el terror a perder la paz que sentían los pueblerinos, sino que para ella las bocas abiertas eran por el interés y el entusiasmo que demostraban todos, con Renzo incluido, a su capacidad para salvar los escollos que ellos tenían para lograr el progreso del pueblo. Se sintió satisfecha porque era la primera vez que podía demostrarles que no solo sabía arruinar un huerto, sino que también manejaba muy bien las estrategias comerciales. Y como ella creía que todos estaban fascinados, siguió hablando.

—Primero hay que conocer las habilidades de cada uno para darle un giro a algunos de los negocios. No es que vayan a cambiar de rubro, solo que deberán tener alternativas tentadoras para incrementar el consumo, porque las casas rurales solo serán la carnada. Yo apostaría a un turismo de clase alta. Poco ruido y mucho ingreso.

Era tanto su entusiasmo que ninguno se atrevió a comentarle que lo de Felipe había sido solo una distracción. Tampoco le dijeron que no querían turistas que rompieran la paz de Paraíso. Entonces, Renzo volvió a meter la pata porque en ese momento lo único que pudo sentir fue admiración por ella. Qué importaba tener un poco de turismo dando vuelta por las tranquilas calles si eso evitaba que ella otra vez quedara en ridículo, se dijo Renzo.

—Gloria hace obras de arte con las manos —dijo Renzo, y la mujer lo miró asombrada.

—No seas exagerado Renzo, que lo que hago solo es para entretenernos un rato mientras charlamos en el club. Es más una excusa para juntarnos, querida —dijo Gloria a Isabela.

—Tonterías, ella es una maestra. Acaso no has visto como le ha gustado a Isabela el vaquero con las mariposas pintadas a mano —dijo Lidia dejando al descubierto algo que nunca revelaba.

—Prometiste mantenerlo en secreto, Lidia —la retó Gloria.

Las mujeres se habían unido a la nueva estratagema de Renzo para evitar que Isabela se sintiera nuevamente burlada por ellos, y Felipe no pudo más que sonreír y tratar de imaginar el pueblo lleno de extraños recorriendo las calles y comprando los productos artesanales que las mujeres hacían para pasar el rato.

—Ya lo sé, pero el momento requiere que hablemos con franqueza. No te das cuenta, Gloria, que tenemos grandes valores en nuestro pueblo.

Isabela sonrió ante el comentario. El valor más grande que tenían era el compañerismo, el trabajo comunitario y el enorme afecto que regalaban sin pedir nada a cambio.

Lamentablemente ella no sabía que todos estaban colaborando para hacerla sentir bien, porque en realidad la idea de explotar el Club de Campo siempre había sido desechada por todos. “El club es nuestro”, habían saltado todos cuando alguien había sugerido explotarlo para evitar que el pueblo muriera como muchos de los alrededores, que solo quedaba en el recuerdo de sus habitantes. Así había comenzado la empresa de Renzo, con el único fin de preservar la tranquilidad de Paraíso.

—Gloria, creo que eres una artista. No desaproveches tu talento —dijo Isabela con admiración.

—Si ella te lo dice, tienes que creerle, Gloria, ya que tiene un don especial para detectar lo bello —dijo Renzo, y la miró serio porque no estaba disfrutando de la reunión, ya que para evitar un mal menor estaba provocando un mal mayor. Además, estaba bastante molesto porque ella lo estaba ignorando cómo si él no estuviera participando.

—Es que me siento avergonzada cuando muestro mis trabajos —dijo Gloria con humildad.

Isabela descubrió una variedad impresionante de habilidades, ya que todos se pusieron a hablar como loros de lo que cada uno sabía hacer, como si realmente estuvieran entusiasmados con la idea de llenar el tranquilo pueblo de turistas.

Isabela supuso que vivir en un pueblo donde el entretenimiento era escaso, era muy productivo porque los vecinos se ocupaban de aprender para evitar el tedio. Descubrió que eran maestros *gourmets* cuando le nombraron comidas que ella había probado en las suntuosas cenas a las que concurría para cerrar tratos, y encima usaban productos naturales recién sacados de la huerta. Pero la cocina no era la única habilidad de la que se podía echar mano, porque de forma atropellada le fueron contando sobre las cortinas al *crochet*, sobre el calado de tela que era un arte antiguo que la tecnología estaba haciendo desaparecer. Lo que ellos no sabían era lo que se podía llegar a pagar por un trabajo como ese, que hacían en equipo como hacían todo. “Ponemos la tela en un gran bastidor sobre la mesa del club y todas nos sentamos a calar”, le habían comentado entusiasmadas al ver que Isabela apreciaba sus manualidades. Las pinturas de Gloria recibieron más de un elogio, y hasta la tía Ernestina era conocida por sus sandalias de telas brillantes y coloridas, que elaboraba partiendo de suelas que adquiría Lidia en la ciudad. Isabela quedó sorprendida ante la variedad y originalidad de sus habilidades, y pensó que el trabajo más valioso lo aportarían las mujeres mientras que los hombres tendrían que realizar las tareas pesadas, o seguir con sus trabajos en los huertos.

—Creo que no hay que realizar muchos cambios, sino conservar el estilo del pueblo; aunque podrías enderezar ese cartel que hay en el ingreso y poner dos canteros de flores a cada lado del arco de ingreso, Felipe. Inclusive, podrían usar maderas rústicas para hacer los carteles de los negocios, así quedan todos iguales. Son pequeños detalles que le darían encanto. Quizá, se podría abrir un almacén con el nombre de ramos generales donde venderíamos todo lo que se produzca de forma artesanal, con un pequeño bar para que los turistas tomen algún refrigerio mientras hacen las compras, si es que tienen algún lugar disponible.

Renzo trató de digerir el rumbo que estaba tomando la reunión con un largo trago de cerveza, pero le quedó atascado en la garganta, porque no tenía dudas de que con lo que estaba pasando en ese momento la iba a perder. Llegó a la conclusión de que Isabela podría haberle perdonado el engaño anterior, pero no este. Si bien él no lo había provocado, había colaborado bastante para mantener el engaño de Felipe. No quería seguir engañándola, pero tampoco quería agregar una humillación más a la que ya tendría que soportar cuando supiera que él era especialista en huertas orgánicas. Pensar que se había dicho que no quería estar atado a ninguna mujer y ahora lo único

que deseaba era tener una soga gruesa para atarla a él de por vida. Cómo iba a vivir sin ella después de haber pasado a su lado los momentos más felices de su vida. Isabela se le había colado primero en los pensamientos y en los sueños, y después en sus proyectos, en su vida presente y en su futuro, a tal punto que no se imaginaba viviendo solo del recuerdo de los días compartidos.

El murmullo constante a su alrededor lo sacó de sus pensamientos, y Renzo se concentró en seguir escuchando las conversaciones. Los vecinos ya hablaban como si la idea de Isabela fuera el sueño del pueblo convertido en realidad, inclusive uno de ellos propuso el viejo edificio de la estación de trenes para instalar allí el almacén de ramos generales, y eso generó un cotorreo interesante, porque todos hablaban con todos y de todos los temas que habían tratado.

A Isabela pensar estrategias siempre la agotaba, por lo que miró por primera vez a Renzo y se sorprendió al descubrir que era el único que estaba mudo y la miraba con intensidad.

—¿Y usted señor Valentín, tiene alguna habilidad que pueda aportar para el crecimiento del pueblo? —preguntó Isabela con voz fuerte para silenciar a los vecinos. Estaba segura de que alguno de los pueblerinos, movidos por el entusiasmo, le revelaría el engaño de Renzo.

Renzo, que no había nacido para lento y encima se había convertido en un hábil estafador, se apresuró a responder con desenvoltura y desfachatez.

—Muchas, señorita Brandal, pero la que más apreciarían sería mi encanto con las mujeres ricas que nos visitarían. Le aseguro que no querrían irse de nuestro Paraíso, con o sin su almacén de ramos generales —dijo Renzo, y sonrió cuando ella se quedó mirándolo con la boca abierta.

Algunos sonrieron, otros le palmearon el hombre con camaradería y el resto comenzó a murmurar. Renzo que la conocía mejor que nadie, descubrió que ella se cansaba de analizar y sacar deducciones beneficiosas, por eso había desviado el rumbo de la conversación. Pero como no era tonta e intentaba matar dos pájaros de un tiro, aprovechó para tratar de indagar cuál era su engaño. Si supiera que ahora eran dos, pensó. Pero ella solo estaba intrigada por el primero, y él hubiera preferido seguir escuchando sus grandes dotes de empresaria mientras todos simulaban entusiasmo, a tener que sentarse en el banquillo de los acusados.

—¿Es decir que solo aportara el... encanto? Nunca le han comentado que su ego puede llegar a superar el límite de lo real —dijo la empresaria.

Lidia sonrió. Por primera vez después del percance de la cárcel ellos se dejaban ver en público celebrando esas disputas de las que todos disfrutaban. Si bien Isabela había venido a conversar sobre estrategias que mejorarían el crecimiento del pueblo, Lidia estaba convencida que su único interés al venir había sido descubrir el engaño de Renzo.

—No es mi ego el que habla. Solo es la opinión de las mujeres que han pasado por mi lecho. Si quiere se lo puedo demostrar para que decida usted misma—dijo Renzo, y sonrió al verla ruborizarse.

—Por fin un poco de diversión, jefe —dijo con inocencia su joven secretario, que estaba sentado en una punta de la mesa.

Renzo se tensó al percibir que Isabela se giraba con violencia para mirarlo.

—¿Jefe de qué? —se apresuró a preguntar Isabela.

—Así lo... llamamos todos —dijo el chico sin poder disimular los nervios—. Es solo un apodo —intentó aclarar sin éxito, ya que los pueblerinos comenzaron a hacer gestos de reproche, que a Isabela no le pasaron inadvertidos. Renzo cerró los ojos como si intentara escabullirse mientras comprendía que su engaño estaba a punto de salir a la luz, y ni siquiera habían sido necesarias sus admiradoras para delatarlo.

—Me siento un poco incomoda al venir a aconsejar a personas que sé que me engañan, o quizá

solo me ocultan algo para cubrir a un noble vecino que todos conocen, menos yo. Lamentablemente, no encuentro a nadie que pueda sacarme de la incertidumbre, porque si todos han decidido callar, debe ser porque de alguna manera ese asunto no me dejará bien parada –dijo Isabela dejando ver que había venido más a averiguar el motivo del engaño que a asesorar.

Los pueblerinos se miraron preocupados porque lo que estaba pasando en el bar era un segundo engaño en el que nuevamente estaban participando todos.

Renzo abrió los ojos y la miró serio. Solo quería sacarla de allí y llevarla a algún sitio donde estuvieran solos para contarle lo que le había ocultado, y de paso lo que acababa de pasar para aclarar todos los malos entendidos que había entre ellos. Necesitaba con desesperación tratar de enmendar con palabras que le salieran del corazón cada uno de los errores. Pero Felipe lo interrumpió.

—No lo voy a justificar, pero creo que no ha sido su intención engañarte, solo que una vez que calló después no supo cómo contarte la verdad –dijo Felipe.

—Mejor que no intentes ayudarme, Felipe –dijo Renzo que se levantó para marcharse antes de que ella quedara humillada en público. Aunque ya estaba humillada, solo faltaba que se enterará —. Me voy. Estaré en mi casa por si quieres que hablemos en privado.

—Si te vas y me enteró que lo que has hecho ha sido tan malo como me imagino, nunca más volverás a verme—dijo Isabela intentando retenerlo, y averiguar si era tan importante para él o solo era una más de su colección.

—Bien, si quieres escuchar frente a todos lo que soy y no soy, te lo diré. Pero antes tendrás que jurarme que diga lo que diga no te irás del pueblo –dijo Renzo que había inclinado el cuerpo sobre la mesa para enfrentarle la mirada.

Isabela cerró los ojos y negó con la cabeza, no era la negación a su petición, sino una negación que intentaba borrar el engaño que, a estas alturas, sabía que no le gustaría.

—¿Tan grave es? –su voz apenas un susurro, y Renzo sintió pena.

—Déjennos solos, por favor –dijo Renzo a sus vecinos.

—¡No! –gritó Isabela—. Si tengo que soportar la vergüenza de alguna farsa a la que me sometiste prefiero enterarme frente a todos. Sería muy difícil para mí volver al centro y tener que mirar uno a uno a la cara sabiendo que he sido una estúpida.

Todos estaban atentos a los dos como si estuvieran presenciando en vivo y directo el culebrón de las tres de la tarde. Lidia, Ada, Gloria y algunas mujeres más miraban a Isabela con cierto temor a su reacción, mientras algunos hombres animaban a Renzo con palmadas en la espalda.

Un pueblo chico, se dijo Isabela al ver la concentración de la gente frente a algo que podía ser grave o una pavada, según cómo lo tomara ella.

—Soy dueño de la empresa que compra las verduras –dijo Renzo empezando por lo más redituable y menos humillante. Vio que Isabela fruncía el ceño y supuso que estaba tratando de sacar conclusiones, al menos no se había ido corriendo, y eso lo animó a seguir—. Las tierras de tu tía son de mi propiedad y el huerto se lo regalé para que viviera con soltura –explicó mientras la analizaba. Ella ahora arqueó las cejas. En apariencia no estaba tan furiosa por el engaño como él se había imaginado.

—¿Falta algo? –preguntó Isabela seria.

—Soy un experto en huertas orgánicas –dijo Renzo confesando al fin lo que tanto había evitado decirle para que no se fuera de su lado. Miró a Isabela y no pudo descifrar sus emociones, como si se hubiera revestido de una coraza inquebrantable.

Isabela se puso de pie y cruzó su mirada con la de Renzo. Como si vinieran de lejos escuchaba los comentarios de los pueblerinos, que ahora se animaban a contar lo que habían callado. “Renzo

es un buen hombre”. “Es quién mantiene el pueblo vivo con la empresa”. “Muchos jóvenes se han quedado en Paraíso gracias a él”. “Si alguno se descarrila, lo lleva a trabajar a la empresa”. Y otros decían. “Lo llaman de muchos pueblos para dar charlas”. “Inclusive conferencias”. “Es impresionante lo que sabe de verduras orgánicas”. Y cuanto más lo trataban de defender, más humillada quedaba Isabela al descubrir las enormes capacidades de Renzo en el manejo de un huerto. Ellos se miraban como si el mundo no existiera, como si los comentarios de los vecinos no los estuvieran afectando. Nada más lejos de la realidad. Isabela estaba intentando digerir el nudo que tenía en la garganta, y Renzo estaba buscando qué decir ante tal despliegue de sus capacidades y cualidades.

Isabela se acercó a él hasta tenerlo a unos escasos centímetros.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque quería que conocieras mis partes buenas. Porque quería que vieras que no era tan caradura y tan... no recuerdo la cantidad de insultos que me dedicaste. Perdón. No fue mi intención humillarte frente a todos —dijo Renzo sin acercarse por miedo a que se distanciara de él.

—No soy yo la humillada, aunque lamento que no hicieras nada para salvar la endeble economía de mi tía. El único humillado has sido tú, que has permitido que todo el pueblo descubra tu debilidad por mí —dijo Isabela dejándolo como un idiota frente a todos. Le rodeó el rostro con las manos y poniéndose en punta de pie le dio un beso en los labios—. Gracias, nunca he recibido un regalo tan bello como el que tú me has dado.

Felipe al comprobar el giro imprevisto de los acontecimientos y la sorpresa de su amigo, pidió a los vecinos que se dispersaran para dejarles un poco de privacidad para que hablaran.

Al poco tiempo quedaron solos, y Renzo supo que el único humillado frente a sus conocidos estaba siendo él, aunque dudaba de la poca reacción de Isabela.

—¿De qué estás hablando, Isabela? Acaso me quieres hacer creer que no te sientes humillada con lo que te he hecho. Has impartido órdenes descabelladas durante quince días. Has quedado como una incapaz de sacar adelante un emprendimiento familiar frente a todo el pueblo, y me quieres hacer creer que no estás dolida al saber que conozco todo lo que hay que saber de huertos y no evité que destruyeras el de Ernestina.

—Dolida sí, pero no humillada. Renzo, yo he sido una ejecutiva en una empresa constructora y nunca puse un grano de arena en los edificios que se construían. Yo manejo las estrategias, no la cuchara de albañil —dijo Isabela para intentar explicarle la diferencia, y de paso humillarlo un poco más aprovechando que los pueblerinos habían desaparecido al ver el giro que había tomado la reunión.

Renzo por fin comprendió por qué él era el humillado. Ella lo estaba bajando en la escala de valores. La gran ejecutiva le estaba explicando la diferencia entre su alto cargo y un simple huerto, entre el trabajo de una ejecutiva y el suyo, un simple especialista en productos orgánicos. Al menos había esperado que se retiraran sus amigos para lanzarle la diferencia que había entre ellos. ¡Qué pagada de sí que era!

Al diablo con Isabela Brandal y esos aires de superioridad que la seguían como los perfumes que usaba y no hacían más que impregnar el aire puro con aromas costosos, se dijo y sin responderle se marchó.

Las ruedas chirriaron cuando arrancó y se alejó del pueblo.

Ella se quedó de pie observando cómo el coche de Renzo desaparecía de su vista. Los ojos derramando las lágrimas que se había esforzado en contener. Al poco rato salió en el Peugeot con rumbo indefinido. Que fácil era engañar a los pueblerinos. Que fácil era invertir los roles cuando se había vivido pensando en estrategias y cálculos, y más fácil aún era disimular sentimientos

cuando llevaba una vida entera reprimiéndolos. Estaba satisfecha de haberlos engañado a todos, y ni siquiera se dio cuenta que la única que había perdido con su última estrategia era ella. Tampoco supo que antes de descubrir un engaño la acababan de traicionar con otro, aunque no iba a demorar mucho en enterarse.

CAPÍTULO 18

El reloj de la camioneta indicaba las dos de la mañana. Aldo se había marchado tres horas atrás, descalzo y con ánimo de revolcarse con una mujer que no lo rechazara. Pero mientras recorría los treinta kilómetros que lo separaban de la casa de Silvia su ánimo había menguado, y cuando subió los escalones del ingreso no pudo tocar el timbre para saciar su deseo insatisfecho porque en sus pensamientos estaba la histérica provocadora que había quedado en su casa. Lo único que quería era estar cerca de ella, no en la misma cama porque sería pedir un imposible debido a la forma en que había reaccionado a su proposición, solo se conformaba con saber que estaba al otro lado del muro de ladrillos que separaba las habitaciones, aunque tuviera que pasar la noche despierto soportando la erección de su miembro.

Prefería encontrar a Ernestina dormida, ya sea en el sofá o en la habitación de alguna de sus hijas, para no tener que soportar la incomodidad que habría entre ellos después de lo que había pasado. No tenía dudas de que estaría allí porque no era una mujer que disfrutara de las caminatas nocturnas por los campos a altas horas de la noche.

Todo el camino de regreso lo hizo con los nervios atenazándole el pecho. Lamentablemente, ese hecho no había logrado disminuir la erección que lo acompañaba al saber que compartirían el mismo techo sin que estuvieran sus hijos de por medio. Ella no tenía la costumbre de pasar la noche en su casa, aunque algunas veces se había quedado durmiendo en una silla cuando los chicos se enfermaban, pero de eso hacía cerca de veinte años.

Bajó de la camioneta y cerró la puerta despacio para evitar que el ruido la despertara. Lo que menos quería era alertarla de su llegada. Estaba tan ansioso, que cuando entró sintió como se le relajaron los músculos al ver la sala vacía. Mejor, cuanto más escondida estuviera, mejor para los dos.

Subió las escaleras dispuesto a revisar los cuartos de las chicas para corroborar que estaba durmiendo en la casa. Las puertas, por suerte, no chirriaron cuando las abrió, pero él sí emitió un sonido extraño al comprobar que no estaba allí. Se dirigió al baño preocupado al suponer que por huir de él se había arriesgado a caminar hasta su casa, pero se relajó cuando descubrió vestigios de su presencia. Sobre el cerámico mojado estaba tirada en un montoncito la ropa que había llevado puesta cuando apareció en el taxi vestida como una provocadora, inclusive estaban sus prendas íntimas. ¡Tanga de encaje!, pensó sorprendido y sonrió recordando el día que le dijo que no podía decirle a Rosalía que usara carpas como las de ella. ¡Qué equivocado había estado!

Donde se habría metido, pensó, y llegó a la triste conclusión de que estaría encerrada a cal y canto en el cuarto de servicio, pero no fue a corroborar porque no quería volver a incomodarla. Entonces, entró a su habitación y se quedó helado. Minutos después sintió la dureza de su pene bajo los pantalones, porque la luz de la luna que se filtraba por la ventana le permitió ver que ella estaba recostada sobre su cama con solo una toalla a la que se le había deshecho el nudo.

¡Madre mía!, por primera vez estaba frente a su provocador cuerpo desnudo. ¡Dios!, esto era demasiado porque superaba con creces su imaginación cuando algunas veces se permitía fantasear con lo que habría debajo de las ropas anchas que usaba antes de volver de la ciudad convertida en una mujer fatal. Los pechos, más expuestos que con la camisa que había llevado puesta, subían y bajaban acompasando su respiración.

Con los ojos desorbitados, Aldo comenzó a descender por su cuerpo y pudo observar más partes expuestas porque, por suerte, la toalla se había abierto como en un triángulo que se

ensanchaba hacia abajo. Tenía el abdomen casi plano y su hermoso capullo esperándolo, como si le dijera, “ven a mí, ven a mí”. ¡Y el trasero!, ¡una delicia redondita, santo dios!, y eso que apenas se veía porque tenía una rodilla flexionada. Qué hermosa era, toda femenina con algunas redondeces que la hacían más tentadora. Su cuerpo no era lo que indicaba la moda, delgado, firme y relleno con siliconas; no, el de Ernestina era un cuerpo de mujer, un cuerpo de verdad, natural y hermoso.

Recordó que de jovencita les había quitado el aliento a todos con sus aires de modelo, y provocado más de una erección. Pero ese cuerpo armónico de mujer madura a él le estaba provocando más anhelo que en la juventud, porque en ese momento podía asegurar que estaba más envarado que antaño.

Observándola así tuvo que reconocer que ella era la única mujer que lo había llevado al límite de la excitación. Verla caminar por el centro a los dieciocho años lo había vuelto tan loco, que tenía que regresar a la intimidad de su habitación para frotarse y calmar el deseo insatisfecho que le provocaba. Pero ahora ella estaba en su cama, dispuesta, entregada, esperando que la tomara, se dijo Aldo y avanzó con sigilo hasta el borde de la cama.

¿Un hombre podía contenerse cuando tenía ese premio aguardándolo en la alcoba?, ¿sobre todo si había esperado tantos años para tenerlo? No, porque después de tantos años la excitación rayaba el límite de la locura, y con esa conclusión se sacó la ropa, se acercó a la cama y con una mano deslizó la toalla a los lados para ver la bella figura de Ernestina.

Por más sigilo que empleó Aldo en la tarea, Ernestina abrió los ojos y la desesperación se apoderó de ella. Intentó recuperar la toalla para cubrirse, pero él se acostó a su lado y la envolvió en sus brazos atrayéndola a su cuerpo para sentir el contacto de la suave piel sobre sus músculos.

—No te alejes —susurró Aldo en su oído—, que tenerte así es maravilloso.

Ernestina estaba tiesa como un poste. ¿Qué pensaría Aldo de ella?, Cómo pudo dormirse en su cama cubierta solo con una toalla que, para colmo de males, se había desatado y estaba expuesta como una prostituta esperando a su amante de turno.

Aldo le acariciaba la espalda como si sus manos fueran de plumas, pero ella no podía aflojar la tensión. Esto era lo peor que le había pasado en la vida, y mil veces prefería que la volvieran a dejar plantada en el altar. Conocía a Aldo de toda la vida, y nunca habían compartido ni una mirada intensa, salvo la que se dedicaron aquella noche mientras aguardaban la llegada de su sobrina después de haber sido perseguida por el huracán, pero esto era demasiado humillante.

Habían sido grandes amigos durante veintisiete años, compartido las travesuras, los logros, las alegrías y hasta las enfermedades de los chicos. Habían cenado como una familia, compartido días de campo, fiestas de cumpleaños, inclusive habían salido juntos a comprar los rebuscados regalos navideños para Renzo, que siempre pedía cosas estafalarias que no se encontraban en ninguna juguetería. Habían discutido algunas veces por los chicos, pero nunca, nunca se habían visto ni en ropa interior. Y ahora, ella se había recostado un segundo en su cama para aspirar su aroma y... se había dormido con la toalla abierta, ¡maldición! Y él seguía acariciando su espalda como si llevaran toda una vida compartiendo esa intimidad. Al menos se mantenía en lugares recatados, se dijo pero ni así pudo aflojar la tensión del cuerpo.

Desde que Aldo se había acostado a su lado, ella se mantenía mirando el vello de su pecho, como si fuera un punto seguro en su vida, porque si llegaba a enfrentar su mirada, él podría ver sus mejillas encendidas, su vergüenza y su humillación. Quería desaparecer, convertirse en cenizas y que se la llevara el viento para no seguir sintiéndose tan infeliz por haberse dormido en su cama con solo una toalla abierta mostrando su cuerpo como si estuviera en una exposición. Para colmo él no hablaba, solo la apretaba más a su cuerpo y ella estaba sintiendo el roce de su

erección contra su cuerpo.

A pesar de su silencio, Ernestina sabía que la miraba, era como si un sexto sentido le dijera: no levantes los ojos que vas a encontrarte con los suyos, risueños, burlones por tu pudor. Ni loca pensaba mirarlo, en realidad no volvería a mirarlo nunca más, se dijo y la rigidez se intensificó cuando él dejó deslizar sus manos hasta sus nalgas. ¡Ay, qué podía hacer ahora!, se dijo y cerró los ojos con fuerza para tratar de salir de esa situación.

Aldo no la miraba con una sonrisa burlona como ella suponía, sino preocupado porque estaba comprendiendo que ella no había tenido intenciones de esperarlo desnuda. Las suaves caricias que le hacía en la espalda no la habían relajado sino tensionado, y cuando se atrevió a acariciar sus nalgas ella quedó dura como una piedra. Sabía que si la soltaba saldría huyendo de su vida para siempre.

Era la primera vez que no sabía qué hacer con una mujer. Por lo general el sexo era algo que se hacía y punto, pero sus amantes eran mujeres más experimentadas, en cambio, Ernestina... ¿Qué carajo le pasaría para quedar tan rígida? Acaso estaba aterrada de tener una relación, o quizá sentía repulsión al verlo. Tal vez, ella no lo deseaba, no anhelaba esa intimidad que tanto necesitaba él.

Aldo supuso que por segunda vez en el mismo día estaba haciendo el ridículo, pero esta vez no pensaba salir huyendo. Si lo quería rechazar que se lo dijera, porque si salía de esa cama sin conocer sus pensamientos, ya no la miraría más. Y eso era algo que ni siquiera se atrevía a pensar.

Aldo puso su mano en el mentón de Ernestina para levantarlo, y no pudo evitar sonreír al ver que ella tenía los ojos cerrados con candados, apretados para que no se le abrieran por reflejo. Le acarició el labio con el dedo pulgar y le dijo:

—Si tienes los ojos cerrados porque sientes rechazo por mí, entonces déjalos así hasta que yo salga de la habitación. Pero si lo que te hace apretar tanto los ojos es la vergüenza de que te vea desnuda, por favor ábrelos. Porque si salgo de esta cama no creo que pueda volver a mirarte a los ojos —dijo Aldo y se quedó mirándola, pero ella no los abrió, entonces él aguardó un buen rato hasta que comprendió que tenía que marcharse, y salió de la cama.

Ernestina sintió pánico cuando él se levantó de la cama. Aldo estaba cumpliendo su palabra y no la miraría más si ella no reaccionaba, y comprendió que la vergüenza le estaba quitando lo que más quería, por eso buscando coraje en los lugares más recónditos de su alma, se atrevió a hablar.

— Toda la vida te he visto con ropa. Hemos sido amigos, compañeros, consejeros, hemos compartido el crecimiento de tus hijos y... No te vayas de mi vida, por favor no te vayas, pero tampoco me presiones para que abra los ojos. Yo... no quería esperarte así, solo me recosté y me dormí... quería que habláramos... que... supieras que no me reí de ti, sino que los nervios me traicionaron y...

—¿Y qué? —dijo Aldo acercándose a borde de la cama.

—Y que acepto ser tu... amante, pero no sé cómo actuar porque... Nunca he sido amante de nadie y... Tú eres mi amigo y ahora tengo que mirarte como a un hombre y... Dios mío que vergüenza. Me siento más humillada que el día que me dejaron plantada en la iglesia —dijo Ernestina, y sintió que un peso caía sobre ella, una mano le acariciaban el rostro y una dura erección presionaba sobre su pubis. Todo se convirtió en nada cuando él deslizó su mano entre sus piernas y acarició el capullo húmedo de su zona más íntima.

—Abre los ojos Tina, ábrelos que soy yo, Aldo, tu amigo, tu compañero, tu familia, y ahora tu hombre. Ábrelos así sabes quién te va a llevar a volar, Tina querida —dijo Aldo, y esperó paciente que ella asimilara lo que les estaba pasando. Seguía frotando en círculos con roces suaves para no asustarla y la sintió jadear y por fin abrió los ojos, que estaban cargados de lágrimas sin derramar.

Se miraron, ella avergonzada y él con una sonrisa apenas perceptible, era ternura al ver lo que le había costado aceptarlo y lo que le estaba constando abandonar un puerto seguro como el que habían compartido por años, sin contacto íntimo, sin besos, abrazos y palabras lujuriosas. Y se propuso en una noche sacarle con caricias toda la vergüenza que estaba sintiendo. Él era Aldo, de que se podía avergonzar, si lo que más deseaba era tenerla entregada a él como esas amantes que aguardan desnudas y abiertas la llegada de su hombre. Dejó de acariciarla y se arrodilló frente a ella, dejando a la vista su dura erección. Ella se puso a observar el velador de la mesita de noche y Aldo le dijo:

—Mira Tina lo que te voy a hacer —y cuando ella lo miró algo intimidada, él le separó las piernas para deleitarse mirando su bella intimidad.

Verla abierta y dispuesta para él lo volvió loco y sintió que el deseo lo envolvía como llamas ardientes que le quemaban cada resquicio de la piel. Se inclinó y no pudo evitar devorarla. Ella trató de aferrarse a la vergüenza, a la humillación o a cualquier cosa que la regresara a su vida recatada, pero esto era lujuria pura y exigente, hambre y sed abrazadora que borraba cualquier resquicio de cordura. Era el acto primitivo de sentir placer traspasando las barreras del decoro y el pudor.

Aldo sabía que la asustaría, pero la quería así, lujuriosa y entregada a sus más bajos instintos, sin resabios del remilgo que llevaba años practicando. Quería enseñarle lo que era dejar el pudor de lado, aniquilarle la vergüenza y enseñarle a pedir sin tapujos lo que deseaba que le hiciera. Cuando ella intentó cerrar las piernas, Aldo se las volvió a abrir y atacó con más ímpetu para provocar huracanes de pasión que le hicieran olvidar que unas horas antes solo eran amigos, compañeros, consejeros y toda esa sarta de palabras en las que se había envuelto para explicarle la vergüenza que le provocaba estar desnuda con él. La chupó, besó, saboreó y acarició con la lengua hasta que la volvió loca de excitación.

—Aldo, por favor, detente... Tú y yo éramos amigos y... cómo crees que voy a poder mirarte a los ojos después de esto —dijo Ernestina casi sin poder hablar, porque al margen de la vergüenza él la tenía al borde de la locura.

—Cállate y deja las piernas abiertas que es más placentero, querida. No te das cuenta que estoy intentando solucionar el tema de cómo vas a mirarme a los ojos. Quiero llevarte a dar un paseo por las nubes para que nunca quieras salir de mi cama. Quiero que al verme solo pienses en sacarte la ropa para que te haga esto. Que me supliques que te monte —dijo Aldo, y arremetió de nuevo, devorándola hasta que la sintió moverse, gemir, cerrar los puños en las sábanas y gritar cuando llegó al clímax.

¡Estaba intentando solucionar el tema de cómo iba a volver a mirarlo a los ojos!, ¿eso le había dicho? Acaso no se daba cuenta que después de lo que le estaba haciendo nunca más podría mirarlo a los ojos, que justamente esto era lo que más la llenaba de pudor, que la vergüenza era algo natural en ella y él solo la estaba incrementando con este acto descarado. ¡Oh madre mía, que ganas de ser humo y salir volando con la primera ráfaga de viento que entrara por la ventana!

Pero él era un experto en quitar los pudores porque la dejó perdida, nadando en un mar tumultuoso, ahogándose en sensaciones cada vez más placenteras. Ernesto nunca le había hecho eso, ni siquiera la había acariciado con la mano, solo eran besos interminables mientras la penetraba... No pudo seguir pensando en Ernesto porque Aldo estaba por todos lados, le chupaba los pechos y le lamía el cuerpo entero dejando reguero de sensaciones que la hacían estremecer, gemir, arquearse aunque intentara evitarlo. Ella no encontraba fuerzas para resistirse. Pero él era Aldo, su respetuoso amigo que nunca hacía insinuaciones, y eso la hacía ruborizar, aunque Aldo parecía ansioso de devorarla de esa forma, como si estuviera recuperando el tiempo perdido. Eso

la tranquilizó. Él la deseaba y ella... siempre lo había querido. Nunca había sentido tanto placer, tanto gozo, y ni en sueños se imaginó que llegaría el día que un hombre le haría esas cosas, mucho menos se imaginó que quien estaría entre sus piernas sería Aldo. Mientras pensaba en lo que le estaba dejando hacer, sintió que él la penetraba con delicadeza, y recién ahí se atrevió a enfrentarle la mirada sin que él se lo pidiera.

—¡Aldo! —fue apenas un susurro antes de envolverle el rostro con las manos y rogarle con la mirada que la besara.

Aldo no besaba a sus amantes para no interponer sentimientos en un acto que solo era para satisfacer sus necesidades primitivas, pero con Ernestina necesitaba hacerlo. Le rodeó el rostro y se inclinó hasta sentir el suave contacto de sus labios. Ella lo envolvió en un abrazo y el beso se acompañó con el ritmo de las embestidas. Ella era especial y era suya, pensó, y mientras se movía dentro de ella no pudo parar de llenarle el rostro de besos. Esto no era solo lujuria, se dijo Aldo, esto era un sentimiento que había estado oculto durante muchos años. Ella, con su desaparición durante diez días del pueblo había despertado el insoportable deseo de su juventud cuando la veía caminar por la plaza dejando el reguero de hombres excitados a su paso, recordó y la embistió profundamente para llevarla al límite y acompañarla en el trayecto. El orgasmo compartido los sorprendió y como si estuvieran acostumbrados a la intimidad unieron sus labios para intercambiar los gemidos y jadeos que les provocó lanzarse al abismo.

Aldo se separó apenas para mirarla a los ojos. Ella estaba hermosa bajo el efecto de la excitación, y le sonreía.

—Con... Ernesto... no era así —dijo Ernestina con timidez.

—Me alegro de que haya sido un mequetrefe, así soy yo quien te hace gritar cuando llegas al orgasmo —dijo Aldo, y ella volvió a ruborizarse—. No quiero que te avergüences con lo que te hago, me fascina saborear tu clítoris, sentir el olor de tu sexo, tus jadeos y movimientos, ver tu rostro excitado mientras te llevo al límite, y el cabello revuelto sobre la almohada, me encanta que levantes las caderas y me dejes apreciar ese montecito hinchado de excitación.

—No hables así, por favor, siempre has sido tan correcto que te desconozco —dijo Ernestina.

Era cierto, había sido demasiado correcto. Inclusive él estaba sorprendido de sus palabras porque nunca se las había dicho a nadie. Pero ella era Ernestina, la mujer que Aldo necesitaba como el aire que respiraba, la que siempre había estado a su lado y la que hubiera querido elegir como esposa si no hubiera sido tan cobarde de creer que ella lo rechazaría. Se arrodilló en la cama y se dedicó a mirarla con descaro.

Ernestina vio que cerraba los puños y supuso que estaba conteniéndose de tocarla.

—¿Qué haces?

—Mirarte y dejar que me mires. Conocerme a fondo, descubrir detalles que nunca había podido ver porque estaban ocultos por tus prendas. Te cuento que me sorprendí de ver tus tangas y... Ahora entiendo por qué las usas, si tienes el cuerpo justo para ponerte esas tangas porque deben ocultar poco y, si te las viera puesta creo que me volvería loco por arrancarlas.

—¡Dios mío! Me siento tan ridícula, tan fuera de lugar —dijo Ernestina, y Aldo se inclinó para darle un corto beso en los labios.

—Ven, vamos a darnos un baño juntos así nos descubrimos. Quiero que por la mañana no te quede un resquicio de vergüenza. Que vengas a mi cama y te pongas sobre mí, me beses y me acaricies sin sentir que es incorrecto. Que te pares desnuda frente a mí para que pueda admirarte, tocarte, y chuparte. Quiero que seas tú quien me pida que te bese los lugares más íntimos, que me digas, Aldo, por favor, bésame el clítoris —dijo mientras la arrastraba al baño que había al final del pasillo.

—¡Aldo!, me estás asustando. Tú siempre has sido tan correcto, aunque quizá con tus amantes... —dijo Ernestina pensando que esas mujeres habrían escuchado lo mismo que ahora le decía a ella, y Aldo se detuvo para enfrentarla.

—Nunca hablo con mis amantes mientras estamos en la cama, solo que tú... son tantos años Ernestina, que no quiero esperar para sacarte el pudor —dijo Aldo sin aclarar el significado. Luego siguió la marcha y cambió el tema—. Mañana le tiro los bártulos a Gina y regreso a mi cuarto así no tenemos que recorrer toda la casa cada vez que queremos bañarnos juntos. Inclusive estoy pensando en instalar una bañera de hidromasajes para los dos.

Acaso Aldo estaba pensando en traerla a la casa cuando volvieran las chicas, sus hijas, pensó Ernestina preocupada. Ella no pensaba meterse en su habitación para que le hiciera todas esas cosas prácticamente en las narices de sus hijas. Ella había aceptado una propuesta que nunca pensó que le haría, y necesitaba mantener esa locura en reserva absoluta, porque no podría mirar a las chicas a la cara después de haber dormido con su padre, y mucho menos con todas las cosas que le hacía y las barbaridades que le decía, y se lo hizo saber.

—Aldo, quiero mantener lo nuestro en secreto —aclaró Ernestina, que estaba parada tapándose las intimidades mientras él, se movía por el baño con la misma desenvoltura que lo haría si estuviera vestido; y Ernestina se dedicó a contemplar sus músculos, su trasero y el pene erecto a pesar de que acababa de eyacular en su cuerpo. Estaba bien, mucho mejor que ella, pensó con timidez, pero descartó la idea de sus imperfecciones al recordar el embeleso de Aldo por su cuerpo.

—Nadie del pueblo lo va a saber —dijo Aldo, se giró y la atrajo a sus brazos. Entró con ella a la bañera y comenzó la dulce tortura de recorrerle el cuerpo para lavarla, y la sintió gemir de placer antes siquiera de rozar sus zonas sensibles. Le recorrió las piernas y los brazos, el abdomen y la espalda disfrutando de sus estremecimientos. Quería que le pidiera que la tocara, pero ella no lo hacía, entonces dejó que su mano recorriera los lugares prohibidos, solo por un segundo, provocando y cuidando de no dejarla alcanzar la plenitud—. Si quieres que haga algo por ti, solo tienes que pedirme, cariño —dijo mientras su mano rozaba el clítoris y se volvía a retirar. La sintió abrir las piernas pero no dijo nada, y Aldo esperó paciente—. Pídeme y lo hago —susurró en su oído.

—Ya sabes lo que quiero, no me hagas esto —dijo Ernestina casi sin voz.

—¿Dónde quieres que te toque? —volvió a insistir en su oído mientras fregaba su erección en el trasero de Ernestina.

—Maldición, Aldo, deja ya de humillarme —No pensaba pedirle y mucho menos rogarle como él pretendía. Antes muerta que estar suplicándole que le hiciera esas cosas. Acaso no le bastaba con haberle quitado a tirones el pudor y la vergüenza, se dijo indignada mientras intentaba salir de la bañera.

—Está bien, en esto ganas tú, querida—dijo Aldo rodeándola en un abrazo para que se quedara en esa posición de indefensión, y la llevó a planear entre nubes de placer hasta que ella se recostó entregada sobre su pecho con la cabeza echada hacia atrás y las caderas elevadas.

Aldo se inclinó y la besó sin dejar de acariciarla, hasta que la sintió tensarse por el dulce placer que le recorría el cuerpo. Comprobó, para su satisfacción, que cuando lograba que Ernestina perdiera el sentido se olvidaba de la vergüenza. Ella misma se sorprendió de su descaro cuando se giró en la bañera para sentarse a horcajadas con las piernas abiertas y los pechos frente a los ojos de Aldo; y cuando tomó el jabón y se deleitó recorriendo con suavidad el cuerpo de su hombre ya se sentía su amante. Comenzó a acariciar la piel desde el pecho a la cintura y de ahí a las piernas sintiendo la emoción de hacer realidad un sueño que horas antes había sido

inalcanzable. Sin apartar la mirada del recorrido cubrió cada milímetro del cuerpo de Aldo hasta que por fin se atrevió a tomar el pene erecto en sus manos; él gimió y le devoró los pechos. Nunca, ni en sus más remotos sueños se había imaginado así con Aldo. Soñaba con estar recostada en su cama compartiendo una noche de sexo, pero no así, con ese descaro que quitaba el pudor; y mucho menos con él hablando sin tapujos sobre temas como clítoris, chupar, mamar y sentir su sabor. Pero qué hermoso era poder estar con el hombre de sus sueños compartiendo tanta intimidad, tanta pasión y tanto anhelo como si llevaran toda la vida haciéndolo. Lo sintió jadear y dejó de acariciarlo para montarlo.

“Vas a venir a pedirme que te monte”, le había dicho Aldo, y en lugar de pedirle se lo estaba montando ella. ¡Qué rápido la abandonaba la vergüenza! Se dijo, pero no le importó porque era feliz.

Aldo abrió los ojos al sentir que se había montado sobre él, y le sonrió.

—Ya me estás montando, mi querida y dulce Tina. Y qué bien lo haces. Más rápido, mi amor, más rápido así llegamos juntos al orgasmo.

Ella lo miró sorprendida. ¿Le había dicho mi amor?, se preguntó, aunque sabía que los hombres cuando se perdían en el placer usaban la palabra amor sin que comprometiera sus sentimientos, por lo que la descartó como verdadera y se movió más rápido mientras se inclinaba para besarlo. Sintió como el mundo se desintegraba mientras subía y bajaba provocando los gemidos de Aldo sobre su boca, hasta que creyó haber quedado suspendida en un mar de lujuria que la transportó a un mundo donde solo había una negra satisfacción.

Los dos se relajaron en la bañera hasta que recuperaron el aliento y lograron salir de la sorpresa que les provocó el hermoso complemento de sus cuerpos llegando juntos al clímax. Aldo le enmarcó el rostro, su mirada intensa la dejó sin aliento porque parecía transmitir algo más que la sola lujuria que le había propuesto, pero él la distrajo con un beso largo y un abrazo apretado que duró el tiempo que tardó en enfriarse el agua. Entonces, la sacó en brazos, la secó con delicadeza y caminó con ella acurrucada en su pecho hasta la habitación. Sin soltarla ni un segundo se dejó caer en la cama y la atrajo a sus brazos como si no pudiera soportar la idea de separarse de ella. Y así se quedaron, abrazados, mirándose, acariciándose y sonriendo por lo que habían compartido; una mano de Aldo sobre su pecho y la otra en su trasero, mientras ella no había podido apartar la mano de su pene, que crecía ante el contacto insistente de sus caricias. Él dormía relajado, pero ella no. Era tan hermoso que se dedicó a mirarlo, el pecho cubierto de vellos, los brazos musculosos, las piernas enredadas en las suyas, su rostro relajado después de la pasión; y se sintió feliz de hacer realidad su mayor sueño: estar en los brazos del único hombre que le había tocado la fibra más íntima.

Tantos años compartiendo muchos aspectos de la vida, y recién en la madurez estaba conociendo la intimidad de su cuerpo, el placer de acariciarlo, sentirlo jadear sobre sus labios, y la satisfacción de aspirar el aroma masculino sin tener que conformarse con la leve fragancia que quedaba sobre la almohada. Aldo le había hecho cosas que de solo recordarlas la hacían ruborizar. Él era posesivo, se dijo al sentir como la envolvía apropiándose de partes de su cuerpo que nadie tocaba, y se acurrucó más cerca rogando que esto no terminara nunca.

Lejos de terminar, por la mañana Aldo se acercó a la cocina con el cabello revuelto, los ojos adormilados y sin nada de ropa. Ella estaba con un vestido entallado hasta la cintura y de falda amplia, preparando el café de la mañana. Se acercó y sin pedir permiso metió las manos dentro del vestido para deslizar la prenda interior que le supo a encaje. Ella se giró y Aldo la elevó para sentarla en la mesada. El vestido subido a la cintura y los pechos en las manos de Aldo mientras la penetraba. Ernestina enroscó las piernas, se recostó sobre el frío granito y él deslizó hacia

abajo los tirantes de vestido para mirar sus pechos desnudos, y la embistió más a fondo, más profundo y más rápido, quitando cualquier indicio de vergüenza que le quedara, y haciéndole saber, que estuviera donde estuviera, si quería la tomaría, la marcaría y haría con ella lo que le diera la gana.

Era un arrogante como amante, pensó Ernestina, pero ella estaba fascinada. La mano de Aldo se deslizó entre ellos y masajeó para hacerla estallar. Ella se arqueó ante el contacto y Aldo sonrió.

—Bella mi mujer, y muy lujuriosa. Toda abierta para mí, mostrando sin vergüenza su hermoso capullo, sus pechos y... —le enmarcó el rostro y la miró a los ojos mientras la sentía perderse en un poso de lujuria—. Muéstrame tu orgasmo, mi amor, muéstrame que eres la mujer más feliz del mundo en mis brazos, muéstrame que soy el único que puede sacarte un grito con solo rozarte el clítoris —dijo Aldo, y la vio derramar lágrimas mientras traspasaba el abismo, entonces embistió con fuerza una y otra vez hasta que acabó dentro de ella.

Ernestina se incorporó y lo miró emocionada.

—Eres el único que va a tenerme —aseguró Ernestina, y se abrazó a él—. Ya debes saber que solo he estado con un hombre antes de que me hicieras esta propuesta escandalosa y... no pienso cederte a nadie. Quiero que dejes a tus amantes —exigió Ernestina.

—Por supuesto, solo tú serás mi amante. Ya hablaré con ellas.

—¿Cuántas eran?

—Dos, aunque ellas se creían únicas.

—¿Por qué dos?, para sentirte más hombre, más deseado.

—No, se dio así. Yo no lo busqué. Durante muchos años solo tuve una. Hace dos años conocí a una divorciada en un bar y... tenía necesidades y... accedí a verla algunas veces —dijo algo incómodo—. Hay necesidad que hablemos de esto.

—Sí, porque quiero tener la certeza de que no hay nada serio que yo esté rompiendo entre ustedes —dijo Ernestina.

—No duermo en sus casas, no comparto conversaciones sobre mi vida y no desayunamos después del sexo. Satisfacemos nuestras necesidades y después cada uno a lo suyo. Solo ha sido un trato que nos convenía a ambos —dijo Aldo refiriéndose a sus amantes como si se tratara del plomero que le viene a cambiar un caño que pierde agua.

—¿Yo también seré un trato que te conviene, Aldo?, vivo cerca y podrías tenerme cuando se te antoje y...

—Esa es una ventaja —dijo Aldo sonriendo al notar su enojo—. Te conozco de toda la vida, lo nuestro no será un trato, si es eso lo que te preocupa. Mira todo lo que estamos hablando. A ellas nunca les permitiría cuestionarme nada.

—¿Y por qué a mí me lo permites? —dime porque te amo, pensó Ernestina.

—Se está dando de forma diferente. Te conozco de toda la vida, casi somos una familia, eres la madre de mis hijos y mi compañera durante veintiocho años. Es lógico que desayunemos juntos, conversemos, me cuestiones y me indagues. En ti lo acepto, en las otras no —su respuesta era lógica aunque no era la que esperaba Ernestina.

—Alguna vez te quedaste dormido en sus camas.

—Por supuesto que no —dijo Aldo como si fuera una locura.

—Anoche dormiste conmigo y... agarrado a...

Aldo sonrió ante su timidez.

—Hacía mucho que no dormía tan bien —dijo Aldo, y se inclinó a besarla—. Esta noche podríamos repetir la experiencia. Tú también tenías algo en la mano que me impedía dormir.

—¿No dormiste? —preguntó Ernestina preocupada porque había estado toda la noche mirándolo y acariciándolo al creerlo dormido.

Aldo negó con la cabeza.

—Estaba demasiado excitado para dormir. Tú me volvías loco. Me gustó lo que hiciste, fue como regresar a la juventud y sentir por fin tus manos calmando mi excitación —dijo Aldo, y se arrepintió de dejarle conocer cuánto la ansiaba en la juventud.

—¿Cómo? Acaso te excitabas conmigo en la adolescencia —se atrevió a preguntar Ernestina.

—Muchos hemos soportado una erección en tu presencia cuando eras una provocadora. Y más de uno se contentaba con frotarse en la soledad del cuarto imaginando que eras tú la que nos acariciaba —dijo Aldo algo incómodo por el rumbo que estaba tomando la conversación, sobre todo al ver cuánto disfrutaba Ernestina con su confesión—. Podríamos ponernos en marcha. Hoy tengo mucho que hacer y...

—Por supuesto, no voy a pasar el día compensándote por las frustraciones de tu adolescencia —dijo Ernestina, y se alejó de él— Para eso tendrás que esperar hasta la noche y... tal vez decida cumplir tus sueños de adolescente —lo miró, y comprobó que esas palabras lo habían excitado—. Creo que te espera un día complicado —dijo Ernestina antes de salir de la casa.

—Maldición —dijo Aldo al verla marcharse. La dulce Ernestina en una noche se había convertido en una arpía, pensó mientras subía a darse una ducha para bajar la calentura.

Avanzada la tarde, Aldo se acercó por tercera vez a la casa para acariciar un rato a Ernestina. Estaba descubriendo que no podía estar sin ella, y que sentía las mismas ansias de la juventud, esas que lo tenían todo el día soportando la erección que le provocaba verla o pensar en ella. Y la muy caradura le había prometido compensarlo por la noche, pero él no podía esperar tantas horas, la necesitaba ya. El problema era que ella había desaparecido durante todo el día, y él la quería de regreso.

Antes de convertirla en su amante ella solía estar el día entero en su casa, acomodando, cocinando, indicándole las tareas a Clara, conversando con las chicas, o simplemente leyendo una revista o preparando una torta para el desayuno; en cambio, esa tarde, la primera desde que era su amante, ella se había ido por la mañana y no había regresado.

Tres veces había vuelto a la casa para estar con ella, pero la casa estaba en silencio. La última vez se puso a revisar los ambientes y descubrió que en algún momento había vuelto porque había cambiado los muebles de las habitaciones, por lo que dedujo que le había gustado el asunto de bañarse juntos sin tener que recorrer el pasillo. Sonrió de solo imaginarla desnuda en su bañera elevando las caderas mientras él la acariciaba, y la urgencia de poseerla allí lo excitó. Era tan bella que le costaba creer que era suya. Su cuerpo maduro, suave y blando en algunas partes lo volvía loco.

Subió a la camioneta, y mientras recorría el camino al pueblo se indignó al suponer que Ernestina estaría entretenida con alguien mientras él no había podido dejar de pensar en ella. Si estaba recibiendo las atenciones de Carlo, la arrancarían de la silla para traerla de regreso; y si estaba en la tienda de Lidia, haría lo mismo. Ya demasiado la habían disfrutado todos. Ahora le tocaba a él, solo a él. Sintió que se estaba volviendo demasiado posesivo con ella, pero no le importó porque ella era suya y tendría que darle prioridad frente a los otros, inclusive si eran sus amigas.

Mejor que no estuviera tomando la gaseosa que Carlo le regalaba por las tardes porque sabía que se pondría furioso. Ya le aclararía que a partir de ahora él sería quien pagara todo lo que ella quisiera. Era suya, volvió a repetir mientras manejaba los pocos kilómetros que había al centro. Recordó que ella le había pedido mantener la relación en secreto, y trató de relajarse para no

comprometerla, aunque en el fondo lo que quería era que todos supieran que ella le pertenecía, para que ningún hombre se atreviera a mirarla con deseo. Inclusive, tenía ganas de actuar con anticipación, es decir, estampar el puño en la cara de Carlo para dejarle en claro que buscara en otro lado porque Ernestina ya tenía dueño.

Llegó en menos de cinco minutos y para su alivio no estaba en el bar de Carlo. Sabía que tenía que tratar de calmar su ansiedad para respetar la promesa que le había hecho, pero no era fácil porque llevaba todo el día pensando en tenerla desnuda en su cama. Nunca había sido un hambriento sexual, ni siquiera los primeros días de matrimonio con Laura, mucho menos con sus amantes a las que visitaba alternadamente no más de una vez a la semana, pero con ella era diferente. Ernestina lo había convertido en un salvaje que hablaba groserías mientras la chupaba y lamia por todos lados. Nunca había saboreado así a una mujer, ni siquiera sentía deseos de hacerlo, pero lo volvía loco hacerle y decirle cosas sucias a Ernestina. Y comprendió que su ansiedad era porque estaba haciendo realidad su mayor anhelo de la adolescencia: tener, entre sus brazos a la mujer que había deseado con toda su alma en la juventud y no había tenido por miedo a ser rechazado.

La encontró en la tienda de Lidia, riendo mientras miraban las prendas que le había comprado en la ciudad.

—Aldo, qué sorpresa tenerte en la tienda —dijo Lidia.

Ernestina se giró y le sonrió con complicidad.

—Me acabo de enterar que Isabela se ha ido del pueblo —dijo Ernestina, y vio que Aldo fruncía el ceño—. Pero se ha puesto en contacto con Lidia para informarle de que está buscando un inversor para construir las casas vacacionales en nuestro club de campo. ¿Acaso nadie fue capaz de decirle que no queremos turismo en el pueblo? —explicó para que Aldo comprendiera que no saldría corriendo a buscarla.

—No me culpes de este engaño que yo no estaba en el bar —aclaró Aldo, y Ernestina se ruborizó recordando donde estaban los dos mientras su sobrina descubría el engaño de Renzo— ¿No vas a salir corriendo a buscarla? —preguntó para cerciorarse de que Ernestina no se iría.

—No, la vamos a esperar. Solo que Renzo no debe saber que se comunica con Lidia.

Aldo asintió.

—Por mí no hay problema. Se merece probar un poco de de su propia medicina. Ya me he enterado que Isabela sabe todo y me imagino que no debe estar muy contenta—dijo Aldo, y antes de que Lidia o Ernestina se explayaran en el tema dijo—. Vamos Ernestina, estoy apurado.

—Aldo, no seas posesivo y vete a tomar una cerveza mientras terminamos de conversar sobre los costos de las prendas —dijo Lidia exaltada.

Ernestina miró a Aldo y disimuladamente desvió la vista para corroborar sus vaqueros abultados, le sonrió y esperó que estallara.

—Lamentablemente no puedo esperar —dijo Aldo acercándose a Ernestina—. Tú sabes por qué, ¿no?

—Sí —dijo Ernestina, y le sonrió con disimulo—. Mañana vuelvo, Lidia —aclaró sin mirarla mientras salía de la tienda y se dejaba arrastrar por Aldo del brazo—. Prácticamente has dejado ver nuestra relación —se quejó mientras Aldo la llevaba a las corridas a la camioneta.

—Hubieras puesto tú la maldita excusa —dijo Aldo mientras arrancaba y salía antes de cerrar las puertas—. No quiero estar buscándote por todos lados. Antes estabas en casa a toda hora pero hoy he vuelto tres veces y no te he encontrado —dijo mientras desandaba con prisa el camino.

—Y tú antes no llegabas hasta la noche.

—Eso era antes.

—No sabía que eras tan ansioso. Me he estado poniendo al día de todo lo que ha pasado en mi ausencia.

—No era necesario que fueras al pueblo para enterarte, yo te podría haber puesto al día de todo —dijo Aldo algo ofuscado. Qué tenía que estar preguntando afuera si él lo sabía mejor que nadie.

—Tenía que darle los precios de las prendas a Lidia. ¿O eso también lo podrías haber resuelto tú? —dijo Ernestina con una sonrisa al descubrir una faceta desconocida de Aldo, él no la quería tener mucho tiempo lejos. Supuso que sería solo los primeros días hasta que se acabara la novedad. Pero no pudo seguir conjeturando al ver que habían llegado en un santiamén, es decir, que prácticamente había volado del pueblo a la casa— ¡Qué rápido hemos llegado! —dijo cuando él la sacó de la camioneta en andas.

—No había tráfico —dijo, y Ernestina se echó a reír ya que era un camino que solo llevaba a sus casas—. Voy a sacarte una a una las prendas y solo te voy a dejar la tanga.

—¿Y si no llevo tanga? —preguntó Ernestina, y lo miró para ver su reacción.

—¿No llevas nada bajo el vestido? —repitió la pregunta porque no lo podía creer. Ella era recatada, pero en un día había tirado por la borda hasta las tangas, pensó y el deseo se convirtió en desesperación.

—No —dijo ella con una sonrisa pícaro—. Me has convertido en una puta.

—¡Dios mío, qué he hecho de mi dulce Tina! —dijo mientras cerraba la puerta de la habitación de una patada y se ocupaba de arrancarle el vestido para dejarla desnuda—. Mira si no eres una maldita provocadora —dijo acercándose como un depredador a su presa—. Abre las piernas para mí. No, mejor apoya un pie sobre la cama así estás bien abierta y puedo comerte como me gusta.

—Sácate primero la ropa —dijo Ernestina.

—Me excita estar vestido y tenerte desnuda —dijo mientras se agachaba y con lentitud se acercaba para saborearla, apenas unos roces de su barba de un día que la hicieron estremecer—. Pídeme —rogó.

Ernestina estaba tan excitada que no encontró la vergüenza. Nunca había sido una mujer liberal, pero él la excitaba con sus palabras y le quitaba cualquier resquicio de pudor.

—¡Aldo! —fue apenas un susurro ronco y Aldo le dio un beso casto—. Aldo, por favor —suplicó, y él le dio un segundo beso.— Maldición, hazlo bien, no te detengas a cada rato —gritó, y por fin él atacó y la llevó al límite. Ernestina se arqueó y terminó tumbada en la cama con él entre sus piernas saboreando, degustando, paladeando hasta dejarla sin fuerzas. Ella llegó al clímax, y antes de que él tomara el control le desprendió los vaqueros para liberar su sexo y le pagó con creces sus atenciones, devorando su miembro henchido. Lo sintió tensarse, jadear y se emocionó de tenerlo dominado con sus atenciones. Se detuvo y le preguntó.

—Esto era lo que querías que te hiciera cuando eras un jovencito tímido.

—Sí, maldición, sigue, sigue. Siempre soñé con este momento, era mi fantasía. No pares, no pares hasta que termine —dijo Aldo, y ella siguió hasta que recibió su simiente en la boca.

Aldo la levantó de la cama y la miró con tanta intensidad, que Ernestina pudo leer la emoción y el agradecimiento por lo que le había dado. La apretó contra su cuerpo, la besó y se dejó caer sobre la cama con ella tendida cuan larga era sobre él, mientras le acariciaba la espalda y el trasero.

—No seré Ernesto, pero sirvo de reemplazo, ¿no? —apenas pronunció las palabras se arrepintió—. Olvídate de lo que dije, ni siquiera sé por qué lo hice.

—Nunca amé a Ernesto, Aldo. Él no era la persona que yo deseaba a mi lado. Solo me conformé con él porque la persona que amaba ya tenía dueña —dijo Ernestina sin atreverse a

mirarlo a los ojos. Sintió que las manos de Aldo se apartaban de su cuerpo y supo que tenía que ser sincera con él, pero no se animó.

—¿Era Roberto?, ¿el que se casó con Amanda y se fue del pueblo? —preguntó ofuscado.

—No, no era él —dijo Ernestina, y para distraerlo lo besó.

—Me besas para que no pregunte —dijo sobre sus labios.

—Aja —contestó ella sin dejar de rozarle los labios.

—Mario, que se casó con Pilar —intentó con otro, y Ernestina se incorporó en la cama.

—No, tonto. Era un hombre que me quitaba el habla, y cuando lo miraba me hacía trastabillar en el camino de la plaza—dijo Ernestina, sabiendo que Aldo podía descubrir que era él.

Aldo la apretó contra su pecho y comenzó a adorarla con sus caricias, pero no dejó de pensar en las palabras de Ernestina. Quiso creer que era él, porque ese recuerdo lo tenía claro. Ella trastabillaba cuando lo veía en la plaza, pero quizá también trastabillaba cuando miraba a otro. Trató de recordar a otro hombre que la hiciera trastabillar, pero no pudo. Debía ser él, se dijo más convencido. Sus manos subían y bajaban por su espalda y se detenían en sus nalgas, disfrutando de la redondez y la firmeza. Pero no avanzaba más, porque quería seguir sacando deducciones. Necesitaba confirmar que era él, y estaba seguro de que ella no se lo diría. No le gustaba sentirse inseguro, tampoco quería sacar deducciones equivocadas. Pero cómo se podía equivocar tanto. De solo pensar los veintiocho años que Ernestina le dedicó a su familia y todas las atenciones que tenía con él, como prepararle las comidas que le gustaban, llevarle el desayuno los domingos, alcanzarle el periódico y la cerveza cuando regresaba al atardecer, o preparar las tortas que más le gustaban para el desayuno, y tantas atenciones que era difícil enumerarlas. Y con esas deducciones estuvo casi seguro de que era él quien la había hecho trastabillar en el camino de la plaza. Quiso decirle que la amaba, pero prefería esperar, porque lo que tenían en ese momento era demasiado hermoso para arruinarlo con confesiones que podían perjudicar la relación que estaban compartiendo. Siempre sería mejor tenerla como amante que como esposa. Él ya había comprobado el cambio que producían las mujeres cuando se casaban. Quería hacerle el amor, adorando cada lugar de su cuerpo para que descubriera sus sentimientos sin decirlos con palabras. Y cuando se dispuso a ello, el móvil los interrumpió.

—Es Rosalía —dijo Aldo, y Ernestina, que se había relajado con sus caricias, saltó de la cama sintiéndose una intrusa. Una cosa era estar solos y otra escuchar como Rosalía hablaba por teléfono con su padre mientras ella estaba tendida desnuda a su lado. Aldo no dijo nada de su ridícula huida y atendió el móvil—. Hola, hija, ¿cómo estás?

—Me vine antes porque... papá me podrías venir a buscar, estoy en Jesús María y no tengo dinero para un taxi —Jesús María estaba a unos pocos kilómetros de Paraíso, y por algún motivo que Aldo desconocía, su hija en lugar de tomar un taxi hasta la casa se había quedado a esperar que la buscara. Podría haber regresado sola, irrumpir en su habitación y encontrarlos desnudos en la cama. Él quería que su familia supiera que Ernestina y él compartían la habitación, que supieran que entre ellos no había secretos y que desde ese momento ella sería parte de la familia como debería haberlo sido desde siempre, pero prefería encarar el tema con la ropa puesta, por lo que sintió alivio de que su hija hubiera preferido llamarlo al móvil.

—¿Que te pasó? —preguntó Aldo preocupado mientras se trataba de subir los pantalones.

Ernestina ya se había vestido y esperaba impaciente que él le contara lo que le había pasado a una de sus chicas.

—Me robaron y... me fue mal, papá, pero estoy bien. Estoy en la estación de colectivos.

—Ya salgo para allá —dijo Aldo, y colgó—. Le fue mal y encima le robaron —dijo furioso.

—Te acompaño —dijo Ernestina que estaba más preocupada que él, y Aldo asintió—. Pobre mi

niña, le dije que no fuera con gente que conocía poco pero no me hizo caso. Estaba tan entusiasmada que tenía comprado el bikini desde hacía dos meses. Inclusive, me pidió que le hiciera las sandalias en el mismo tono.

—Es tan ingenua que cree que todo el mundo es bueno —dijo Aldo mientras se ponía la camisa —. Pero esta vez me va a escuchar —dijo mientras salían.

—¿Después de lo que le ha pasado vas a darle un sermón? —preguntó Ernestina enojada.

—Mucho más que un sermón —dijo Aldo a gritos.

—Pues no me parece justo. Creo que deberías esperar para hablarla cuando los dos estén tranquilos.

—No, porque si dejo pasar unos días me va a decir, “otra vez con tus sermones, papá”.

—Esa es Gina —aclaró Ernestina.

—¿Cómo?

—La que responde así es Gina.

—Igual me va a escuchar apenas ponga un pie en la casa. Si quieres defenderla tendrás que quedarte acá —dijo Aldo a las apuradas, y Ernestina entendió la presión que estaba ejerciendo.

—¿Estás usando a tu hija para retenerme en tu casa? —preguntó asombrada.

—Sí, porque sé que te vas a ir y no quiero que lo hagas —dijo con sinceridad mientras los dos subían a la camioneta.

—Y si me quedo no le vas a decir nada —tanteó Ernestina.

—No, pero mañana trataré de hablar con ella —dijo más calmado.

—No vamos a dormir juntos —aclaró Ernestina.

Aldo asintió, pero su silencio fue lo que mantuvo a Ernestina callada durante todo el trayecto porque sabía que no pensaba cumplir su palabra. Estaba tan ansioso que quería tenerla todo el día dispuesta sin importar lo que pensarán sus hijas, pero ella no pensaba hacerlo delante de las chicas.

Aldo le apoyó la mano en el muslo mientras manejaba, pero ella no respondió como lo había hecho cuando no estaban sus hijas de por medio. Sabía que Ernestina sentiría vergüenza de dejar al descubierto su relación, pero para qué esperar tanto si la vergüenza aparecería tarde o temprano y él la prefería más temprano que tarde.

Verla sufrir en silencio le cortó el aliento, y a los pocos minutos detuvo la camioneta y se acercó a ella para darle un largo y apasionado beso.

—Está bien, voy a dejarte en tu casa de regreso, y te prometo que no voy a retar a tu niña por su ingenuidad. Voy a esperar que el problema de Rosalía se vaya decantando con el correr de los días, ¿estás de acuerdo? —dijo Aldo, y Ernestina se le colgó del cuello en agradecimiento.

—Estoy feliz contigo, Aldo, pero quiero que sea nuestro momento sin que nadie interfiera.

—Tienes razón, ya veremos la forma de encontrarnos —dijo, y reanudo la marcha.

La forma de encontrarse no era tan sencilla como cuando tuvieron la casa para ellos solos, sobre todo con las exigencias de Aldo que se mostraba por demás posesivo. Los gestos y los cambios en la forma de actuar de los dos alertaron a más de uno, y lo que creían un secreto compartido se convirtió en un secreto a voces, aunque ellos estaban tan concentrados el uno en el otro que eran los únicos ajenos a esa circunstancia.

CAPÍTULO 19

El pueblo estaba un poco revolucionado desde que Isabela se había marchado dejando atrás el cartel desvencijado que daba la bienvenida a Paraíso. Su estrategia de traer turismo tranquilo para incrementar los ingresos había sembrado el caos, porque la gente estaba dividida en dos bandos.

El grupo de vecinos fascinados de que las calles se llenaran de rostros nuevos había aportado dos ideas descabelladas: la de usar el club deportivo como discoteca bailable, y la de instalar una orquesta que tocara *rock* en el bar de Carlo para alegrar a los turistas que paseaban por el centro comprando las chucherías de las mujeres. Aunque esto de chucherías generó varios altercados.

El otro grupo no estaba dispuesto a ceder sus derechos adquiridos en el club, que usaban por las noches para practicar algún deporte, discutir asuntos de interés pueblerino o porque se les daba la gana, como habían aclarado a gritos en la última reunión que había convocado Felipe para tratar de resolver el problema que les había dejado Isabela antes de marcharse.

Carlo, el dueño del bar, cuando se enteró de que pretendían instalar una orquesta en su tranquilo bar había dicho a gritos: “cómo van a concentrarse los vecinos en una partida truco o en el ajedrez si la música les rompe los tímpanos”. Ada también había expresado su negativa a pasar el día encerrada en la cocina para dar de comer a gente extraña. Ella vivía tranquila y con sus ingresos podía darse el lujo de disfrutar de una semanita en alguna playa exótica, y con eso le bastaba. También estaban los ancianos que habían nacido allí, se habían criado allí y querían morir allí rodeados de la paz del lugar y sin gente extraña que les bailara sobre las tumbas.

Felipe estaba alterado como pocas veces. Se frotaba el cabello, el mentón y se fregaba los ojos en un intento por aclarar sus ideas y encontrar una solución a semejante problema. Había intentado conversar con Renzo para que le ayudara a apaciguar los ánimos, pero su amigo nunca estaba disponible. Renzo le había dicho que estaba recuperando los días que había perdido con Isabela en el huerto de Ernestina, aunque ese discurso había sido desmentido por sus empleados cuando comentaron en el bar que ya no controlaba las verduras, ni que el camión estuviera cargado, y tampoco se ocupaba de la papelería ni hacía los trámites bancarios. Lo único que se sabía de él era que llegaba temprano, se encerraba en su oficina, salía a almorzar a Lo de Ada y volvía a encerrarse hasta la noche. Nadie sabía en que ocupaba el tiempo durante las horas de encierro, aunque todos habían descubierto que estaba cansado. Inclusive las admiradoras de siempre comenzaron a preocuparse por la expresión silenciosa y poco caballerosa que demostraba cuando alguna se le acercaba en un intento por ser la elegida. Él las ignoraba cómo si fueran invisibles, y seguía simulando interés por la partida de carta que rara vez ganaba.

¿El caos y el tedio pueden compartir el día?, por lo general no, pero en Paraíso estaban quebrando las reglas, ya que a las revolucionarias reuniones le seguían días de una tranquilidad que daba miedo, porque el pueblo por momentos parecía muerto. Todos extrañaban a la ciudadana que aparecía vestida como la reina del pop y los dejaba con la boca abierta, a la mujer que había llegado como el huracán a cambiarles la vida, y se había ido prometiendo un viento tormentoso que traería un progreso no deseado. No es que rechazaran el progreso, solo rechazaban su forma de conseguirlo. Inclusive las admiradoras de Renzo ocupaban el día en limarse las uñas limadas para pasar el rato haciendo algo, porque las reuniones que había organizado Gina en la plaza para molestar a Isabela ya no tenían sentido. Tampoco tenía sentido pelearse en la calle por un pantalón con mariposas en el muslo si ella no estaba para ver el triunfo. Inclusive, ese famoso pantalón que había conseguido Aurora de malas maneras estaba colgado en una percha, ya que la única vez que

se lo había puesto para Renzo, él ni la había mirado.

Lo único que había despertado un poco el cotilleo en el pueblo había sido la actitud extraña de Aldo que, por primera vez, llegaba al pueblo con Ernestina y se iba con ella. Inclusive prestaba poca atención a sus amigos, que siempre lo descubrían buscándola con la mirada. Desde que ella había regresado y había decidido ser la Ernestina de antaño, Aldo no podía quitarle los ojos de encima. Incluso cruzaban miradas sospechosas que habían despertado cotilleos y conjeturas, pero ellos parecían no enterarse de las habladerías.

Otra persona que sembraba comentarios era Rosalía, que había regresado de sus vacaciones envuelta en un mar de angustia, como si el mar le hubiera arrebatado la sonrisa, pensaba Felipe que no podía apartar de su mente la tristeza en la mirada de la hermana de Renzo.

Gina era la única ajena al problema que había dejado Isabela antes de marcharse. Había regresado de su excursión por los pueblos turísticos y se dedicaba de lleno a embellecer un local para instalar una tienda de bisutería artesanal, que fabricaba ella misma para abaratar costos. Nadie veía futuro en su nuevo proyecto, pero tampoco había gente tan osada para hacérselo ver y quitarle el entusiasmo arrebatador que mostraba en el esmero con el que pintaba las paredes del color del arco iris. Lamentablemente, el entusiasmo de Gina no era solo por su nuevo emprendimiento, sino por la alegría extra que le provocó saber que Isabela se había marchado para siempre del pueblo. Y si no era para siempre, quizá lo fuera cuando se enterara de que sus grandes dotes de empresaria otra vez la habían dejado en ridículo. Nadie, salvo un pequeño grupo de revoltosos quería turismo en el pueblo. Por lo que Gina había averiguado, los vecinos por tapar un mal menor provocaron un mal mayor, ya que la sobrina de Ernestina andaba por la ciudad buscando inversores para unas casas rurales que nunca se harían en Paraíso.

Renzo no estaba tan amargado como todos suponían. Desde que había conocido a Isabela se había tomado muy en serio el tema de delegar. Para que iba a controlarlo todo si la fábrica funcionaba bien. Lo que lo tenía encerrado era una alternativa que venía manejando desde que conoció a Isabela. Ella, mientras recolectaba tomates o arruinaba las plantaciones de zanahorias le recitaba recetas que elaboraba en la ciudad a base de verduras, inclusive le había comentado el poco criterio que tenían en el pueblo para recolectar y vender a precios tan bajos después de comprobar el trabajo y el tiempo que demandaba la siembra y la recolección. “Si yo fuera la dueña de esa fábrica que compra las verduras, sería más visionaria”, le había dicho una mañana. “¿Sabes lo que haría?, elaboraría comidas a base de verduras orgánicas y las vendería a un precio que justifique el enorme trabajo que se realiza”. “Para lograr buenos beneficios no hay que vender la materia prima, sino el producto ya elaborado”. Y en eso ocupaba el tiempo Renzo, en hacer crecer el negocio para así lograr el progreso del pueblo sin necesidad de instalar casas de vacaciones. Por lógica, le daría el mérito a ella, que había sido la experta que le había hecho unos cuantos cálculos para demostrarle la diferencia de ingresos que podrían tener.

El problema era que a Renzo se le estaba acabando el tiempo, porque Isabela, que solo mantenía contacto con Lidia, les había mandado a decir que había conseguido un maldito inversor para las casas.

Según Lidia había logrado transmitirle al empresario todo su entusiasmo. Conociéndola, Renzo no tuvo dudas de que ella le había llenado la cabeza con falsas ilusiones, ya que el hombre había cancelado varias citas de su apretada agenda para venir a un pueblito perdido a perder el tiempo. Renzo estaba convencido que apenas pusiera un pie se iría desilusionado. Pero cabía una mínima posibilidad de que el hombre viera algo que a él se le escapaba, de ahí su apuro por tener armado el proyecto. Lamentablemente, cuando Lidia dejaba deslizar esos pequeños comentarios sobre Isabela, Renzo se perdía en los recuerdos y revivía, el día que la conoció tras el ventanal de su

lujoso departamento, la disputa que habían tenido en la tienda de Lidia, la tarde que llegó con el huracán a retirar la denuncia, los amaneceres que despuntaban en el cielo mientras desayunaban las galletas deformadas, los destrozos que habían hecho con las verduras y sus inocentes comentarios sobre la poca capacidad de su tía en el manejo del huerto, y aquellas charlas que le habían permitido descubrir su capacidad empresarial. Pero lo que más le costaba apartar de sus pensamientos era la noche, la gloriosa noche que por fin la tuvo en sus brazos... Pero no podía perderse en los recuerdos porque el tiempo se le acababa. Este proyecto que pensaba presentar acabaría con las disputas que mantenían los vecinos sobre las ventajas y desventajas de traer turismo al pueblo.

Renzo estaba decidido a solucionar el problema, y cuando la nueva empresa estuviera encausada, ya no cargaría sobre sus hombros con las responsabilidades de todo un pueblo. Él necesitaba disponer de su vida a su antojo, hacer lo que tuviera ganas sin tener que pensar en los demás. Necesitaba por una vez ser egoísta, y lo estaba siendo desde que se fue Isabela, ya que no atendía los reclamos de nadie. Después de todo, ser generoso no lo había llevado por el camino de la felicidad. Ya no quería que le palmearan el hombro, se dijo y alzó uno de los últimos contratos que tenía que revisar antes de acercarse a la nueva reunión que acababa de convocar Felipe para las siete de la tarde.

Renzo recorrió a pie las pocas cuadras que lo separaba del club deportivo. Las luces estaban encendidas y se imaginó el alboroto que habría en el galpón donde celebraban las reuniones. Pero su imaginación no llegó a superar lo que escuchó desde la vereda. No eran voces, ni siquiera se podían catalogar de palabras dichas en voz más alta de lo normal, esto era un concierto de aullidos y gruñidos de los vecinos que se levantaban de las sillas para bramar su enojo.

Renzo se quedó parado en el ingreso con las manos en los bolsillos del vaquero y arqueó las cejas. Isabela no necesitaba estar en Paraíso para ocasionar disturbios. Si estuviera con ellos, más de uno le intentaría torcer el cuello, pensó. Aunque conociéndola, estaba seguro de que vendría con una minifalda apretada y una camisita transparente abierta en el pecho que los dejaría mudos de asombro y sin recordar el motivo de la discusión. Se acercó sonriendo, no por el escándalo sino por sus pensamientos, y se detuvo apenas traspasó el portón para mirar y escuchar sin interferir.

—¡Están locos de remate! —gritó un opositor a los proyectos de Isabela—. Cien veces hemos analizado el tema de traer turismo, y cien veces lo hemos descartado. ¡Y ahora va el rechazo número ciento uno!

—¡Esa es tu maldita opinión porque vives de la cría de ganado, miserable egoísta! —gritó otro mientras se levantaba de la silla para dar énfasis a sus palabras.

—Y tú de las verduras, cabeza hueca.

Renzo miraba a Felipe con cierta lástima. Hasta la llegada de Isabela su amigo había sido el alcalde de un pueblo tranquilo, que por las mañanas tomaba el café con los vecinos en el bar, salía por las noches a divertirse y pescaba en un bote los fines de semana. Él mismo lo había acompañado. Pero en ese momento, Renzo dudaba de que se volviera a postular para el cargo.

Y mientras los gritos seguían con más gente que se levantaba de las sillas para hacerse oír, y mientras la reunión se convertía en una batalla verbal, Renzo descubrió varias cosas: su padre no estaba atento a los gritos, sino que miraba con indignación a Ernestina, que escuchaba algún comentario que Carlo le susurraba en el oído. Qué extraño, ya que Carlo siempre había tenido esa costumbre de tratar de pegarse a Ernestina y su padre nunca había puesto objeciones. Todos sabían del enamoramiento de Carlo por Ernestina, el mismo Aldo lo comentaba con indiferencia. Pero esa noche Renzo estaba comprobando que Aldo no parecía tan indiferente, ya que tenía los puños

apretados en el apoyabrazos de la silla. Luego Renzo se sorprendió al ver que Ernestina miró a su padre, se ruborizó y agachó la cabeza, y no tuvo dudas de que entre ellos había algo que ninguno de los dos quería hacer público, aunque, con esas miradas que se lanzaban lo estaban dejando a la vista. Eran amantes, maldición, y ni siquiera se lo habían dicho a sus propios hijos, pensó Renzo que también apretó los puños al descubrir lo que estaba pasando entre ellos. Fue tal la indignación de Renzo que desvió la vista y se topó con la de Felipe que miraba alternadamente a los vecinos que discutían y ¡a su hermana Rosalía!, ¡ah, no!, dos novedades así en el mismo día no las podían tolerar, se dijo Renzo, y se masajeó el cabello con nerviosismo. ¿Qué pretendía Felipe con su hermana?, ¿acaso la había descubierto después de años de conocerla? ¡Se habían criado juntos! De donde salía ahora esa mirada preocupada si su hermana era una persona alegre y... y vio que Rosalía tenía los ojos brillantes y parecía envuelta en un halo de nostalgia. Renzo comprendió lo alejado del mundo que había estado desde que Isabela se fue del pueblo. Frente a sus narices pasaban una serie de amoríos que involucraban a su familia, y él no los había descubierto, y se preocupó.

—¡Voy a cerrar el bar si el pueblo se llena de turismo! —gritó Carlo parado sobre su silla.

Todos se pusieron de pie y comenzaron a hablar descontroladamente. Renzo descubrió que Ernestina aprovechaba la situación para escabullirse y Aldo para seguirla. Maldición, ella era como una madre, y su padre la estaba humillando con una relación a escondidas. En cuanto terminara la reunión iría tras ellos y le lanzaría unos cuantos sermones a su padre por lo que estaba haciendo. Si quería tener a Ernestina con él, lo único sensato era que se casaran, y se los exigiría en cuanto lograra salir del infierno que se estaba desatando en el galpón del club.

Renzo trató de concentrarse en las palabras de los vecinos, pero como todos hablaban a la vez no alcanzó a entender nada de la discusión. Miró a Felipe que se agarraba la cabeza como si no supiera cómo parar el griterío. Su hermana Rosalía solo miraba a Felipe mientras dejaba salir las lágrimas que momentos antes le habían hecho brillar los ojos. Otro problema más que tendría que tratar de averiguar, se dijo, y comprendió que su deseo de dejar que cada uno se arreglara como pudiera no era factible porque se preocupaba demasiado por su gente.

Dónde estaría Lidia que no gritaba y tampoco se la veía parada en las sillas, se preguntó Renzo y comenzó a caminar bordeando las paredes del galpón para tratar de localizarla. Cuando la vio, se quedó helado. Lidia estaba paradita, muy quieta, mirando por la puerta abierta del galpón que llevaba al sector de canchas que tenía el predio, y sonreía como si estuviera disfrutando de los acontecimientos con alguien que miraba todo desde afuera. ¡Oh, no!, se dijo Renzo cuando un pensamiento fugaz le permitió suponer lo que podía estar sucediendo. Lidia era la única que mantenía contacto con Isabela, la única que debía saber dónde se había metido la empresaria que llevaba quince días alejada de Paraíso, y la que había informado que Isabela había conseguido un inversor que vendría mañana al pueblo. Y no tuvo dudas de que la que estaba disfrutando desde lejos, sin participar del desastre que había armado, era Isabela Brandal.

Nadie se percató de que Renzo solo miraba a Lidia mientras caminaba hacia la puerta que daba a las canchas. Todos estaban demasiado concentrados en sus propias palabras para ver más allá de sus narices. Incluso Lidia seguía sonriendo, sin percatarse de su extraño gesto en un ambiente que era más propicio para llorar, como lo estaba haciendo Rosalía.

Cuando Renzo llegó a la salida la vio.

Isabela estaba apoyada en un árbol, muy relajadita con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna delante de la otra. La muy caradura sonreía como si este fuera su gran triunfo. Y sí que lo era, ya que después de verse ridiculizada por todos estaba disfrutando de su venganza.

Isabela abrió los ojos como lechuza. Si a alguien no esperaba ver en la puerta era a Renzo

Valentín. Él era el noble vecino que se ocupaba de solucionar los asuntos de todos en el pueblo, y debería estar parado sobre una mesa intentando calmar los ánimos, o buscando una solución al problema del turismo. Lamentablemente, ese no era el momento para ponerse a sacar conclusiones porque él avanzaba por el césped de la cancha de fútbol como un león al acecho.

Antes de lanzarse a correr, Isabela alcanzó a ver que Lidia se había asomado a la puerta y negaba con la cabeza, como si recién tomara consciencia de que, sin querer, la había delatado.

Por qué se habría puesto tacos, pensó Isabela mientras trastabillaba en un surco que había marcado la lluvia. Renzo no alcanzó a sujetarla y solo vio cómo aterrizaba sobre la hierba. A pesar del golpe, ella se giró y trató de incorporarse, pero él no pensaba facilitarle la huida y se inclinó sobre ella hasta que la tuvo inmovilizada bajo su cuerpo.

—Déjame ir, maldito traidor —gritó Isabela, y se indignó cuando esa frase le arrancó una sonrisa.

—Lo sabías todo. Sabías que se iba a armar un revuelo bárbaro con tu idea del turismo —no era una pregunta, sino una afirmación—. Dime, acaso fue premeditado.

—¿Crees que me gusta quedar agotada analizando probabilidades al vicio?, por suerte no todo el mundo está de tu parte —gritó Isabela.

Esa respuesta le dio la que él buscaba. Lidia era la que le había contado la verdad. Bendita fuera, pensó mientras sentía crecer su erección al tenerla pegada a su cuerpo. Quince días preocupándose por la reacción de Isabela al segundo engaño, pero Lidia, que la adoraba, lo había resuelto antes de que el agua llegara al río.

—No, no te gusta ser empresaria. No te gusta la ciudad y no te gusta sacar cálculos —al ver el asombro en sus ojos, Renzo le aclaró—. Te conozco más de lo que tú quisieras, más de lo que dejas ver —y la besó con tanta dulzura, que ella no encontró forma de apartarlo. Para qué apartarlo si sus palabras la hacían sentir importante para él. Isabela le enmarcó el rostro mientras participaba del beso largo, suave y delicioso, un beso que hacía olvidar el pasado y también perdonarlo. Renzo recorrió sus sensuales labios con la lengua e Isabela le permitió la entrada, y los dos se dejaron llevar por el deseo.

Renzo deslizó su mano hasta la pantorrilla y comenzó el ascenso arrastrando la falda amplia que llevaba puesta. Isabela se estremeció y le rodeó el cuello con los brazos invitándolo a seguir. Y él siguió por el camino de la perdición. Encontró el elástico de la tanga y se incorporó apenas para poder sacarla de su cuerpo. Era una sensación excitante saber que bajo la falda no tenía nada más que el capullo húmedo esperándolo a él. Ella estaba excitada y abrió las piernas para perderse en las sensaciones. La luna era la única luz que los tenía expuesto. A pocos metros los gritos en el galpón seguían acallando los sonidos de la noche. Ninguno de los dos creyó necesario regresar a la reunión para aclarar nada, y siguieron amándose sin hacer el amor más que con un beso interminable y unos roces suaves sobre las zonas sensibles. Isabela le había desabrochado el vaquero y su mano había encontrado la dureza de la erección. Jadearon uno en los labios del otro, y siguieron dándose placer como si estuvieran solos, como si no hubiera un pueblo entero reunido a unos metros. O quizá no estaban tan lejos. Poco importaba cuando el mundo giraba alrededor ellos y solo existía la pasión que se prodigaban, el deseo de tocarse y sentir la excitación del otro, la dicha de saber cómo se entendían y complementaban cuando no existían las palabras. Dejaron de escuchar los gritos de los vecinos, solo había unos murmullos que no eran tan lejanos, pero tampoco los escuchaban, ellos no podían parar. Quince días se habían extrañado y no querían detenerse, no ahora que acababan de encontrarse y estaban tan cerca de alcanzar juntos el cielo, las nubes o lo que fuera que los llevara al mismo lugar. Isabela jadeó, y Renzo la calmó con un beso profundo que la dejó al borde del abismo. Y se hubiera lanzado a ese abismo si la voz de la

tía Ernestina no la hubiera traído de vuelta a la realidad.

—Por Gina me entero de esto —dijo Ernestina con una voz que destilaba ira.

Se acabaron las caricias, los besos, y la pasión de Isabela se transformó en un pánico que ni siquiera le permitió abrir los ojos. A pesar de la furia, Renzo, trató de cubrirla con su cuerpo para salvar la incomodidad. No había más que la tenue iluminación de la luna, pero igual le bajó la falda.

Quién más que Gina podría tener tanta maldad para dejarla expuesta frente todo el pueblo de una forma tan escandalosa, pensó Renzo. Isabela aparentaba ser una mujer liberal, y solo él sabía que nadie la había tocado, no los vecinos que estaban mirándolos con la boca abierta.

Renzo tenía ganas de matar a Gina por comportarse de una forma tan maliciosa. Desde que Isabela había llegado al pueblo, Gina estaba empecinada en hacerla sentir mal. Pero hoy había desbordado el vaso, porque una cosa era una pequeña disputa y otra muy distinta que los encontraran en la cancha del club a punto de alcanzar el orgasmo.

Isabela se sentía como una prostituta. Sentía tanta vergüenza que no se atrevía a abrir los ojos para mirar a los pueblerinos. Tampoco se animaba a sacar la mano que tenía dentro de los pantalones de Renzo por miedo a hacer más visible lo que estaban haciendo. Esto no era solo hacer el ridículo, no, esto era ser considerada una mujer liberal que se revolcaba en la hierba con el primer hombre que se le lanzaba encima. Toda una vida tratando de demostrar que no era solo un rostro bonito y un cuerpo armonioso, de cuidar su honra; y en un parpadear lo había dejado ir por el desagüe.

—Por qué no sacas tu mano de mis pantalones, que nadie tiene ojos de gatos como para ver donde la tienes —susurró Renzo, y ella lo hizo con brusquedad, pero no abrió los ojos—. Veamos que se me ocurre —susurró en su oído.

—Mejor déjame a mí. Te empujo, te insulto y...

—No señorita, de ninguna manera. Tú has demostrado ampliamente cómo puedes embrollarlo todo —dijo Renzo recordando la noche que había tenido que pasar en la cárcel cuando no lo dejó a él arreglar el asunto, y las consecuencias que le siguieron.

Ella apretó los dientes, y Renzo sonrió porque ni siquiera con sus palabras se atrevió a abrir los ojos.

—Sal de arriba de mi sobrina para que podamos arreglar esto —bramó Ernestina.

Aldo estaba a escasos metros de Ernestina y se preocupó al ver la expresión de triunfo en su rostro. Pero no alcanzó a decir nada porque ella siguió a gritos.

—La has comprometido, Renzo. Este es un pueblo moralista y la has comprometido. Cómo va a poder salir a la calle sin que la señalen —aclaró Ernestina.

Después de esas palabras no hizo falta que Renzo e Isabela siguieran peleando por hallar una solución. Ella lo empujó para levantarse pero él ya se estaba incorporando, y quedaron de pie, uno junto al otro. Isabela miró a Renzo, y descubrió que sus ojos soñadores ardían de furia, y había perdido la nobleza en algún lugar de la hierba. Renzo no le devolvía la mirada porque esa furia que ella observaba solo iba dirigida a Ernestina.

—Quiero que te cases con ella, Renzo —dijo Ernestina de forma imperativa.

—¿¡Cómo!? —Renzo admiró e Isabela preguntó, o quizás los dos admiraron mientras preguntaban, porque ninguno podía creer lo que acababan de escuchar.

Isabela se atrevió a mirar más allá de Renzo, y tragó con dificultad. No estaban todos, en realidad eran unos pocos, pero de solo ver a Gina y a Estelita supo que en unas horas el resto estaría enterado.

—¡Estamos en el siglo veintiuno! —admiró Isabela, aunque tenía que reconocer que ella había

nacido en el siglo equivocado, porque había sido criada por su padre con una moral de otra época.

—No en Paraíso —aclaró Ernestina para enterarla que allí afectar el recato de una mujer traía consecuencias, aunque Isabela no le creía.

—Vamos Ernestina, que acá las mujeres son más liberales de lo que estás contando —dijo Renzo para tratar de hacerla entrar en razón.

Isabela detectó en la voz de Renzo muy poca convicción, y supo que estaba mintiendo. Los hombres de ese maldito pueblo no tumbaban a las mujeres en las canchas de fútbol sin atenerse a las consecuencias. ¡Ella casada con Renzo Valentín!, ¡No, No y No!, reiteró mentalmente para dar énfasis a su decisión.

Pero Aldo interrumpió sus pensamientos con una voz mucho más firme e indignada de la que había usado Renzo.

—Basta, Ernestina. No voy a permitir esta imposición de tu parte —gritó.

Ernestina se giró y le lanzó una mirada asesina.

En qué momento el problema pasó para otro bando nadie lo supo, porque ahora eran Aldo y Ernestina los que planteaban una guerra ridícula.

—No te atrevas a meterte, Aldo —gritó Ernestina.

—Está en juego la felicidad de mi hijo y de tu sobrina. Te has vuelto loca —gritó Aldo.

—No hemos hecho nada malo —dijo Isabela a gritos.

Renzo arqueó las cejas. No había sido solo un beso. Se habían metido mano hasta quedar jadeando frente a todos, y ella decía que no habían hecho nada. Aunque comprendió que sus absurdas palabras eran un descabellado intento por salir indemne de la situación, y eso lo molesto. Todas, absolutamente todas habrían aprovechado esa situación para casarlo, en cambio, ella buscaba desesperada la forma de sacárselo de encima.

—Tanto te molestaría estar casada conmigo —dijo Renzo, su voz delataba su enojo.

Isabela lo miró sorprendida. ¿Acaso a Renzo le molestaba que buscara una forma de salir del apuro? Y al ver que él no la miraba, tuvo terror de que la nobleza que nunca había tenido con ella saliera a relucir para enmendar la pérdida de moral de la que hablaba Ernestina. Pero él no le dio tiempo a responder porque volvió a hablar.

—Si no mides lo que vas a decir, es mejor que te calles. Estás quedando en ridículo al tratar de tapar lo evidente —susurró Renzo en su oído.

Isabela se preocupó de que todos, no solo los hubieran visto en una situación comprometida, sino que también hubieran escuchado algo tan íntimo como era compartir algún jadeo entre los dos. Y se ruborizó.

—¡Oh, maldición!, toda la vida viviendo de forma responsable y...

—¿Te arrepientes? —preguntó Renzo, que estaba cada vez más enojado por la falta de interés que demostraba Isabela por él.

Claro que no se arrepentía, pero no se lo pensaba decir a un hombre que salía de una cama para entrar en otra, aunque esa deducción no la podía asegurar, pero no debía estar tan errada viendo la cantidad de mujeres que se lo disputaban. Por suerte, nadie les prestaba atención porque estaban más concentrados en la discusión que mantenían Aldo y Ernestina.

—Su felicidad es estar juntos —gritó Ernestina a Aldo, que negaba con la cabeza.

—Ese no es un asunto que tengas que decidir tú, Ernestina —dijo Aldo, y se acercó a ella.

—La ha “deshonrado”, Aldo —dijo Ernestina dando énfasis a la palabra deshonrar.

—Solo ha sido un intercambio de...

—Cállate... No lo digas porque nunca más voy a dirigirte la palabra —gritó Ernestina antes de

que él saliera con una de sus groserías, y Aldo se quedó helado al ver el odio en su mirada.

Ernestina podía permitirle las groserías en la intimidad, pero no en público y mucho menos si iban dirigidas a Renzo e Isabela. Aldo, con sus malditas justificaciones le estaba arruinando su sueño de verlos casados. Ella estaba exagerando, pero no podía medir la consecuencia de sus actos porque se había cegado.

El pasado, que Ernestina aseguraba que había quedado atrás, la traicionó y solo pudo ver que se había conformado con un papel secundario al tratar de ser parte de una familia que no era suya. Toda una vida educando a hijos que no lo eran y queriendo a un hombre que solo se estaba entregando porque había vuelto a ser la Ernestina elegante de antaño. Odió a Aldo en ese momento, y la bofetada que le dio en público no fue por lo que estaba sucediendo, sino por todo lo que había sucedido durante años. Por su amor incondicional que solo había recibido como retribución una amistad débil y compasiva. Porque él se casó con Laura. Porque Ernesto la dejó por su hermana. Y porque los dos tuvieron hijos con otras y ella no los tuvo con nadie.

Aldo sintió más dolor por su mirada de odio que por la bofetada que le acababa de dar en público. Ni siquiera existía una discusión tan grave para semejante reacción, pero él, solo él estaba comprendiendo que esto no era más que un volcán que acababa de estallar después de años de contención. Ella estaba dejando ver que las heridas del pasado no habían cicatrizado. El asunto era saber cuáles eran esas heridas que había sabido disimular tan bien, pensó mientras la miraba girarse para enfrentar a Renzo e Isabela. Y Aldo supo que no iba a parar hasta lograr la promesa de Renzo al compromiso.

—¡Y bien, Renzo! —bramó Ernestina.

—Esta es la locura más grande que me ha tocado escuchar en mi vida —gritó Isabela, y retrocedió como si quisiera huir de lo que estaba por acontecer.

—Ernestina, no lo hagas —dijo Aldo, se acercó a ella y la abrazó por el hombro, pero Ernestina lo alejó de un empujón.

—Estás cometiendo un error —dijo Lidia en voz apenas audible.

Pero Ernestina no escuchaba y solo miraba a Renzo.

Renzo, para sorpresa de todos, sonreía ante lo que estaba pasando. No era cómico pero él no se sentía extraño al tener a la sobrina de Ernestina metida en su vida. Después de todo ella ya tenía un lugar en sus pensamientos y sus sueños. Inclusive la había imaginado preparando las galletas caseras deformadas mientras él le quitaba la ropa y... empezó a imaginar el futuro: cenas juntos, vacaciones en alguna playa exótica, noches mirando la luna, tardes bañándose desnudos en la pileta, amaneceres haciendo el amor... niños revoloteando por la casa, risas, llantos...

—Cásate conmigo, Isabela —dijo Renzo, y todos expresaron un ¡Ohhh! interminable.

—¿Es una broma?, —preguntó Isabela—. ¿Dime que no estás siendo noble?, ¿Dime que es mentira? —gritó ante el silencio de Renzo.

—Te aseguro que no estoy siendo noble —dijo Renzo, y se acercó a ella que no dejaba de retroceder—. Nunca he sido noble contigo —siguió avanzando, pero al comprender que ella estaba aterrada se detuvo—. Creo que nos llevaríamos bien. Bueno, bien no es la palabra, pero creo que disfrutaríamos juntos y... Cásate conmigo —volvió a insistir. Sabía que se estaba rebajando ante ella. Incluso estaba dejando ver su debilidad frente a muchos de sus amigos, pero no le importó. Los quince días sin tenerla habían sido insoportables, por eso no quería luchar contra sus sentimientos.

—No... No puedo... No puedo —dijo Isabela confundida, y se marchó corriendo.

El hombre más disputado por las mujeres acababa de ser rechazado delante de sus amigos con un “no puedo” y una huida desenfadada.

Renzo se quedó mirando el lugar por donde Isabela se había marchado hasta que la noche se la tragó. Sintió a lo lejos el ruido de un motor y una acelerada, como si la velocidad pudiera ayudarla a borrar lo que había pasado, como si al irse del pueblo su vida pudiera volver a encausarse. Nada se podía cambiar. Podía tomar un vuelo a África o a Europa, pero no podría cambiar lo que acababa de suceder en Paraíso.

Metió las manos en los bolsillos y se giró para mirar a Ernestina. Ella recién estaba comprendiendo el alcance de sus exigencias, porque lo miraba con arrepentimiento tras sus ojos velados por las lágrimas. Renzo adoraba a Ernestina, cómo no adorarla si era su madre, pero esto no se lo podía perdonar. Se marchó atravesando el campo de fútbol para no tener que enfrentar la mirada lastimera de sus vecinos.

Esa noche se permitió rememorar lo ocurrido con Isabela desde que la vio apoyada en el árbol disfrutando de las peleas que había provocado. Todo había sido tan precipitado, tan tirado de los pelos, que en el silencio de la galería de su casa y acompañado por un vaso de cerveza comprendió lo idiota de su comportamiento. Se había dejado manejar de las narices por Ernestina y sus exageradas ideas moralistas. Nadie era moralista en Paraíso, y ella lo sabía. Por qué había actuado así. Desde cuando tendría esas ideas dando vueltas en la cabeza. Esa reacción no había sido por lo que vio, sino que lo que vio le vino como anillo al dedo, se dijo Renzo mientras se levantaba de la reposería y lanzaba el vaso de cerveza contra la pared al comprender que Ernestina había tenido idea de casarlo con Isabela desde mucho antes de encontrarlos en una situación comprometida: Lo había enviado a llevar la carta, lo había dejado un día entero en la cárcel, y encima lo había manipulado para destruir el huerto, inclusive se había marchado a la ciudad dejando sola a su sobrina ciudadana en una casa perdida en el campo. Y comprendió que todos y cada uno de sus movimientos habían sido premeditados.

Mientras que él había mordido el anzuelo, la inteligente ciudadana había esquivado el golpe. Seguramente se estaría riendo de él mientras viajaba buscando un nuevo pueblo para desbaratar con su forma de ser y su impactante presencia.

Nada más lejos de la realidad, ya que la inteligente ciudadana estaba perdida en algún camino solitario tratando de asimilar lo que había pasado, porque no se lo podía creer. Solo las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas dejaban ver el dolor que guardaba en el corazón al haber tenido que abandonar el único lugar donde se había sentido viva.

CAPÍTULO 20

Querido papá, si estuvieras conmigo correría a tu encuentro para contarte todo lo que me ha pasado desde que te fuiste. Cuando me quedé sola dediqué mi vida a conseguir logros materiales. Quizá, te hubieras sentido orgulloso de mí al saber que gracias a mi capacidad llegué a ser gerente general de una empresa constructora. Yo misma estaba orgullosa y me sentía dichosa de mis logros. Pero no te imaginas lo equivocada que estaba.

¿Sabes con quién estoy?, con mi tía Ernestina. Ella me hizo llegar una carta en la que me invitaba a compartir su hogar. La verdad es que esa carta llegó en el momento que más la necesitaba, porque mi castillo de arena se acababa de derrumbar. Cuando la leí, me dije: este es un designio del destino, y dejé todo para ir tras él.

El día que vi a Ernestina comprendí porque te quedabas mirándome como si me adoraras. Ella y yo somos iguales. Supongo que nunca dejaste de amarla, y cada vez que me mirabas recordarías lo que perdiste. También comprendí la indiferencia y el ceño fruncido de mamá cada vez que me miraba. No debe haber sido agradable para ella tener una hija idéntica a su hermana. ¿Crees que el destino se vengó de ustedes al hacerme tan parecida a mi tía?, yo pienso que sí. La verdad es que me he sentido un poco culpable, porque sabiéndolo o no fui la generadora del problema. Ernestina no se merecía lo que le hicieron. Quizá te duela lo que te voy a decir, pero creo que lo que le hicieron benefició a mi tía, porque ella no estaba enamorada de ti.

Ya hace un tiempo que llegué a Paraíso, y siento como si me hubiera sacado la mochila de la espalda. Acá soy libre. Por fin he descubierto que ya no te debo nada. Sé que me dirías que nunca te debí nada, pero yo sentía que tenía que compensarte para que no dejaras de quererme. Por eso trataba de ser la hija que tú querías, y lo más grave era que creía que era feliz. Pero viviendo acá he descubierto que cada día es un renacer para mí.

Cuántas cosas me había perdido. Nunca había disfrutado de la sensación que produce la arena bajo mis pies. ¿Alguna vez caminaste descalzo en un arroyo lleno de piedras? ¿Has sentido el dolor, papá? Yo sí, y lo he hecho hasta sangrar porque el dolor me ha permitido descubrir que estoy viva. ¿Por qué nunca me enseñaste el sonido de los animales o el aroma de las flores silvestres? He pasado unas vergüenzas terribles porque cuando llegué ni siquiera sabía que en el campo no existían los leones.

Vivir en el Paraíso me ha permitido descubrir que en la ciudad nadie me quería. En realidad, algunos me palmeaban la espalda, otros me adulaban, e incluso han llegado a ofrecerme lujos y joyas a cambio de favores sexuales, como si yo fuera un objeto de canje. En cambio acá nadie te pide nada a cambio de su cariño. Es tan extraño todo lo que me ha pasado en el pueblo que al principio no lo entendía, pero ahora puedo decirte que me quieren y me odian por partes iguales. La gente es tan demostrativa que vivo con un nudo en la garganta y conteniendo las lágrimas. Es que no estoy acostumbrada a que me quieran por ser Isabela. Bueno, también me odian, como te conté, y estoy soportando una especie de guerra con las mujeres de mi edad porque están enfurecidas conmigo. Cómo no estarlo si tienen miedo de que les quite el único hombre que les interesa. Ellas lo creen de su propiedad, como si el pobre fuera un objeto. Sé que me dirías que lo he conquistado porque soy linda y llamativa. Pero tengo que decirte que ni siquiera sé si lo he conquistado. De ser así, prefiero creer que ha sido por mi forma de ser.

Me he enamorado de un hombre que no sabe combinar las prendas, ¿puedes creerlo? Parece un castigo por mi obsesión por cuidar cada detalle de mi presencia. Pero cuando lo veo no sé lo que lleva puesto, porque me empieza a temblar todo el cuerpo y solo quiero correr y abrazarlo fuerte para no perderlo. Frente a él he cometido las peores torpezas de mi vida, pero no me importa porque cuando estoy a su lado siento que he llegado a casa. Él es mi lugar en el mundo, no Paraíso como creí cuando llegue, porque yo podría estar en cualquier sitio si él estuviera a mi lado. Eso era lo que quería contarte para que te sintieras feliz por mí, aunque quizá tú nunca logres enterarte. Te quiero y te extraño, papá.

Eso relataba la carta que Ernestina tenía apretada contra su pecho. Estaba encerrada a cal y canto, y el llanto no servía para quitarle la angustia que la dominaba desde que había leído la carta que su sobrina le había escrito a Ernesto. La había encontrado en el cajón de la mesa de noche de la habitación que había ocupado desde su llegada, como si la hubiera dejado allí, bien visible, para que ella la encontrara.

Afuera resonaban los golpes que Aldo daba en la puerta de ingreso.

—Maldición Ernestina, qué has hecho —gritó Aldo. Se había acercado a la casa de Ernestina luego de pasar unas horas en el bar tratando a relajarse. Pero la cerveza no logró calmarlo porque el único tema de conversación había sido la descabellada reacción de Ernestina, que se había ido del club apenas se marchó Renzo—. ¡Abre la maldita puerta!

Donde había quedado su bondad y el vivir entregándose a los otros, si con las viles palabras que había dicho en el club, había destruido cada una de sus buenas acciones. Ernestina se sentía la más traicionera de las personas, una arpía disfrutando de arruinar la vida de los demás. Aunque ella no estaba disfrutando de sus acciones, sino que las estaba pagando, porque en ese momento se despreciaba por lo que acababa de hacer.

—Tenemos que hablar —dijo Aldo tratando de calmarse para no complicar más la relación que había entre ellos. Debería ser él el ofendido por el accionar de Ernestina. Pero Ernestina, al parecer, se había olvidado que era ella la que había actuado mal.

Cómo enfrentarlo sabiendo que él estaría sacando conclusiones acertadas, si lo odiaba porque Aldo conocía mejor sus emociones que ella misma. Ernestina se había dejado llevar por el pasado, ese que decía haber superado cuando se hizo cargo de los hijos de Aldo. Pero todas sus falsas convicciones se habían ido al traste esa noche. El pasado había estado siempre como una espina clavada en el pie, dolorosa y molesta.

—¿Por qué esa maldita obsesión por casarlos, Ernestina?, ¿por qué? —dijo Aldo que parecía exigir una respuesta a su extraño comportamiento. Ella era la que siempre daba sin esperar nada a cambio. ¿Donde había quedado su generosidad?, si acababa de destruir en público a Isabela y Renzo, porque en lugar de unirlos como había querido, los acababa de separar con su falsa moral, solo para cumplir con un estúpido deseo.

Muchos se preguntaban por qué los quería ver casados, pero la respuesta de Ernestina no podía salir a la luz. Era muy vergonzosa, dolorosa, estúpida y totalmente descabellada. Cómo explicar que quería para su sobrina lo que ella no había podido tener. Cómo explicarle a Aldo que ver a Renzo era como si estuviera viéndolo a él en su juventud, y que Isabela era el calco de ella. Que verlos entrar a la iglesia habría sido la única forma de imaginar lo que siempre había deseado y nunca tenido porque él se casó con Laura. Y mientras recordaba su descabellada idea se dio cuenta que desde que Ernesto le contó en su carta que Isabela se parecía a ella, se había vuelto loca, porque el casarlos se había convertido en la meta de su vida.

—Vamos Tina, déjame entrar. Aclaremos este asunto de una vez. No arruinemos lo nuestro.

Eres mi amiga, mi amate... ¿lo recuerdas? –dijo Aldo resignado al comprender que no lograba nada.

Odiaba a Aldo con toda su alma. Lo odiaba por sus palabras y porque solo le había dado una lastimera amistad; y lo odiaba porque la había convertido en su amante. Tan poco valía para él que solo podía ser el remplazo de las mujeres que le habían dado placer desde que había quedado viudo. Casi veintiocho años dedicados a Aldo y sus hijos, y él le pagaba dándole el privilegio de convertirla en su amante exclusiva. Se sentía un reemplazo cómodo, ya que renunciaría a mujeres con las que solo satisfacía sus necesidades sexuales, por ella que estaba más a mano para cuando necesitara descargar su deseo. Qué mísero logro después de tanta entrega, se dijo Ernestina. No lo quería ver, porque si abría esa puerta que él insistía en golpear, quedaría humillada para siempre cuando le lanzara a la cara todo lo que sentía.

Aldo se fue al no recibir respuesta.

Así fue pasando el tiempo en Paraíso.

Quince días.

Un mes.

Dos meses.

Tres meses...

Y Aldo seguía sin entender que le pasaba a la loca de Ernestina. Ya lo había intentado todo: Un mes entero yendo varias veces al día a su casa y persiguiéndola como un tonto por el centro, pero ella estaba dispuesta a demostrarle un desprecio que él no entendía. Acaso no tendría que ser él el indignado después de lo que les había hecho a Renzo e Isabela. No tendría que ser él el ofendido después de recibir una cacheta en público que ni siquiera sabía por qué se la había dado. Pero no, la ofendida era la damisela que después de esa noche había pasado por varios estados psicológicos.

Los primeros días se había comportado como un perro apaleado, y él había sentido unas ganas irrefrenables de abrazarla, consolarla y decirle que todo se arreglaría. Pero después de los primeros días comenzó a recuperarse, porque venía como un perro temeroso que se asoma por la esquina y tatea el ambiente. Y como todos la habían tratado como si nada hubiera pasado, se convirtió en un maldito perro vanidoso, porque venía con la cabeza en alto, el orgullo por las nubes y unas prendas más provocadoras que las que había usado cuando era joven y los dejaba con la boca abierta. El único que la ignoraba era Renzo, y al único que ella ignoraba era a él. No lo podía entender después de lo que habían compartido.

En varias oportunidades se vieron obligados a compartir mesa en Lo de Carlo, no porque ella tuviera deseos de arreglar las cosas, sino porque no le quedó más remedio que adaptarse a la situación. Eran reuniones que había convocado Felipe en el bar para discutir el asunto de las famosas casas vacacionales de Isabela, que por suerte ya habían quedado en el olvido. Renzo, a pesar de su mal humor, había comenzado un nuevo emprendimiento que tenía al pueblo ilusionado con el progreso, sin turistas merodeando por las calles. El resto fueron reuniones sociales: dos cumpleaños y el festejo del aniversario de casados de Gloria y Rivera. Y mientras él intentaba acercarse a ella participando aunque más no fuera en alguna conversación común, ella insistía en ignorarlo como si fuera una silla vacía en la mesa que compartían.

Aldo era un hombre bueno y respetuoso, pero ella había colmado su paciencia. Ya había soportado demasiada indiferencia, y ni siquiera tenía claro el motivo. Ella había provocado el desbarajuste en su familia, y encima se hacía la exquisita. Estaba harto de vivir en la incertidumbre y caminar sobre algodones para no ofender a nadie. Hasta el hombre más paciente perdía los estribos cuando era atacado por todos los flancos, y Aldo había recibido ataques de

frente, de espalda y por los dos costados, todo en un mismo día.

Todo comenzó a la una de la madrugada mientras Ernestina se achispaba con el exceso de cerveza y coqueteaba en sus narices con el idiota de Carlo. Aldo se fue furioso a su casa para no hacer público que habían sido amantes, porque a pesar de la indiferencia y el desprecio que le demostraba Ernestina, él seguía respetando ese pacto ridículo que ella había establecido.

Por la mañana la caprichosa de Gina, al margen de ser la responsable indirecta del distanciamiento de Isabela y del estado alterado de Renzo, le dijo que había fundido el negocio de bisutería, antes inclusive de abrir las puertas. Se atragantó con el café al escucharla decir: “para que voy a abrir si no voy a vender nada en este pueblo donde la gente no se pone un collar ni aunque lluevan del cielo”. No le había contestado para no gastar saliva al vicio, y se había ido furioso a la sala.

Allí Rosalía le había dejado una de las notas que usaba cuando no quería decirle las cosas a la cara: “necesito dinero porque me voy por unos días para encontrarme conmigo misma”. ¿Y con quién vivía?, se preguntó Aldo que no creía que necesitara alejarse de su casa para reencontrar su yo perdido.

Y Renzo, mejor ni hablar de Renzo que estaba insoportable desde la desaparición de Isabela. Con santa paciencia Aldo había intentado en diez oportunidades razonar con él, inclusive ese día que venía torcido se había llegado a su casa para tratar de cambiarle el ánimo, pero se dio cuenta que no se podía razonar con un burro terco empecinado en convencer a todos de que lo que había pasado no tenía importancia. Su hijo le había dicho: “solo le pedí que se casara conmigo para salvar su honor, porque para mí no es más que una de las tantas que he tenido”. Aldo, como ya estaba a punto de ebullición, le sugirió que se mirara el ceño fruncido en el espejo y que recordara los altercados diarios que tenía con el primero que se le cruzaba. Y para hacerlo reaccionar, le preguntó si los vasos de cerveza que tiraba contra el árbol de la plaza eran porque estaba practicando puntería para cuando Isabela regresara. La respuesta de su alterado hijo lo dejó sin habla: “Maldición, ve a arreglar tu vida con Ernestina y déjame en paz. Creo que merece un mejor trato que el de amante”, y eso a Aldo lo mató, y también le abrió los ojos.

Pero era tal el enojo de Aldo que en lugar de pensar que la había expuesto a las habladoras, solo pudo ver como su hermosa familia se hacía añicos frente a sus ojos.

Entonces, ese día se desató el pandemonio, y la responsable no fue Isabela, sino el sereno de Aldo que llegó al centro y descargó las broncas acumuladas durante tres meses.

Eran un agradable día de otoño. El aire fresco barría las hojas amarillas que cubrían el suelo. El olor a lluvia presagiaba una inminente tormenta. Era sábado y el restaurante de Ada estaba lleno de gente cenando. También estaban los adictos al bar de Carlo, que comían una picada acompañada por una cerveza fresca.

Allí estaba la caprichosa de Gina riendo con un grupo de amigas como si no acabara de fundir un negocio que no había abierto. La que había perdido el yo estaba sonriéndole a Felipe como una tonta, que en ese momento ni la miraba. Y por lógica la loca de Ernestina había venido a mostrar su maduro encanto con ese escote que dejaba la mitad de sus pechos afuera. Carlo parecía que en cualquier momento se iba a lanzar dentro del escote, y quiso matarlo. Pero Aldo, en lugar de matarlo, vio una mesa vacía y se sentó solo. Pidió una jarra de cerveza y la bebió como si hubiera atravesado el Sahara sin encontrar un maldito oasis. Y luego empezó la guerra.

—Carlo, estás disfrutando de la vista que esta noche nos regala Ernestina —gritó desde su mesa alejada, y logró que todos le prestaran atención.

Ernestina lo miró con odio, al menos tuvo la delicadeza de ruborizarse por su descaro, se dijo Aldo y disfrutó que con sus groserías le prestara atención.

—Querida, se te ha ido la mano. Estás hecha una desvergonzada —dijo Aldo, y otra vez observó que todos lo miraban horrorizados—. Que me muestres a mí tus encantos, vaya y pase, pero a todo el pueblo... no me parece que sea correcto.

Ernestina tenía ganas de esconderse bajo la mesa, pero solo miró el piso. No se marchó para no quedar más expuesta de lo que ya estaba.

Gina al escuchar que su padre ofendía a la que ella consideraba su madre, sí saltó de la silla y caminó con todo su ímpetu y capricho hasta la mesa de su padre.

—¿Cómo te atreves a ofender así a mi madre?

—¿Tu madre?, por lo que recuerdo hace unos meses decidió dejar de serlo. ¿O me equivoco? —dijo Aldo, y vio que Gina apretaba los dientes. Típica reacción malcriada de su hija menor.

—Por supuesto que no. Ella sigue dándome sermones aunque tú no los escuches —gritó Gina, y Aldo le sonrió con desvergüenza.

—No te han servido de mucho. Parece que te entran por un oído y se te escapan por el otro —dijo Aldo, y algunos ya dejaron la sorpresa y sonrieron. Era verdad, y hasta Ernestina que la defendía lo sabía—. He tomado una decisión, quiero que te vayas de casa para que practiques un poco de esos sermones que no te entran. Creo que vas a recordar cada uno de los famosos consejos de tu madre cuando estés sola y no puedas abrir y cerrar negocios porque papá y mamá no van a estar para sacarte las castañas del fuego.

Ernestina dejó de mirar el piso y lo miró a él. ¿Estaba echando a su niña de la casa? ¿La había llamado madre? ¿Mamá y papá acababa de decir Aldo?

—¿No estarás hablando en serio, papá?—dijo Gina preocupada.

—Nunca he hablado más en serio que hoy, hija querida. Y no habrá súplica de tu madre que yo atienda esta vez. ¿Te ha quedado claro? —dijo Aldo, y vio que Ernestina venía a defender a su cachorra. Por fin la tendría a su merced. Como no se había dado cuenta que el punto débil estaba exponiendo su relación en público.

—Aldo, estás loco. Cuántas cervezas te has tomado antes de venir.

—Ninguna, cariñito —dijo Aldo.

Ernestina lo miró con la boca abierta y cometió el error de levantar la mano para callarlo de una bofetada. Cometió el error porque él esta vez fue más rápido. Le apresó la mano y de un tirón la sentó en su regazo para plantarle un beso castigador en su boca lujuriosa, un beso interminable, un beso que sabía a venganza por todo lo que lo había hecho sufrir durante tres meses. Un beso que dejaba ver la necesidad de tenerla, la bronca de perderla y la desesperación de hacer pública la relación para poder regodearse por el pueblo de que ella lo había elegido. Cuando la soltó supo que la había dejado sin habla por algunos segundos, y se aprovechó de eso.

—Ya sé Tina querida que estás deseando que estemos solos para que te mime, pero sucede que aún no he terminado de arreglar los asuntos de nuestra familia.

—¡Que me mimes!, lo que menos quiero es que me dediques atención. Y te aclaro que nunca hemos sido una familia, solo te ayudé con tus hijos... tu única mujer siempre ha sido Laura, solo ella... —gritó Ernestina sin medir los celos que destilaban sus palabras. Había querido poner las cosas en su lugar pero el enfado la traicionó.

—Siempre hemos sido una familia, deja de mentir —dijo Aldo, y no le prestó más atención que a una mosca molesta, aunque la dejó levantarse cuando ella comenzó a forcejear—. Ni se te ocurra sentarte al lado de Carlo que no hace otra cosa que mirarte los pechos. Solo yo tengo ese derecho —aclaró más para Carlo que para ella. Vio que Carlo fruncía el ceño y se sintió un ganador.

—Te desprecio, y te odio Aldo —dijo Ernestina a gritos e intentó alejarse.

—No importa, despréciame, ódiame, pero de acá no te vas hasta que yo lo decida. Siéntate donde quieras, pero no cerca de Carlo —dijo Aldo. No le importó el murmullo que generaron sus dictatoriales palabras, tampoco la mirada explosiva que le lanzó Ernestina. Él también tenía granadas a punto de estallar en los ojos, y solo se tranquilizaría cuando descargara todas y cada una de las broncas que estaba pasando desde que Ernestina usó a Renzo e Isabela para cumplir su maldito sueño egoísta. Necesitaba sentir esa paz interior que solo iba a lograr cuando pusiera las cartas sobre la mesa.

Ernestina sentía que iba a explotar. Toda una vida de decencia tirada a la basura por la reacción de Aldo. Quería matarlo poco a poco para que sintiera el mismo dolor que ella estaba sintiendo en el alma al dejarla expuesta frente a sus amigos. Acaso había perdido la cordura, se preguntó mientras se llevaba una silla para sentarse junto a Lidia, que aún estaba sorprendida por lo que estaba pasando.

—Creí que éramos amigas —dijo Lidia en un susurro—. ¿Por qué no me contaste lo que había entre ustedes?

Ernestina agachó la cabeza como respuesta a la pregunta de Lidia.

—Bueno, quién soy yo para reprochar si también me guardo algunas cosas —dijo Lidia para tranquilizarla—. Ya me contarás cuando estés preparada, aunque creo que hoy nos vamos a enterar de todo.

Ernestina no pudo mantener la vista en las baldosas de la vereda porque las palabras de Lidia la dejaron preocupada. Pero cuando alzó la vista y enfrentó a sus amigos deseó que apareciera un huracán y se la llevara volando lo más lejos posible del pueblo, porque todos habían dejado sus conversaciones y estaban concentrados en Aldo, que estaba decidido a divulgar todos sus secretos.

—Retomemos la charla, Gina —dijo Aldo, y su hija le lanzó una mirada asesina.

—¿Charla?, si solo hablas tú —gritó Gina.

—Bueno, el monólogo entonces. Es que tu madre con esa ropa provocadora me desconcentra —dijo Aldo, y por fin observó algunas sonrisas de sus amigos. Aunque Ernestina y Lidia parecían a punto de lanzarse sobre él para clavarle un puñal en el pecho—. Mañana te vas con todos los collares, aros y anillos que has hecho a alguno de esos pueblos turísticos que reciben a las niñas emprendedoras como tú. Creo que con tu ímpetu vas a saber convencer a los turistas de que se están llevando las mejores joyas de la zona. Si te va bien, podrás abrir tu propia tiendita de bisuterías, y si te va bien con la tiendita seguirás progresando. Ahora nos vas a odiar, pero ya llegará el día en que nos vas a agradecer lo que estamos haciendo. ¿Estás de acuerdo Tina? —dijo Aldo mientras sus ojos la apremiaban a decir sí como una mujer obediente.

Ernestina lo miró desencajada. Seguía llamándola Tina delante de todos, y encima esperaba que le obedeciera como un corderito. Ni en sueños, se dijo. Aunque una chispa de cordura le permitió comprender que si le llevaba la contra la única perjudicada sería Gina, porque él tenía razón, aunque había usado un mal método para decirle las verdades. Las chicas ya eran grandes y aún no habían dejado el nido. Isabela, que era más joven que las hijas de Aldo, por su culpa estaba sola en algún lugar desconocido. Ernestina pasaba las noches en vela pensando en su sobrina, y los días llorando por lo que había hecho, pero nada tenía solución porque su error era demasiado grande para perdonarlo. Por eso apartó a un lado el enojo y decidió apoyarlo, solo para no perder a Gina como había perdido a Isabela. Se le llenaron los ojos de lágrimas y miró a Aldo con tanta tristeza que lo desarmó. Aldo se sintió un miserable porque comprendió que Ernestina había estado camuflando el dolor por la pérdida de su sobrina en sus sonrisas falsas y su ropa provocadora. Llevaban tantos años de hablarse con la mirada, que Ernestina leyó en los ojos

de Aldo la promesa que le estaba haciendo. “La vamos a encontrar, Tina. Te lo prometo. La vamos a traer de vuelta a casa”.

Y ella cedió a su pedido.

—Estoy de acuerdo con tu padre, Gina —dijo Ernestina, y por primera vez se sintió parte de la familia Valentín—. Pero yo te voy a ayudar mandándote bisutería que voy a fabricar en mis ratos libres. Ya vas a ver lo bien que nos irá. Ya sabes que tengo muchas ideas interesantes para tus bisuterías. Confío en ti, querida.

Esa era su Tina, siempre encontrando la vuelta para alejar a su hija solo un poco, para convertir lo que podría haber sido un resentimiento de años en un sueño a realizar. Aldo vio que a Gina se le iluminaban los ojos. No era ese brillo lleno de malicia que solía demostrar. Este era un brillo de esperanza al ver que sus sueños se podían cumplir, y luego su hija se acercó a Ernestina para abrazarla.

—Esta vez lo voy a hacer bien, mamá. Vas a cuidarlo cuando no esté —dijo señalando a su padre. Ni lo nombraba porque con él estaba indignada porque la había echado sin compasión.

—Sí, claro —dijo Ernestina apretando los dientes.

Aldo sonrió. Ella no pensaba cuidarlo, solo estaba tratando de comportarse con educación.

—Yo creo que más que cuidarlo va a matarlo —comentó Rivera.

—No exageres, querido, que todos sabemos lo solidaria que es Ernestina —dijo Gloria.

—Me parece que vamos a perder a Aldo —acotó Hermes, y Estelita lo miró enfurruñada.

—Ni se te ocurra cuidarlo, amiga —dijo Lidia en un susurro.

—Gina, voy a ser sincera contigo. En este momento no me apetece cuidarlo, sino estrangularlo —dijo Ernestina—. Mejor hablemos de ti, querida, que tu padre ya encontrará quién lo cuide. Nunca le han faltado mujeres que lo atiendan —dijo Ernestina, y Aldo apretó los dientes como lo había hecho Gina. Pero qué podía decir si él estaba atacando con toda la artillería que tenía. Sus pensamientos fueron acallados con la voz de la seductora, que empezó a darle esos consejos que su hija no escuchaba—. Quiero que regreses a casa cada quince días, así te entrego lo que te voy preparando y de paso intercambiamos ideas para tu negocio. Además, me quiero asegurar de que comas algo hecho por mí de vez en cuando —dijo Ernestina, y abrazó a su niña consentida. Ella era la que sentía más suya porque la había tenido en sus brazos desde el día que nació.

La relación de Ernestina con las hijas de Aldo era algo cotidiano para la gente de Paraíso. Lo que los tenía asombrados era la relación de Aldo con Ernestina, porque ellos nunca estaban de acuerdo en las decisiones. Por lo general Ernestina cedía y Aldo se enojaba. Tampoco estaban enterados de que funcionaran como una familia y de que Aldo tuviera intimidad con Ernestina, pero nadie se atrevió a abrir la boca, hasta que la entrometida de Estelita no aguantó más.

—¡Dios mío!, por qué han esperado tanto tiempo para contarnos lo que pasaba entre ustedes —admiró Estelita.

—¡No hemos esperado nada! ¡Aldo, explícale! —exigió Ernestina.

—Ay, cariñito, no me hagas explicar nada que hoy estoy con muchas ganas de repartir información. He tenido un día duro —aclaró Aldo restando importancia a la preocupación de Ernestina, y sonrió al ver a Ernestina y Lidia con la boca abierta. Estelita seguía esperando una explicación que no llegó porque Aldo se concentró en Rosalía, que lo miraba con el ceño fruncido al saber que descargaría la artillería en ella.

—No te atrevas a hablar de mí, papá —se anticipó su hija mayor.

Aldo arqueó las cejas antes de contestar.

—Querida, después de esa notita que me dejaste en la sala donde me pides dinero para ir a buscar tu yo perdido a alguna parte, no creerás que me voy a callar.

—Por favor —suplicó Rosalía con un hilo de voz.

—¡Deja en paz a Rosalía, Aldo! —gritó Ernestina.

Pero Aldo la ignoró, porque miraba concentrado a Rosalía y a... ¡Felipe!

¿Que tenía que ver Felipe en todo esto?, se preguntó Ernestina, y se sorprendió al ver que Felipe fruncía el ceño ante las palabras de Aldo.

—Por qué no lo buscas a tu alrededor, creo que anda cerca —dijo Aldo, y volvió a mirar a Felipe.

Rosalía agachó la cabeza para que no la vieran llorar.

—¡Ya basta, Aldo! —gritó Felipe como si pudiera imponer su cargo de jefe de la comuna en un asunto personal.

—¡Yo soy el que dice basta! Ella te adora con la mirada mientras tú la ignoras. Pero sabes lo que es más sorprendente, que tú la observas con algo más que adoración cuando ella está distraída. Hasta cuándo van a seguir con este jueguito estúpido de “te miro cuando no me miras”. Yo ya me estoy cansando de tener a mi hija todo el santo día envuelta en la melancolía.

—¡Cállate que me estás humillando! —gritó Rosalía al descubrir que Felipe se había quedado mudo.

Ernestina no soportó más la lengua de Aldo. Tiró la silla cuando se levantó para ir a enfrentarlo. No le importaba quedar en ridículo si de esa forma salvaba de la vergüenza a Rosalía, que era una mujer sensible y no soportaba que la expusiera de ese modo.

—¿Qué pretendes?, ¿Acaso estás empeñado en destruir a tu familia en una sola noche? —dijo parada junto a su mesa.

—Ya está arruinada, Tina. Solo he puesto las cartas en la mesa —dijo Aldo volviendo a su calma—. Gina abre y cierra negocios de la misma forma que se cambia de prendas. Rosalía viaja para huir de sus sentimientos, como si eso le diera paz. Renzo pasa el día peleando y la noche bebiendo. ¿De qué familia me hablas? Y tú...

—¡Basta! —gritó Ernestina—. Me estás culpando por todos los errores que cometí. Acaso crees que me fue fácil asumir un papel que no me correspondía. Acaso crees que no sufría al verlos crecer sabiendo que les estaba dando mi vida y ni siquiera eran míos —dijo gritando sus frustraciones a quién las quisiera escuchar.

—¿No son tuyos? ¿Y de quién son, Tina?, ¿de quién son? —gritó Aldo mientras se acercaba a ella, que retrocedía.

—Son tus hijos y los de Laura —dijo con todo el dolor del mundo—. Isabela es la hija de mi hermana y de Ernesto... y yo... yo no tuve...

—No lo digas, Tina —dijo Aldo mientras se acercaba a ella—. Estás actuando con resentimiento.

—¡Basta los dos! —gritó Rosalía—. Se están haciendo daño. Acaso no se dan cuenta que siempre están pendientes el uno del otro. Que no pueden estar separados. Todo el pueblo lo ve menos ustedes. También ven mi amor por este hombre que ni siquiera se ha dado cuenta que he dejado de ser la niña que corría tras él.

—Ah, bueno, ahora me toca a mí. ¿Alguien más quiere hacer público sus amores? —dijo Felipe mirando a los vecinos. Como nadie opinó se acercó a Rosalía a zancadas—. ¿Qué quieres, muñeca?, ¿qué te mire como a una mujer?, pues hace rato que lo hago, cariño —le levantó el rostro y le dio un beso descarado e interminable en la boca, inclusive dejó que su lengua paseara sin apremio mientras los vecinos los miraban. Todo se silenció para ellos durante el largo instante en que Felipe se demoró en demostrarle como la veía desde aquel día que el huracán desperdigó las ropas de todos por la plaza y él vio a Rosalía esconder en un puño una prenda íntima que no debía

taparle nada. Desde ese día vivía en el infierno pensando en arrancarle toda la ropa en la cocina de la casa de Aldo, para marcarla como suya en la mesada que tantas veces habían compartido para otros menesteres desde que eran niños. Era solo una fantasía de Felipe por los recuerdos de ella persiguiéndolo, sirviéndole la merienda y regalándole sonrisas tiernas mientras almorzaban o merendaban juntos. El beso terminó cuando Felipe lo decidió. Rosalía lo miró embobada y Felipe le sonrió—. Hacía mucho tiempo que deseaba hacer esto. Pero nosotros no vamos a ventilar nuestra vida acá —dijo Felipe, se la cargó a los hombros y se marchó.

—¡Dios mío! Todo esto es demasiado para mí —aclaró Ernestina mientras veía como Felipe se llevaba a su pequeña.

—Este pueblo, desde la llegada de tu sobrina se ha convertido en una locura. Cada uno hace lo que quiere. Antes cada familia guardaba sus secretos —dijo Estelita ofuscada por tanto descaro—. Vamos Hermes, mi corazón no soporta tanto atrevimiento.

Antes, pensó Ernestina, habían sido falsos, porque recién hoy muchos conocieron la cara oculta de la familia Valentín. Aldo, que era respetuoso, generoso y comprensivo, se había cansado, y Ernestina descubrió que se sentía ligera.

Lidia se acercó a Ernestina y la abrazó por el hombro.

—Amiga, te aseguro que la curiosidad me mata y querría enterarme de todo, pero creo que ya es hora de que te vayas —aconsejó Lidia.

Ernestina la miró, y le sonrió.

—Esto —dijo Ernestina señalando a la gente—, me ha quitado el resentimiento que llevo acarreado por años. Sabes, yo creía que había superado lo que pasó en mi juventud, pero me mentía, Lidia, me mentía —dijo Ernestina, y se marchó en su destartada camioneta.

Aldo se quedó bebiendo y conversando con los pocos amigos que quedaron en el bar. Carlo no se atrevía a mirarlo, y él le plantó cara.

—No quiero que sigas regalándole una gaseosa a Ernestina. A partir de ahora todos los gastos de ella corren por mi cuenta.

—No vas a ponerte celoso por una gaseosa —se burló Carlo—. Ya sabes que siempre las acepta por cortesía, no porque esté loca por mí.

—No quiero más cortesías con mi mujer —por fin lo había dicho. Su mujer, se repitió para acostumbrarse a repetirlo cada vez que viniera al pueblo hasta que todos entendieran que Ernestina era suya.

El centro del pueblo recuperó la calma en cuestión de minutos, y Aldo se sintió bien por primera vez en tres meses. Sus exabruptos habían sido lo más positivo que había hecho desde que perdió a Ernestina y su vida se convirtió en un caos. Sus hijas estaban encausando sus vidas, y Ernestina era suya aunque todavía le costara entenderlo. No la había seguido porque los dos necesitaban asimilar lo que había pasado, pero sabía que todo se arreglaría. Lo único que faltaba era traer de vuelta a Isabela para que todo volviera a la normalidad a la que se habían acostumbrado, que se parecía bastante al caos, pero era un hermoso caos porque lo producía su querida familia.

CAPÍTULO 21

El mundo no se había detenido aquel día que los vecinos de Paraíso observaron a Renzo e Isabela tendidos sobre el césped de la canchita de fútbol del club. Horas, días, semanas y meses se sucedieron, dejando atrás aquella fatídica noche en la que los descubrieron con sus labios unidos y las manos en lugares íntimos, compartiendo jadeos que solo deberían haber escuchado ellos.

Renzo había cancelado todos los compromisos para asesorar o dar charlas sobre huertas orgánicas, y había dejado en manos de sus empleados el estricto control que había realizado en la empresa. Ella le había quitado su obsesión por el trabajo.

La única actividad que había realizado desde su desaparición fue dar un giro al negocio con la elaboración y venta de comidas orgánicas. El proyecto de Renzo había sido acogido por todos los vecinos como la mejor alternativa para conseguir el progreso sin perder la paz del pueblo, y las casas rurales de Isabela habían quedado en el olvido.

Los pueblerinos se sentían agradecidos con la solución de Renzo al problema del turismo. Pero el entusiasmo por el nuevo proyecto se esfumaba al observar el cambio de Renzo. Todos se preguntaban dónde había quedado el encanto del noble vecino, la sonrisa que le dedicaba a sus admiradoras y esa postura relajada que lo seguía aún en los días más complicados. La mayoría coincidía en que Isabela se había llevado todo lo bueno que había en él, porque desde que ella se marchó Renzo andaba por el centro buscando una sola mirada para estallar en cólera.

Nadie sabía nada de Isabela, aunque algunos sospechaban que Lidia mantenía un contacto secreto con ella, porque era la única que no estaba preocupada por su desaparición. Siempre que alguien le preguntaba por ella, decía: “Isabela va a volver, solo hay que darle tiempo”. Para Renzo las sospechas se acabaron el día que entró a la tienda y la arrinconó en el probador para que le dijera el paradero de Isabela. Lidia lloró desconsolada y le dijo: “Si repito las palabras me convenzo de que es así. La adoro Renzo, por eso me trato de convencer de que en cualquier momento va a aparecer con toda esa elegancia que deja a los hombres con la boca abierta y a las mujeres peleándose en la vereda por mis prendas”.

Renzo quedó inmerso en la desesperación al comprobar que si ella no volvía él no tenía forma de encontrarla, porque el número de móvil que todos conocían figuraba como dado de baja. Había llamado a la viejecita que había sido su vecina, pero no sabía nada de Isabela. Había recorrido algunos pueblos cercanos, pero era como encontrar una aguja en un pajar. Entonces, su humor fue empeorando con los días hasta que no toleró ni una mirada de reojo. Ya se había peleado con todo el que se cruzaba en su camino. No hablaba con Ernestina y a su casa solo entraba Aldo, porque no aceptaba un “no te quiero ver” por respuesta.

Durante las tardes Renzo caminaba por el huerto de Ernestina, porque allí estaban sus recuerdos y podía verla destrozando las zanahorias, sacando de raíz las flores de caléndula y arrancando las hierbas aromática porque había creído que eran malezas. También la veía cortando la acelga sin tallo y eligiendo los zapallos más chicos porque eran adorables. Podía escucharla insultar porque sus sandalias de taco se le habían enterrado en el lodo, o porque los pantalones de fiesta se le habían manchado de tierra. Le encantaba que el sol le golpeará la cara, y él disfrutaba de verle las mejillas sonrosadas. A veces, aspiraba en profundidad el aroma de una flor silvestre como si quisiera guardarlo para siempre en sus recuerdos. “Hoy he decidido que ya que tengo que estar soportando el sol, aprovecho para tostarme un poco”, recordó Renzo sus palabras, y sonrió

al recordar que le había quedado la barriga ardida.

Así lo encontró Ernestina cuando caminaba hacia su casa dispuesta a entregarle la carta que su sobrina le había escrito a Ernesto. Hacía tres meses que Renzo no sonreía, y al verlo de lejos comprendió que él solo sonreía en el huerto porque allí estaba su sobrina.

—Anoche tu padre llegó al centro y se puso a gritar los problemas familiares en el bar de Carlo para que todos en el pueblo se enteraran —dijo Ernestina sin mediar disculpas o suplicas para que la perdonara. Había pensado mucho en cómo enfrentarlo, y supuso que la forma de que no la echara era dando un golpe de efecto.

Renzo se giró y la miró con el ceño fruncido.

Como él no la echó, Ernestina se relajó al darse cuenta que tendría una oportunidad para reconciliarse.

—Aldo no suele reaccionar así —dijo Renzo en tono indiferente.

—Parece que se le acabó la paciencia —dijo Ernestina, y se acercó a su hijo adorado—. Dijo que ustedes eran mis hijos. Le decía a Gina, tu madre esto... tu madre el otro y... después empezó a decir papá y mamá... —se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y tú qué piensas?

—Tu madre está muerta, Renzo. Yo hice lo que pude, pero nunca fue mi intención reemplazarla —dijo Ernestina con sinceridad.

—No recuerdo nada de mi madre, salvo las fotos que nos ponías sobre el hogar —dijo Renzo que seguía serio.

—Al menos sirvieron para algo —comentó Ernestina.

—Solo sirvieron para confundirnos. Cuando éramos chicos, Gina, Rosalía y yo nos preguntábamos por qué no había fotos de nuestra familia. Por qué siempre teníamos que ver una madre que se había ido en lugar de la que teníamos —dijo Renzo—. Un día pusiste una foto donde estábamos los cinco y no te imaginas la felicidad de las chicas. Subieron a mi habitación para contarme que estábamos todos en el hogar, pero al día siguiente la sacaste.

Ernestina lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No me sentía parte de la familia, Renzo —dijo Ernestina con voz temblorosa—. Estaba ocupando un lugar que no me correspondía.

—¿Quién te dijo eso? ¿Fue mi padre? —preguntó furioso.

—Por supuesto que no —aclaró Ernestina, y cambió el rumbo de la conversación porque no quería contarle sus resentimientos del pasado—. Aldo echó a Gina de la casa.

—Por fin una buena noticia. Hace rato que tendría que haberla puesto en vereda.

—Si no lo hizo antes fue por mi culpa. Yo le consentía todos los caprichos y siempre salía en su defensa —explicó.

—Creo que las madres suelen ser así —dijo Renzo, y le sonrió—. Pero me alegro de que esta vez no hayas intercedido porque ella necesita aprender a vivir.

—Lo apoyé, Renzo. Pero moderé un poco la ira de tu padre porque quiero que vuelva a casa —dijo Ernestina.

—Siempre has equilibrado la balanza de nuestra familia —dijo Renzo.

Ernestina lo miró sorprendida porque los Valentín nunca dedicaban cumplidos. Ellos solo la querían y daban por sentado que todo estaba bien. Pero hoy él estaba decidido a demostrarle qué tan buena madre había sido con ellos. Tragó el nudo que tenía en la garganta y cambió el tema.

—También les hizo conocer a todos los vecinos el amor de Rosalía por Felipe.

—¡Eso sí que no puedo creerlo de mi padre! Gina se lo merecía pero Rosalía...

—Y dejó expuesto Felipe. Parece que tu padre se fija en todo, porque es el único que se había

dado cuenta de que Felipe miraba a Rosalía cuando ella no lo miraba.

Renzo estalló en carcajadas. Su amigo que pretendía ser un alcalde serio y de alta moral, aunque él sabía que era un tiro al aire, había quedado ridiculizado frente a todos los vecinos por su padre. Esto tampoco podía creerlo porque Aldo era un hombre que no se metía con nadie que no fuera de su familia.

—No te rías, que tu hermana ha dormido en su casa y... ¡Dios mío! —dijo Ernestina mientras miraba el cielo y apenas sonreía—. Estaban radiantes esta mañana. Han desayunado juntos en el bar de Carlo, y él no deja de abrazarla y besarla frente a todos y... Están tan felices —aclaró Ernestina—. En cambio, tú...

—¿La locura de mi padre te alcanzó a ti? —preguntó Renzo para evitar que hablara de él.

Ernestina no pudo sostenerle la mirada.

—Parece que te alcanzó también a ti —concluyó Renzo—. ¿Qué te dijo?

—Barbaridades —dijo Ernestina sin mirarlo.

—¿Cuánto hace que se esconden? ¿Cuánto tiempo te ha tenido de amante? —preguntó Renzo, y Ernestina lo miró asombrada—. Lo sé, han sido un poco descuidados para disimular.

—Fue... cuando regresé de la ciudad —dijo en un susurro y sin mirarlo—. Pero todo se acabó cuando se marchó mi sobrina.

—No puedo creer que mi padre se haya ofendido por un berrinche tuyo —dijo Renzo, y vio que Ernestina apretaba los dientes.

—No fue un berrinche. Yo... yo los quería ver juntos...

—Eso ya no importa. Dime si te dejó él, porque soy capaz de ir a romperle los dientes de una trompada —dijo Renzo.

—Fui yo. Pero ni se te ocurra preguntarme nada.

—¡Tú! ¡Vaya! Nunca lo hubiera creído. Va a ser mejor que lo arregles. —dijo Renzo, y le sonrió. Sabía que Ernestina había venido a buscar su aprobación, y se la acababa de dar.

—¿Renzo, estás aceptando lo nuestro?

—Claro que sí. Siempre he querido verlos juntos —aclaró Renzo para tranquilizarla—. No me gusta ver a ninguno de mis padres sufriendo.

Ella se acercó y se atrevió a abrazarlo con ese amor que siempre les había demostrado. Y lloró en su pecho mientras le susurraba que la perdonara. Cuando se separaron, Renzo la miró sin rastro de resentimiento.

—A mí tampoco me gusta ver sufrir a mis hijos —y le entregó la carta de su sobrina—. Es de Isabela. No estaba escrita para ti por eso no te la había dado, pero como habla de ti tampoco me la podía guardar. Supongo que si se entera tendrá otro motivo más para despreciarme, pero lo soportaré porque sé que sabe perdonar. Esta es la última vez que me meto en los asuntos de ustedes.

Renzo ya no la miraba porque no podía apartar los ojos de la carta que Isabela le había escrito a su padre fallecido. Ella le contaba que había descubierto la felicidad en ese pueblo de poco encanto, y a Renzo se le anudó la garganta. Sonrió cuando leyó lo de los leones porque era uno de los pocos disparates de Isabela que él desconocía; y se estremeció al saber que había caminado entre piedras hasta sangrar para sentir que estaba viva. Cuánta indiferencia habría encontrado siendo empresaria para sentirse feliz en Paraíso a pesar de los contratiempos que había tenido que sortear, se preguntó Renzo conmovido. Pero lo que le hizo brillar los ojos de emoción fueron sus palabras finales. Ella no lo había rechazado porque no lo quisiera. Ella lo había rechazado porque no creía que él pudiera amarla.

Isabela lo amaba, y eso era lo único que necesitaba para revolver cielo y tierra para traerla a

casa.

Y mientras Renzo descubría el secreto de Isabela, ella había juntado los pedazos de su vida y estaba intentado vivir como sabía, sin emociones y desplegando todo su ingenio y capacidad empresarial para no pensar en lo que había perdido.

Su oficina era una silla de plástico que ponía bajo un árbol desprovisto de hojas. La gran empresaria, la ex gerente general de una empresa constructora, ahora repartía sus conocimientos a un grupo de artesanos que se atrevió a seguirla cuando les propuso recorrer pueblos para vender sus artesanías.

—¡Qué no nos van a permitir usar el terreno completo!, ¿eso te dijo? —gritó Isabela sentada en su silla de plástico. A Isabela poco le importaba la pobreza de su oficina itinerante. Ella procuraba desparramar encanto y capacidad aunque se sintiera muerta por dentro—. Si será caradura. Estos jefecitos de pueblos se creen superiores a todos. Pero me va a escuchar —gritó, y varios artesanos de los puestos de la feria ambulante la miraron con una sonrisa. Ella era ingeniosa y capaz de sacarle dinero hasta a las piedras de los arroyos.

—Somos itinerantes, por eso no nos prestan atención —dijo uno de los artesanos.

—Estamos pagando un precio más alto del que nos cobran en la comuna vecina. Si no consigo el terreno completo para que nos instalemos, nos vamos. ¿Están de acuerdo? —preguntó Isabela.

—Me parece que deberíamos instalarnos en el otro pueblo. Después de todo el turista también es itinerante —dijo uno de ellos.

—No cuesta nada intentarlo —conjeturó otro de los artesanos.

—Lo voy a intentar. Ustedes no bajen nada para que no tengamos que volver a cargar —dijo Isabela, y salió caminando por el costado de la ruta hasta el edificio comunal que era donde estaba ese alcalde gordo con cara de pocos amigos. Ya le cambiaría la cara cuando le cantara unas cuantas cifras, se dijo mientras ingresaba en el edificio.

Cuando Isabela regresó, la sonrisa que traía al haber conseguido el predio quedó congelada en su rostro. “¿Qué hacía Gina entre la gente que la había rescatado de la desesperación el día que se fue de Paraíso?”, se preguntó.

Isabela detuvo la marcha. Miles de recuerdos que quería olvidar se apoderaron de su voluntad, y un nudo de tristeza le cerró la garganta. No creía que hubiera venido a buscarla, sino que el encuentro era una casualidad del destino. No habló, no podía, necesitaba recomponerse antes de que ella descubriera en su voz temblorosa el dolor que le ocasionaban los recuerdos.

Gina también estaba asombrada y no entendía que hacía Isabela caminando a la vera de la ruta. Supuso que habría conseguido algún nuevo novio rico y estaba dando su paseo matutino antes de que la llevara a almorzar al mejor restaurante del centro. Pero sus suposiciones se hicieron agua cuando uno de los artesanos rompió el silencio.

—¿Conseguiste el espacio?

—Sí. Nos quedamos cinco días —dijo Isabela ya recompuesta y sin apartar la vista de Gina, que ahora la miraba con la boca abierta—. ¿Cómo me encontraste?

—Lo que menos deseaba era encontrarte. Una vez que desapareciste me quedé satisfecha —dijo Gina demostrando el desprecio que le tenía.

Isabela vio el bolso a los pies de Gina y supuso que no había venido a buscarla a ella, sino que pretendía unirse a la caravana.

—Entonces vete que acá que ya somos muchos —dijo Isabela, y se acercó a una de las camionetas para comenzar a descargar.

—Por qué no descansas un poco —sugirió Sonia, una artesana que hacía piezas de cerámica envejecidas.

—Prefiero trabajar —dijo Isabela, y comenzó con la tarea de sacar los bolsos, las cajas y las mesas plegables donde exhibían las artesanías.

Isabela no sabía nada de artesanías, pero ayudaba al resto y aportaba su habilidad para los negocios. Desde que los había convencido de la ventaja de trasladarse de pueblo en pueblo en lugar de quedarse en un mismo sitio, los ingresos de los artesanos habían aumentado considerablemente. Era una técnica, siempre lo había sido y estaba haciendo lo único que sabía, negociar. Además, cuando ocupaba el tiempo en cálculos y negociaciones podía olvidarse que bajo su apariencia de mujer eficiente había un gran dolor. Pero ahora estaba Gina, parada con su bolso cargado con algo que habría hecho para vender, y la única que la podía correr era ella. No quería a nadie del pasado metido en su nueva vida, porque los recuerdos la volverían a quebrar y ella todavía estaba parchando las roturas que había sufrido en Paraíso el día que se marchó.

Gina no sabía qué hacer. Ya había intentado formar parte del grupo de artesanos de tres pueblos, pero nadie la había aceptado. No quería regresar a Paraíso sintiéndose una fracasada. Le habían hablado de los artesanos itinerantes y le había gustado la idea de ir conociendo distintos lugares mientras trabajaba, pero nunca se imaginó que la que se había puesto al mando del contingente era Isabela.

—Nunca has rechazado a nadie antes de mirar su trabajo —dijo Eusebio, un hombre mayor que tenía una mano mágica para convertir los azules profundos en mares embravecidos.

Desde que Isabela se unió al grupo de artesanos y comenzaron a viajar, había logrado que Eusebio valorara sus obras, y ahora el hombre ganaba para vivir sin apuros durante un año vendiendo unas pocas pinturas. Para ella no eran difíciles de ubicar, solo había que golpear las puertas correctas en los lugares que paraban, y ella sabía detectar a las personas de dinero cuando las veía. Sus estrategias habían logrado grandes ventas entre el grupo de artesanos, y a ella le pagaban el cinco por ciento de las ganancias. Estaba ganando buen dinero para poder marcharse. Su meta era irse lo más lejos posible del Paraíso para no estar tan cerca de los recuerdos. Ya tenía todo organizado para trasladarse al mar. Allí no habría arroyos cantores, ni lobos, búhos y pájaros armando una orquesta para ella. Necesitaba llenar su vista de nuevas imágenes que borrarán las anteriores, y los oídos de sonidos diferentes para dejar de pensar en lo que había perdido.

Pero Gina había aparecido a romper su armonía.

—Es cierto —dijo Isabela. Nunca había rechazado a nadie que tuviera artesanías de calidad y buen gusto, pero no quería a Gina con ellos, pensó mientras bajaba una de las mesas y la llevaba para armarla en el terreno que había conseguido—. Qué tienes para ofrecer, Gina.

Gina no tenía ganas de tratar con Isabela, mucho menos de tener que explicarle su trabajo. Pero qué opción le quedaba si era Isabela la que estaba al mando de la caravana itinerante. Inclusive le habían comentado que la idea de recorrer pueblos había sido de ella. Agachó la cabeza, abrió el bolso y sacó unos collares con incrustaciones en piedra que dejaron muda a Isabela.

—Con razón no te iba bien en... —no pudo nombrar el pueblo porque se le atascó en la garganta. Gina se dio cuenta de la dificultad que tenía para nombrar el pueblo, pero se mantuvo imperturbable esperando que se recuperara—. Son bellísimos —dijo Isabela con toda la admiración de quien reconoce lo bueno—. Lapislázuli, rodocrosita, malaquita... ¿y estos?

—Son Ágatas. Los colores son tan diversos que me permiten hacer gran variedad de diseños —dijo Gina.

—No tenemos artesanos que se dediquen a bisutería en piedras. Eres bienvenida al grupo —dijo Isabela, y se alejó de ella para tratar de recuperarse. Gina tenía los ojos tan parecidos a los de Renzo que no podía enfrentarle la mirada sin verlo a él. Mientras se alejaba le aclaró—. El diez por ciento de lo que vendas es mío.

Gina abrió la boca para quejarse, pero uno de los artesanos le sugirió que se callara.

—Ella nos ha hecho valorar nuestro trabajo y ganamos mucho más que antes —no le aclaró que a todos les cobraba el cinco por ciento, y solo a ella la estaba desplumando.

—Me parece que se abusa de ustedes —dijo Gina, aunque no con mucha convicción.

—Vete a probar suerte a otro lado y ya vas a ver lo poco que ganas. Hace varios años que soy artesano, y recién con ella estoy tirando manteca al techo. Este lugar solo es un circo, porque ella sale a buscar clientes en cada pueblo que paramos. Tantea a la gente, se sienta a conversar en los bares, los convence. No son personas de feria. Nunca pisan una feria, pero ella los consigue recorriendo las calles o los restaurantes elegantes, y luego nos viene a buscar y vamos a mostrar a sus casas. No sabes los clientes que nos presenta y como pelea nuestros precios. No son clientes de paso, sino clientes que nos vuelven a encargar trabajos o nos recomiendan a otros. Isabela se gana cada centavo que le pagamos.

Gina no supo que decir en ese momento, pero descubrió que su odio se iba diluyendo a medida que la veía trabajar, porque desde que se agregó al contingente Isabela no había descansado ni dos minutos en esa silla de plástico que había bajo un árbol, que entre risas le habían comentado que era su oficina.

Se fueron sucediendo los días y Gina fue sintiendo aprecio por la sobrina de Ernestina. También sintió desprecio por ella misma, por la persona caprichosa que solo había querido alejarla del pueblo, por las tretas que había armado y porque le había llenado la cabeza a todas las admiradoras de su hermano para que la corrieran del pueblo. Pero sobre todo se despreció porque cuando Isabela la miraba se le llenaban los ojos de lágrimas, y supo que veía a Renzo en sus ojos. Su hermano no sabía soportar el dolor y se desquitaba con el primero que se le cruzaba en el camino, en cambio, Isabela simulaba estar bien, aunque a veces se quedaba escuchando los pájaros que cantaban en los árboles o mirando el cielo nocturno, y Gina estaba segura que se perdía en los recuerdos de lo vivido en el Paraíso. Pero lo que la convenció de que Isabela estaba mal, fue aquel mediodía que decidieron almorzar junto a un arroyo y ella se sacó las alpargatas que le había regalado Lidia y comenzó a caminar entre piedras filosas hasta que le sangraron los pies. Nadie la pudo sacar, y siguió avanzando mientras todos miraban como el arroyo se llevaba su sangre.

Gina no aguantó más ver tanto sufrimiento. Se sentía tan culpable por lo que había hecho que comenzó a llorar desconsolada. Solo allí Isabela salió y la atrajo a sus brazos como si fuera una niña pequeña. Gina era seis meses mayor que Isabela, pero la sobrina de Ernestina parecía tener diez años más que ella, porque la abrazaba con tanto cariño que la hermana caprichosa de Renzo dejó de llorar.

—¿Extrañas a tu familia? —preguntó Isabela.

—No.

—¿No estás conforme con las ventas?

—Claro que estoy conforme. Si hasta me has conseguido un revendedor que me permitiría trabajar desde mi casa.

—Y entonces, ¿por qué lloras?

—Por lo que te he hecho —dijo Gina reconociendo públicamente su maldad—. He sido tan mala... mi hermano...

—No lo nombres. Si quieres quedarte con nosotros no puedes nombrar nada del pasado, porque voy a tener que pedirte que te vayas —dijo Isabela con tanta autoridad, que Gina se quedó muda. Acaso en lugar de odiarla a ella odiaba a su hermano.

—¿Por qué lo odias?

—No es odio, solo intento borrar algunos recuerdos. Siempre he sido así, se me da bien olvidar —dijo Isabela, pero ni siquiera ella se lo creía porque cada día lo tenía más presente en sus pensamientos. La llegada de Gina no había hecho más que incrementar su dolor, porque tenía que enfrentar sus ojos desde que se levantaba hasta que se acostaba—. En quince días nos vamos al mar. He conseguido por intermedio de un amigo varios permisos.

—¡No te puedes ir!

—Claro que sí. Soy una persona libre y quiero conocer el mar —dijo Isabela, y le sonrió para tranquilizarla. Pero ella estaba más intranquila que Gina desde que barajaron la posibilidad de viajar a playas caribeñas, porque sabía que allí, sin los arroyos, los búhos y los lobos, empezaría a dejar atrás su vida en el Paraíso.

Gina se sujetó a las reglas que le había impuesto Isabela. Había aprendido a ser solidaria y generosa con el resto de sus compañeros y se sentía feliz con su nueva forma de actuar. Cada vez vendía más y por lógica ganaba más. El tiempo le era escaso para seguir produciendo porque tenía que atender el puestito de artesanías que armaban en los pueblos, pero las verdaderas ventas se hacían durante la mañana en las casas de clientes selectos que conseguía Isabela en los distintos pueblos que paraban. Ella se tomaba un gran trabajo en conseguir los clientes, y Gina había empezado a considerar que el diez por ciento que le cedía no era suficiente.

Faltaba una semana para trasladarse al mar y todos se tomarían un descanso de tres días para atender sus asuntos personales. Gina no tenía deseos de acompañarlos, ya tenía un interesado en comprar su bisutería y se había dado cuenta que lo suyo no era viajar como gitana de pueblo en pueblo.

Si algo tenía que reconocer de esta experiencia, era que Isabela le había dado una de las mejores lecciones de su vida. Había madurado en estos pocos días mucho más que estando en su casa bajo la protección de Ernestina y el amparo económico de su padre. En ese momento deseaba con toda su alma regresar a Paraíso. Quería vivir en su pueblo y disfrutar de las noches en compañía de su querida gente, quería ser solidaria y llevarse bien con todos. Pero lo que más quería era esa independencia que su padre le había impuesto y ella agradecía tanto. No viviría con su padre, sino que se alquilaría una casita modesta hasta que pudiera comprarse la casa de sus sueños.

Gina sabía que no hallaría la plena felicidad hasta que no solucionara el problema de Isabela y Renzo. En estos pocos días había conocido a Isabela mucho más que en el pueblo. Ella no era lo que aparentaba con esas prendas exóticas que usaba, sino todo lo contrario. Isabela era una mujer simple, emprendedora, generosa, solidaria y muy sensible. No le hacía asco a las tareas, y trabajaba sin descanso para beneficiar a todos los que la rodeaban. En el poco tiempo desde su llegada Isabela había hecho ganar bastante dinero a algunos artesanos, mientras que ella solo ganaba lo justo para subsistir y pagarse el viaje a esas playas exóticas de las que todos hablaban.

Era una tarde lluviosa y el día de feria estaba perdido. Gina estaba sentada en un sillón que había en la galería del hotel, y miraba a Isabela que caminaba bajo la lluvia sin saber que la observaban. Estaba tan mojada que era difícil detectar sus lágrimas, pero Gina las vio.

—He pensado que debería pagarte el quince por ciento de lo que gano —dijo Gina, e Isabela se sobresaltó.

Isabela miró a Gina sin percatarse que ella notaría su angustia.

—¡En serio! Por mí no hay problema —dijo Isabela sonriendo con picardía.

—¿De qué te ríes?

—Solo me sorprendiste —dijo Isabela, pero en lugar de sonreír se echó a reír.

—Se ríe porque eres la única que paga el diez por ciento. El resto solo le pagamos el cinco —

dijo uno de los artesanos que siempre estaba persiguiendo a Isabela. Era un hombre de cuarenta años con apariencia de bohemio que a Gina no le inspiraba confianza, pero Isabela sabía mantenerlo a raya. Igual Gina hubiera preferido que no estuviera con ellos.

—¿Es cierto eso? —gritó Gina indignada de que la hubieran engañado.

—Pienso devolverte lo que te cobré de más. Ha sido una pequeña venganza —dijo Isabela, pero se alejó cuando comprendió que ella había traído el pasado a la conversación.

—¿Venganza de qué? —preguntó Gina mientras la perseguía bajo la lluvia. Isabela seguía huyendo, y Gina gritó—. Dilo, no seas cobarde. O es que no te animas a enfrentar la verdad. Tienes miedo. Tú que te has enfrentado a todo el pueblo le tienes miedo a Renzo. ¿Es eso?

Isabela se giró para mirarla, y el dolor de sus ojos ámbar quedó grabado a fuego en la mente de Gina.

—Renzo ya no es el hombre de antes. Desde que te fuiste se pelea con todos. No da más conferencias y ha dejado la empresa a cargo de sus empleados, aunque se ha ocupado día y noche en darle un giro. ¿Sabes que hacen ahora?, elaboran comidas orgánicas con el nombre de Brandal-Valentín.

—¿Qué has dicho? —dijo Isabela que la miraba sorprendida. Todo lo que decía Gina la tenía asombrada, porque ella creía que ya la había olvidado y quizá reemplazado.

—Ha dejado en claro que son socios, aunque tú no estés enterada. Dice que las recetas son tuyas y que la idea fue tuya.

—¡Mías! Debe estar loco para hacer semejante barbaridad. Solo eran comentarios que le hacía a tu hermano mientras destrozábamos el huerto de mi tía —dijo Isabela preocupada porque no quería ser socia de ninguna empresa. No quería que le dieran nada.

—Solo la puso en marcha, pero no se ocupa de atenderla. Pasa el tiempo bebiendo cerveza y recorriendo el huerto de Ernestina.

—¿Por qué?

—Supongo que es su forma de reaccionar al haberte perdido.

—Tonterías, él tiene una mujer en cada esquina —dijo Isabela, pero ni ella estaba segura de sus conclusiones.

—Renzo no es así. No voy a negar que todas se quieren casar con él. Salvo tú que eres la única a la que le propuso matrimonio... y lo rechazaste.

—Él solo estaba siendo noble —gritó Isabela.

—Mi hermano no es tan noble como para casarse si no quiere —dijo Gina, y sonrió satisfecha porque Isabela la miró con la boca abierta.

—Gracias Gina por tratar de arreglar las cosas. Quiero que sepas que me caes bien y que todo lo que pasó en el pueblo ya lo he olvidado —dijo Isabela, y se marchó.

Gina no pudo creer que Isabela siguiera negando lo evidente. Si a ella le hubieran contado algo así habría salido corriendo a los brazos de su amado. Pero Isabela era una terca.

Pocos días después, Gina estaba disfrutando de la paz del Paraíso. No le había contado a nadie que conocía el paradero de Isabela porque le había prometido mantener el secreto. Pero ver a Renzo en el bar bebiendo más de lo habitual la estaba tentando a romper la promesa.

En una conversación con su padre descubrió que Isabela quedaba debilitada ante las muestras de cariño. Y Gina comprendió que ella huía porque no creía que alguien pudiera amarla. Qué tonta, cualquiera que veía a Renzo sabía que estaba loco de amor por ella. Pero Gina había cambiado, y no podía romper la promesa que le había hecho a Isabela. Entonces, se confesó con Lidia, que le sugirió incordiar a Isabela con mensajes en el móvil antes de que cometiera el error

de marcharse. Y así lo hicieron. A Isabela comenzaron a llegarles mensaje desesperado sobre el estado de Renzo, y las dos mujeres comenzaron a esperanzarse con su regreso, aunque Isabela no hubiera respondido uno solo de esos mensajes.

CAPÍTULO 22

Aldo todavía se dedicaba a la cría de ganado vacuno. La mayoría de los campesinos habían mudado a la siembra de soja que era la que aportaba mayores beneficios. Pero Aldo era muy aferrado a las costumbres y no pensaba ceder para ganar más dinero. También criaba unos cuantos cabritos pero más por placer que por dinero. Siempre carneaba uno para las reuniones familiares, y lo cocinaba a la llama atado a una cruz que clavaba en la tierra.

Desde que decidió hacer públicas las dificultades familiares, Aldo había solucionado con éxito los problemas de sus hijas. Rosalía le sonreía a los árboles, a las veredas, a las sillas vacías del bar de Carlo, a Carlo, a Estelita a pesar de que la miraba con la frente fruncida porque convivía con Felipe antes de casarse. Los chicos ya tenían fecha, pero ni Dios logró convencer a Felipe de que la dejara regresar a la casa hasta el día del casamiento. Su hija se había llevado todas sus pertenencias y le había contado que no había nada más lindo que tener el cepillo de dientes junto al de Felipe. Aldo no entendía que placer podía sentir al ver dos cepillos de dientes juntos, pero bueno, ella era feliz con eso y él estaba contento.

Gina había regresado después de diez días con una sonrisa tan radiante que iluminaba las noches. Su hija era otra. No tenía ni un gramo de maldad y se comportaba con una humildad que más parecía servilismo. Hasta recogía la mesa del bar de Carlo cuando terminaba de beber. Nadie recogía las mesas en el bar. Pero bueno, si eso la hacía feliz, Aldo se sentía feliz también. Estaba viviendo en el departamento que Lidia tenía sobre la tienda hasta que terminaran de acondicionarle la casa que se había alquilado, porque lo primero que anunció a su llegada era que viviría sola.

Todos se habían ido y Aldo se sentía perdido, pero no pensaba demostrarlo porque él las había mandado a desplegar las alas. Al menos estaban cerca y podía verlas a diario para conversar con ellas.

Renzo seguía cada vez más apático. Inclusive había discutido con Felipe en el bar y había roto varias mesas. Ya nadie se atrevía a acercarse a él, que vagaba por las calles desplegando su ira y desesperación. Su hijo estaba tan enamorado, que Aldo sentía que se le destrozaba el corazón al no saber cómo ayudarlo. Lo único que lo alegró fue enterarse que había hecho las paces con Ernestina. Al menos en algo era razonable la loca de su mujer.

Aldo se había ocupado de mencionar que Ernestina era su mujer en cada oportunidad que se le presentaba, pero ella no daba cuenta de estar enterada, o quizá se hacía la indiferente para no aparecer por su casa a reprocharle y terminar tendida en sus redes. En realidad la relación estaba rota desde que se había ido Isabela, pero Aldo no perdía las esperanzas y seguía hablando como si entre ellos no hubiera un muro que los separaba. Le estaba dando tiempo porque no quería forzarla. Pero cuánto tiempo necesitaba. Él no aguantaba más el verla y no tenerla. Esa noche vendría porque Gina le había suplicado que no faltara a la reunión familiar, y Ernestina por Gina era capaz de agachar la cabeza y comportarse con educación.

Era una noche fresca, y Aldo había preparado la mesa en el cobertizo con techo de paja que tenía en el fondo de la casa.

Rosalía había llegado con Felipe una hora antes para colaborar, porque Ernestina ya no ayudaba a su padre. Estaba cortando la lechuga en la mesada cuando sintió que Felipe la atraía a su cuerpo.

—Cuando llegó el huracán y apareciste por la plaza a buscar esa ropa interior diminuta que te

pones, me imaginé que te levantaba la falda en esta cocina, te desgarraba las tiritas que usas, y te hacía mía en la mesada –susurró Felipe en su oído, y Rosalía se giró para mirarlo con ese amor que lo derretía.

—¿Lo vas a hacer? –preguntó Rosalía rozándole los labios, y él asintió.

Ernestina estaba parada en la puerta rememorando la misma escena que había compartido con Aldo, y silenciosamente se alejó. Su rostro reflejaba el dolor por lo que había perdido. Él le había dado tantas sensaciones, tantas palabras susurradas en el oído, que no podía volver a ser la Ernestina solterona de antaño. Lo quería de nuevo, pero no sabía cómo llegar a él sin sentirse una estúpida.

Sin darse cuenta Ernestina había llegado al cobertizo. Aldo estaba apoyado en el borde de la mesa y la miraba extrañado, porque ella en los últimos tiempos huía de él, pero esa noche había venido solita sin que la persiguiera.

—¡Vaya, por fin nos encontramos! –dijo Aldo, pero ni se molestó en acercarse. Ella estaba bonita con ese vestido azul de escote bajo y falda amplia. Más discreta, menos llamativa y eso le gustó.

—Lo están haciendo en la mesada –dijo Ernestina aturdida por lo que acababa de ver.

—¿Cómo? –dijo Aldo sin comprender demasiado.

—La mesada es nuestra –dijo Ernestina sin medir el alcance de sus palabras.

—Entonces los voy a detener –dijo Aldo, y se acercó a la casa mientras sonreía—. Felipe te necesito en dos minutos. Se me está por quemar el cabrito y no puedo sacarlo solo del fuego –gritó, y a los dos minutos Ernestina vio que Felipe salía con el ceño fruncido.

—Qué hombre inoportuno –dijo Felipe mientras se acercaba a la cruz donde el cabrito adquiría un tono dorado en lugar del quemado que le había dicho.

—Esa mesada es de mi propiedad –aclaró Aldo, y Felipe se ruborizó—. Tú arréglate con la tuya –le guiñó un ojo a Ernestina, y ella se ruborizó. Pero Aldo no vio vergüenza en su mirada sino anhelo.

La cena fue agradable, aunque eterna para Aldo. Gina contaba sobre sus collares, los halagos que recibía por su prolijidad, las ventas que había realizado y el diez por ciento que había tenido que ceder a una empresaria que le conseguía los clientes. Nadie pensó que la empresaria era Isabela, y a todos les pareció un trato justo ceder un poco para conseguir mejores ventas. Y mientras Gina hablaba e intercambiaba opiniones con Ernestina, Aldo no podía apartar los ojos de su mujer, que a veces se encontraban con los suyos sin rencor e inundados de ternura.

Rosalía contó cada detalle de los preparativos del casamiento. El vestido blanco, el traje de Felipe, el ajuar que estaban comprando en la ciudad para armar la casa a su gusto; y Ernestina otra vez aportaba sus ideas sobre el vestido, los zapatos y le prometió hacer los *souvenirs* y ayudar en los preparativos. Aldo seguía concentrado en ella. Cuánto amaba a sus hijas. Se le formó un nudo en la garganta al ver la armonía familiar que estaban compartiendo; y se imaginó el futuro que les esperaba porque Ernestina esa noche no se iría de su casa.

Renzo se mantuvo callado, aunque comentó con Felipe el aumento en las ganancias que estaba teniendo la empresa, y Felipe se interesó. Nadie se atrevía a hacerle preguntas personales porque no querían romper la armonía, tampoco él quería hablar de sus asuntos privados.

Las chicas quisieron ayudar a recoger pero Ernestina les dijo que Aldo y ella se ocuparían, y todos comprendieron que era hora de marcharse.

Los dos recogieron la mesa, lavaron y secaron los platos sin decir una palabra. Cuando todo estuvo en su lugar, Ernestina se giró y lo miró con tanta dulzura que Aldo se sintió aliviado.

—Te amo, ¿lo sabes? –dijo Aldo.

Ernestina se quedó helada con la confesión. Agachó la cabeza antes de hablar porque lo que tenía para decir era demasiado humillante.

—Ernesto me mandó una carta para pedirme que no dejara sola a Isabela, me dijo que era parecida a mí, y... Renzo se parece tanto a ti cuando eras un jovencito... por eso quería verlos casados, Aldo —dijo Ernestina, y se atrevió a mirarlo.

La sorpresa de Aldo se reflejó en sus bonitos ojos soñadores. Nunca se imaginó que ella le contaría algo tan hermoso y tan tirado de los pelos. Acaso ella quería ver en otros lo que no había tenido. Acaso le estaba diciendo que siempre había querido ser su esposa. Por Dios, cuánto había sufrido Ernestina por su culpa, cuánto dolor había soportado criando a sus hijos y sintiendo que solo era una entrometida. Él, muchos años atrás había pensado en casarse con ella, pero no había tenido en cuenta los sentimientos porque nunca creyó que ella sintiera algo más que una amistad. Aldo nunca pudo olvidar lo destruida que quedó cuando Ernesto la dejó por la hermana. Si bien le había confesado que nunca amó a Ernesto, el nombre de su verdadero amor nunca se lo había confesado. Él había supuesto que podía ser él, y ahora se enteraba por ella que sus suposiciones habían sido acertadas. Que siempre había sido él. Y comprendió que la había humillado al ponerla a la altura de sus amantes. Pero como Aldo se consideraba un hombre inteligente, por nada del mundo iba a demostrarle lástima por su confesión.

—¿Método indirecto? ¿Eso es lo que querías? ¿Darles a los chicos lo que querías para nosotros? Tú querías ver entrar a Isabela a la iglesia y a Renzo esperándola en el altar —exageró las últimas palabras.

—Basta Aldo. No me hagas esto —dijo Ernestina dejando escapar las lágrimas. Se había sincerado, y en lugar de recibir comprensión, Aldo se había indignado.

—Que no te haga, qué. Qué quieres que te diga; que bien Tina, vamos juntos a ver al altar lo que no tuvimos y soñemos que es nuestro momento —dijo Aldo, y se acercó a ella que seguía apoyada en la mesada—. Yo no me conformo con tan poco —deslizó las manos por debajo del vestido y le rajó la tanga—. Dijiste que esta mesada era nuestra. Pues dime cómo la usamos. Dime qué quieres porque te lo doy todo, Tina. Todo lo que tengo es para ti. La casa, el coche, la mesada, la cama... quieres que te haga vibrar en la bañera. Quieres que te haga mía en el asiento de la camioneta. Cuáles eran tus sueños que te los quiero cumplir. Soy tuyo Tina. Aprovechate de mí que te lo estoy ofreciendo todo —dijo Aldo. Se inclinó para besarla, y Ernestina le rodeó el cuello con las manos.

—¡Aldo! Yo te amo tanto —dijo por fin Ernestina, y Aldo dejó que su lengua entrara en su boca para comerse las palabras que le acababa de decir.

—Por fin, por fin me has dicho que todos estos años no han sido solo compasión hacia un pobre hombre que no sabía que hacer con tres hijos. Por fin me entero que no me tenías lástima. Llevo años buscando una respuesta, y ahora sé que lo hiciste por amor.

—Compasión. Claro que sentí compasión. Perdiste a tu mujer, como no iba a sentir compasión cuando te veía perdido en la bebida.

—No me lo digas Tina. Déjame creer que era amor —suplicó Aldo.

—Porque te amaba sufría al verte tan destrozado.

—Tina... Ay Tina. No amaba a Laura. Fui un desdichado a su lado. Ella solo quería parecerse a ti. Te odiaba tanto porque eras hermosa y... porque sabía que si no me hubiera intimidado con tu presencia, me habría casado contigo.

Esa confesión la indignó. Ernestina lo empujó para alejarse de su contacto.

—Y entonces, por qué bebías como un cosaco —dijo Ernestina furiosa al saber los años que habían perdido.

—Porque me sentía culpable al no haberla hecho feliz.

—Te casaste con ella porque no te animaste a pedírmelo a mí —gritó Ernestina—. No creo que te lo pueda perdonar.

—Vamos Tina, que ya somos mayores. No sigas poniendo distancia entre nosotros —dijo Aldo cuando la vio acercarse a la puerta.

—Tus hijos deberían haber sido mis hijos —gritó Ernestina.

Aldo se abalanzó sobre ella porque no pensaba permitirle que se fuera.

—Son tuyos. Ellos son tuyos —gritó mientras la tomaba del brazo y la giraba para mirarla—. Son tuyos, siempre han sido nuestros hijos. No recuerdan a otra madre que no seas tú —dijo Aldo para convencerla.

Ernestina recordó las palabras que Renzo le había dicho unos días atrás: “No recuerdo nada de mi madre, salvo los portarretratos que ponías en el hogar”. “Siempre has equilibrado la balanza de nuestra familia”. “Cuando éramos chicos, Gina, Rosalía y yo nos preguntábamos por qué no había fotos de nuestra familia. Por qué siempre teníamos que ver una madre que se había ido en lugar de la que teníamos” “Un día pusiste una foto donde estábamos los cinco y no te imaginas la felicidad de las chicas. Subieron a mi habitación para contarme que estábamos todos en el hogar, pero al día siguiente la sacaste”. Y Ernestina comprendió que la única que se había sentido desplazada de la familia era ella. Hacía veintiocho años que compartían cada acontecimiento bueno y malo de la vida sin tener un altercado, y ella seguía negando la hermosa familia que habían formado, solo porque en su mente resentida no podía dejar de pensar que los chicos no llevaban su sangre. Pero todos ellos le demostraban a diario que eran sus hijos, inclusive Aldo se lo decía a gritos para que lo aceptara. ¿Por qué seguir negándolo si era lo que más deseaba?

—Es cierto. Ellos son míos, son nuestros Aldo —dijo Ernestina sonriendo.

—Ay Tina, te pediría que te cases conmigo pero no te das una idea lo que disfruto cometiendo pecados. Siento que cada vez que te meto mano estoy escondiéndome de alguien y eso me excita demasiado. No quiero rutinas, me gusta mirarte el escote cuando estás en el bar, y algún día te voy a hacer estallar mientras Carlo te sirve esa gaseosa que ya le he prohibido que te regale. Nadie nos va a ver porque me voy a aprovechar del largo mantel que pone en las mesas, y solo yo voy a saber que has llegado al orgasmo —dijo Aldo, y Ernestina estalló en carcajadas.

—¿Serías capaz de hacer algo así? —preguntó Ernestina, y Aldo descubrió que le gustaba la idea.

—Contigo soy capaz de romper todas las reglas —dijo Aldo, y le arrancó el vestido—. Qué bella es mi mujer.

Ella le desprendió los vaqueros y él la alzó en sus brazos y la penetró apoyándola sobre la puerta.

—¿Habrán usado nuestra mesada? —preguntó Ernestina.

Aldo sonrió, detuvo las embestidas para llevarla a la mesada.

—Por supuesto que no. Lo corrí antes de que se desprendiera los pantalones —dijo Aldo, y embistió mientras con una mano hacia deliciosos círculos sobre su intimidad hasta que se perdieron en el placer.

Por la mañana Aldo sintió un enorme placer al tener a Ernestina recostada desnuda sobre él. Cada vez la veía más hermosa y la deseaba con más apetito. Pero se sentía un traicionero porque no estaba cumpliendo su sueño. Ernesto la había traicionado al dejarla plantada en el altar y Aldo deseaba con toda su alma convertir su sufrimiento en un sueño cumplido, solo para complacerla porque él odiaba la rutina que podía acarrear el matrimonio. Pero podría hacerlo si no cumplía ninguna de las normas; inclusive podría romper el acta de matrimonio para sentirse un pecador, o

mejor sería comenzar el matrimonio cometiendo algún pecado, se dijo y la despertó con suaves caricias que la hicieron jadear sobre su pecho.

Al día siguiente Ernestina se despertó sola en la cama. Aldo le había dejado una nota, y sobre una silla pudo ver un bellissimo vestido color lavanda, una capellina y las sandalias.

Tina no sé si recuerdas que he estado dos días en esta cama complaciendo tu apetito sexual. Ya sé que has pasado veintiocho años sin practicar, pero ya supero los cincuenta años y me cuesta acoplarme a tus exigencias. Además, ya sabes que tengo animales que atender y compras que hacer para el campo. Por eso te propongo que nos encontremos a las nueve de la noche en el centro. Ponte la bonita ropa que te compré y hazme un favor, no te pongas la tanga que quiero pecar con el pensamiento mientras solo yo sé que estás desnuda debajo de ese lindo vestido. Te amo.

Ernestina creía que la ansiedad iba a acabar con ella. Aldo pretendía cumplir con las palabras que había pronunciado dos días atrás y ella no creía poder soportarlo. No dejaba de pensar en la nota que le había dejado. Quería que fuera sin ropa interior para acariciarla en el bar de Carlo frente a todos sus amigos. Pero lo más grave era que ella estaba ansiosa de que lo hiciera. Cuándo había tirado por la borda el pudor, la vergüenza, la honorabilidad, el recato y todo lo que una mujer de su edad consideraba una ley sagrada. Maldito hombre que la hacía jadear de anticipación con sus palabras.

Se había quedado dos horas en la bañera de hidromasaje para relajarse y poder actuar con serenidad, pero nada la calmaba. Solo deseaba encontrarlo y vivir la experiencia más atrevida de su vida.

Salió de la casa a las nueve en punto y en diez minutos estuvo en la plaza del pueblo con su hermoso vestido, su capellina y sus sandalias. El aire que se filtró por su falda le acarició sus partes íntimas para recordarle que estaba desnuda. Vio mucho movimiento en la iglesia y como Aldo no había llegado se acercó para averiguar que pasaba. Estelita le sonrió y algunas de sus amigas se acercaron a saludarla. Renzo estaba parado en la puerta y sus hijas tenían el rostro iluminado. Entonces se asustó y trató de salir corriendo. Pero Aldo tras ella la retuvo.

—No pensarás dejarme plantado, cariñito —dijo frente a todos sus amigos.

—Aldo... Aldo, tendríamos que haberlo hablado... No era necesario esto... Yo no necesito...

—Shhhh, no hables que este es nuestro sueño —dijo Aldo aunque ese no era su sueño.

Pero cuando subieron las escalinatas rompiendo la tradición, porque el novio no la esperaba en el altar sino que la llevaba de la mano, Aldo sintió un nudo en la garganta y supo que también era su sueño.

—Dime que no llevas ropa interior —preguntó Aldo con la voz entrecortada.

—Si hubiera sabido que me traerías a... si hubiera sabido me la habría...

—No lo digas. Nuestro matrimonio va a ser tan lujurioso que creí conveniente comenzarlo pecando—dijo Aldo, y Ernestina estalló en carcajadas.

Nadie supo de que se reía, pero todos coincidieron en que fue uno de los matrimonios más deseado por la gente del Paraíso. Tantos años compartiendo la vida, los hijos, las salidas al campo, las fiebres, los actos de la escuela, los moretones, los llantos, las comidas y... ; y lo único que faltaba era sellar frente al párroco el amor que se tenían.

Dieron el sí, se besaron como dos adultos que piensan compartir un amor sereno, y todos se reunieron para compartir una picada en el bar. Ernestina ya no cabía más de ansiedad porque sabía que Aldo estaba esperando el momento oportuno para cumplir su promesa. Y lo hizo, fue justo cuando Carlo se acercaba a traerle la gaseosa que siempre le obsequiaba.

—Tu esposo... se niega a que te obsequie más gaseosas... pero te aclaro que lo seguiré

haciendo —dijo Carlo algo nervioso.

La mano de Aldo había comenzado el ascenso por el muslo, y Ernestina sintió la intromisión justo cuando Carlo le llenaba el vaso. Se sobresaltó, pero logró disimular con una sonrisa, e intentó cerrar las piernas.

—Querida, porque no te relajas. Siento que estás muy tensa. Ya pasó lo peor y ahora vamos a disfrutar —dijo Aldo con toda la inocencia de un hombre recién casado que disfruta al estar sentado al lado de su reciente esposa, pero ella entendía el doble sentido de sus palabras y no tuvo más alternativas que abrir un poco las piernas y dejarlo hacer a su antojo. Él la torturó durante todo el tiempo que quiso, su mano fregaba el clítoris y se detenía cuando la sentía tensarse, luego comenzaba con los circulitos que la hacían temblar de deseo, y volvía a dejarla ansiosa. Ya no sabía cómo hacer para contenerse, la tenía al límite y la dejaba con las ganas una y otra vez, hasta que Ernestina no aguantó más y lo miró ofuscada. Entonces él se inclinó sobre sus labios y le dio un beso tan interminable que todos comenzaron a vitorearlo como si fuera un héroe. Nadie supo que su experta mano estaba dándole el orgasmo y que su boca estaba acallando el grito de su mujer. Solo ellos sabían que estaban en falta, y que pensaban seguir cometiendo travesuras porque no había nada más placentero que vivir en el pecado.

—Esto lo vamos a compartir muy seguido, querida —dijo Aldo para que todos se enteraran que pensaba besar a su mujer cuando se le diera la gana. Y para que ella supiera que era mejor venir preparada para recibir sus atenciones donde a él se le ocurriera.

—Espero que así sea —dijo Ernestina, y envolvió el rostro de su marido en las manos para darle un beso—. Gracias por hacerme tan feliz.

Era el primer matrimonio que empezaba al revés. Porque ellos ya habían sorteado con éxito todos los avatares familiares y ahora les tocaba vivir una etapa que nunca habían vivido, el amor que se tenían como hombre y mujer. Y cuánto lo disfrutaron. Y cuánto pecaron en ese pueblo chico sin que ninguno de sus amigos los descubriera.

CAPÍTULO 23

Isabela estacionó el Peugeot en el ingreso a Paraíso. Su casa, pensó mientras miraba que habían enderezado el cartel que daba la bienvenida al pueblo, como ella le había sugerido a Felipe.

Debería estar en un avión rumbo a las playas exóticas del Caribe, pero Gina le había mandado tantos mensajes al móvil que había cancelado el viaje, porque desde que se había marchado Renzo estaba mal.

No sabía si los mensajes de Gina serían ciertos. Pero, ¿y si eran ciertos? Ella lo amaba y no podía soportar que él estuviera inmerso en la desesperación. De solo pensar que dormía en la plaza se ponía a llorar como una tonta. También sentía el dolor de cada puñetazo que había recibido en las peleas que le relataba Gina. En otro mensaje le contaba que había pasado varias noches en la cárcel, y eso la tenía desvelada pensando que no habría dormido bien en ese catre sucio e incómodo. Pero lo que más le dolía era saber que se abrazaba a sus admiradoras y las llamaba Isabela.

Estaba dispuesta a actuar, porque cada mensaje la llenaba de desesperación y necesitaba verlo para saber que estaba bien. Eso provocaba el amor, porque ella no era feliz si él no lo era.

También se había enterado que Ernestina y Aldo se habían casado. Y el acontecimiento le alegró un poco el viaje porque su tía merecía ser feliz después de todo lo que había sufrido en su juventud. ¡Cómo no iba a regresar para felicitarlos con todo lo que ellos le habían dado!

Cuando les comunicó a los artesanos que no los acompañaría su corazón comenzó a latir desenfadado, y el trayecto de regreso lo hizo cargada de ansiedad, pero cuando traspasó el cartel enderezado de bienvenida comenzó a sudar. Ese era su lugar en el mundo y tenía miedo que la rechazaran por haber humillado en público al noble vecino. Pero siguió. Si de algo se podía sentir orgullosa era de la entereza con la que soportaba los desprecios.

Llegó a la plaza y estacionó en la puerta de la tienda de Lidia. Salió del coche temblando y sudando. Pero no podía huir sin ver a Renzo y darle una explicación. Él le había pedido que fuera su esposa y ella solo le había dicho: “no puedo”. Le había hecho daño, ella también se lo había hecho.

Miró las calles, la plaza, los negocios y se percató de otro cambio que ella había sugerido, porque cada negocio tenía un cartel de madera con el nombre del local; y se emocionó. Otra sugerencia que les había dado y ellos habían aceptado. Aunque observando el poco movimiento de vecinos por las calles y las veredas, tuvo la sensación de que todo seguía igual. Pero nada seguía igual si el vecino más apreciado del pueblo estaba sufriendo por su culpa. Todos adoraban a Renzo Valentín y estarían indignados con ella.

Lidia salió de la tienda con pasos medidos, como tanteando la situación. Al verla frunció el ceño. Si Lidia que la adoraba fruncía el entrecejo, cuál sería la actitud del resto. Isabela tragó el nudo que se le formó en la garganta y avanzó.

—¡Dios mío!, estás agotada —dijo Lidia al detectar el cansancio en el rostro de Isabela. Luego se acercó y la atrajo a sus brazos—. Ven, vamos a conversar un rato en la trastienda.

Todo el miedo que la había acompañado se desvaneció al darse cuenta que estaba sacando conjeturas apresuradas. Si bien Lidia no la había recibido exultante, tampoco la había echado.

—He venido a ver a Renzo —dijo Isabela con timidez—. No quería volver pero Gina me ha llenado el móvil de mensajes, uno más triste que el otro. Yo no quería hacerle daño y...

—Lo sé. Renzo ya no es el mismo hombre que conociste. Bebe en exceso, rompe cosas, se pelea en las calles con el primero que se le cruza, pero lo más grave es que te ve a ti en las admiradoras. Imagínate cómo lo persiguen. Todas se quieren casar con él, y él las abraza a todas. Cuando no bebe las ignora, pero cuando ha tomado mucha cerveza... —Lidia dejó la frase inconclusa para que ella sacara sus conclusiones.

—¿Se las lleva a su casa, Lidia? —preguntó Isabela.

Lidia se encogió de hombros.

—¡Ay, Lidia!, qué he hecho —dijo Isabela, y comenzó a pasearse de un lado a otro por la tienda. Todo le dolía. Las noches en el incómodo catre de la celda, las borracheras que lo dejaban durmiendo inconsciente en los bancos de la plaza, y los golpes que había recibido. Pero lo que la tenía al borde de las lágrimas era pensar, solo pensar, que hiciera el amor, o mejor dicho se acostara con otra mujer pensando que era ella. Si la hubiera reemplazado por otra se habría puesto furiosa, pero que la viera en cada mujer que pasaba a su lado la tenía atormentada.

—Querida, vas a tener que remediarlo de alguna forma. Todos quieren recuperar al Renzo de antes —dijo Lidia cargándole un poquito de culpas—. Felipe no quiere encerrarlo en la cárcel, pero a veces no le deja alternativa.

—¡Vaya, apareciste! —dijo Felipe apoyado en el marco de la puerta—. Ya era hora de que vinieras a arreglar el lío que armaste.

—Yo no quería que me pidiera que me casara con él —gritó Isabela alterada porque no podía creer que le cargaran todas las culpas—. Por qué no le dices a mi tía que este lío se armó por su culpa.

—Tu tía no era la que estaba disfrutando en la cancha...

—No lo digas —gritó Isabela. No podía tolerar que le recordaran el motivo que la había alejado del pueblo. Tampoco tenía ánimo para escuchar los desprecios. Lo hubiera esperado de Estelita y de las admiradoras de Renzo, o de algunas señoras mayores que no entendían que en esta época la mujer ya no era tan recatada; pero no de Felipe que siempre había sido agradable, solidario y paciente con ella. Pero, claro, ella había traspasado los límites en un pueblo con costumbres arraigadas, y encima había destruido al noble y generoso vecino—. Voy a intentar razonar con él y después me iré. Ya no quiero vivir en un pueblo donde no soy bienvenida —dijo, y salió corriendo con la falda revoloteando entre sus piernas. Antes muerta a permitir que la vieran llorar por lo mal que la habían recibido. Aunque Lidia la había abrazado, pero no eran esos abrazos cariñosos que solía regalarle cuando venía a hacer las compras. Tampoco estaba la sonrisa cómplice de Felipe, y supo que se tendría que marchar sin despedirse de los que habían sido sus amigos.

—No te sorprendas si está acompañado por una falsa Isabela —gritó Felipe antes de que ella arrancara.

Lidia miró acusadoramente a Felipe, pero él se encogió de hombros como si no le importara ser el causante de las lágrimas que iría derramando Isabela hasta llegar a la casa de su amigo. Los dos caminaron hasta pararse en medio de la calle para asegurarse de que Isabela no seguía derecho para desaparecer del pueblo, sino que tomaba el desvío a los campos de Renzo.

Isabela salió con el Peugeot derrapando sobre la calle de tierra. El dolor mezclado con la furia. La angustia de saber el estado de Renzo, con los celos de que la confundiera con cualquiera.

Como enfrentar a un hombre que podía estar enredado entre las sábanas con una falsa Isabela, se preguntó mientras recorría el desolado camino que llevaba a la casa de campo de Renzo. Tomó el desvío de la izquierda. Iba aferrada al volante como si tuviera miedo de perderlo. Ella no sabía cómo hacer frente a los temas sentimentales, y mucho menos si tenía que lidiar con los delirios de

Renzo, que se llevaba a su casa a la primera mujer que encontraba porque creía que era ella. ¿Cuántas habría desnudado? ¿Cuántas habría poseído?

Llegó más rápido de lo que hubiera deseado a su parque iluminado por las lámparas. Las luces de la casa también estaban encendidas y los ventanales abiertos. Desde el ingreso se apreciaba el lujo de los muebles y los óleos de mar. Esto último le llamó la atención porque eran muy parecidos a los de Eusebio, en realidad eran los suyos, concluyó a pesar de estar mirándolos desde la ventanilla del coche. Esos azules embravecidos eran su característica. ¿De dónde lo conocería Renzo?, se preguntó.

Salió del coche y se quedó un rato apoyada contra la puerta para tomar coraje, pero como tuvo miedo de que el tiempo le hiciera perder el poco coraje que la acompañaba se puso a avanzar con lentitud, midiendo los pasos y pensando qué decir.

Sonaba en la casa una melodía de los Beatles. *Paul McCartney* cantaba *Yesterday*.

Why She Had To Go I Don't know, She Wouldn't Say

I Say Something Wrong, Now I Long For Yesterday

“¿Por qué tuvo que irse?, No lo sé, no me lo dijo. Yo dije algo que no debía. Ahora añoro el ayer”, cantó Isabela, y le brillaron los ojos al descubrir que escuchaba una canción que era un lamento porque la había perdido. Pero no podía dejarse llevar por una letra. Tal vez, solo le gustaba escuchar Los Beatles en inglés y ni siquiera sabía lo que decían, se dijo. Tenía que ser práctica para no debilitarse. Ella había venido a arreglarle la vida como tantas veces había arreglado los negocios de Leopoldo Rodríguez y sus socios, se dijo para poder comportarse con entereza frente a él.

El problema era que a Renzo no se lo veía por ningún lado y la invadió el pánico. Ella estaba preparada para enfrentarlo, inclusive era capaz de hacer frente a esas caraduras que se hacían pasar por ella, pero no si en ese momento estaban enroscados entre las sábanas. Maldición, era una mujer de mundo, se dijo.

Ingresó a la casa y quiso echar un vistazo al mobiliario, pero los cuadros de Eusebio la atrajeron como un imán. Fue directo a la pared donde estaba el más grande y buscó su firma. *E Flores* decía del lado derecho y muy chiquito. Eusebio era discreto para poner su firma pero no para pintar, recordó mientras pasaba el dedo por el nombre del artista.

—Eusebio es un buen amigo —dijo Renzo desde atrás, e Isabela se sobresaltó. Él la había estado espionando desde que ingresó al parque de la casa, había observado sus dudas, sus miedos y sus inseguridades, por eso Isabela no se atrevió a girarse para enfrentarlo, y Renzo siguió hablando—. Era pescador de mar. El mar siempre había sido su debilidad, hasta que se llevó a su mujer en una tormenta furiosa.

Isabela se quedó helada unos segundos asimilando la información. Pobrecito, se dijo recordando la paz que transmitía y el odio y la impotencia que pintaba en sus oleos. Cuando por fin se giró para mirarlo tenía los ojos llenos de lágrimas. No eran solo por Eusebio, sino por Renzo, por la frialdad de sus palabras y por el sufrimiento que solo se veía en sus ojos soñadores. Las lágrimas también eran por ella, que lo había perdido todo cuando se marchó huyendo de su propuesta de matrimonio. Todas las emociones juntas para que él observara sus debilidades. Pero él estaba ignorando su dolor y sus lágrimas, como si ella ya no le importara.

—Abandonó el mar porque casi se volvió loco cuando ella cayó del barco y no pudo rescatarla. Nunca lo acompañaba, y la vez que se atrevió a hacerlo la perdió. Ahora pinta mares furiosos. Parece que lo conocieras —conjeturó Renzo al ver la angustia que reflejaban sus ojos.

—Lo he ayudado a ganar buen dinero en este tiempo. A él y a un grupo de artesanos —dijo Isabela.

Esas pocas palabras llevaron a Renzo a sacar todas las deducciones juntas. Eusebio vendía en ferias de artesanías, Gina había estado bajo el ala de una empresaria que ayudaba a los artesanos. Es decir, que Gina había regresado cambiada porque había aprendido de Isabela. Ella era la empresaria de la feria itinerante que les cobraba el diez por ciento de las ventas. La admiró, porque ella había sido gerente de una empresa importante y no tenía problema de descender para convertirse en la gerente de un grupo empobrecido de artesanos. Isabela, a pesar de su apariencia de reina era la mujer más humilde que había conocido, y ese era uno de los motivos por el que él la adoraba. Pero no lo demostró cuando habló.

—¿Qué haces acá? —preguntó cambiando bruscamente el tema.

Isabela nunca lo había visto tan serio y despreciativo. Renzo se comportaba como si no le importara haberla perdido; pero estaba tan delgado y demacrado que ella supuso que estaba furioso porque lo había rechazado delante de sus amigos. Al menos en ese momento no parecía borracho, y sintió un gran alivio al no tener que lidiar con falsas Isabelas que estarían tratando de meterlo entre las sábanas.

“A veces tiene días buenos en los que no bebe y por lo tanto no pelea, y tampoco te ve en las otras mujeres”, le había escrito Gina en uno de sus mensajes al móvil. Por suerte para ella lo había encontrado en uno de sus días normales, se dijo.

—Vine a disculparme por...

—¡Qué considerada! —sonó más a desprecio que a admiración.

Isabela lo miró con súplica, pero Renzo no se compadeció.

—Renzo, yo no podía casarme...

—Por supuesto, solo soy un campesino. Tú eres la gran ejecutiva de empresas importantes, no como yo que apenas tengo una empresita de pueblo que vende verduras orgánicas —dijo Renzo esperando que reaccionara.

—Y qué esperabas después de tu maldito engaño. Me dejaste arruinar el huerto de mi tía. Eras un asqueroso experto en el tema y... ¡Cómo te habrás burlado de mi incapacidad! ¡Cómo se habrán burlado todos de la empresaria que no supo qué hacer con un emprendimiento familiar! —ahora gritaba como una loca, y Renzo sonrió. Por fin regresaba como había sido, y no desparramando una compasión que él no quería.

—Nunca me burlé, pero no voy a negar que me divertí, y mucho. Creo que nunca la había pasado tan bien —dijo Renzo, y se apoyó relajado en el marco de la puerta.

Ella estaba temblando, en cambio él estaba disfrutando. No debería ser así, se dijo Isabela, y comenzó el ataque.

—Mira, sé que desde que te rechazé estás mal...

—Ah, sí —la interrumpió Renzo—. ¿Y se puede saber quién te lo dijo?

—Por supuesto que no —él ya sabía que era Gina, que había aprendido las buenas lecciones de Isabela y había regresado repartiendo humildad y generosidad. Ella siguió hablando—. Pero no puedo seguir con mi vida sabiendo que te emborrachas y duermes en los bancos de la plaza...

—¿Eso hago? —preguntó Renzo indignado, no por las barbaridades que estaba diciendo, sino porque había regresado por lástima. Aunque él, que la conocía bien, sabía que estaba fingiendo. Igual se indignó que fingiera lástima para no dejarle ver sus sentimientos.

—¿Acaso no lo sabes? —preguntó Isabela asombrada. Tan inconsciente quedaba para no saber lo que hacía. Y sí, se dijo, debía quedar muy perdido para llevarse a otra mujer creyendo que era ella.

—Me estoy enterando, cariño —aclaró para animarla a seguir contando las barbaridades que le había dicho Gina. Ya le agradecería que se la hubiera devuelto, pensó. No es que no bebiera

alguna cerveza de más, pero nunca había dormido en los bancos de la plaza. Aunque tenía que reconocer que un par de veces lo había tenido que acompañar Felipe porque se había pasado un poco con la bebida, pero tampoco esas veces había perdido la conciencia—. ¿Hay más?

—¡Oh, Dios mío, Renzo! —dijo Isabela, y se acercó a observarlo—. Dime dónde te han golpeado —le tomó el rostro con una mano y comenzó a girarlo para encontrar alguna señal de los golpes, pero no había nada. Quizá, no lo habían golpeado en la cara y tenía el cuerpo lleno de magulladuras, pensó—. Dónde te han golpeado, Renzo —volvió a preguntar Isabela enfrentándole la mirada.

La furia de Renzo se diluyó al ver la preocupación en los ojos de la empresaria, que de a poco estaba dejando de lado la compasión por el dolor que sentía al saber que lo habían golpeado.

—Por todos lados —dijo Renzo, y la miró con ternura—. Un golpe tras otro —aclaró.

A Isabela se le llenaron los ojos de lágrimas, y él tuvo ganas de atraerla a sus brazos para decirle que el golpe más terrible que estaba tratando de curar era el de haberla perdido. Pero quería escuchar el resto de las mentiras que Gina había inventado para devolverle a Isabela.

—Me siento culpable, Renzo. Conmigo nunca fuiste noble pero sí lo has sido con tu gente, y no puedo soportar que todos estén mal por ti.

Estaba mal por los otros. ¿Acaso ellos no eran más importantes? ¿Qué tenía que ver la gente del pueblo con la felicidad de los dos?

—¿Y tú? ¿Estás mal por mí? —preguntó Renzo, y ella lo miró con el ceño fruncido.

—¡Cómo no voy a estar mal después de enterarme que has dormido en el catre sucio de la cárcel porque rompes todo! —gritó Isabela.

Él no estaba bien, porque desde que ella se había ido no aceptaba perderla, pero tampoco había llegado a tal grado de locura como para pasar sus noches en el catre de la celda. Con una vez ya le había sido suficiente. Pero ella estaba tan concentrada en contarle todo, que la dejaría terminar antes de aclararle el asunto.

—No puedo creer que terminara durmiendo nuevamente en el catre. Debo haber dormido en el piso, sí seguro que fue en el piso, porque te aseguro que eso que Felipe insiste en llamar cama es una cura para el delito. Ya me encerraron una noche allí, ¿lo recuerdas? —Isabela sonrió con tanta emoción que Renzo supo que se la iba a ganar—, y juré que sería la última. Claro que si he llegado a esos estados de inconsciencia que tú dices, capaz que he pasado algunas noches en ese catre y ni siquiera lo recuerdo.

—¿Tampoco sabes que cuando estás bebido te abrazas a todas tus admiradoras y las llamas por mi nombre? —dijo furiosa, y cuando él arqueó las cejas ella se envenenó—. ¡No solo has hecho eso, sino que te has acostado con ellas creyendo que era yo! —gritó Isabela porque lo que más le había dolido era que estuviera con otras. No le importaba que lo hubiera hecho cuando estaba bebido, igual se sentía traicionada. Tampoco le importaba que creyera que era ella, porque por más perdido que hubiera estado tendría que haber sabido que no lo era. Eso era algo que debería haber sentido, pero a él le daba lo mismo.

Renzo se quedó paralizado, pero ella no se dio cuenta, porque estaba cegada por los celos.

—¿Dónde tienes escondida a la falsa Isabela? No me gusta que me confundan con otras mujeres. Yo soy diferente a todas tus admiradoras —dijo Isabela indignada.

—Paremos un poco que es demasiada información —dijo Renzo—. ¿De qué falsas Isabelas me estás hablando?

Estaba cegada de bronca y no percibió su tono de burla.

—Las que confundes conmigo. Sé que les dices Isabela a tus admiradoras, y me acabo de enterar de lo que haces con ellas. Felipe me lo dijo —escupió.

Renzo sonrió. Todo el pueblo actuando para devolverle a Isabela. Hacía mucho que no sonreía. Cuánto hacía que ella se había ido, tres meses o ya eran cuatro, pero había vuelto con todo su ímpetu, y por lo que le estaba contando, Felipe le había dado información falsa sobre falsas Isabelas. También tendría que palmearle el hombro a Felipe por su astucia, y un abrazo a Lidia porque estaba seguro de que era la mentora de esa farsa que habían armado para traer de vuelta a Isabela.

—Esta noche parece que no vino ninguna —dijo Renzo, y señaló la casa—. Revisa si quieres, y de paso dime qué opinas del decorado.

¿Qué opinaba del decorado?, eso le acababa de decir. Maldición, ella estaba furiosa y él le hablaba del decorado. Por lógica, no le respondió sobre el tema del decorado cuando habló.

—Para qué voy a revisar si hoy estás lúcido —aclaró Isabela.

—¡Ay, Isabela! Por qué no me dices que estás loca por mí y acabamos con todo este sufrimiento que me cuentas —dijo Renzo acercándose a ella.

—¡No! —gritó Isabela, y se alejó—. No estoy loca por ti. Me siento culpable que es muy distinto —aclaró para que comprendiera la diferencia. No pensaba desnudar sus sentimientos frente a un hombre que no sentía nada por ella, aunque algo debía sentir para hacer tantas barbaridades, supuso.

—Cuando te perdí juré no engañarte más, pero en este pueblo hay algunas personas que han estado hablando de más. Dime quienes fueron para que les tuerza el cuello —dijo Renzo, que seguía avanzando hacia ella.

—¿Tú no hiciste esas cosas, verdad?

Renzo negó con la cabeza, e Isabela comprendió que Gina la había engañado. También Felipe y Lidia. De Felipe lo podía aceptar porque era amigo de Renzo, pero no de Lidia que era su compinche, su cómplice, su... amiga. Claro, la había engañado justamente porque era su amiga, se dijo emocionada al descubrir que el desprecio que le habían mostrado era una farsa y que todos los engaños habían sido para traerla de regreso.

—No mi amor, pero hice otras —dijo Renzo mientras seguía avanzando, y sonrió cuando ella se protegió tras la mesa—. ¿Quieres que te cuente la verdad?

Mi amor, ¿le acababa de decir mi amor? Isabela tembló, y asintió con un gesto. Claro que quería que le cuente.

—Trabajé muy duro durante un mes para evitar que el pueblo se nos llenara de turismo. Tú viste el caos que habías generado con tu idea. Bueno, tú me diste una idea fantástica y me hiciste todos los cálculos. Solo tuve que remodelar un galpón y contratar unas buenas cocineras para que elaboraran tus recetas. También compré una cámara frigorífica y por ahora tenemos alquilado el camión que distribuye. Ya compraremos uno para que podamos llevar nuestros productos nosotros mismos sin romper la cadena de frío.

—¡Estás loco! Ya me he enterado que tu empresa se llama Brandal-Valentín, y no lo acepto —dijo Isabela indignada—. No acepto que nadie me regale nada.

Ya estaba preparado para esa negativa y tenía la respuesta. Ella era la única mujer que lo amó antes de saber lo que tenía.

—Tampoco yo, Isabela. Pero como tú me regalaste las recetas y los cálculos, no tuve más remedio que ponerte como socia. No pensaba arriesgarme a que te enteraras, como veo que lo has hecho, y vinieras a quitarme todo.

—Eran solo estupideces que decía para pasar el rato mientras arruinaba el huerto de mi tía. Cómo has creído que pensaba reclamarte eso.

—Eso lo dices porque no sabes lo que estamos ganando con tus estupideces, cariño. No, yo no

pensaba correr ese riesgo –siguió insistiendo Renzo. Ella seguía furiosa, y él se aprovechó de eso para enojarla un poquito más. Le gustaba tener altercados con ella, sobre todo porque sabía que al pelear dejaba salir a la mujer llena de sentimientos que se ocultaba bajo su apariencia de empresaria eficiente.

—Quiero que saques mi nombre, Renzo –exigió Isabela.

—Imposible. Todos saben que la marca Brandal-Valentín vende las tortillas de acelga sin tallo, y que el perejil puede tener sabor a hojas de zanahorias –dijo Renzo, e Isabela lo miró con la boca abierta. Pero, al cabo de un rato rió.

Qué podía hacer cuando él dejaba al descubierto de forma tan tierna su incapacidad como empresaria de un huerto.

—Qué otra receta me has robado –preguntó Isabela. Ya no estaba furiosa sino complacida con lo que él había hecho. No quería una empresa, pero cómo podía rechazarla después de escuchar su ridícula excusa.

—No podía dejar de ofrecer la tortilla de zapallitos con cebolla. Recuerdo que me decías, “mira Renzo, no son adorables así de chiquitos y con ese tono verde claro”. Entonces la llamé: Adorable tortilla de zapallitos pequeños con cebollas medianas. Creo que me habías dicho que la cebolla tenía que ser mediana –dijo Renzo, y ella negó con la cabeza.

—¡Qué tonto! Tendrías que haber puesto nombres franceses o italianos, no esos nombres ridículos.

—No te das una idea lo que se venden con esos nombres –dijo Renzo, que comenzó a rodear la mesa—. Vamos Isabela, deja de alejarte. Ya hemos soportado demasiado los dos la falta del otro –se sinceró.

—No te amo, Renzo –gritó Isabela, y Renzo supo que ese grito era para convencerse de sus propias mentiras.

—Pues yo querida, supe que serías mi perdición desde el día en que te vi desnuda en el ventanal de tu lujoso departamento de la ciudad. Y el día que te metiste en la tienda de Lidia y empezaste a desnudar maniqués para probarte las prendas, ya no tuve dudas que eras la mujer de mi vida –dijo Renzo, y comenzó a rodear la mesa. Ya era un juego de acercarse él y alejarse ella. ¡Y cómo le gustaba a Renzo!, porque cuando la alcanzara la tumbaría en esa mesa de la misma forma que lo había hecho en la casa de Ernestina. Luego le arrancaría la ropa y la vería arquearse para él, entregarse, rogarle que la llevara al límite. Y cuando llegara a la cima, ella le diría que lo amaba, se dijo y siguió intentando atraparla.

—No mientas. Tú me quisiste echar apenas puse un pie en el pueblo. Me plantaste pruebas y me hiciste encarcelar y...

—Veo que traes puesta la sudadera que nos permitió llegar a donde estamos hoy –dijo Renzo, y dio dos pasos.

—Solo es casualidad –dijo Isabela, y retrocedió.

—Está un poco fresco para una prenda tan ligera. Estamos en otoño –dijo Renzo, y dio dos pasos más.

—No te amo, Renzo –dijo sin que nadie le preguntara.

—Tonterías. Tú, mi amor, me amas a pesar de mis prendas mal combinadas. Me lo dejó conocer una persona que nos ha tratado de unir desde que te llevé la carta para traerte conmigo, aunque aquella tarde aún no sabía que te querría en mi vida hasta que nos hagamos viejitos y nos tengamos que sostener mutuamente para no caernos –dijo Renzo.

Isabela lo miró con la boca abierta.

—Que tiene que ver en esto Ernestina –preguntó Isabela preocupada. Desde que llegó a

Paraíso supo que Ernestina la había traído con engaños. Su cariño era sincero, pero Isabela había descubierto que tras esa invitación había algo que le ocultaba. Aunque no se imaginó que sería tan entrometida como para querer casarla con Renzo Valentín—. ¿Por qué? ¿Por qué hizo algo tan vil?

—No lo sé. Creo que mi padre lo sabe y ha resuelto sus traumas llevándola al altar —dijo Renzo. Nadie se lo había dicho, pero él siempre había visto el amor de Ernestina por su padre.

—Siempre supe que el amor de mi tía era Aldo. Por eso la presioné para que cambiara su aspecto. Lo que no entiendo es por qué en lugar de sincerarse con él intentó manejar nuestras vidas —dijo Isabela.

—Bendito el día que tuvo esa disparatada idea —dijo Renzo, e Isabela abrió la boca asombrada—. Te amo, Isabela Brandal, y no quiero vivir alejado de ti. No he dormido en la plaza ni en la cárcel del pueblo. Aunque tengo que reconocer que he peleado con todo el que se me cruzaba en el camino porque estaba furioso de que te hubieras ido de mi lado. Pero nunca, nunca podría confundirte con mis admiradoras o con cualquier otra mujer. Como podría confundirte si llevo conmigo el aroma de tus perfumes caros, el tacto suave de la seda de tus prendas y conozco a la perfección cada detalle de tu cuerpo porque lo he soñado cada día desde que te conocí. Por más ebrio que hubiera estado, nunca te confundiría con otra. Tú, Isabela, me has cambiado la vida. Me has hecho un irresponsable, me has quitado la nobleza y casi me has matado cuando te fuiste de mi lado —dijo Renzo.

Él avanzó, y esta vez ella no retrocedió.

—¿Tú me amas? ¿Por qué, Renzo? ¿Por qué me amas? ¿Es por lo que ves? —preguntó Isabela dudando de ser capaz de despertar en Renzo un sentimiento tan profundo. Ella siempre había sido admirada como si fuera un adorno digno de exhibir, pero nunca amada.

—No puedo negar que tu cuerpiño me vuelve loco y que tu cara de diablito con esos labios lujuriosos me hacen pensar en tomarte donde te encuentre. Pero yo, cariño, descubrí a la mujer que ocultas tras esa apariencia de empresaria. La que es capaz de caminar como una modelo orgullosa a pesar de ir esposada. La que no me miró el día que nos conocimos porque estaba más enloquecida con esa sudadera que llevas puesta. La que se entregó a mí por primera vez tratando de demostrarme una experiencia que ni siquiera conocía. La que me hizo encarcelar y me dejó veinticuatro horas a la sombra porque se durmió. La que me contrató como peón, me daba órdenes ridículas y me hizo comprender que la vida era hermosa sin importar lo que hiciera. Porque tú, Isabela, has gozado de cada uno de tus destrozos en el huerto, y has sabido mantener la entereza cuando te enteraste frente a todos nuestros amigos del ridículo en el que te había puesto. Porque te siguieron engañando y encontraste la forma de vengarte de nosotros sin hacernos daño, y porque a pesar de todo lo que te hicimos volviste a mí y te entregaste en la cancha de fútbol del club... Y porque ahora estás aquí porque alguien te dijo que sufría. Como no voy a amarte cada día más, si diste un vuelco a mi vida el día que te vi desnuda en el ventanal de tu casa y ni siquiera sabía cuánto valor agregado había dentro de ese corazón que ha suplicado que lo quieran desde que llegó.

—Renzo...

—Todos te queremos. Pero nadie va a amarte como te amo yo, porque sin ti no soy nada, Isabela Brandal —dijo Renzo, y la tomó en sus brazos—. Dímelo, dime que me amas ahora que estás segura de mis sentimientos. Dímelo que ya lo sé porque leí la carta que le hiciste a tu padre —dijo Renzo sobre sus labios.

Isabela separó sus labios de los de Renzo y se alejó unos pasos, solo fue sorpresa al descubrir que tenía la carta de su padre.

—¿Cómo llegó a tus manos? —preguntó sorprendida.

—Ernestina la encontró en el cajón de tu mesa de noche —dijo Renzo.

—La carta nunca estuvo en la mesa de noche, Renzo. La dejé en el placar de Ernestina dentro de un cofre con llave, y la llave solo la tenía yo.

—Entonces tu padre siempre ha estado a tu lado, y es quién nos ha ayudado a estar juntos, mi amor —dijo Renzo, y le enmarcó el rostro para enfrentar su mirada.

Ella estaba emocionada al enterarse de que su padre no estaba tan lejos como imaginaba. Tenía los ojos brillantes de lágrimas cuando le rodeó el cuello con los brazos.

Renzo supo que se la había ganado.

—Lo único material que tengo es una colección de adornos de cristal, y mi coche que... preferiría dejarlo bajo cobijo —dijo Isabela dejando ver su poca fortuna.

—¡Qué casualidad! Justo tenemos una repisa vacía y una cochera con lugar para nuestros tres coches —dijo Renzo dejándole ver que todo lo que tenía era de los dos.

Isabela miró a Renzo con una sonrisa radiante, y le dijo.

—Me interesa esa idea tuya de estar en tu vida hasta que nos hagamos viejitos y nos tengamos que sostener mutuamente para no caernos.

—¡Ah, bueno, ese es un gran logro! Pero vamos a tener que esperar muchos años porque lo que tengo en mente en este momento es tumbarte en nuestra mesa y sacarte toda la ropa, menos la sudadera, para gozar de ese cuerpito tuyo que tanto me excita.

Y la desnudó. Y le dejó la sudadera. Y la acarició. Y la penetró. Y mientras la acompañaba a volar por los lugares de la perdición, ella le dijo:

—Eres un caradura, mentiroso y traicionero, Renzo Valentín. Pero yo me enamoré de ti el día que metiste esta sudadera en mi bolso.

Entonces, él se permitió reír de puro gozo, y luego la besó.

EPÍLOGO

Renzo

No suelo ser un hombre impulsivo, siempre he sido metódico y soy de analizar mucho un tema antes de tomar una decisión, pero cuando Isabela me dijo que me amaba, en lugar de ir con tiento me lancé a la piletta con mi segunda proposición de matrimonio. La dejé muda, asombrada y vi en sus ojos la inseguridad; y supe que seguía dudando de que alguien la pudiera amar. Entonces le dije: “Si tu asombro es porque dudas de que te amé, quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer lo que sea para demostrártelo”. Y ella, actuando como la empresaria eficiente y despierta que es, me respondió: “Si estás dispuesto a apoyarme en algunos pequeños cambios que quiero hacer en Paraíso, sí, me caso contigo, mi amor”. La palabra mi amor me perdió y solo atiné a decirle, “Madre mía, espero no tener que colaborar con el caos del Paraíso”, y me abalancé sobre ella para festejar mi triunfo, sin saber en el lío en que me estaba metiendo con esa promesa.

Cuando recuerdo los pequeños cambios a los que accedí apoyar a Isabela para que fuera mi esposa, me dan ganas de reírme. Isabela ya es mi esposa, y yo he cumplido mi palabra porque me juré no volver a engañarla. En realidad, el engañado he sido yo, ya que ella se abusó de mi concesión y me hizo partícipe de cambios que nunca quise en el Paraíso. Pero uno tiene que avalar los proyectos de la persona que ama, y ella llegó tan llena de iniciativas y tenía tanto entusiasmo, que no encontré motivo para hacerla cambiar de opinión.

Felipe ya había mandado a enderezar el cartel de ingreso, pero ella hizo tallar uno nuevo, y ahora cuelga de dos cadenas negras en el arco de ingreso. Eso habría sido bien visto si no se le hubiera ocurrido poner “Bienvenidos al caos del Paraíso”, es decir, las palabras que le dije cuando acepté secundarla en sus cambios. Al menos los canteros de flores, que hizo poner a ambos lados del arco, distraen a los visitantes y algunos ni siquiera alzan la vista para leer el cartel de bienvenida.

Nos casamos hace dos años, un sábado por la noche en la iglesia del pueblo. Isabela llevaba un vestido de licra blanco tan apretado que infartó a más de un vecino, y a mí me dejó tan embozado que no recuerdo mucho de ese glorioso día porque solo quería que acabara la ceremonia y la cena para llevarla a casa y arrancarle la licra del cuerpo. Lo que sí recuerdo era que se había puesto una orquídea lila y blanca en el nacimiento de los pechos, pendientes y una gargantilla de amatista, porque le hice el amor con esos tres detalles adornando su delicioso cuerpo. No hace falta que les diga de qué color era su ropa íntima, a estas alturas todos ya lo saben, pero solo yo tuve la dicha de sacarla con delicadeza de su cuerpo.

Instalar la feria de artesanos en el pueblo fue otro de los cambios de Isabela. Los vecinos pusieron el grito en el cielo, pero yo me puse de su lado como le había prometido. También la apoyó Lidia, Gloria, Ernestina por supuesto, y Aldo cuando su mujer le dio un codazo en las costillas para que levantara la mano. Gina, desde que estuvo bajo el ala de Isabela, se convirtió en su más ferviente defensora y ratifica con su voto todas las locuras de mi esposa. Rosalía que siempre sintió simpatía por ella también le brindó su apoyo, y Felipe creo que lo hizo para no tener problemas con mi hermana. Lo más sorprendente fue el gran número de mujeres que se encandilaron con la idea de traer a los artesanos, y se unieron al proyecto porque querían tener un

puestito en la feria para vender sus manualidades, las que hacían en el club para pasar el tedio.

¡Tedio! Nadie recuerda lo que era el tedio del que tanto disfrutábamos en el pueblo. Isabela llegó para borrar la arraigada y agradable costumbre del tedio en Paraíso. El tranquilo pueblo sufrió el caos diario cuando ella regresó para compartir su vida conmigo, ya que tomó a su cargo el rol de empresaria a cargo de supervisar todos los trabajos de los artesanos. Gloria y Lidia venden prendas pintadas a mano, Gina sus collares, Ernestina sus sandalias colorinches, y entre todas calan manteles, centros de mesa, caminos de mesa, pintan floreros, azulejos y varias cosas más para vender a los visitantes. He de reconocer que el pueblo ha progresado bastante desde que tenemos a los artesanos.

Eusebio fue el primero en instalarse en Paraíso, y por sugerencia de Isabela dejó de pintar mares embravecidos para pintar serenos paisajes de campos, el caos del pueblo al hombre le devolvió la paz, y ahora suele pasar horas ayudando a Ada en el restaurant. Según mi esposa tenemos matrimonio en puerta.

El día que nos reunió a todos para convertir la vieja estación de trenes en un almacén de ramos generales, yo creí que tendría que enfrentarme en algún duelo con los vecinos para defenderla, pero luego de discutir por más de dos horas, todos se convencieron que era la idea más fantástica que habían tenido en años. En ningún momento de la acalorada reunión se me ocurrió recordarles que esa idea había sido descartada cientos de veces.

En la intimidad y mientras compartimos una noche de amor, logro hacerle entender que ha conseguido en unos pocos meses lo que todos se habían negado a cambiar durante toda una vida. Ella estando en mis brazos queda rendida a mis deseos, y yo le hablo de nuestros proyectos familiares haciéndole ver que es la empresa más grande que vamos a lograr.

Después de dos años de vivir con Isabela, de compartir en el desayuno sus galletas deformadas; las noticias del periódico; las charlas sobre huerta orgánica que sigo dando en los pueblos; el manejo de la empresa de comidas orgánicas; los logros de los artesanos; y la huerta que juntos hemos plantado en la parte trasera de nuestra casa, no como parte del negocio sino por el solo placer de rememorar nuestros comienzos; hemos llegado a entendernos sin necesidad de las palabras, y eso me permite vivir sonriéndole a la vida.

En dos años se han producido algunos cambios en Paraíso, aunque no son tantos ya que dentro del caos, Paraíso siempre fue un pueblo que se resiste a dejar las rutinas.

Ernestina y Aldo son inseparables y demuestran su amor sin vergüenza y con un orgullo desmedido. Creo que muchos los admiran y otros deben envidiarlos. Nosotros, su familia, estamos felices de ver como nuestros padres parecen haber rejuvenecido varios años desde que están juntos.

Gina tiene una gran habilidad para las artesanías en piedra, y con la ayuda de Isabela su empresa ha crecido tanto que está construyendo una casa a pocas hectáreas de la nuestra. Ha dejado muy en claro que lo de ella no es el matrimonio, sino los negocios. Inclusive ha afirmado que no quiere hijos y que será la encargada de malcriar y cuidar a sus sobrinos para que sus padres disfruten de algún momento de intimidad.

Rosalía y Felipe tienen un hijo hermoso de un año, que se ha convertido en el consentido de todos y tiene embobados a sus abuelos. Para mí ha sido un gran alivio su llegada, ya que Ernestina dejó de presionar con el tema de los nietos.

Lidia se animó a traer al pueblo a su pretendiente de años, y los fines de semana suelen pasearse por el centro tomados de la mano. Se la ve feliz y más relajada desde que nos permitió conocer al amor de su vida, que es un estanciero de un pueblo vecino al que todos conocíamos. Han sido tan discretos durante años, que ningún vecino llegó a enterarse de quien era el hombre

que se había ganado el amor de Lidia hasta que ella se decidió a presentarlo en el bar de Carlo.

Carlo sigue con la costumbre de regalarle una gaseosa a Ernestina, y mi padre, para dejar en claro que ese es su territorio suele besar a Ernestina hasta que la deja jadeando. Me cuesta acostumbrarme a verlos tan demostrativos, a veces me remuevo incómodo en la silla del bar, pero Isabela me toma de la mano, me sonrío y ya me olvido de ellos para concentrarme en nosotros.

He perdido a todas mis admiradoras, Isabela les ha quitado las ganas de seguir ilusionadas con pescarme. Katy consiguió un novio tan tímido como ella, que cuando se miran y se sonrían los dos quedan con las mejillas ardidas de vergüenza. Florencia se fue a estudiar psicología, según lo que comentan es para aprender con el psicoanálisis a borrarle de sus recuerdos. Aurora y Dalia siempre se sintieron modelos, y hace un año que las dos se fueron a la ciudad y ya han caminado por algunas pasarelas. Aurora, antes de marcharse, le devolvió a mi esposa el pantalón con mariposas bordadas en el muslo.

Y nosotros. Bueno, la nuestra es una historia que siempre está comenzando, porque mi esposa no deja de sorprenderme, ya que ella disfruta hasta del aire que respira en el campo.

Estoy saliendo de la oficina que he montado en casa. Ya me he puesto al día con algunos asuntos de la empresa, y sonrío cuando leo la nota que Isabela me ha dejado sobre la mesa de la cocina. “Te espero en el huerto”. Miro mis ropas mal combinadas, un pantalón azul y una camisa marrón, y me preguntó qué me vio mi esposa cuando se enamoró de mí. He insistido para que me ayude con la elección de ropa, pero ella se niega porque dice que si cambio dejaría de ser yo.

Salgo por la puerta sin pensar más, solo quiero reunirme con ella, que me espera en nuestro huerto. Rodeo la casa y la veo de rodillas. Mi esposa tiene unas sandalias de taco, el pantalón con mariposas en el muslo y una nueva sudadera con dos mariposas pintadas, regalo de Gloria y Lidia. Isabela está entre las plantas de acelga cortando las más tiernas y sin tallos para recordarme por qué me enamoré de ella. No me ha visto, pero sonrío, sabe que estoy allí dispuesto al juego.

—No te quedes parado mirándome y corta un poquito de perejil para la cena de esta noche —me señala las zanahorias, por supuesto.

—¿Esta noche cenaremos en casa una provenzal? —pregunto mientras me agacho a echar por tierra las zanahorias.

Isabela deja de destruir la acelga y se acerca a mi lado luciendo con orgullo su barriguita de tres meses, casi no se le nota pero ella se las ingenia para hacerla visible. Asiente y sonrío ante mi pregunta. Los dos sabemos que es una farsa, porque en la noche cenaremos las pizzas caseras que harán Ernestina y Aldo en la parrilla de su casa.

—¿Las corto con o sin tallo? —pregunto sin mirarla, pero no puedo contener la sonrisa. La conozco tanto que espero que se acerque y me empuje hacia atrás para llevármela conmigo y llenarla de besos, y luego de los besos... habrá que volver a plantar las zanahorias porque no creo que dejemos ninguna sana.

Así de impulsivos y pasionales son nuestros momentos de amor en el huerto, por eso cada día de nuestros dos años juntos nos ocupamos de regarlo, reponer los almácigos y cuidarlo, porque sabemos que en algunas ocasiones los recuerdos nos pueden llevar a destruirlo con el amor que compartimos entre las plantas de acelga a las que les sacamos los tallos y las hojas de perejil que tienen sabor a zanahorias.

—Te he dicho cuanto te amo, Renzo Valentín —me dice Isabela, me rodea el cuello con sus brazos y yo la beso mientras le acaricio el vientre donde está cobijado nuestro hijo. Ella ha aprendido a expresar sus sentimientos desde que sabe que es la mujer de mi vida, y yo me siento en la gloria cada vez que me repite cuánto me ama.

BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. Su novela Hechizo de Luna es una de las cinco finalistas del III Concurso Indie 2016 de Amazon. Hechizo de amor ha ganado el premio Erginal Books en romance contemporáneo. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Twitter: @Susana_Oro

Instagram: susana_oro

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página de Amazon:

https://www.amazon.com/Susana-Oro/e/B00E5FHLEI/ref=sr_tc_2_0?qid=1501436935&sr=1-2-ent

Mis novelas:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí

El valor de una promesa

La caída del soltero

Hechizo de Luna

Hechizo de amor

Nuestros bellos años

SINOPSIS

Isabela Brandal es una importante ejecutiva de una reconocida empresa constructora, pero en un parpadear pierde todo lo que ha logrado y no tiene más remedio que aceptar la invitación que, a través de una carta, le ha hecho llegar su desconocida tía Ernestina para que vaya a pasar una temporada a sus campos. Nunca se imaginó que ella, una elegante mujer de ciudad que combina las prendas a la perfección, terminaría dando órdenes en el huerto de verduras de su tía; y mucho menos que tendría que lidiar con un empleado arrogante, descarado, holgazán y encima mal vestido, que no sabe nada de huertos; aunque según tía Ernestina, que lo adora, es el más noble de los vecinos del pueblo.

Renzo Valentín es el noble vecino, y lo que menos desea es tener a una ciudadana de tacones kilométricos y ropas de seda, perfectamente combinadas, mariposeando por el tranquilo y humilde pueblo. El día que ella lo confunde con un vago y lo contrata como peón no la saca del error sino que acepta el empleo que le ofrece en el huerto que él plantó para que Ernestina solucionara sus problemas económicos, y se somete a las directivas que imparte sin arte ni concierto esa ejecutiva de tacones que no sabe ni como cortar una planta de acelga.

Tía Ernestina es una mujer generosa y solidaria, pero le ha quedado el trauma de haber sido abandonada en el altar por su novio de juventud, que se casó con Marta, su hermana melliza. La llegada de su sobrina remueve viejos anhelos que creía olvidados. Como ella no tuvo la dicha de pasar por el párroco desea ver su sueño cumplido en su elegante sobrina, y hará cualquier cosa para casarla con Renzo.

Pero Aldo Valentín, el padre de Renzo, tiene otros planes.

El valor de una promesa relinks.me/B014QIRH3Y



Sinopsis

Una promesa de matrimonio.

“Mira, para que no llores más, te digo, que si cuando te hagas grande no hay nadie que se quiera casar contigo, que seguro no va a haber nadie ya que eres tan fea que no se te puede ni mirar, yo voy a casarme contigo. ¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar?” Elisa lo miró, le sonrió de oreja a oreja y con su manito pequeña se apoderó del dedo pulgar de Alan sellando la promesa que él le acababa de hacer.

Una promesa de amor eterno.

“Te prometo que te amaré siempre”, le dijo Marian a Eduardo.

Marian había sido la mujer más falsa que había conocido, y Eduardo tenía ganas de gritarle en la cara que si fuera la única mujer sobre la tierra preferiría mantenerse célibe antes de caer en sus garras.

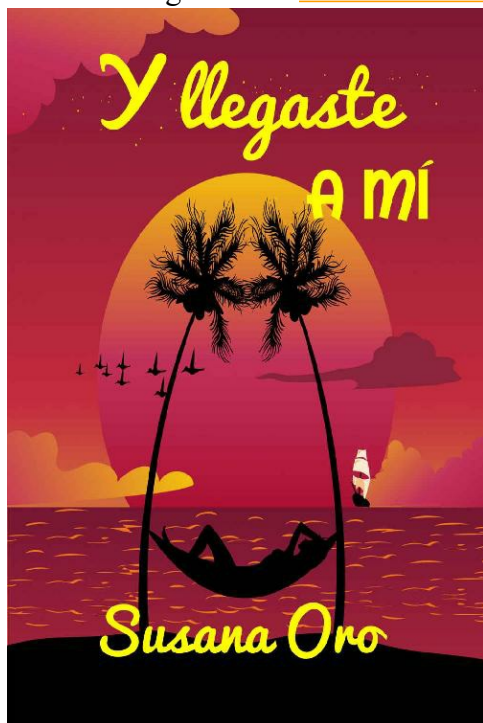
Dos mujeres batallando por lograr el respeto en un pueblo lleno de hombres machistas. Una lucha que están decididas a ganar. Y en medio de esa lucha, cargan sobre sus espaldas el peso de promesas realizadas mucho tiempo atrás.

Luego de veintitrés años, ¿qué valor puede tener la promesa de matrimonio que hizo Alan Martín a los siete años a Elisa Parker el día que nació?

¿Qué valor tiene el “te amaré siempre” de una novia que se dio a la fuga y regresó treinta y un años después?

Elisa y Alan, Marian y Eduardo, serán los encargados de averiguarlo en esta historia llena de situaciones divertidas y momentos emotivos.

Y llegaste a mí relinks.me/B00S8SPBQ4



Sinopsis

Guido Ferrer, a los veintitrés años, tiene que hacerse cargo de la empresa familiar. El arquitecto Jaime del Pozo, incondicional amigo de Guido, se convertirá en su mano derecha. La vida del empresario Ferrer gira en torno al lujoso hotel que construyó en una isla, que puede catapultarlo a la cima o a la bancarrota.

Miranda Linares, a los veintidós años, recibe un legado de su padre que debe guardar en secreto. Un legado que le complicará la vida.

El empresario Guido Ferrer es un hombre frío, seguro y autoritario que vive sujeto a su estricta agenda laboral. Todo lo contrario a su amigo Jaime del Pozo, que es todo encanto y amabilidad, salvo cuando tiene que lidiar con Lucy Álvarez, su díscola y atolondrada secretaria. Lucy está enamorada de Jaime y hará lo imposible para que él la vea como mujer.

Toda la vida estructurada de Guido Ferrer se viene abajo cuando conoce a Miranda Linares, la joven que le impone su madre para que lleve a la fama el complejo de la isla. En un primer momento él solo quiere sacársela de encima, pero ella llega con toda su espontaneidad, gracia y encanto, tropezando y hablando de sueños. Y él, lo que más desea es conocer sus sueños.

Miranda es una mujer sencilla, común y bastante torpe. Se siente plena de felicidad el día que consigue un trabajo importante gracias a la recomendación de Carmen, la madre del empresario Ferrer. Cuando descubre que tiene que llevar a la fama un complejo turístico en una isla de Brasil comprende que se ha metido en la boca del lobo. Lo más sensato habría sido rechazarlo, pero ella no es sensata y se deja llevar por la emoción de saber que ha conseguido un trabajo que ni en sueños se había imaginado. Todo un milagro para alguien que no ha logrado conservar ni siquiera un trabajo de camarera.

Una mujer insegura y un empresario dispuesto a alcanzar la cima, que se sienten atraídos con el impacto de la primera mirada. Lamentablemente, la felicidad no es posible cuando tras ellos hay personas que por sus propios miedos o deseos están manipulando la vida de los dos.